

AYOTZINAPA EN LA MEMORIA

Miradas retrospectivas de nuestras vidas en la Escuela Normal

Coordinadores

Lésthér Geovani Pérez Ortega
Pedro Ortiz Oropeza

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com/libros

Diagramación y diseño de portada: Daniela Campero.
Agradecemos a Joel Amateco por las pinturas en la portada y contraportada.

PRESENTACIÓN

Ayotzinapa en la memoria es una obra polifónica apasionante sobre la combativa comuna estudiantil de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa, en el municipio de Tixtla, Guerrero, la más legendaria en el sistema de las normales rurales de México, fundada en 1926 como parte de misiones culturales a cargo de José Vasconcelos.

También es una expresión de su espíritu colectivo, pues reúne una pluralidad de voces que recurren al testimonio personal, el relato primordial narrativo, para contarnos de manera sabrosa los claroscuros de sus experiencias estudiantiles, militantes y de la lucha normalista.

En estas páginas hay un coro literario en el que no hay solistas ni voces con mayor potencia o celebridad que otras. Todas son de *paisas*. Y brotan, por igual, desde el anonimato, el silencio, el olvido. Les pertenecen a 17 egresados de 14 generaciones distintas —de fines de los años setenta hasta la primera década del Siglo XXI—, que nos cuentan sus orígenes campesinos y la transformación vivida a su paso por la institución.

La obra es, de idéntica manera, un documento testimonial excepcional de las luchas —y estrategias contrainsurgentes para aplastarlas— de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM), la retícula conformada por 17 normales rurales del país a la que pertenece la de Ayotzinapa.

Los relatos son francos y entrañables. Los autores nos narran sus temores, sueños, contradicciones, desafíos alcanzados y fracasos. Nos desnudan, por ejemplo, la marginación y precarización rural en la que crecieron. Leeremos entonces que la Normal Raúl Isidro Burgos le representó a la mayoría no una oportunidad, sino la única posible para estudiar, por lo que asombran sus batallas para obtener uno de sus muy codiciados lugares de ingreso.

Esta es también una voz grupal de su Sociedad de alumnos Ricardo Flores Magón, creada en 1933, de carácter marxista, autogestiva y autónoma, que ha marcado la formación ideológica de cuadros en su comuna estudiantil. Los egresados nos cuentan sobre sus procesos de concientización social, aprendizajes colectivos y autodidactas, y del rigor y la disciplina con el que debieron cumplir las comisiones asignadas, a veces imprevistas y mayúsculas, pero sin descuidar sus obligaciones académicas.

Sus narraciones particularmente reivindican la huella política dejada por Lucio Cabañas Barrientos, egresado del plantel, creador de su Comité de Orientación Política e Ideológica (COPI), y que en los años setenta encabezó la insurrección rural más emblemática de la oleada guerrillera de la década, en la sierra de Atoyac, que fue aplastada por el ejército.

Sabido es que las figuras de Cabañas, Genaro Vázquez Rojas —el guerrillero egresado de la Escuela Nacional de Maestros— y Ernesto Che Guevara, entre otros luchadores sociales, están plasmadas como símbolos de rebeldía en los muros de la escuela.

En los relatos reunidos conoceremos de la hermandad a prueba entre los *paisas* y las travesías temerarias —de raite y *boteando*— que debieron realizar para apoyar las movilizaciones

de otras Normales de la FECSM. Así se sumaron, en distintos estados, y con resultados variopintos, a sus demandas de ampliación de matrículas de primer ingreso, mejores condiciones de infraestructura, más plazas magisteriales y el rechazo al examen de oposición como requisito para obtenerlas.

Sus testimonios, de igual modo, revelan con dramatismo la represión que las Normales de la FECSM padecieron durante cuatro décadas. Nos cuentan, por ejemplo, sobre la irrupción de policías encapuchados a la Normal de Ayotzinapa en 1979, y de otra más que la escuela sufrió en 1988, en la que el campechano Juan Manuel Uicab Uicab fue atacado de muerte con arma de fuego.

Nos detallan, igualmente, sobre los hechos represivos de 2001 a 2005 que provocaron la pérdida de los internados de las normales rurales de Mactumactzá, Chiapas, y del Mexe, Hidalgo, así como del estado de sitio y los ataques realizados contra la de Atequiza, Jalisco, entre otros.

Éste es, a su vez, un testimonial histórico de gran valor, pues da comprensión al contexto en el que ocurrieron los hechos del 27 de septiembre de 2014 en los que 43 estudiantes de la Normal de Ayotzinapa sufrieron desaparición forzada. Al tiempo que corrobora la vigencia de ciertas estrategias contrainsurgentes, como quedó expuesto durante la reciente represión del gobierno chiapaneco a las movilizaciones de la Normal de Mactumactzá, en exigencia de un examen de ingreso presencial y no virtual, en mayo de 2021.

Pero la Normal de Ayotzinapa no sólo ha sido un espacio de lucha y rebeldía, sino también de aprendizaje y dedicación. Así leeremos acerca de las clases que los autores disfrutaron o padecieron atender, las arbitrariedades que sufrieron por parte de ciertos maestros o trabajadores sindicalizados, así

como de la generosidad con la que fueron tratados por personal de la escuela. Conmueven, a su vez, los relatos de su entrega comprometida para ejercer el magisterio en lugares remotos y precarizados que se dieron a la tarea de transformar.

Ayotzinapa en la memoria, finalmente, es una sinfonía escrita con profunda gratitud a la Normal Raúl Isidro Burgos. Su coro de autores la reconoce no sólo por haberlos preparado como maestros sino por haberlos forjado en los seres humanos que hoy son.

El tamaño de su orgullo está condensado en la frase de uno de los autores: “Mi ombligo está en Ayotzinapa”. Ahí él siente que nació a la vida y que su ombligo fue enterrado, surgiendo una liga vital inquebrantable. Su ombligo está en Ayotzinapa. Su voz, y la de los otros *paisas* que lo acompañan en este honroso canto narrativo, están vibrantes en estas páginas.

Laura Castellanos

PRÓLOGO

En México, una herida es algo que nunca cicatriza. Una presencia continua que va y vuelve. Un material que los culpables desde el poder trataron de ocultar, obscurecer, envolver en una zona de niebla y de informaciones contradictorias. Una guerra de falsas pistas y mentiras.

Un cenagal de complicidades para que las preguntas que surgen desde abajo, no se respondan.

¿Quiénes son los responsables del secuestro y asesinato de los muchachos de Ayotzinapa? ¿Cuál es la exacta cadena de mandos que participa en el crimen? ¿Se remonta hasta Presidencia, la Secretaría de Gobernación, el Ejército que regía los destinos de este país en ese fatídico año? ¿Tiene que ver con la decisión que durante varios años los gobiernos neoliberales mantuvieron a sangre y fuego de destruir las normales rurales? ¿Quiénes son los narcos involucrados en el incidente y para quién y con quién trabajaban? ¿Quién y dónde escondieron los cuerpos?

Por eso la herida permanece.

Por eso la herida no cicatriza.

Paco Ignacio Taibo II

PRIMERA PARTE
DE 1979 A 1989

DÉCADA DE 1979 A 1989

A finales de la década de los setenta del siglo pasado, transcurría el gobierno de José López Portillo, que inició en 1976. El sello de este mandato fue de corrupción y consolidación de los grupos de la delincuencia organizada, bajo el amparo de la Dirección Federal de Seguridad, policías estatales y otras autoridades; un personaje célebre por estos asuntos fue Arturo Durazo, el famoso *Negro*.

En el aspecto social, López Portillo continuó con la persecución de luchadores sociales y sobrevivientes de los grupos guerrilleros o cualquier organización que estuviera vinculada en el presente, o en el pasado, con dichas organizaciones. A pesar de la bonanza económica que significó el descubrimiento de la reserva petrolífera de Cantarel, la herencia de la deuda externa abultada por su antecesor, Luis Echeverría, así como la corrupción ascendente, desencadenó la devaluación del peso mexicano y, por ende, el desmedro de las condiciones de vida de la población en general.

En los inicios de los años ochenta llegó la “modernidad” al país. Con el arribo a la Presidencia de la República de Miguel de la Madrid Hurtado, el neoliberalismo irrumpió con sus medidas económicas tecnocráticas, fieles a los designios de los organismos internacionales. Las consecuencias para la sociedad fueron deplorables, toda vez que impactaron en el

bienestar de los más pobres del país. La disminución al gasto público impactó a sectores fundamentales como la educación, la salud y la producción de bienes y servicios.

Principalmente, el gobierno federal centró sus esfuerzos en combatir a las guerrillas presentes en Guerrero; por citar sólo tres medidas tomadas: la concentración de fuerzas militares en diversas regiones del estado, la tolerancia de la violación de las garantías individuales de los ciudadanos con el pretexto de la búsqueda de gente ligada a los grupos armados, así como el reparto de dádivas a cambio de información o favores políticos.

El estado de Guerrero, atrasado, marginado, sometido al régimen de caudillos desde sus orígenes, fue y sigue siendo semillero de inconformidades, protestas, resistencias de diversos matices e intensidades. Por lo mismo, víctima de represiones agresivas e indolentes.

Antes de la llegada de Rubén Figueroa Figueroa (1975-1981) como gobernador, la entidad pasó por momentos convulsos como la resistencia social en contra de Raúl Caballero Aburto, a finales de los cincuenta y principios de los sesenta, con sentidas pérdidas humanas. Posteriormente sólo el mandato de Raymundo Abarca Alarcón (1963-1969) fue relativamente tranquilo. Sin embargo, el siguiente sexenio se distribuyó en las personas de tres gobernadores: Caritino Maldonado Pérez, quien murió en un sospechoso accidente aéreo, Roberto Rodríguez Mercado y Xavier Olea Muñoz.

Tales circunstancias impactan en las formas de vida de los habitantes de esta región del país. Las políticas nacionales tienen impacto diferenciado en los territorios, toda vez que en su aplicación median las condiciones locales, la cultura de la población, así como los intereses explícitos e implícitos de diversos actores.

La escuela Normal de Ayotzinapa concentra jóvenes que proceden de contextos políticamente complejos y marginados, con esas necesidades, con esos agravios, con aspiraciones de cambio.

HECHOS HISTÓRICOS, POLÍTICOS Y SOCIALES QUE MARCARON LA PAUTA PARA MI PRÓXIMA PROFESIÓN

Obelín Linares Santamaría
Generación 1979-1983

Al paso de los años y del tiempo, vienen a mi mente aquellos recuerdos vividos en mi pasado-presente. Cómo no recordar el lugar donde se nace, donde se vive, donde el tiempo parece no tener fin.

Recuerdo el día que, por razones de trabajo de mi padre, nos fuimos toda la familia de nuestro pueblo, Las Lomas, municipio de Coyuca de Benítez, para vivir en el puerto de Acapulco; yo tenía 10 años de edad. Fue entonces cuando llegamos a vivir a una colonia popular de esa época, la Hogar Moderno, donde también estuvo la cárcel municipal, la cual estaba junto al mercado de la colonia. Fue aquí donde ingresé a la escuela primaria Apolonio Castillo Díaz. Fue también aquí en esta escuela donde escuché por primera vez el nombre de Ayotzinapa.

Transcurría el año de 1974. Yo era estudiante de sexto grado cuando mi maestro del grupo nos pidió que leyéramos las noticias más importantes de ese momento y nos llevó al salón de clases algunos periódicos de la localidad: *El Gráfico*, *El Trópico*, *La verdad de Guerrero*, *Novedades de Acapulco*, *El Universal*, *El Heraldo de México*, y nos pidió que analizáramos

los diarios y comentáramos lo leído. Recuerdo que en uno de los encabezados decía: “El pueblo de Atoyac de Álvarez está sitiado por el ejército mexicano, por la supuesta visita del guerrillero Lucio Cabañas Barrientos”. Fue entonces que dentro de la clase le pregunté a mi profesor lo siguiente: “¿Por qué decía el gobierno que el profesor Lucio Cabañas Barrientos era un guerrillero y un mal para el pueblo de Guerrero?”

Él nos respondió que Lucio Cabañas era un maestro que no estaba de acuerdo con las situaciones políticas y sociales que el gobierno estaba llevando a cabo. “Por ejemplo, no hay libertad de expresión porque esto que comento a lo mejor lo escucha el director y me corren. No hay buenos salarios para los trabajadores, faltan hospitales y escuelas. No hay apoyo para los campesinos y existe mucha represión contra los estudiantes y luchadores sociales, por eso y muchas cosas más, el profesor Lucio lucha él y su Partido de los Pobres.”

Le pregunté qué significaba Ayotzinapa.

—Significa “lugar de tortugas”. Es un lugar muy cercano a la ciudad de Tixtla y también está cerca de la capital del estado, Chilpancingo. Pero lo más importante, muchachos, es que allí en ese lugar, donde en épocas pasadas fue una hacienda, en ese mismo sitio se encuentra una Escuela Normal Rural que se llama Raúl Isidro Burgos, donde estudian los hijos de los campesinos, obreros y las personas pobres que tienen ganas de superarse. Es de allí donde también salen los verdaderos maestros que luchan por las causas de los que más necesidades tienen, como lo es el maestro Lucio Cabañas Barrientos.

El profesor concluyó con un nudo en la garganta, diciéndonos en voz baja: “Esto que he comentado es sólo para ustedes y para mí. No quiero problemas”. Cuando terminó de ha-

blar todos le dimos un fuerte aplauso. Fue con esas palabras que sembraría en mí la idea de ser un maestro rural.

Al término de la clase de ese día el maestro nos insistió en que nos interesáramos por leer periódicos, oír las noticias de la radio, ver la televisión. Para ese tiempo no todos teníamos televisión. “Eso es un lujo de ricos”, decíamos. Algunos teníamos un radio de cuatro pilas si bien nos iba.

Para concluir, el maestro se dirigió al grupo diciendo a todos que comentáramos con nuestros padres y familiares de casa sobre lo que se había leído durante todo el día de clases.

Fue así que, desde entonces, con mi madre nos poníamos a escuchar las noticias de la estación más popular de la época: la RCN (*Voz de Acapulco, Guerrero para el mundo*) donde nos enteramos de un sinnúmero de noticias que causaron un impacto emocional en mí, y que posteriormente me convertirían en un maestro rural.

El gobierno de Figueroa contra la política estudiantil de Ayotzinapa
Corría el año de 1979. Aún recuerdo mi llegada a la Normal. Casi dos semanas después, la mayoría de los nuevos ya estábamos instalados en los dormitorios y ya nos habían dado todas las cosas que te entregaban cuando eras nuevo: sábanas, cobertores, ropa de cama, uniforme, zapatos, *locker*, etc. Todo era entregado por el *tío* Abel.

Ya después de haber pasado por todos los trámites de admisión, me llevaron al que sería mi primer dormitorio, el famoso *Hilton*. Durante mis primeros días fui conociendo a cada uno de los que eran mis compañeros del Primero C. En esos momentos la escuela pasaba por una crisis política, principalmente con los estudiantes. Lo poco que oíamos y comentábamos entre los de nuevo ingreso, era sobre la huelga del ci-

clo anterior y que no había obtenido los resultados planeados por los miembros del Comité. “Les falló la táctica política”, “algunos de sus miembros se vendieron al gobierno de Figueroa”, se rumoraba. Rubén Figueroa Figueroa era candidato a gobernador en ese momento. Según las crónicas de ese tiempo, el aspirante a la gubernatura se autoinvolucró en la misión de hablar con el guerrillero Lucio Cabañas Barrientos, egresado de Ayotzinapa, con la intención de atraer votos a su causa. El Partido de los Pobres mantuvo a Figueroa y a su secretaria Gloria Brito en cautiverio por más de noventa días en lo más alto de la sierra de Atoyac. Se menciona también que fue liberado por el ejército mexicano (específicamente Batallón de la 27 Zona Militar), la policía judicial, la policía del Estado y su guardia secreta. Durante un fuerte enfrentamiento, los soldados liberaron a Figueroa y a su secretaria, sanos y salvos. Asimismo, comentan las malas lenguas que el gobierno dio una fuerte suma de dinero al Partido de los Pobres y a su Brigada Campesina de Ajusticiamiento, y lo del enfrentamiento y liberación ya estaba “arreglado”. Figueroa se hacía llamar de manera narcisista *El Tigre de Huitzuco*.

La mañana del 2 de diciembre de 1974, al poco tiempo del secuestro y la liberación, el ejército mexicano con destacamento en Atoyac de Álvarez, persiguió y dio muerte al profesor Lucio Cabañas en el Otatal, municipio de Tecpan de Galeana. Algunos dicen que fue el mismo Lucio quien se disparó a sí mismo para no dar a los soldados el gusto de su captura.

Figueroa llegó al poder el primero de abril de 1975, impulsado por su partido político. Estando en el poder oficial dedicó tiempo y espacio a perseguir y acabar con todo lo que tuvo relación con su secuestro y sus secuestradores, iniciando así la llamada Guerra Sucia, que se caracterizó por la desapa-

rición forzada de cientos de personas. Persiguió a políticos de izquierda, líderes populares, maestros y, sobre todo, a líderes estudiantiles, y entre estos se encontraban los alumnos de Ayotzinapa.

Claro estaba, Figueroa sabía que el guerrillero que les había dado más dolores de cabeza a todos los gobiernos de ese momento había egresado de esta gloriosa institución y no desconocía tampoco que Lucio había dejado como legado institucional en Ayotzinapa el Comité de Orientación Política e Ideológica (COPI).

En esa época había dos murales pintados en los edificios escolares realizados por alumnos del plantel. Uno del *Che* Guevara con la frase: “Maldito aquél que mata cuando no debe matar, pero más maldito aquél que cuando debe matar, no mata”; y el otro del profesor Cabañas y su frase célebre: “Ser pueblo, hacer pueblo y estar con el pueblo”. Por estas razones muy palpables y otras más, el gobierno de Figueroa seguía reprimiendo a la Normal.

Septiembre de 1979, un Comité Estudiantil en la mira

Al paso de los días me iba adaptando a lo que pasaba en Ayotzinapa. Las autoridades federales y educativas no dejaban que se formara el Comité de alumnos, con el argumento de que “el gobierno federal nos estaba pagando la carrera de profesor y sólo teníamos que seguir las recomendaciones del gobierno actual”, y que, si formábamos dicho comité, “nos quitarían la beca (PRE), el sistema de internado y desaparecería la escuela, convirtiéndola en una escuela industrial”. Para ese entonces ya conocíamos el actuar del gobierno y sus formas salvajes de atacar, que en ocasiones llegaba a la desaparición forzada o la misma muerte.

A pesar de estas condiciones incómodas, algunos alumnos trabajaban ideológicamente con otros bajo el nombre de Grupo Estudiantil Democrático de la Normal de Ayotzinapa (GEDNA), los cuales realizaban sus reuniones clandestinas en los dormitorios de la Normal llamados *las Cavernas*, en las canchas o en el área de la alberca, y con compañeros de la FEUG en Tixtla. En aquellos días —septiembre de 1979—, antes de que se pusieran de acuerdo los líderes de cada grupo para formar el comité de estudiantes y nombrar así a los representantes ante la FECSM —en ese entonces no teníamos representantes y se había perdido la comunicación con ésta después de haber perdido la huelga del 78— nos visitó la artista Tania Libertad; ella nos interpretó varias canciones de lucha y de protesta en el auditorio de la escuela. Se presentó como una compañera más, en apoyo a toda lucha social diciendo que era una exiliada política social del Perú.

Y fueron transcurriendo los días, y en todos los rincones de la escuela ya se comentaba que sí se formaría el nuevo Comité Estudiantil. Sólo esperábamos el día para la elección. Fue entonces cuando en el último fin de semana del mes de septiembre, la escuela fue asaltada por la noche, por sujetos vestidos de negro con capuchas y fuertemente armados. Interrumpieron en todos los dormitorios y *las Cabañas* donde vivían algunas de las *tías* y trabajadores del plantel.

Lo de aquella noche en Ayotzinapa lo recuerdo perfectamente. Fue un día domingo; yo había llegado de mi casa de Acapulco, porque había solicitado permiso para salir a traer unos documentos personales. Llegué como las siete de tarde. La escuela se sentía un poco sola. Me dirigí al comedor para ver si todavía alcanzaba a cenar algo, pero era demasiado tarde, ya estaba cerrado. Me fui al dormitorio y tampoco había

muchos compañeros (se encontraban en sus pueblos y otros habían ido a Tixtla porque era fin de semana), y como no había cenado nada me dirigí a Tixtla a buscar algo. Fui al mercadito del pueblo, donde se ofrecían ricos y sabrosos antojitos, como picaditas, enchiladas engañadas con su respectiva lechuga y rabanitos; tamales de dulce y heridos; atole blanco con sus dulces de calabaza y pachayota; tostadas, tacos dorados con su ensalada dulce; gorditas de garbanzo y frijol con sus semillitas de calabaza; tacos de chivo y cabeza de res; pozole blanco y verde acompañado de su rica botana. Había de dónde escoger.

Después de haber comido, escuché a lo lejos una música y le pregunté a la señora de la cena si había algún evento en especial. Ella me respondió:

—No, joven, es el baile que está en la cancha del Internado.

Entonces me dirigí al baile y así fue como conocí por primera vez la cancha del ex Internado N° 21 Adolfo Cienfuegos (hoy auditorio municipal). Era asombroso ver cuántos jóvenes se divertían bailando al son del grupo Los Piratas (sus temas del momento eran *Tamales de a peso de chivo travieso* y *Del otro lado del sol*) y La Súper Fórmula Musical, quienes armonizaban el baile. Entré en ambiente inmediatamente y me sentí en confianza porque había muchos compañeros de la Normal. El baile se alargó más tiempo, una buena razón para no regresar a nuestra institución.

Al término nos dirigimos hacia la escuela, eran entre la una y la una treinta de la mañana. Yo iba acompañado de mi compañero, mi amigo y primo, *la Canoa*. Nos regresamos caminando por los corrales. Cuando llegamos al dormitorio, todas las luces estaban prendidas y notamos un completo desorden: todas las colchonetas tiradas en el suelo, los *lockers* abiertos, la ropa de los compañeros dispersa por todo el dormitorio. Mi

primo me preguntaba: “¿Qué pasaría?, ¿por qué está todo esto así?” De pronto escuchamos que alguien nos intentaba hablar en voz muy baja. Era un compañero del grupo apodado *el Viejito*, quien había alcanzado a esconderse. Buscamos un lugar más seguro para escondernos los tres. Ya estando allí *el Viejito* nos explicó que habían llegado unos hombres vestidos de negro, encapuchados y fuertemente armados.

“Llegaron a prender las luces del dormitorio y sacaron a los pocos compañeros que se encontraban en esos momentos. Los golpearon con el puño y con unas tablas gruesas les apalearon las nalgas, la espalda y la cabeza. Los formaron y a cada uno le preguntaron que quiénes eran los líderes, quién era el más grillo, quién era el jefe de grupo. Nadie les contestó. Todos decían que ellos eran nuevos, que no sabían nada de lo que ellos querían saber. A un compañero que les dijo que su proceder estaba mal y que estaban cometiendo un atropello, le pegaron dos tablazos; luego se los llevaron hacia la terraza. Los formaron en fila india y les dijeron que no regresaran a verlos, porque si no les meterían unos buenos chingadazos.”

Después de lo que nos había dicho, acompañándome de mi primo, salimos para ir a ver qué pasaba en la plaza cívica de la escuela. Lo hicimos con mucho temor y precaución para que no fuéramos descubiertos y nos apresaran como a los otros. Por su parte, *el Viejito* fue a esperar en los corrales a los muchachos que regresaban de Tixtla, para advertirles lo que estaba pasando. Desde el lugar donde estábamos escondidos vimos cómo tenían a los pocos compañeros que pudieron detener. Les decían que se dejaran de *pendejadas*, que se dedicaran a estudiar y que dejaran de estar en contra del gobierno y de la Dirección, y que la próxima visita no iba a ser igual.

Después de esto, tomaron sus armas y se fueron como llegaron. Por fortuna no se llevaron a nadie. La acción la ha-

bían hecho para inducirnos miedo y que dejáramos las cosas como estaban.

He de reconocer que en esa noche fría y lluviosa, a la mayoría de mis compañeros y a mí nos invadió un miedo enorme, pero al mismo tiempo esto nos hacía reflexionar sobre lo que había pasado. Algunos regresaron a sus dormitorios aún asustados y otros nos dispersamos para resguardarnos, y al mismo tiempo vigilar por si algo nuevo sucedía. Al siguiente día los estudiantes nos reunimos en las canchas para hacer el recuento de los daños. Solamente algunos compañeros salieron con algunos raspones y descalabradas, mismos que fueron llevados a la enfermería de la Normal y atendidos por *el Doc*, la *tía Lupita* y la *tía Docha*. Fue allí donde se acordó que los líderes de cada grupo se reunieran con las autoridades educativas del plantel, maestros y trabajadores, para exigir respuestas de lo sucedido la noche pasada. Fue también allí donde nadie dio una explicación. El director en turno se lavó las manos, diciendo:

— Muchachos, tengan cuidado con su política estudiantil y sus relaciones con otros grupos políticos; se ve que los visitan muy seguido. Es mejor dejar las cosas como están.

Pero los compañeros decidieron continuar con la conformación del Comité de alumnos y nuevos representantes ante la FECSM.

A los pocos días de estos actos vandálicos, el director de la escuela — de apellido Méndez — fue removido de su cargo y transferido a otra dependencia. A la nueva Dirección llegaban dos personas: Marbán y el subdirector Vargas, los cuales siempre apoyaron a todos los estudiantes y estuvieron a favor de las causas justas para toda la población de Ayotzinapa. Demostraban lo anterior al laborar en conjunto con el apoyo de

los maestros y trabajadores manuales y de servicio para no permitir la llegada de otro director que fuera impuesto por la Secretaría de Educación y el sindicato *charro*, representado por la Sección XIV del SNTE.

Fue con esas condiciones que se formó el Comité de la sociedad de alumnos y los representantes ante la FECSM. A partir de ese tiempo las cosas fueron cambiando poco a poco, principalmente la cantidad y calidad de las raciones del comedor, pero sobre todo y lo más importante, el desarrollo político y social de los estudiantes. Ello originó que Ayotzinapa siguiera teniendo presencia en todos los actos de lucha de todas las normales rurales. Como ejemplo, en ese año (1979) Ayotzinapa encabezó el movimiento nacional de la FECSM, el movimiento de rechazados y el aumento de la matrícula escolar para todas las normales rurales del país. Agrego también que siempre se contó con el apoyo y participación de la población campesina del municipio de Tixtla.

Antes de que la memoria me empiece a traicionar

Lo escrito es parte de mí, es lo que vi, es lo que sentí y sigo sintiendo.

Un fraternal saludo a todos mis hermanos de Ayotzinapa, donde quiera que estén. Recuerden que lo que en *Ayotzi* se vivió siempre lo llevaremos grabado en el alma y el corazón.

Y a mis compañeros, amigos, hermanos fraternos con quienes formamos parte del glorioso grupo C, desde mi trincherera les mando un fuerte abrazo y una felicitación para todos los Boinas Verdes (*pelones*) presentes y ausentes:

Capirucho. Secretario general en 1981.

Perla Negra. Representante de la FECSM en 1979.

Taxco, Changa, Borracho, Memín, Choni, Radio, Vaca, Marra-

nita, Gordis, los Caciques 1 y 2, Canoa, Kilo, Mugre, Oso, Pichón, Llanero solitario, Cruda, Pizza, Dormida, Cousin, Papanoa, Berruco, Melchorizo, Reo, Cero, Chilpo, Ramona, Camarón, Viejito, Chino, Ada, Tripa, Cura, Atole, Lorenzo, Rascabuches, Lobo (representante de la FECSM en el año 1979) y Drácula.

Hasta la victoria siempre, hermanos.

Respetuosamente su hermano de siempre *el Lobo Feroz*.

EL CLUB DE DANZA DE AYOTZINAPA, UNA OPORTUNIDAD DE VIAJE Y VIDA

Cándido Salvador Domínguez Cruz
Generación 1980-1984

Mi ingreso a la Normal

Mi nombre es Cándido Salvador Domínguez Cruz. Nací en Santo Domingo Armenta, Oaxaca, precisamente al sureste de Cuajinicuilapa, a unos 20 kilómetros de distancia. En 1980 yo estudiaba el tercer grado (grupo A) en la Secundaria Técnica No. 12 de Cuajinicuilapa, Guerrero.

A principios de aquel año un maestro nos comentó a los de mi grupo que había una escuela, que era un internado, en la que los alumnos eran becados, tenían servicio de dormitorio y comedor. “Esa escuela es conocida como Ayotzinapa”, nos dijo. Nos informó de su ubicación y cómo llegar a ese lugar muy cercano a Tixtla.

Me entusiasmé y decidí hacer el intento de ingresar; por ello le expliqué a mi mamá y le pedí dinero para hacer el viaje a Ayotzinapa; al principio se negó, pero le rogué y por fin la convencí.

Recuerdo mi fascinación por el clima y la vegetación del lugar llamado El Ocotito: había visto los pinos por primera vez (recordemos que nací a unos 15 kilómetros del mar y no estaba familiarizado con la vegetación de coníferas). Hice dos

horas y media de Acapulco a la capital. Nunca había viajado a Chilpancingo.

Al llegar me di cuenta que Chilpancingo era una pequeña ciudad. Al bajarme del autobús pregunté cómo tomar un carro a Tixtla y algunas personas, muy amablemente, me dieron indicaciones. Durante el viaje a Tixtla me dio curiosidad y admiración el gran cerro por donde iba la carretera; primero se sube una enorme montaña y el sendero va rodeando y al mismo tiempo subiendo una enorme montaña. Por ello, en general la mayor parte del recorrido sentí miedo. Nunca había visto ese tipo de vegetación ni relieve. Eran prácticamente desconocidos para mí. Según las indicaciones que me dieron, debía bajarme antes de llegar a Tixtla. Le comenté al chofer que yo iba a la Normal de Ayotzinapa y me contestó que no me preocupara, que él me diría dónde bajarme; sin embargo, por las dudas, cada cinco minutos preguntaba si faltaba mucho, y algún pasajero me contestaba que ya merito. Por fin, después de casi 20 minutos de viaje, me dijo el chofer que me bajara en un lugar solitario y luego que descendiera las escaleras y ahí abajo encontraría la Normal.

Cuando me bajé del camión, en el lugar que después supe le llamaban *la Caseta*, sólo había un árbol grande y pensé: ¿Abajo está Ayotzinapa? No fui el único en bajarme ahí, recuerdo que éramos varios. Bajé los escalones y al final vi la majestuosa construcción del edificio que posteriormente supe era la Dirección, la biblioteca y otras oficinas.

Quedé admirado, primero por esa construcción — nunca había visto ese estilo de edificios — y después me sorprendió el paisaje de los árboles. El frío del ambiente también me impresionó; quedé enamorado del lugar y me dije: “Estudiaré en esta escuela”. Me recibieron en la Dirección, me revisaron los documentos y me dijeron que me faltaba la constancia de ba-

jos recursos o de pobreza; me dijeron que la única opción era que fuera con la autoridad de mi población y que la pidiera y me informaron que el último día de entrega de fichas sería el día siguiente, por cierto, viernes, hasta las 3 de la tarde.

Regresé a mi pueblo y fui a ver al presidente municipal a su casa. Él era un pastor de la iglesia llamada Evangélicos; por ese hecho y porque sabía la situación de pobreza de mi familia creí que sería amable conmigo. Me llevé una sorpresa porque me dijo que ya era muy tarde y que sólo hasta el otro día podría hacerme la constancia; le expliqué que debía viajar y salir muy temprano del pueblo. Una de sus hijas, como de 25 años, escuchó la plática y le dijo que ella me la podía hacer en la máquina de escribir; entonces él le contestó que si quería, que me la hiciera.

Su hija me hizo la constancia, él la firmó y selló; le pregunté cuánto era y me contestó que 100 pesos. Mi mamá me había dado exactamente los 100 pesos; pensé que era injusto que cobrara eso y más porque él no había escrito ni una letra; me molesté por el hecho de tener que pagar el costo.

Esa noche fui a ver a un amigo que se llama Esteban Rojas Narváez. Su papá tenía una camioneta pasajera, y le pedí que saliera muy temprano al día siguiente porque me urgía: me contestó que no me preocupara, que él me ayudaría. Así que al otro día me levanté a las 5 de la mañana y fui donde mi amigo, y sí salimos muy temprano hacia Cuajinicuilapa.

Recuerdo que me subí en la primera *flecha* (así le llamábamos a los autobuses de tercera clase en ese tiempo) que pasó hacia Acapulco; por ello me tocó viajar sin asiento, parado casi las cuatro horas de viaje. Lo mismo hice en Acapulco rumbo a Chilpancingo, tomé el primer autobús, aunque ahí sí encontré asiento.

Por fin llegué nuevamente a Ayotzinapa, como a la una de la tarde; había poca gente y me dieron la ficha 860. Recuerdo que fui de los últimos en recibir ficha para el examen de ingreso.

Nunca supe la razón por la que el examen de admisión, una semana después, se realizó en Chilapa. La noche anterior dormí en Acapulco; al otro día, madrugué y llegué a Chilapa como a las 9 de la mañana. Prácticamente fui de los últimos en llegar. Eso me puso nervioso. Poco después inició el examen. Nos dieron un tiempo límite de dos o tres horas, no recuerdo. Conté los reactivos: eran 120. En ese momento me puse a pensar que sólo ingresarían de ese salón aproximadamente ocho jóvenes; y me dije a mí mismo: “tengo que estar entre esos ocho”. En eso estaba cuando un maestro aplicador me preguntó de dónde era, le contesté que de *Cuaji*, para no darle tantas explicaciones. Me dijo que si yo ingresaba le invitara los puros, le contesté que sí y me reí; después de ingresar él me identificó, platicamos y hasta la fecha tengo contacto con él; se llama Baltazar Bonilla Vidal y es muy apreciado por la mayoría de los que fuimos sus alumnos.

Por cierto, sólo contesté como 90 reactivos, porque al terminar el tiempo establecido sonó un timbre y nos dijeron que alzáramos el lápiz, que ya no escribiéramos y que el examen había terminado. Me sentí triste porque no había contestado todas las preguntas y me entró la incertidumbre por el resultado; quería saber si quedaría en la lista de aceptados a la Normal. Regresé a mi pueblo. Mi mamá me preguntó cómo me había ido; le dije que tenía mis dudas.

Cuando llegó la fecha, viajé a Chilpancingo a comprar el periódico en el que se publicaron los resultados. Grande fue mi alegría al ver que mi nombre estaba en la lista, en el número 150 de 160 aceptados.

De hecho, ése era el principal requisito para entrar: pasar el examen; el otro era ser de origen humilde y pues yo lo era y lo sigo siendo; mi madre era lavandera y mi padre en ese entonces era alcohólico.

Ingreso al club de danza

Después de un mes de clases, la maestra Julia Ocampo nos comentó que necesitaba a varios alumnos de primer grado para integrar el club. Ella era delgada, de baja estatura (1.50 metros aproximadamente), morena, ojos chicos, pómulos prominentes y de pelo negro; carácter risueño, simpática y expresiva. Comúnmente decía lo que pensaba.

Me registré. La primera clase con ella y sus conocimientos fue a las dos de la tarde. Comenzó poniéndonos el baile “El carretero”, del estado de Jalisco y escogió a diez alumnos (entre los que me encontraba). Sentí una enorme satisfacción por haber quedado entre los elegidos. Con el pasar del tiempo, los que no quedaron en ese primer filtro tuvieron la oportunidad de integrarse.

También ingresaron al club de danza algunos de mi grupo, el Primero D: Carlos Castro Hernández de Atoyac, Vicente Díaz Ocampo, Juan Francisco Hernández Navarrete *el Ticui*, Adán Gómez Hesiquio *la Luna*, originario de Acatepec (falleció asesinado en 1996, me contaron), José Manuel Sánchez *la Pepsi* (QEPD) y Santa Cruz Hernández del primero B, entre otros.

Algunos miembros más veteranos del club de danza en ese año de 1980 eran Leopoldo Kantú, quien por cierto era excelente bailarín; Agustín Dorantes, quien era “el venado” en esa danza sonoreense; Antonio Gaytán Galeana, a quien le decíamos *el Apanguito*, por ser de ese municipio de la región Norte, y quien en ocasiones nos daba repasos a los que no nos salían los pasos; también participaba Enrique Naran-

jo Gómez, nacido en Taxco y, por último, Abelardo. En total éramos como 20 integrantes. Juan Francisco *El Ticui* estudió posteriormente danza y se especializó.

Los orígenes del club de danza

Investigué un poco sobre el origen del club de danza de la Normal con Marco Antonio Gaytán, *el Apanguito*, quien me dio la siguiente información:

“Durante el ciclo escolar 1979-1980 la clase de danza en la Normal fue impartida en los primeros meses del primer semestre por el profesor Asunción Sandoval, conocido como *Chony*. En ese entonces sólo existía el grupo de danza de forma esporádica, no se ensayaba continuamente.

Para el segundo semestre, el maestro cambió de institución y llegó la maestra Julia Ocampo Herrera. Ella había estudiado en el Instituto Regional de Bellas Artes de Cuernavaca (IRBAC), hoy extinto. En esos días se hizo cargo de la clase, pero también formó el club de danza de la escuela. Durante las clases, invitaba a los alumnos que destacaban por su habilidad, también a los que deseaban pertenecer”.

Después de unas semanas (quizá dos o tres), cuando ya eran como 20 o 25 más o menos (cabe señalar que había miembros de semestres superiores, pero eran pocos), nos reunió a los integrantes para plantear la manera en que el grupo funcionaría, los horarios y los días de ensayo.

Ensayábamos casi todos los días, después de la hora de comida (de dos a cuatro de la tarde) y al terminar la jornada escolar (de 6:30 a 9 de la noche). Poco a poco fuimos apren-

diendo los distintos pasos y danzas para montar las primeras coreografías y así preparamos las primeras presentaciones.

La maestra Julia siempre entregó el corazón para que este club de danza funcionara casi a la perfección; dedicó mucho de su tiempo para lograr el éxito en el trabajo; hizo gestiones para obtener recursos y adquirir el vestuario que se necesitaba y, en varias ocasiones trabajó con nosotros hasta los fines de semana para que las coreografías quedaran listas. También, para hacer más atractivo el espectáculo, preparaba coreografías donde ella misma participaba con todos nosotros, o bailaba un son de una sola pareja, mientras los demás elementos se cambiaban de vestuario para el próximo número.

Nuestras participaciones

En este grupo bailábamos sólo hombres. Al principio me sentía raro, pero pronto me acostumbré. La maestra Julia escogía bailes en los que se hacía destacar la habilidad de los hombres, algunos eran: “El gavilán”, “Los machetes” y “El caballito”, todos del estado de Jalisco; en “El gavilán” se simula el vuelo del gavilán con un gabán a las espaldas del hombre, que al alzar los brazos parecen alas batiéndose.

Mi primera presentación con el club fue en Chilpancingo, en el centro de la ciudad; también participó la Normal del CREN (Centro Regional de Educación Normal) de Iguala; supe que el maestro de danza de esa escuela era muy destacado y su grupo de danza bailaba realmente muy bien. Otro destacado maestro de danza que dirigía el grupo de la Escuela Normal Federal de Chilpancingo era Víctor Marroquín Cristóbal, que era también excelente.

Ésa fue mi primera presentación y obviamente cometí varios errores; sin embargo, no fueron graves y días después continuamos con los ensayos. Después de los ensayos, asistíamos nuevamente a las clases vespertinas.

Tiempo después me di cuenta de que el maestro de danza del CREN, el de la Normal Federal de Chilpancingo y la maestra Julia Ocampo, entre otros maestros, bailaban en un grupo de danza y se reunían periódicamente en Congresos.

Nuestros ensayos nunca los consideré un sacrificio, los veía siempre como un placer. Una de nuestras primeras presentaciones fue en Santa Teresa, cerca de Iguala; un lugar agradable con un público muy atento que aplaudió mucho; recuerdo que vi entre los asistentes a hermosas muchachas y pensé: “Ojalá estuviera más cerca Santa Teresa”.

Una actuación que me gustó mucho fue en un pueblo cercano a Chilpancingo, se llama Tepechicotlán, rumbo a Moctitlán y Colotlipa; quizá porque sentí que bailé mejor (ya me sentía con más confianza); también por la amabilidad de los maestros de la primaria, quienes nos invitaron para presentarnos ahí; me emocionaron más los aplausos de la gente y la cercanía de los niños que fueron a saludarnos.

Ahí presentamos un cuadro de bailes huastecos: “La rosa”, “La petenera”, en los que portábamos un vaso de doble fondo en la cabeza y nuestro traje era una cuera de gamuza.

Otra presentación fue en Tlacotepec. Lo que más recuerdo es el delicioso pozole rojo que nos invitaron al terminar de bailar, además del recorrido durante el viaje, ya que esta población se encuentra entre las montañas y se apreciaban hermosos paisajes.

Esas presentaciones me indicaron que estaba en el lugar correcto. Me gustaban los ensayos, las presentaciones, los aplausos y, sobre todo, conocer otros lugares a los que nunca había ido. Por supuesto que, además de los pasos de baile y las coreografías, aprendíamos sobre la cultura de diferentes pueblos: sus creencias, costumbres, formas de ser; todo esto se debe

representar en los pasos y en las actitudes proyectadas en las escenografías y presentaciones de los cuadros dancísticos.

Sin embargo, estando ahí otros maestros nos invitaron a ir a una población cercana llamada Tenango, del mismo municipio de Azoyú, también aledaña a Huehuetán, a unos 7 kilómetros más o menos. Recuerdo mucho Tenango por la gran amabilidad de sus habitantes y porque los niños de la primaria nos invitaron al río, el cual está a poca distancia de la población.

De ese viaje regresamos muy contentos, yo por haber conocido dos poblaciones muy diferentes en cuanto a su origen étnico: Huehuetán, con su población afromestiza, y Tenango, con gente blanca, al parecer mezcla de indígena y español; claro que de eso ya pasaron más de 30 años.

Obviamente nuestros viajes eran un poco incómodos en el camión de nuestra escuela, el cual tenía asientos de plástico y rectos. Nada que ver con los autobuses comerciales y lujosos de la actualidad. A ese camión le llamábamos *La hormiga*, porque tenía más o menos ese color. El chofer era Gonzalo Basilio, apodado por nosotros como *la Rosca*, supongo que porque era un poco gordito.

Cuando mi grupo iba en tercero, se organizó un concurso interno de danza en la Normal. Cada grupo debía ensayar sus propios bailables; el nuestro obtuvo el primer lugar; recuerdo que presentamos bailes huastecos y por primera vez bailamos “El querreque”. Fue una gran satisfacción ganar ese concurso para todos.

En abril de ese mismo año (tercer grado), a varios de mi grupo nos tocó hacer las prácticas pedagógicas de una semana en la población de Juchitán, y en la primaria más antigua de esa población.

La directora de la escuela preguntó que si algunos de nosotros podríamos ensayar unos bailables para el día de las

madres y le dijimos que sí; varios nos pusimos a ensayar con los alumnos de quinto y sexto grado.

Ensayamos durante tres días unos bailables de Jalisco, como “Los machetes”. Eso fue en la casa de mi compañero de grupo, Crescenciano Ayala Guzmán, quien precisamente es originario de esa población.

Esos fueron mis primeros bailables que ensayé como maestro de danza y fue una sensación grata ver a los niños bailando con los pasos y la coreografía que yo les adapté de acuerdo a su edad, experiencia y número de parejas disponibles. Ésa fue mi mejor satisfacción en esas prácticas pedagógicas realizadas en Juchitán.

Al único lugar que fuimos de la Costa Grande con el club de danza fue a Los Mogotes, un pequeño pueblo del municipio de Coyuca de Benítez, cerca de la famosa Barra de Coyuca. Ahí, la maestra Julia y yo ejecutamos un baile chiapaneco llamado “El riito”. Éste es un baile de una sola pareja que escenifica la conquista del hombre a la mujer y se realiza de la siguiente forma: la mujer va al arroyo por agua, en un descuido el hombre le roba su cantarito, al darse cuenta la mujer de que han robado su cantarito llora y es presa de la desesperación; el hombre ofrece devolverle el cántaro, pero con la condición de que acepte sus amores; al final del baile la mujer accede a ser su novia, por ello salen ya abrazados.

Lo chusco aquella vez fue que cuando ejecutamos este baile, la maestra Julia me propinó una fuerte cachetada. En los ensayos ella siempre hacía la mímica de la cachetada, mas nunca me la daba. Pero en el baile y por un descuido mío, me dio un fuerte golpe en la mejilla, lo cual arrancó carcajadas, gestos y palabras de asombro de la concurrencia, integrada por aproximadamente cien personas. Por supuesto, en el viaje de regreso esto fue motivo de bromas de todo tipo.

Otra anécdota que quiero compartirles es la siguiente: en el Barrio de San Lucas, de Tixtla, la costumbre durante la fiesta tradicional es bailar los sones de tarima. Aquella ocasión llegamos varios compañeros de la Normal a la celebración. Vimos que las parejas se alternaban el uso de la tarima y ejecutaban los bailes. Para ese entonces yo ya sabía bailar varios sones, conocía los giros y la maestra Julia nos había explicado que, a una señal de cualquier varón, éste podía alternar (subirse a la tarima) con la muchacha que estaba bailando o que incluso se podía cambiar a ambos participantes. Mis compañeros y amigos me animaron para que yo me subiera a bailar en la tarima con una muchacha que en ese momento estaba ya bailando; así que le hice una seña a su pareja y me subí a la tarima; bailé bien y mis compañeros me felicitaron. Demostré así la plena seguridad en mi persona para bailar y exponía a la vez en público la cultura aprendida en mi *alma mater*.

En una ocasión, debido a que también pertenecía al Comité Ejecutivo de la escuela, se me juntaron el mismo día dos actividades: la primera era un evento político en la Normal de Tamazulapan, Oaxaca, y la segunda, una presentación de danza en Chilpancingo.

Pretendía estar en ambas, pero era imposible, por los lugares y recorridos que tendría que hacer. Fue un dilema tomar la decisión, al final decidí ir al evento político, porque era responsable de una comisión y en ese momento era muy importante.

Le pedí a Carlos Castro que le dijera a la maestra Julia que no podía ir. Aunque no pasó a mayores, sé que ella se molestó: me llamó la atención y me pidió que no volviera a ocurrir. Sin embargo, para ese entonces yo ya iba a pasar a cuarto grado y por motivo de las prácticas ya casi no participé en el club.

Una presentación que me encantó fue la del aniversario de la escuela, la última semana de marzo en 1983, cuando Ayotzinapa cumplió 58 años.

Montamos una danza llamada “Pardos”, del estado de Zacatecas; el traje lo elaboramos a mano, con tiras de lata de aluminio de un jugo famoso que la mayoría consumíamos en esa época. Pues bien, esas tiras de aluminio se las pegamos con hilo a la camisa y a un short largo, todo el traje era negro y las tiras de aluminio al ritmo de la música sonaban; imaginen ese ruido que provocábamos al bailar. Fue muy llamativo para el público. Personificamos a cazadores, por ello portábamos un arco y flechas. También ejecutamos tres bailes del estado de Veracruz, que fueron “El Colás”, “El fandango veracruzano” y “El tilingo lingo”.

Esa presentación es una de las que más recuerdo; para ese momento yo bailaba mejor, por ello lo hacía con mayor seguridad y mis compañeros de danza y del grupo me decían que yo era uno de los mejores del club.

Al inicio del ciclo escolar 1983-1984, específicamente en octubre, a los de cuarto grado nos enviaron a las comunidades a dar nuestro servicio pedagógico; el cual fue de octubre a abril. A mí me enviaron a la población de Cuatro Bancos, municipio de Florencio Villarreal (conocido como Cruz Grande), en la Costa Chica.

En el mes de julio de 1984, nuestra escuela fue sede del II Congreso Nacional de la Danza Folclórica. No recuerdo si el Comité Estudiantil o la Dirección de la escuela, pidió a los organizadores que permitiera a dos alumnos participar. Al final el único participante fui yo; en realidad no era fácil decidir estar ahí, debido en primer lugar a que sólo éramos estudiantes de Normal básica y no maestros de danza; pero consulté con la maestra Julia y ella me explicó las actividades que se harían y me animó a participar.

Así que ahí estuve. Ese Congreso fue durante una semana; ensayábamos casi todo el día diversos estados de la Repú-

blica; también hubo una reunión para platicar algunos temas, entre ellos la conservación de la originalidad de la danza folclórica; debido a que había y hay una tendencia a modificar los bailables, de no conservar la forma tradicional en la que se ejecutan en los pueblos de origen. Mientras unos maestros afirman que hay que conservar los bailes en su forma original, otros apoyan que se modifiquen, por ello le cambian pasos, vestuario, etcétera, con el propósito de hacerlos más atractivos para el espectáculo, ése es el argumento.

Decidí pedir la palabra. Advertí que no era maestro de danza pero que mi criterio era que la danza conservara su originalidad. Me sentí satisfecho de haber dado mi opinión. Cabe señalar que los participantes, a pesar de mi corta edad e inexperiencia en el tema, respetaron mi opinión y no me ofendieron. Ésa fue mi participación en el club de danza de octubre de 1980 a julio de 1984.

Con respecto al tema de la conservación de la originalidad de la danza, comentaré un suceso diez años después, en 1994, en la ciudad de Puebla, donde estudié la Normal superior. En el mes de agosto hubo un evento de danza folclórica y ahí un grupo de danza de esa ciudad presentó bailes de tarima, claro, de Tixtla. Sin embargo, el traje e incluso los movimientos que las parejas realizaban con el pañuelo no eran como deben ser; ante esto, uno de mis compañeros de grupo me dijo que él creía que los movimientos del pañuelo no eran correctos; le contesté que efectivamente movían el pañuelo como si estuvieran bailando chilenas de la Costa Chica; concluimos que era un error que algunos maestros de danza hicieran cambios o modificaciones en los bailes. Hasta la fecha creo que modificar los bailes es un error.

Mi primera novia

Mi primera novia fue Ángela Guerrero, originaria de Tixtla. Sucedió cuando yo iba en segundo grado en la Normal y ella iba en tercer grado de secundaria; nuestro noviazgo fue breve, sólo duró un par de semanas. Sus padres al darse cuenta, la regañaron y le prohibieron tener novio; eso me mandó a decir y sus amistades me confirmaron que era cierto. Dos años después fue de las muy escasas personas que estuvo en mi clausura y me llevó un ramo de flores.

Unos meses después me enamoré de una alumna de la Escuela Normal Rural ubicada en Tamazulapan, Oaxaca. Su nombre es Laura Pacheco Villegas y egresó el mismo año que yo. Al principio ella correspondió a mi interés, pero después sus padres y hermanos le dijeron que yo era de un lugar muy lejano y ella me dijo que no estaba interesada en mí; de hecho, nunca fue mi novia, sin embargo, nuestro trato siempre fue amable y cordial.

Mis viajes a otras normales

Mis viajes a otras escuelas normales fueron de la siguiente forma: La que más visité fue la de Amilcingo, Morelos, en cinco ocasiones. Ahí tuve amistad con Lety, Marisol, Esther Anzures, Ángeles, Maricela Paniagua Carrillo, Dolores, Ada, Silvia, Gassina, Edith y Xóchitl. Recuerdo que eran famosas las muchachas de Corral Falso, Guerrero; debido principalmente a su simpatía.

Otra Escuela Normal que visité mucho fue la ubicada en Tamazulapan, Oaxaca. Ahí tuve amistad con Cruz, Mayra, Reyna, Olga, Flor y Ángela Peñafiel, la cual era una artista; ella podía tocar varios instrumentos musicales, entre ellos la marimba.

También fui como tres veces a la Normal ubicada en Te-teles, Puebla. En el primer viaje fuimos todo el 2° D y llevamos un autobús. Hicimos amistad con varias compañeras: Georgina (*Guina*), María de Jesús y Marina, entre otras. Ellas nos invitaron a los huertos de sus padres y por ahí recogimos y comimos muchas ciruelas; como era fin de semana nos fuimos hasta las playas de Nautla, Veracruz. En ese viaje me gustó mucho la ciudad de Martínez de La Torre, recuerdo que está entre las montañas y hace mucho frío. Después volví a esa escuela un par de veces.

Otra escuela fue la de Panotla, Tlaxcala. Me parece que fui dos o tres veces. Ahí tuve amistad con Heidi y Margarita.

De esos viajes tengo la siguiente anécdota: no recuerdo la fecha, pero creo que yo cursaba tercer año, había una situación de movilización por parte de esa Normal, y estábamos ahí. Decidí ir a la ciudad a comprar unas cosas; recuerdo que era de noche cuando regresaba y a una distancia de 100 metros de la escuela fuimos interceptados por policías judiciales, lo sé porque no portaban uniforme. Nos subieron a una camioneta y nos llevaron a un lugar apartado; al amanecer nos llevaron a los límites de Tlaxcala y el Estado de México. Éramos cinco estudiantes en total; nos bajaron en un lugar a unos 100 metros de la carretera, nos tiraron boca abajo y a los demás les dieron una patada, excepto a mí; tal vez porque en el interrogatorio les dije puras mentiras y creo que me creyeron; como despedida nos dijeron que si nos volvían a ver en Tlaxcala nos arrepentiríamos.

La otra escuela a la que fui más de una vez es la ubicada en el pueblo de Cañada Honda, a unos 20 minutos de la ciudad de Aguascalientes. Ahí tuve amistad con Cirila *la Peque* y Martha Guardado. Mis viajes a las normales rurales sólo fueron en los tres primeros grados.

La actividad política

En relación a la organización política estudiantil en los años 1980-1984, los dirigentes de la Normal fueron los siguientes:

Inocencio Vázquez García, *el Capirucho*, originario de Huamuxtitlán, el cual ya falleció (QEPD), según me platicó Luz Saturnino Garnelo Nájera, compañero de generación. Otro participante activo fue Roberto Gante Palacios, quien a la fecha participa en el SNTE de nuestra entidad. Otro es Jorge Batallar Viveros, conocido como *el Taxco*, por obvias razones. Otro camarada muy activo fue Uriel Ramírez, quien me dicen que vive en Zihuatanejo. Otro muy audaz fue Bertín, quien supe que vive en California desde los años ochenta.

La danza en la vida profesional de algunos egresados

Estoy enterado de que Enrique Naranjo, conocido en *Ayotzi* como *Quico*, egresado en 1985, hizo su vida laboral y profesional en el municipio de San Miguel de Allende, Guanajuato. Ahí es muy estimado y apreciado debido principalmente a que estudió Danza y dirigió varios grupos exitosos en esta disciplina.

Otro destacado excompañero, Marco Antonio Gaytán Galeana, *el Apanguito*, egresado de la Normal en 1983, me comentó que hizo sus estudios de Danza en el Instituto Regional de Bellas Artes de Cuernavaca (IRBAC), del cual se graduó como maestro de Danza.

Me comentó Toño, como le decía yo en *Ayotzi*, que él fue maestro de danza en Olinalá; en ese municipio estuvo desde 1983 y a partir de 1985 hasta 1996 dirigió diversos grupos de danza en algunas escuelas primarias; también allá formó y dirigió un grupo de danza magisterial.

Me platicó que tuvo participaciones destacadas, por lo que la Dirección de la Escuela Preparatoria No. 38 de Olinalá

le pidió que colaborara con ellos y así lo hizo durante tres ciclos escolares.

Posteriormente obtuvo cambio de adscripción y fue enviado a la zona 111 de Tepecoacuilco; ahí nuevamente formó grupos de danza con los niños de 3° a 6° y, obviamente, tuvo gran aceptación por parte de alumnos, maestros y padres de familia. Posteriormente solicitó y le aceptaron el cambio a Guanajuato y lo asignaron al municipio de Celaya. En esa región también organizó grupos de danza con los alumnos de su escuela, con la aceptación de la comunidad escolar.

También comentó que otro egresado, Ignacio García Vargas, originario de Ayutla, estudió Danza en ese mismo Instituto Regional de Bellas Artes de Cuernavaca.

El riito

Este baile chiapaneco que ya he mencionado anteriormente me trae gratos recuerdos. La primera vez que lo bailé fue en la población de Los Mogotes, municipio de Coyuca de Benítez (primer municipio de la Costa Grande) y que está muy cercano al mar. Este baile me trae también bellos recuerdos, ya que fue el que bailé con mi actual esposa, Floriberta Zacalapa Leal.

La danza en mi vida laboral

A partir de mi participación en el club de danza, durante mi vida profesional como maestro de primaria y telesecundaria en diversas escuelas, he puesto bailes de diversas regiones y estados de nuestro país, tales como: “El bolonchón”, “El raspapetate” y, por supuesto, el “El riito”, de Chiapas.

Participé como instructor en dos concursos de escoltas en mi Zona Escolar de Telesecundarias, la Número 054, con sede en Ometepec, Gro., con los alumnos de 2° grado de la

Escuela Telesecundaria Justo Sierra Méndez; ubicada en Villa Hidalgo, Municipio de Ometepec, en el ciclo escolar 2010-2011 y en el 2012-2013. En esos concursos, las dos veces que participé fui campeón de zona, incluso la segunda vez estuvimos a punto de ser campeones de la Región Costa Chica, pero al sargento se le olvidó la rutina en el minuto cuatro (de los ocho minutos que duraba la rutina); eso fue en la población de Horcasitas, Municipio de San Luis Acatlán. Digo que estuvimos “a punto de ser campeones” porque uno de los jurados, después del evento se me acercó y me dijo que mi escolta había sido la mejor, pero que como se le olvidó la rutina nos descalificaron.

Gracias por su atención.

AYOTZINAPA: PESARES, ALEGRÍAS Y SUEÑOS

Cleto Trujillo Salas
Generación 1982-1986

No recuerdo la fecha exacta, lo único que sé es que era el último domingo antes de partir a Tixtla. Corría el año 1982. Recién había concluido el Mundial de España, al cual nuestro país no pudo asistir porque quedó en tercer lugar del hexagonal, detrás de Honduras y El Salvador. Otro fracaso de nuestra selección nacional y una vez más el gran *Niño de oro*, Hugo Sánchez, nos defraudó.

Y precisamente por quedarme a jugar un partido de fútbol es que salí de mi pueblo hasta las nueve de la noche, ya tarde. Jugamos a las cuatro y terminamos como a eso de las seis. Me quedé un rato con mis camaradas, mis amigos de infancia, la prole. La indecisión era tremenda. Realmente me quería quedar al menos otro día con mis amigos y familiares, esto es verdad; y a la vez estaba muy animado porque iba a estudiar, a prepararme, a luchar por mi sueño de ser profesor, pero dejaría a aquellos con los que hasta entonces pasaba mi tiempo, ocupaban mis pensamientos y con quienes compartí mis mejores momentos: mis aliados, mis amigos y compañeros de fútbol.

Me separaría de mi madre, de mis hermanos, del hogar, de mi zona de confort, para incorporarme a la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos, de Ayotzinapa. Contaba con dieci-

séis años y nunca antes había viajado; sólo conocía parte del municipio de Acapulco. Pero no había marcha atrás. Aunque no estaba acostumbrado a dormir fuera del hogar, debía partir, había llegado la hora.

En aquel entonces un viaje a Tixtla duraba mínimo cuatro horas. Tomé mi mochila, todos mis sueños y esa juventud tan maravillosa. Con ellos al hombro partí. Aunque iba muy cansado por el partido, además de las emociones y los sentimientos, no pude dormir en el camión. Al llegar a la capital, Chilpancingo, lo primero que busqué fue un atole, sí eso... de champurrado. Por suerte encontré. ¡Uf, qué maravilloso me cayó! Uno que está acostumbrado al calor del trópico —con una temperatura de 20 a 22 grados— el clima frío es insoporrible. Eso me reanimó. Ya estaba cerca, una hora más.

Al llegar a la caseta de Ayotzinapa era ya como la una o dos de la mañana. Ahora sí, el agotamiento se me vino encima. Llevaba mucho sueño y quería una buena cama para descansar. Inicié el descenso de las escaleras. Todo mal iluminado, uno, dos..., cincuenta..., sesenta... Los ruidos de la noche me atemorizaban. Sesenta y cinco... algunos pájaros nocturnos cantando. Setenta... ¿serán búhos, lechuzas tal vez? Setenta y cuatro..., ¿un mochuelo quizá? Cien... No veía la hora de llegar. Ciento cincuenta..., ciento setenta..., doscientos..., por fin: doscientos setenta y seis escalones.

Era mi primera noche en la Normal. Esto no sería fácil, no había hecho mis reservaciones ji, jo, ji, je, je, jo. No sabía a dónde llegar. En los dormitorios, todo apagado. ¿Y ahora?, ¿qué hago?, ¿hacia dónde me dirijo?

Me paré frente a *la Caverna*, como llaman al dormitorio designado para los alumnos de nuevo ingreso ubicado bajando las escaleras de la terraza principal. Observé luz en la parte superior de un cubículo. Hacia allá me dirigí. Sin saber, llegué

donde estaban los del Comité Estudiantil y les dije que era nuevo. Me acabaron con las preguntas más comunes: mi lugar de procedencia, mi secundaria, que si ya conocía Tixtla, etcétera.

Yo, extenuado, sólo quería dormir. Me dijeron “pásale, novato, acomódate ahí donde puedas”. No miré ni un petate, ni una sábana, mucho menos una cama. No me desvestí, me dormí con mis tenis puestos, mi pantalón de mezclilla y una playera de algodón; me acosté sobre el piso, pero no pasaron ni cinco minutos, cuando me dormí de volada con mi bolsa como almohada. Más o menos a la hora y media el frío me despertó. Ya no traía puestos mis tenis, mis Converse nuevos, y mi mochila tampoco estaba en la cabeza. Lo que sí poseía era un cobertor que me mal cubría. Pese a eso me volví a abandonar y entre sueños me quejaba del robo. “Estos serán cuatro largos años de sufrimientos, tal vez de excesos, de tiranías, injusticias y atrocidades”, pensé entre sueños.

Al amanecer, no cabe duda que todo se ve diferente. Mi bolsa se encontraba bien acomodada encima de mis tenis. A un costado de mi cabeza estaba una cabecera limpia y cómoda, que supongo algún alumno piadoso me la colocó mientras reposaba. “¿Cómo habré dormido anoche?”, pensé. Ahora me arrepentía de mis pensamientos anteriores. Me puse a meditar cómo prejuzgamos a las personas cuando nos encontramos confundidos y temerosos. Me paré. Estaba ajustándome los tenis cuando entró un muchacho que la noche anterior me lanzó algunas preguntas.

— ¡Buenos días, *nuevo*! — me dijo.

— Buenos días — le contesté.

— Mira, te regalo este vaso, ve a desayunar, se te hará tarde.

— ¡Gracias!

Al llegar al comedor, un grito insoportable, aterrador, diría yo. Al principio no entendía lo que gritaban, no com-

prendía nada. Un grupo de niños de mi edad, mirando asustados a su alrededor; unos trasquilados, otros pelones a rape, todos con los ojos saltones. Puse atención a las exclamaciones: “¡Pelos nuevos!, ¡pelo, pelo, pelo!” Rapaban a los de nuevo ingreso. Me identifiqué con ellos, con los nuevos, como yo. Desde ese momento un lazo de solidaridad, de empatía, de una amistad futura nos unió.

No, no quería caer en manos de mis compañeros de los grupos superiores, temía por mi pelo al estilo del ecuatoriano Ítalo Estupiñán, o del mexicano Leonardo Cuéllar o mejor dicho, al igual que mi ídolo el futbolista peruano Gerónimo *la Patrulla* Barbadillo. Así que decidí salvarlo como fuera posible. En la noche, igual que si fuera gallina o un deportista que tiene prohibido desvelarse, me acosté temprano. No serían ni las ocho de la noche. Todo estaba bien planeado, no podía fallar. Mi melena china y esponjosa debía salvarse.

A eso de las doce de la noche, cuando la noche es más silenciosa y te permite escuchar cualquier ruido — más si estás aterrorizado o con mucho miedo, como yo lo estaba — desperté. Escuché los preparativos de los camaradas dispuestos a dejarnos pelones. Despacio, con el mayor sigilo posible, agarré mi cobertor y mis sandalias y salí de *la Caverna*. Ya había hecho amigos, sin embargo, a nadie le comenté de mi determinación, pues la mayoría de los nuevos estaban ya pelones. No podían cuidar nada más.

¿Y ahora, hacia dónde dirigirme? ¡Eureka!, ¡los corrales! Corrí con las precauciones necesarias. Busqué dónde pasar la noche y ¡oh, sorpresa!, muchos jóvenes de primero pensaron lo mismo que yo. Allí nos encontrábamos reunidos. Empezamos a platicar y a estrecharnos aún más en la amistad. Escuchábamos a los grupos superiores gritar: “¡Pelo, pelo!” Cada que esto ocurría, guardábamos silencio. Por momentos se nos

olvidaba lo que acontecía en los dormitorios de primero y conversábamos como si nada. Pero también se nos venían a la mente las tijeras y todo objeto que pudiera servir para quitarnos el cabello. No queríamos estar en el lugar de los compañeros que en ese instante perdían su cabellera.

Al empezar a clarear el día regresamos, tranquilos, aunque desvelados. El desayuno normal con los gritos que ya conocíamos para amedrentar u obligar a los nuevos a dejar su cabeza como *bola de billar*. De allí a las clases. El trato de camaradería de los profesores y de nuestros condiscípulos, ni se diga; aunque sí nos veían de diferente manera, pues sobresalíamos por nuestra cabellera. En la hora de comida no pasaba nada, igual sólo gritos. Al llegar la tarde-noche, a la hora de la cena, de nuevo a replantear lo que haría al caer el ocaso para escapar del corte de pelo.

Así anduve como tres o cuatro noches, hasta que una madrugada al salir de los corrales me encontré con un grupo de cinco o seis muchachos de tercer grado. Comenzaron a gritar: “¡Pelo nuevo!” Ni modo, creo que llegó mi momento. Si ése era mi destino tendría que cumplirlo. Antes de raparme me preguntaron mi nombre; decían que si uno de nosotros era famoso en el futuro —para lo que sea: la música, el arte, los deportes, el estudio, en fin—, ellos se jactarían y dirían: “Yo *pelé* a fulano de tal cuando llegó a la escuela”. No sé por qué no les mentí y les di un nombre falso, de todas maneras, al correr de los meses o años, no darían con quien le dieron rape.

Uno tomó su libreta y su lapicero. Dije mi nombre. Al escuchar mis apellidos uno de ellos (el más alto) me dijo que lo repitiera. Así lo hice. Entonces me preguntó que de dónde era, y sentí un gran orgullo al decirles:

—Del pueblo de las ilusiones, Tres Palos.

—¡Ah, eres de Acapulco! —Le contesté con un “No” rotundo. Creo que entendieron que existe una gran diferencia

entre el bello puerto de Acapulco y el paraíso terrenal. Perteneczo al municipio, que es diferente.

—No importa, eres mi primo —me dijo uno. Me dio su nombre y apellido, y me dijo que él era de Acapulco y que su familia era de mi pueblo. Eso salvó mi cabellera. Me comenzó a llamar *primo* y nos fuimos todos juntos a desayunar. “Ya no dormirás en los corrales, te puedes quedar en el ala del dormitorio donde estamos la mitad del grupo.”

Así que por unas cuantas noches dormí en tercer grado, no recuerdo en qué sección, creo era la B, pero no estoy seguro. Mi primo, *el Perico* Salas me brindó su protección. Sin embargo no me sentía bien. Las miradas de mis compañeros se clavaban en mis ojos como dagas al corazón. Sí me trataban bien, pero no sentía esa paz, esa sensación de amistad que había disfrutado y siempre se ha pregonado en esta bella institución.

De repente le dije al *Perico*:

—Hoy es la última noche que estoy con ustedes. Mañana me voy a *la Caverna* con los de mi grupo, el primero D.

—Muy bien— me contestó— pero vas a perder la cabellera.

Al otro día temprano me fui a desayunar. Después de hacerlo me presenté a la peluquería. El *tío* aún no abría. En cuanto llegó me dispuse a ayudarlo. Cuando vi que él ya estaba dispuesto a trabajar le dije: “*Tío*, a rape como el famoso Kojak”. Al llegar a clases mis camaradas me veían asombrados. No hubo comentario alguno, o tal vez no los noté, pero a partir de ese instante nos hermanamos aún más de lo que ya lo estábamos.

Poco a poco me fui dando a conocer en la institución, pero aún no era muy sólido mi prestigio, primeramente, porque no tenía un sobrenombre muy conocido, luego entonces necesitaba un apodo. Muchas veces eso te lo dan tus acciones, tu físico, tus logros o bien las hazañas. Algunos camaradas de otros grupos me empezaron a llamar *Batocletti*, tal vez por

mi nombre, *Cleto*. Otros más *Barbadillo*, quizás por el parecido físico con mi ídolo Gerónimo. Y muchos me llamaban *Patrulla*, pues es el mote de este jugador peruano que dejó escuela en la Universidad Autónoma de Nuevo León. Admito que este último fue el que más me encantaba, sin embargo, sólo el tiempo podía determinar.

Mis hermanos del grupo D fueron más creativos, ellos sí se *desesaron*. No sé cuántas neuronas hayan perdido para encontrarme un apodo que me quedara muy bien, que me fascinara y que realmente me identificara. Ellos simplemente me llamaron *Negro*, así sin más. Así que desde entonces me conocieron como *el Negro*, aunque otros compas de otros grupos u otras generaciones me llamen *Bato*, *Barbadillo*, *Patrulla* o *Cleto*. Para mi grupo, que son como mi familia, soy sencillamente *el Negro*.

Después de mis primeros cuatro meses en la Normal llegaron las primeras vacaciones, tan anheladas y deseadas. Feliz me regresé a mi pueblo, el de las ilusiones, con mis amigos, mi familia y con todos mis seres queridos.

Unas semanas después de haber disfrutado el merecido descanso, regresamos a nuestra *alma mater*. Tendría que olvidarme de los baños en la laguna de Tres Palos para refrescarme por un momento y olvidar el calor; dejar a un lado las mañanas —muy temprano— de ir a pescar. Aún saboreo los pescados llamados cuatetes en caldo con camarones, un chorrito de limón, tortillas aplaudidas y una Coca Cola bien fría. O acaso una carpa al mojo de ajo, una salsa macha y un agua fresca de jamaica. Tendría que guardar la resortera, ésa de ligas sordas, para una mejor ocasión. Olvidarme de salir a la calle para ver a quién encontraba y juntos hacer planes para próximas empresas, inéditas travesuras, o sucesos no contemplados sino hasta un instante antes de cometerlos. La mayor felicidad es vivir la vida sin problemas, donde cada día es una nueva oportunidad de realizarse plenamente como ser humano.

Quedó atrás diciembre, sus posadas, los cantos, ponches, la cena de Navidad, los abrazos y deseos del nuevo año. Las idas con mis amigos a las huertas por cocos frescos, partirlos, comérselos con salsa búfalo y limón ¡Para qué quiero mariscos! Escuchar a nuestros ídolos de siempre, Pablo Milanes, Silvio Rodríguez, Roberto Carlos, Julio Iglesias, Camilo Sesto, José José, Juan Gabriel, José Feliciano, Joan Manuel Serrat y un sinfín de grandes artistas, esos que sí cantan. Relegar también los encuentros deportivos, el ya característico “Solteros vs. Casados”; tener que cambiar el chip para enrolarse una vez más a la vida de estudiante. Esperar una vez más las vacaciones, anhelar la Semana Santa hasta abril, aunque algunas veces caía en marzo, siendo San José el Santo Patrono del pueblo —sin embargo, en mi comunidad la feria la hacen un mes después—. No me quedaba más que esperar para volver a estar con mis paisanos un buen tiempo juntos.

Los primeros días de enero de aquel ya muy lejano 1983, el frío invernal me dio la bienvenida, antes, mucho antes que mis compañeros. Aunque en mi pueblo se siente un poco de fresco en esa época, no lo podemos comparar con el clima de Tixtla, la baja temperatura es muy característica en esta ciudad. Volví a usar mis chamarras, muy apreciadas, no por el valor monetario, sino por el sentimental; aquellas que había olvidado por unos días, esas que tenían el logo al lado izquierdo, con la tortuga como símbolo y la fuente detrás de ella.

Regresé a la escuela, a saborear el atole que tan amorosamente era preparado por las *tías*. Al recordar aquellos tiempos se despierta en mí aquel chico revolucionario, rebelde. Me acuerdo del profesor y poeta Humberto Ibarra Luna, *el Hermano negro*, quien era un poeta guerrerense nacido en la Costa Grande, con alma revolucionaria —siempre a favor del pueblo—, luchador incansable principalmente contra las

injusticias y atropellos cometidos por el gobierno. *El Hermano negro* alimentó nuestras almas revolucionarias durante el tiempo que permanecemos en la institución, siendo un visitante continuo; y gracias a él muchos de nosotros adquirimos el gusto por la poesía. Nadie como él para declamar esos poemas que para nosotros son ya inolvidables por lo que representan: “Hermano Negro”, “Felipe”, “Dolor por la muerte de un negro”, “Crónica y consigna”, “Maestrito de pueblo”, “Lenta agonía”, “Ya no engañen a mi gente”, “México, ¿quién cree en ti?”

Aquel enero y aquel año aún dormiríamos en *la Caverna*. Posteriormente, en 1984, 1985 y 1986 lo haríamos en los dormitorios frente a la clínica. Y ahí tuvimos nueva vista, los árboles de eucaliptos muy altos y, por supuesto, nuevos cantos, otros susurros. La cancha de tenis, la panadería, el pozo, la plazoleta y el correo ya no los tuvimos tan cerca.

Pero en enero de 1983, en *las Cavernas* fue donde me encontré de nuevo con mis hermanos *el Paisa, la Boja, el Vetarro, la Momia, el Cuche, la Tarecua, el Frijol, la Changa, el Tara, el Mudo* y todos los demás. Eso era motivo de fiestas y algarabías. Las noches se nos hacían pequeñas para hacer el recuento de lo que habíamos pasado en el receso.

Y de nuevo a clases, hablar de historia, mirar asombrado cómo el maestro realizaba las ecuaciones de primer y segundo grado; leer a los grandes escritores, asistir a las movilizaciones, reclamar a las autoridades educativas y del gobierno el mejoramiento de las condiciones materiales y de alimentación que tanta falta nos hacían. Sí, esas movilizaciones con la mano izquierda arriba y lanzando nuestras consignas, en suma, volver a las exigencias continuas de un buen estudiante.

Ya nos conocíamos lo suficiente con los compas y los maestros, así que no nos podíamos engañar. Todos estábamos

ansiosos porque se acercaba el aniversario de nuestra escuela. Todos se preparaban: unos para participar, otros sólo para deleitarse en las celebraciones. El año anterior mis compañeros de grupos superiores disfrutaron a más no poder. Sin embargo, según me contaron, se perdieron algunas actividades, pues no se puede estar en dos o tres lugares al mismo tiempo.

La música era practicada por mis camaradas *el Brujo mayor*, *Tinoco*, *Robledo*, entre otros, y ellos supongo que estarían pendientes de las actividades en las que algo debían de aprender para mejorar su trato a la guitarra. Entre los que recuerdo que les gustaba el baile, *el Chubasco*, *Juancho* y *Aguirre Mendoza* también disfrutarían de los espectáculos de danza. Sin embargo, las actividades que siempre atraen a la mayoría son el básquetbol y el fut. Aquellos que no participarían, siempre buscaban la manera de emplear su tiempo en algunas actividades de su agrado. De cada uno de nosotros dependía qué hacer en el tiempo libre. Así que íbamos a clases en la mañana y por la tarde yo me preparaba para jugar con la selección de fútbol. Cuando no entrenábamos en el campo y tampoco me daban ganas de patear el balón, agarraba mis tenis y me iba a correr, algunas veces hasta la presa, otras ocasiones sólo subía las escaleras y retornaba por la entrada que está antes de llegar a Tixtla.

Referente a las competencias de atletismo, de los pocos que vi y me di cuenta que estaban preparándose para los maratones, son *el Garapacho* y *el Brujo menor*, pues en algunas ocasiones me los encontraba y dos o tres veces fuimos juntos. Aquí lo importante no era ganar, sino superarnos a nosotros mismos, o por lo menos ésa es mi forma de pensar. Por esos días ya las pláticas eran referentes a las diversas actividades por realizarse: si la Normal sería capaz de obtener una vez más el primer lugar de fut y estar en el podio de los ganadores en básquetbol. Preparábamos un verdadero trabuco tanto en

fútbol como en básquetbol para esperar a las diversas delegaciones de las normales rurales del país.

Por las noches nos reuníamos para conversar la manera en que recibiríamos a nuestras compañeras de Tamazulapan, Oaxaca, Normal Rural con la moda de internado para mujeres, quienes eran las que más cariño, solidaridad y empatía nos mostraban. Posteriormente nos poníamos a cantar y, sobre todo, a contar chistes y todo cuanto pudiéramos y supiéramos para pasar momentos que ahora son añorados.

Les puedo hablar un poco de la selección de fútbol y afirmar que contaba con estupendos jugadores, *el Mudo, el Ocotito, el Negro, el Plátano, la Avispa, el Melo, Chava, el Ray*. Son los que más recuerdo, que me disculpen los demás compañeros, sin embargo, puedo afirmar que había una estupenda camada de excelentes deportistas y mejores amigos. Con la selección de básquetbol no me meto pues realmente no tuve tiempo para verlos. En cambio, había camaradas que les encantaba ese deporte: *el Ticui, el Tara, el Vetarro, la Ñonguita, el Mudo, la Momia*. Ellos podían darnos un panorama más amplio respecto de las posibilidades de que nuestra selección triunfara.

Para ese entonces yo casi no asistía a Tixtla, me dormía temprano, como consecuencia estaba listo para las clases y los entrenamientos. Empero, una tarde me bañé temprano y a la hora de la cena fui uno de los primeros en estar presente en el comedor; después una estupenda cena. No fue algo diferente de los ya acostumbrados frijoles con queso, tortillas, pan y atole. En cambio, me supieron a gloria, nunca supe a qué se debió. Al hambre tal vez, o al momento de felicidad que disfrutaba en ese instante. Pasé al dormitorio a darme los últimos toques para ir a la ciudad. Me fui por los corrales recordando la canción “El jardín del vecino”, de Roberto Carlos. “Hoy yo desperté pensando, el sueño que tuve anoche, sentado me

puse a recordar del sueño que tuve, del sueño que tuve, del sueño que tuve”. Al llegar al zócalo lo primero que hice fue comprarme cinco pesos de semillitas. ¿Cuánto dinero podía cargar alguien que está esperando el Presupuesto de Recreación Estudiantil (llamado por sus siglas PRE y que era el presupuesto diario asignado para cada estudiante para alimentación) para darse aquellos pequeños lujos que varios de mis compañeros sí se daban más seguido? Muchos de mis camaradas compraban sus torrejas, sus atoles blancos, sus tostadas con verduras dulce o natural, algunos asistían al cine, otros iban al billar, los menos se tomaban sus cervezas. La mayoría visitaba a sus novias.

Ahora me acuerdo que me apoderaba de mi cucurucho y no lo soltaba hasta que estaba vacío. Una a una les quitaba la cáscara y me las comía. No recuerdo haber visitado a una novia; a mí me preocupaban mis estudios, el deporte, los buenos libros, la música, los amigos, mi familia. En serio no recuerdo haber tenido alguna. ¿Será que los caballeros no tenemos memoria?! O tal vez la causa haya sido que nadie despertó en mí ese sentimiento o viceversa, yo no avivé el fuego en ninguna muchacha. Podría buscar miles de excusas, pero realmente no sé el porqué.

Cuando me juntaba con los compañeros, las pláticas giraban en torno a los deportes y a recordar nuestros pueblos, sus calles, sus casas. Siempre he considerado mi pueblo como el paraíso terrenal, donde todos nos conocemos, la mayoría somos familiares. Añorar lo que se deja es una peculiaridad del ser humano. ¡Qué paradoja tan grande!, cuando estaba en mi pueblo mis charlas eran de mi escuela, mis camaradas, las luchas por conseguir mejores condiciones, los encuentros internos, las canchas deportivas, ¡qué bellezas la alberca, el comedor, la biblioteca!

Esa noche fue de las pocas que asistí a Tixtla, antes de los juegos deportivos y culturales por el aniversario de nuestra bella e histórica Ayotzinapa. Anteriormente, no había tenido una razón válida, fuerte, prioritaria, que me cautivara para asistir a la Tierra de Don Vicente Guerrero. Nadie me echaría de menos, si acaso las que venden semillas, tal vez mis hermanos con los cuales nos íbamos cantando, haciendo desorden, caos, jolgorio, nadie más.

Antes de aquella vez, por las noches me dedicaba a leer, y fue algo que hice toda mi estadía en Ayotzinapa. Me leí todos los libros de Juan Sánchez Andraka, *Un mexicano más*, aunque ya lo había leído fue de los primeros y hasta la fecha me sigue gustando. De Gabriel García Márquez, aunque para muchos *Cien años de soledad* es el mejor, su obra cumbre, para mí —y pese a que aquel libro me fascina demasiado— nada mejor que *El Amor en los tiempos del cólera*. Me identifico con Florentino Ariza, un hombre de perfil bajo, aunque contó con muchas aventuras sólo tuvo un gran y único amor, Fermina Daza. Un ser muy paciente, constante, meticuloso, dedicado, capaz de esperar valeroso; un insensato, arriesgado e irreflexivo. No encuentro el motivo, la coincidencia con mi persona, sin embargo, aún sueño despierto con esa fantasía de ser el personaje principal de la trama.

También en ese entonces empecé a jugar ajedrez con cierta maestría. El dominó se convirtió en uno de mis juegos predilectos. No me llamaba tanto la atención la baraja, pero también aprendí a jugarla. Y continué leyendo a los clásicos: Juan Rulfo, Isabel Allende, George Orwell, Ernest Hemingway, Franz Kafka, León Tolstói, Bruno Traven. Desde ese entonces me apegué más y más a la lectura. Posteriormente y hasta la fecha no he dejado de leer, continuamente investigo nuevos autores, diferentes libros.

Pero volviendo a los primeros meses del 83, mi mayor inspiración y lo que me quitaba el sueño en ese entonces, era el aniversario, la fecha a cada instante estaba más cerca. Y cuando lograba dormir, mis sueños estaban relacionados a eso, lograr un papel decoroso era lo más anhelado.

No recuerdo cómo nos llegó la noticia de que las normales rurales no asistirían a participar en este evento tan anhelado por nosotros. Irían compañeros sólo como espectadores y los encuentros se realizarían de manera interna. Esto nos cayó como un baño de agua helada; sin embargo, con tristeza y todo debíamos participar, pues es el festejo de nuestra institución.

Marzo, se llegó la semana de los juegos, se fueron desahogando las diversas actividades, la selección de fútbol estaría arrasando para ese entonces. Ese día nos tocó descansar, escogí atletismo para mirar, extasiarme con la participación de mis compañeros, apoyarlos en el maratón... ¡Uf! cuarenta y dos kilómetros ciento noventa y cinco metros, o cuarenta y dos mil ciento noventa y cinco metros, demasiada distancia. Aun veinte kilómetros es mucho para quienes no estamos acostumbrados a este deporte. Es más, diez kilómetros es una distancia de respeto. Se llegó la hora de la competencia de cinco kilómetros, una distancia un poco más cómoda. Recuerdo que antes de iniciar daban oportunidad para inscribirse a todo aquél que lo deseara, pues siempre existían aquellos que de última hora deciden participar.

Estando con mis hermanos a un lado de la pista les comenté que si me lo proponía podía ser un gran corredor de los cinco kilómetros, entonces un compa dijo:

—Pues, ¿qué esperas?, es el momento preciso para iniciar.

No faltó quienes hicieron eco a quien propuso que participara. Yo sólo sonreí porque había pensado en voz alta. Realmente no sabía si me tenían confianza o me querían ver hacer

el ridículo, y entre que sí o no, me armé de valor y me anoté. Fui el último en inscribirme.

De volada me fui al dormitorio y me cambié presuroso. Iniciaron las bromas antes que la competencia.

— Mejor te hubieras anotado en los cien metros, o en los doscientos, cualquiera que fuera de velocidad.

— Mira, no tardaste nada, hubieras roto todos los récords.

Y era cierto, veloz como el viento llegué listo para arrancar, ya con eso consideraba el calentamiento, mientras los otros hicieron sus movimientos precompetitivos, yo raudo fui y vine.

Dar doce vueltas y media a la cancha, miraba a mi alrededor y me dominaban los nervios, yo no era un corredor de fondo, a mí me gustaba el voleibol, el fútbol, la carne de marrano, el atole, las torrijas y sobre todo las semillitas, pero no los 5,000 metros. La ansiedad me traicionaba, quería abandonar antes de iniciar, me faltaba la vitalidad que tenía para otras actividades, carecía de las fuerzas, el empuje y la garra. Debía abandonar para así evitar las burlas, el sarcasmo o el escarnio. No miraba cómo salir de ésta, pues si abandonaba, la decepción era lo mismo, estaba entre la espada y la pared, era un círculo vicioso, me dispuse a salir.

La orden fue dada, arrancamos. Lo dije antes, no era un corredor, aunque sí tenía noción de lo que se trataba. Entonces salí como una flecha, o como una bala. En la primera vuelta y media ya les había sacado fácil unos doscientos metros de ventaja. No, eso no estaba bien, algo andaba mal, decidí bajar la velocidad por dos razones obvias, fáciles de comprender. Primero para ir en el bloque de los de adelante y segundo, porque ya me empezaba a cansar, sentía que me faltaba el aire, esto me debería de servir para meditar, pensar mejor, preparar una estrategia de momento, sorprenderlos.

Resulta que el sorprendido fui yo, la mayoría de los participantes estaban acostumbrados a estos ritmos de carreras, ya

tenían experiencia. De momento aceleraban en una vuelta o en 300 metros, luego despacio y vuelta a imprimir mayor velocidad. Sentía que mis piernas no resistirían, me calmé y decidí correr a mi propio ritmo. Bueno al fin y al cabo yo estaba compitiendo contra mí mismo, debería mejorar mi duración. Pero, ¿cuál era mi tiempo? ¿Tendría alguna oportunidad de ganar? Total, eso no importaba, ahora mi meta era concluir la carrera, ése era mi propósito, con terminar me daba por bien servido.

Cuando me di cuenta iba al final de la competencia, veía a todos delante, pero me sentía bien, comprendí que podía terminar y realmente era capaz, pues mi cuerpo lo gritaba a cada paso. Sí, retrasado, pero alcanzando el objetivo. Además, yo no me preparé para esto, es más, si fui el último en inscribirme, sería lógico (pensaba) quedar en último lugar. Todas las excusas posibles, reincidir en lo más fácil, lo más cómodo, dejar de luchar.

Al hacer el recorrido iba pensando en las tardes y las mañanas de entrenamiento. Meditaba también en mis amigos de la Normal y de mi pueblo. Recordaba a mi comunidad Tres Palos, su gente luchona, quienes no se dejan vencer por un obstáculo cualquiera; y yo no podía ser la excepción. Vino a mi mente mi niñez corriendo ida y vuelta al lago sólo por ir, sin ningún objetivo sino por el ejercicio en sí, todo pasaba por mi mente como un sueño, no me sentía cansado, es más, estaba reconfortado, tranquilo, en paz.

Al cabo de cuatro vueltas continuaba en último lugar, lejos, muy lejos de los primeros lugares. Pero me sentía descansado y algunos corredores estaban a escasos cien metros, decidí dar el resto, no podía pasar nada más que sufrir algún calambre, o desfallecer de cansancio, pero intentar rebasar a unos cuantos y si no podía no ocurriría nada. Todo era mejor que dejar de intentar, de insistir, todo.

Aceleré. Mis piernas respondieron al impulso, no sentía cansancio alguno, pareciera que no hubiese recorrido unos

tres kilómetros, sentí que volaba, poco a poco empecé a dejar a mis contrarios tras de mí. Luego de unas dos vueltas, aún miraba a varios participantes enfrente, seguí acelerando y en serio no sentía el cansancio. Seguí pasando uno a uno a los contrarios cual si fueran conos o árboles. Ya iba en la última vuelta y yo como en sexto o séptimo lugar, podía dar más, lo intentaría. Llegué al quinto..., al cuarto..., cuando faltaban como doscientos metros eché el resto... ¡Bravo! ¡Tercer lugar en 5 kilómetros! ¿Qué hubiese pasado si hubiera acelerado antes? ¿Por qué no me preparé para esto?

Ahora a festejar, mis amigos muy contentos me echaron los brazos al hombro, nos fuimos gritando de felicidad a nuestros cubículos, hicimos planes para ir a Tixtla a celebrar mi triunfo. Era el momento de las torrejas con atole blanco, darme el lujo de las doradas, tal vez unas cervezas frías, de esas que aún no había probado. Primero cenaríamos en la Normal, pues no despreciaríamos los manjares que se dan por esas fechas.

En esta semana de aniversario, el desayuno, la comida y la cena son extraordinarios. Veán que no sólo por los distintos eventos amamos los cumpleaños de nuestra institución. Hacemos nuevos amigos, vienen las distintas escuelas hermanas, pueden asistir familiares que poco nos visitan. Realmente es una fiesta que engalana a la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos y, por qué no decirlo, también a Tixtla, pues en esa semana se miran muchos extranjeros que disfrutan esta hermosa ciudad.

Después de una deliciosa cena, tomé mis utensilios de baño y me duché. Hoy sería mi noche ¡Platicar con las chicas de otras normales! O quizás con las jóvenes de Tixtla, me sentía seguro por fin, después de mi gran logro; ¿Quién no siente esa garantía de su persona? Escogí mi mejor pantalón y mi mejor camisa, ¡los únicos presentables! Me puse los tenis, me

perfumé y me peiné con esas peinetas exclusivas para los de pelo chino, todo el afro bien pomposo.

Estando listo para irme me recosté un momento, sí estaba cansado. Sin querer me quedé dormido y no desperté sino hasta que llegaron mis compañeros, serían como las dos o tres de la mañana, enojados conmigo por no haber festejado con ellos. Todo lo que les dije no sirvió de nada. Y yo con mis ilusiones destrozadas, con mis sueños deshechos, ni modo... las muchachas y las chelas deben esperar. Hasta el próximo año quizás, o tal vez antes... Posiblemente ocurra un milagro y pueda gastar dinero sin pensar que después me haga falta para los pasajes, o para alguna emergencia... Todo puede ocurrir...

Pasé cuatro años en esta escuela y sí, sin temor a equivocarme fueron los más hermosos, los más bellos, los más inolvidables de mi vida. Si tuviera la oportunidad de regresar el tiempo, me gustaría volver a vivir esa época de 1982-1986. ¡Qué lejos veo ese tiempo! Y ahora me encuentro con mis compañeros de vez en cuando. Sí, con mis camaradas, sí, con mis hermanos del alma. Cada que nos podemos reunir platicamos las mismas anécdotas, pero con otras palabras y otros gestos. Ahora ya conocemos a las esposas de nuestros camaradas, a sus hijos, es decir, a nuestras cuñadas y sobrinos, porque realmente nos vemos como hermanos. Gracias a nuestra institución donde vivimos grandes e inolvidables momentos, **¡que viva por siempre Ayotzinapa!**

AYOTZINAPA ES MI SANGRE

Heriberto Díaz Ocampo
Generación 1983-1987

“Estudia, ésta es tu única oportunidad.” Así me dijo mi hermana, la mayor de las mujeres, a quien le debo gran parte de lo que soy, cuando le di la noticia de que había quedado seleccionado para estudiar en Ayotzinapa. Huérfano de padre y habiendo vivido siempre en pobreza extrema, sabía que esa advertencia era real y no debía desaprovecharla. Agradezco a mi maestro de sexto grado de primaria, Venicio Guerrero Martínez, quien en una de sus clases mencionó ser egresado de Ayotzinapa y los servicios que esa escuela brindaba. Era el año de 1979.

Pasó el tiempo, cuatro largos años después de conocer al maestro Venicio, en donde viví la experiencia de perder a mi padre, después de vivir una enfermedad de siete años, motivo por el cual abandoné la secundaria en primer grado, para que mi hermano que estaba en tercero pudiera terminarla. Intenté en secundaria abierta y no funcionó, al reingresar a la secundaria de Arcelia, Guerrero, en turno vespertino, a veces hacía el recorrido de regreso a pie y ya de noche por falta de dinero para el pasaje y a veces por no haber transporte. Egresé de la secundaria con honores; fui el único del grupo que pasó a recoger sus documentos. Fue cuando recordé a mi maestro de sexto grado. Como pude, y con la ayuda de un paisano (Isidro) que ya estudiaba en tercer grado de la Normal, conseguí la ficha.

Cuando se acercaba la fecha del examen, alguien nos ofreció la clave de todas las respuestas del examen mediante la entrega de un cuadernillo de preguntas y respuestas para asegurar la entrada a dicha escuela. Yo confiaba en mis conocimientos, formé parte de la escolta, de la escuela más grande de Arcelia. Sin embargo, quien me ofreció la clave me sembró la duda, me dijo: “Cómprala, es probable que otro con menos promedio que tú, se quede”.

Decidí pedir apoyo a mi hermana mayor. Recuerdo que eran 10 mil pesos, un dineral para nuestra pobreza. Pero mi hermana Florentina (*Flora* entre la familia) me apoyó.

Nos citaron en Iguala para acuartelarnos un día antes del examen: un lugar muy pequeño para 40 personas en total silencio y apenas permiso para necesidades básicas, todos con el firme deseo de estar entre los elegidos para ingresar a la Heroica Normal de Ayotzinapa.

Al otro día, reunidos en el campo de fútbol de la Escuela Secundaria Federal Antonio I. Delgado (ESFAID), me di cuenta de la gran demanda por un espacio en la escuela, éramos miles, la verdad no sé cuántos, y sólo serían aceptados 200. Aún con la clave sentía que sería una misión casi imposible, al estar frente al examen de inmediato me di cuenta de que la clave era falsa, las respuestas de la clave no coincidían con lo que yo sabía. Se lo hice saber al abanderado de la escuela, que también había comprado la clave, pero me contestó que sólo era para despistar, pero que todas las demás estarían bien. Ahí, ese día, tomé la decisión más importante de mi vida: responder el examen con los conocimientos que poseía.

Cuando dieron los resultados (fue ese mismo día) era tanta mi inseguridad por el número de aspirantes, que no lo creí cuando mencionaron mi nombre. Inmediatamente nos dieron la bienvenida a la gran familia de Tortugolandia (antes no exis-

tía la tan mencionada Semana de Prueba). Del *vendeclaves* jamás volví a saber nada. Obviamente no le pagué ni un peso.

Recuerdo las lágrimas de mi madre al dejarme en un lugar tan lejano: en 1983 era un adolescente que recién había terminado la secundaria. Había razón en sus dudas y temores.

Desde mi pobreza, Ayotzinapa no es una gran oportunidad para la gente pobre con vocación de maestros: es la única oportunidad. Comer en el comedor de la escuela era como ir todos los días a un gran restaurante; lo que ahí se servía eran manjares. Por eso, cuando se pedía mejorar la alimentación, decía para mis adentros: “¿más?” De verdad, lo que ahí comía superaba todo lo que antes día a día me llevaba a la boca, nada era comparable. Bueno, sólo extrañaba el sazón de mi madre, pero lo entiendo, no sería fácil guisar sabroso para 600 personas tres veces al día. Y aun así las *tías* y *tíos* de cocina pasaban la prueba, era difícil que alguien dejara la comida, muchos pasaban dos veces, estaban bien identificados.

Todo me gustó de mi *alma mater*, no había nada que extrañara de mi vida pasada. Hubo algo que me llamó poderosamente la atención, las reuniones de base, ¿cómo era posible que gente tan joven debatiera con tanta profundidad y claridad de ideas? Llegan a mi mente los rollos de *Bertín*, *el Ratón*, Carlos Portillo, *el Verruga*, *el Pelón* y varios más; era mareador, a veces no comprendía; más cuando hablaban de Marx, Engels y Lenin, realmente yo era analfabeta políticamente.

No recuerdo la existencia de cuadros de formación política, sin embargo me fue interesando y cada vez que había reuniones de jefes de grupo, asistía como oyente desde fuera, apostado en las ventanas del Comité, escuchando cómo se discutía la problemática de la escuela y de las otras 15 normales. Me intrigaba eso de mandar comisiones hasta El Mexe, Hidalgo; Teteles, Puebla, y muchas más que tenían problemas.

Creo que siempre nos han visto como hermanos mayores en la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México, claro, junto a El Mexe y *Tiri*.

En una comisión a la escuela hermana de Amilcingo, Morelos, a nuestros líderes les tocó tomar autobuses para una marcha del día 2 de octubre. Al no poder ellos, tomé la iniciativa de convencer a los pasajeros diciéndoles que a partir de ese momento, el “autobús quedaba tomado”; todo un triunfo para mi ego político y el reconocimiento de mis hermanos mayores.

Cuando me tocó ser jefe de grupo, me empecé a dar cuenta de la responsabilidad que significaba tomar decisiones en representación de otros y qué actitud tomar para defender los acuerdos. Una experiencia muy hermosa, sin duda alguna. Era bonito convencer a los compañeros para llevar a cabo las actividades programadas.

Y llegó el momento de elegir al nuevo Comité Ejecutivo Estudiantil, periodo 1985-1986. Nunca imaginé que yo sería integrante del mismo. El comité saliente —imagino— llevaba sus cartas, donde yo no figuraba. Lo digo porque nunca se me acercaron ni de broma, para insinuarme que yo quedaría en ese comité. Fui propuesto como secretario general, quedé muy cerca del *gallo* que llevaba el comité saliente; tan cerca, que optaron por dejarme en actas y acuerdos, esa responsabilidad constituía para mí uno de los servicios de representación más importantes en mi paso por mi *alma mater*. Llevar la agenda en todas las reuniones y aprender a concretar cada una de las participaciones para que al ser leída no sufriera tantos ajustes u observaciones, era mi principal encomienda. Muchas veces me ganaron las ganas de opinar y me olvidaba que mi tarea era la de escuchar y sintetizar los acuerdos.

En el año de 1985 promovimos un movimiento para exigir aumento al presupuesto para alimentación, la construcción

de un dormitorio, la reparación de los ya existentes, dotación de butacas y material didáctico, entre otras cuestiones. Había que preparar el pliego petitorio. El movimiento fluyó como se debía y logramos gran parte del pliego. Aunque, a decir verdad, hubo momentos de gran tensión, como la irrupción de la Policía Federal a nuestras instalaciones para recuperar un autobús. Las reacciones no se hicieron esperar. Compañeros radicales —que después sabríamos que formaban parte de un grupo de choque contra el Comité—, propusieron que se quemara una pipa de combustible para provocar la contra reacción del gobierno que reprimiera el movimiento. No lo lograron. Mantuvimos la calma y logramos un nuevo dormitorio: *la Cabaña*. Ésta es cercana a las canchas de básquetbol y el teatro al aire libre, que ahora ya cuenta con cancha techada, con las banderas de todas las escuelas.

El saldo de nuestro movimiento fue blanco. Fuimos muy precavidos en las actividades planeadas, para lo cual se creó —o desconozco si ya existía— *la cúpula*. *La cúpula* era un organismo muy clandestino integrado por compañeros a prueba de infiltrados, y siempre se mantuvo en secreto los nombres y lugares de reunión, era todo un ritual.

En una de esas tantas reuniones de *la cúpula*, durante las movilizaciones, se corrió el rumor de que la escuela estaba rodeada por el Ejército. Eran las diez de la noche, varios padres de Tixtla llegaron a pedir informes de sus hijos, algunos pedían y exigían levantar el movimiento. Solicité que se me otorgara la comisión de comprobar el rumor y pedí a alguien que me quisiera acompañar. Fue un silencio profundo. En eso se levantó *Manuel* (no es su verdadero nombre): “Yo voy contigo”, dijo. Él estaba en cuarto grado. Salimos a inspeccionar.

Al pasar por el área del Comité Ejecutivo vimos que los autodefensas (fue un grupo creado como reacción a las repre-

siones) estaban preparados con tubos de camas con una banderola roja. En fin, subimos con *Manuel* por el área de ganadería, hasta llegar a la emblemática caseta de *raites*, ya sobre la carretera. No vimos nada anormal, bajamos las escaleras muy motivados de seguir en la lucha. Fue muy emocionante decirle a la base que se serenara, que no había nada.

En 1985, ayudó mucho que el gobernador en turno, quien se hacía llamar profesor y licenciado, Alejandro Cervantes Delgado (QEPD), era una persona muy tranquila. A la hora de negociar no daba margen a discusiones con aspavientos. Quizás porque ya iba de salida, estaba ya casi dejando el lugar al próximo gobernador, José Francisco Ruiz Massieu (QEPD), y quien sería todo lo contrario en temperamento al profesor. Considero que a ello se debió el saldo blanco, aunque sí tuvimos nuestros momentos de gran tensión.

Casi al final de nuestro servicio de representación, surgió abiertamente un grupo de oposición al Comité, que buscaba nuestra expulsión a toda costa. Nos enfrentamos ideológicamente en una reunión. Fueron dos días muy desgastantes. Por una parte, el Comité, encabezado por nuestro secretario general, y la contraparte, encabezados por *el Chile*. Omito nombres para no herir susceptibilidades y en una señal de que después de 33 años no queda ningún resentimiento. No recuerdo bien quién propuso que se llevara a discusión el tema en reunión de base y con la propuesta de que, si salíamos culpables a criterio de la base, la sentencia estaba clara, sería la expulsión; y que si el grupo de choque no tenía fundadas sus acusaciones, serían ellos los expulsados. El grupo de choque hizo acusaciones; una de ellas la de agarrar dinero del baile de aniversario. Pero uno de los acusadores formó parte del comité de ese baile y, con su declaración, se comprobó que lo que hubo ahí fueron pérdidas por malas entradas —el estelar fue el Gru-

po Yndio y los Piratas de Tixtla los alternantes —. Al final, la base decidió expulsar al grupo de choque. Como el gobierno no pudo expulsarnos usando esa estrategia, nuestros padres fueron citados a la SEP, (INEBAN en ese entonces) para entregarles nuestros documentos de expulsión; pero les ganamos el debate también —gracias a Dios— (hoy soy creyente, en aquellos tiempos se me inculcó la no creencia en las religiones, tanto que llegué a sentirme ateo. Hoy puedo compartir sin temor a traicionar mis principios, que he sentido la presencia de Dios en diferentes etapas de mi vida).

Llegó el tiempo de entregar la estafeta y, por la amenaza latente de agresiones del gobierno o del grupo de choque, el nuevo Comité decidió cobijarnos con carteras creadas como consejeros. A mí me tocó preparar cuadros de activistas. Recuerdo ese gran encuentro en Tiripetío, Michoacán. Llevamos un *chilolo* de Chilpo, gran experiencia. Estuvimos codo a codo con el Comité, al que le tocó encabezar la lucha por la licenciatura al interior de la Normal, cosa que se logró, también con saldo blanco.

En realidad no recuerdo gran resistencia por parte del gobierno, debido a que toda la infraestructura académica era adecuada para implementar el nuevo nivel educativo en nuestra *alma mater*. Únicamente hubo una situación de riesgo: cuando se pretendía apoyar a una Normal y el autobús tomado fue interceptado por la hoy desaparecida Policía Federal, nos bajaron del vehículo y a los que pudieron darse a la fuga los espantaron con balazos al aire; a los otros los dejaron a la intemperie en la carretera a Chilpancingo. Pero todo quedó en un buen susto y en dormir al aire libre en el cerro que está frente a las gaseras.

Otra situación que le tocó enfrentar al Comité Estudiantil en el que participé fueron los momentos de tensión que se vivieron entre el personal del Bachillerato Pedagógico y los

catedráticos de la Normal, debido a que los primeros argumentaban que debían ser ellos quienes pasaran a formar parte del nuevo cuerpo de catedráticos para impartir la tan cuestionada licenciatura. Finalmente se impuso la razón y fueron los maestros de la Normal quienes tomaron las riendas del nuevo nivel educativo. En su gran mayoría su trabajo era incuestionable, cómo no recordar a Cazapa, Bonilla, Víctor, Eugenio y casi todos los docentes con buen currículum. Algunos maestros del BP fueron integrados a la plantilla de la Normal por su alta capacidad académica.

A lo largo de 33 años he transitado por cuatro pueblos y cuatro escuelas. En la primera me tocó fundar, construir escuela y casa para el maestro, cerco perimetral y pavimentación de cancha de básquetbol; me tocó la gestión y apertura de carretera hasta el poblado de Los Laureles, municipio de San Miguel Totolapan, en Tierra Caliente del estado de Guerrero. De ahí obtuve mi doble plaza, sin proponérmelo. Mi supervisor me encontró trabajando por la tarde y de momento me regañó. Y aunque no lo crean, a los seis meses me ofreció la doble plaza.

En 1992 llegué a Linda Vista, también del municipio de San Miguel Totolapan, Guerrero. Llegué a la Primaria Rural Federal General Vicente Guerrero, una escuela con matrícula de 300 alumnos para dos maestros; dado que cobraba la doble plaza, me correspondían 100 alumnos por plaza. A la vuelta de nueve años había dos grupos por grado, cada uno con su maestro. Ahí construimos una casa para maestros, con ocho recámaras de material perdurable, tres aulas didácticas tipo CAPCE, auditorio, Dirección y cooperativa (todo de madera en dos pisos), y un huerto de duraznos, manzanas, peras y ciruela chabacana. A 18 años, aún existen estos recuerdos materiales.

Aquí logré sin proponérmelo también, mi clave 21 de director y su dictaminación. Sólo el trabajo ha sido mi gestor

personal. Tramitamos la fundación de preescolar y telesecundaria, cuna de los profesionistas que hay en ese lugar.

En 2002 tramité mi cambio a Tixtlancingo, municipio de Coyuca de Benítez. Los dos años más felices de mi vida profesional, los únicos sin dirección de escuela a mi cargo, maestro frente a grupo en ambos turnos. Fue verdaderamente inolvidable el festejo del día del maestro más emotivo jamás vivido. Por causas de fuerza mayor, no pude estar el día del festejo en honor a los maestros de toda la escuela. Pero cuando regresé, los padres de familia de mis grupos en ambos turnos se organizaron y llevaron a la escuela una banda de música de aliento, de ahí me llevaron hasta el salón que se encontraba en el centro del pueblo; en el largo recorrido, una compañera de trabajo se acercó para decirme: “esto nunca lo había visto”, a lo que yo contesté: “yo sí, pero en las películas de Cantinflas”.

En 2004 llegué a Cuetzala del Progreso, Guerrero. Prueba de fuego a mi capacidad de liderazgo, una escuela convulsionada, con puros maestros a punto de jubilarse. Era difícil pensar que duraría en el cargo de director más de un año; existían grupos bien identificados, en pugna por la dirección. Al no ponerse de acuerdo, el jefe de sector, José Herminio Chong Soto, la supervisora, Cleofás Antúnez Quebrado, el Comité Ejecutivo Delegacional del SNTE y el Comité de padres de familia, tomaron la decisión de que yo quedara al frente de esa escuela como director efectivo. Costó mucho trabajo, pero pasé la prueba: llevo 17 años aquí, gestioné la construcción de un edificio de dos plantas, con siete aulas y baños completos; construimos una cancha de básquetbol y hemos sido ganadores de la Olimpiada de Conocimiento Infantil en varias ocasiones. La escuela cuenta con la preferencia de la mayoría de la población, dos de cada tres niños prefieren estudiar en nuestra institución.

Todo esto lo escribo porque siempre he luchado por ser hijo digno de Ayotzinapa. Espero jubilarme pronto y seguir

impulsando junto a todos ustedes hermanos tortugos, la recién creada Coordinación Nacional de Egresados de Ayotzinapa (CNEA), una organización donde no entren sueños político-partidistas, que no sea trampolín de nadie, que siempre luche codo a codo con nuestros hermanos menores, por la defensa y grandeza de nuestra *alma mater*; que ellos logren vernos como lo que somos, sus hermanos mayores dispuestos a respetar sus tiempos y momentos, pero atentos a la sugerencia oportuna. Es mi sueño que alguna vez lleguemos a una reunión de egresados (sin actos trágicos de por medio) y el auditorio nos quede pequeño. Espero algún día ver cristalizado ese sueño. Hoy sé que en mi sangre encontrarán ADN de tortuga, porque a Ayotzinapa la llevo tatuada en mi pensamiento, Ayotzinapa está en mi piel y Ayotzinapa está en mi sangre.

¡Ayotzi vive! ¡La lucha sigue!

DE POBLANO A AYOTZINAPO

Pedro Ortiz Oropeza
Generación 1985-1992

Desde la perspectiva de la prensa en Chilpancingo, principalmente, aunque también en otras ciudades del estado de Guerrero se utiliza el adjetivo sustantivado *ayotzinapo* como sinónimo de delincuencia, desorden e incluso terrorismo. No obstante, en el presente escrito pretendo mostrar, desde mi propia experiencia, cómo un adolescente común y corriente se convierte en un *ayotzinapo*, entendido como estudiante de educación Normal en Ayotzinapa.

La historia comienza a mitad de 1985, estaba a punto de egresar de la Escuela Secundaria Federal México, ubicada en Petlalcingo, Puebla. Contaba con 14 años de edad, tenía la ilusión de estudiar veterinaria, me fascinaba la cría de ganado, pero carecía de recursos económicos para elegir libremente dónde cumplir mis aspiraciones.

Pertenezco a la primera generación familiar que tuvo la oportunidad de estudiar más allá de la primaria. El capital social disponible estaba constituido por otros campesinos, obreros, un sargento, esposo de una tía con quienes viví en Ciudad Altamirano, Guerrero. Este último fue determinante en mi traslado a la Normal Rural. El señor Félix Ortiz tenía un cuñado que daba clases en esta institución, y quien compartió

con mi tía Tere (hermana de mi madre) la información suficiente para convencer a mi familia de la pertinencia de inscribirme. Por supuesto el atractivo era económico: un internado donde podría vivir, alimentarme y estudiar a muy bajo costo. Ni mis tías, ni mi madre ni yo sabíamos qué era la Pedagogía, pero iría al bachillerato pedagógico.

En agosto me trasladé a la tierra prometida, puesto que debía realizar el examen de ingreso. El personal de la escuela y algunos estudiantes nos dieron la bienvenida y nos organizaron para pasar a los salones y contestar el examen de ingreso. Participamos más de seiscientos aspirantes —nos quedaríamos únicamente 110—. Una vez concluido el proceso, y puesto que los resultados estarían hasta el día siguiente, una comitiva de estudiantes, muy amablemente nos ofreció de cenar, un lugar para dormir y una plática sobre la historia de lucha de la Normal. Como la mayoría veníamos de distintos lugares la propuesta fue bien recibida.

El frío de la mañana y la humedad de la neblina acrecentaban los nervios por conocer el resultado. A las ocho de la mañana subimos con mi madre, de los dormitorios a la explanada para ver las listas, una empezó por el principio y otro, por el final; a la mitad de la lista ubicamos mi nombre. Lo que para muchos era júbilo, para mí representó una sensación extraña. Descubrí que estudiaría para maestro, algo que no me agradaba y, por si fuera poco, el lugar era completamente desconocido, no conocía a ninguna persona. El profesor que amablemente informó a mi familia y obtuvo la ficha para mí, iniciaría un año sabático, es decir, estudiaría en otra parte en lugar de ir a trabajar. Por si fuera poco, la Normal se encontraba a diez horas de mi lugar de procedencia.

Las clases iniciaban a principios de septiembre, por lo que a finales de agosto volví a la escuela, nuevamente acom-

pañado de mi madre, pero esta vez para quedarme. Ciertamente nos habíamos separado muchas veces en catorce años, pero las ocasiones anteriores siempre permanecía en casa de algún familiar, la abuelita o tía, nunca solo como ahora. Ver partir a mi madre el día 31 de agosto generó en mí una emoción inexplicable, la explanada de la Normal se veía imponente, me sentí desprotegido, indefenso, vulnerable.

A los de nuevo ingreso nos asignaron los dormitorios que estaban debajo de la explanada; esa zona la denominan *las Cavernas*; y es que sí lo parecían: son como bóvedas, con ventanas en forma de arcos, húmedos y con poca iluminación. Nos dieron literas nuevas, pero no alcanzaron los colchones para todos. La solución fue ir a Tixtla a comprar unos cartones, para no dormir sobre el tambor de metal únicamente.

La necesidad de solventar las adversidades y la vida cotidiana me llevaron a conversar con los chavos que también ingresaron ese año. El primer compañero con el que entablé comunicación fue un *güerito*, procedía de Olinalá, no recuerdo su nombre, posteriormente lo asignaron al grupo A, y yo me fui al C, así que ya sólo nos saludábamos de lejos. Con el que conviví más fue con mi compañero de litera, Eloy. De hecho, nos separamos hasta el cuarto grado de la Normal.

Por la vecindad de las literas, compartí más experiencias con Ramiro, de Acapulco, Alejandro de Tlapehuala, Édgar, de Malinaltepec, Manuel, de Cuexcontlán. Del puerto de Acapulco eran varios: Francisco, Rafael, Reyes, Álex, Miguel, Víctor; los compañeros de Tixtla eran: Juan, Juan Jesús, José, Albertano, Remigio; de Costa Grande: Everto, Leonardo, Omar, Ramón; de Chilpa era Octavio; de Costa Chica: Gabino, Víctor Manuel; de Apango: Antonio, Albino, Anselmo; de Chilpancingo, Aladar; de Ocotito: Dino. En total el grupo lo constituían 45 compañeros de diferentes localidades. Muchos de ellos desertaron en el primer semestre.

Con estas primeras escenas deseo mostrar que el ingreso no es fácil, hay mucha incertidumbre, temores, emociones encontradas. Por un lado, se disfruta de la libertad, de la lejanía de los padres, quienes ya no están para mandarte, para decir con quién debes o no juntarte, para que te duermas temprano y todas esas cosas. Por otra parte, también se está solo en momentos difíciles, como en la enfermedad, la arbitrariedad de los mayores o de los grupos de amigos de quienes ya se conocían desde la secundaria.

Por ser del estado de Guerrero, muchos estudiantes ya conocen a quienes estudian en la Normal, o al menos son del mismo pueblo o pueblos vecinos, por lo que comparten costumbres, afinidades, historias locales. Para quienes llegamos de lugares lejanos todo es extraño: la forma de hablar, los chistes, los hábitos. Por ejemplo, el baño colectivo era algo que no existía en mis referentes a mi edad. Ciertamente, de niños nos bañábamos en las pozas de agua que esporádicamente dejaba el río, pero ya adolescentes no compartíamos la regadera con nadie, es más, no teníamos regadera en casa. La cubeta y la jícara nos auxiliaban en el baño, pero era algo individual. De repente había que compartir regadera con cuatro o cinco compañeros, unos más desinhibidos que otros, qué se iba a hacer, así sería la vida a partir de ese momento. Después de medio año eso ya era familiar.

Otro aspecto complejo en mi estancia fue la novatada. En la primera semana, por la noche llegaron unos 50 estudiantes de segundo y tercer grado a cortarnos el cabello en formas chuscas. Debían desquitarse de lo que a ellos les habían hecho. Así fuimos al desayuno ante la mirada burlona de los compañeros de los grados superiores y en el transcurso de la mañana en la peluquería nos rapamos irremediablemente. La experiencia fue muy impactante para la mayoría, aunque des-

pués nos reíamos de cómo nos veíamos. Nuestra generación hizo la diferencia, al siguiente año nosotros no rapamos a los nuevos, esa práctica se suspendió al menos los siguientes seis u ocho años posteriores.

La hora y la forma de tomar los alimentos es algo que deseo relatar. El desayuno era de siete a ocho de la mañana, la comida de una a dos y la cena de seis a siete de la tarde, invariablemente, toda la semana. Antes de entrar había que formarse, muchos se levantaban muy temprano para estar listos en la puerta y ser los primeros. En orden, pasaba cada quien por su plato y se ubicaba en las diferentes mesas que había en el comedor, con sus compañeros más cercanos. No se podía ingresar en short, ni con gorra o con sandalias. A quien se atrevía le llamaban la atención con silbidos. Era muy incómodo, así que procurábamos evitar esa situación. El menú no era muy variado, pero era seguro. Algunos estudiantes se quejaban, pero al menos había algo que llevarse a la boca. Ahora comprendo que, por la edad y su complexión, algunos se quedaban con hambre, pero no faltaba quien compartiera un poco de sus alimentos.

Generalmente, por la mañana había café, té o atole; huevo, queso o chicharrón en salsa, chilaquiles, frijoles; no faltaba pan de dulce y tortillas. Al medio día, arroz o sopa, frijoles y un guisado; por la noche frijoles con queso, chiles en vinagre, tortillas y pan nuevamente, té o café, o algún otro guisado sencillo. Insisto, no era un manjar, pero no nos quedábamos en ayunas.

Compañerismo y amistades

Las relaciones entre los jóvenes se van tejiendo de acuerdo con los niveles de convivencia. Resulta ocioso mencionar que, a diferencia de otros estudiantes, quienes ingresamos a la Escuela Normal convivimos todo el día, cuando tomamos los

alimentos, durante las clases, el descanso, los períodos escolares, es decir, las 24 horas del día.

En las horas de recreo, cada quien elige con quién va a almorzar, sólo que esta elección se vuelve permanente. La convivencia es minuto a minuto, en diferentes facetas tanto personales como académicas. Un ejemplo, los más dicharacheros eran con quienes queríamos pasar los momentos de ocio, los más estudiosos coordinaban lo académico. Había chavos muy serios que ponían el orden en los momentos de disipación.

Poco a poco fuimos conociendo las cualidades y defectos de los colegas, las primeras las aprovechábamos para el bien de todos. Los segundos, los tratábamos de resarcir en la práctica; cuando los egoístas eran descubiertos y se les aislaba, comprendían que solos no podrían salir adelante. Las rivalidades salían a flote cuando el reconocimiento general o femenino estaba en juego. Pero la dinámica de la escuela convocaba al trabajo colectivo: el aseo del salón, del dormitorio, del jardín o las actividades estudiantiles.

Sin lugar a dudas los momentos más difíciles fueron los mejores para cultivar la solidaridad. ¿Cuántas veces vimos compañeros enfermos sin dinero para comprar medicinas? ¿Cuántas compartimos los 20 o 50 pesos que llegaban por giro telegráfico para ayudar en algunos gastos? ¿Cuántos no nos ayudamos en las tareas escolares o cuando partían a sus lugares de origen debido a la pérdida de algún familiar? Son muchas las situaciones donde el compañerismo saltó de nivel para convertirse en amistad verdadera, en camaradería, en hermandad.

No todo fue miel sobre hojuelas, también surgieron dificultades. En primer año recuerdo que mi madre me consiguió unos tenis de buena marca, después de unas vacaciones llegué con mis tenis nuevos, un día los dejé guardados en mi anaquel, cuando los busqué para utilizarlos ya no estaban. Al-

guien decidió que estarían mejor en otro lugar, pero ¿en qué lugar no suceden estas cosas? La misma situación de precariedad hace que las personas olviden la condición humana, para solventar necesidades, desconozco si básicas o superficiales. Pero como ha de notarse, fue en primer año, cuando aún las relaciones de amistad no existían o no eran tan sólidas. Conforme pasó el tiempo esas cuestiones desaparecieron.

Ya después de dos años, compartíamos prendas de vestir, calzado, útiles, enseres. Es decir, la idea de convivencia comunitaria, donde casi todo es de todos, donde se puede vivir con los otros, sin la idea de la competencia individual. Donde el ser de cada quien se valoraba para el bien del colectivo.

La condición social era evidente, eso también marcaba los lazos de amistad. Había quienes cada fin de semana iban a su casa y quienes sólo lo hacían en vacaciones; había quien estrenaba ropa dos o tres veces al año y quienes sólo en enero llegábamos con algo nuevo. Quienes tenían para complementar la dieta proporcionada en el comedor y quienes compartíamos el único taco que podíamos adquirir entre todos. Sin embargo, en épocas de crisis no había diferencias.

Como ha de inferirse, el origen social de cada uno marcaba gustos musicales, deportivos, estéticos, higiénicos, académicos. Esa riqueza hizo que cada uno de nosotros fuese configurando una nueva personalidad. La ruralidad se mezcló con la urbanidad, lo tradicional con lo moderno, de modo que al concluir los estudios nadie era el mismo que había ingresado siete años atrás. Al día de hoy mantenemos contacto un buen número de compañeros y nos seguimos estimando como antaño. Es más complicado apoyarnos del mismo modo, por los compromisos familiares o profesionales, pero eso no impide que convivamos amablemente, que nos echen relajo, que nos critiquen incluso.

Aprendimos a escuchar las objeciones existentes a nuestro comportamiento, a nuestro desempeño como miembros de un grupo de convivencia, académico, deportivo. Hubo momentos en que fue necesario llamarle la atención a alguien en particular, porque no dejaba dormir, porque no cumplía con su aseo y eso afectaba a todos. Lo mismo hacíamos cuando teníamos dificultades con un docente. El compañero que entendía los temas iba al salón después de cenar y explicaba a quienes deseaban entenderle. Si había que desvelarse estudiando, lo hacíamos entre los más cercanos. Leíamos, comentábamos, nos cuestionábamos y aprobábamos el semestre.

En varias ocasiones despertamos a quien, por haberse desvelado, no lograba hacerlo por sí mismo. Las visitas a la biblioteca eran también en grupos afines, cada uno jugaba su rol. El que lee, el que escribe, el que pregunta, el que consigue el libro o negocia una prórroga.

Desde luego no sólo se convivía con los compañeros del mismo grupo, los dormitorios de los de primer grado estaban juntos, incluso con los de la sección B sólo nos dividían las gavetas donde guardábamos nuestras cosas personales. Así que había muchas oportunidades para compartir historias, problemas, alegrías. Sobre todo quienes provenían de la misma región del estado, e incluso de la misma ciudad, convivían y nos invitaban a compartir sus pláticas. Los de la sección A estaban ubicados en la misma hilera de edificios, también con ellos se dialogaba y compartían momentos. Por ejemplo, cuando íbamos al comedor, nos reuníamos todos los de primer grado, eso nos hacía sentir más seguros frente a los de los grupos superiores.

En la fila para entrar al comedor comenzamos a distinguir a los de cuarto, los de tercero y los de segundo. Las diferencias eran grandes cuando ingresamos. Nosotros pertenecía-

mos a la segunda generación que estudiaría ahí desde el bachillerato pedagógico, los de segundo año eran la primera. Los de tercero y cuarto año estudiaban la Normal básica, es decir, ellos cursaron cuatro años después de la secundaria y serían maestros, nosotros debíamos estar tres años más. La diferencia de edades era notoria en algunos casos, sobre todo con los de cuarto.

Además de la apariencia, las actitudes eran distintas, los de los grados superiores llegaban al comedor casi a la mitad o al último del horario, tenían amistad con el personal de la escuela, tomaban lugares preferentes en las mesas, imponían su presencia, si querían más comida o no hacer cola, nadie se oponía, a reserva de que quisiera buscarse un problema. No era la constante, pero sí había quien lo hacía. Algunos se acercaban a hacer plática y aconsejarnos sobre cómo sobrellevar la situación en la escuela.

Los vínculos con el resto del alumnado

La vida cotidiana en la Escuela Normal no transcurre únicamente con las personas del mismo grupo o la misma generación, hay actividades colectivas que propician las relaciones de compañerismo y afectivas con otros grupos de estudiantes. Para ejemplificar lo anterior tendríamos cuatro tipos de actividades: las académicas, las sociales, las culturales y las organizativas.

Una de las primeras actividades académicas que compartimos con los estudiantes más avanzados fue la estancia en la biblioteca; ahí los vimos trabajar, nos ayudaban a localizar textos o nos informaban sobre los procedimientos para solicitar un libro que no estuviese en la sala o que necesitáramos llevar al dormitorio. Otra actividad que no propiamente era académica, pero sí escolar, eran los honores a la bandera. Ahí se compartía la responsabilidad de conducir el programa, pero también de

asistir y comportarse para que todo saliera de la mejor manera. Las prácticas profesionales y las jornadas de observación también convocaban la participación de la gran comunidad, había quien dibujaba, quien escribía perfectamente, quien tenía habilidades para las manualidades y te orientaba. Era reconfortante saber que en el mismo lugar existía una gran cantidad de personas capaces y dispuestas a apoyar a los demás. Los fines de semestre, por las noches, el área de dormitorios permanecía iluminada y con bullicio hasta entrada la madrugada, eso indicaba que la gran mayoría se preparaba para la entrega de trabajos o para presentar exámenes.

En relación con lo social puedo recordar cómo un gran número de estudiantes, después de cenar, partía caminando rumbo al centro de Tixtla a distraerse o a recrear la pupila. Eran famosas las tardeadas los domingos en el auditorio municipal, ahí se conocían chicas o nuevas amistades. Podíamos no hablarnos, pero si alguien tenía un problema, los estudiantes de Ayotzinapa nos reuníamos a apoyar. Quizá por eso era poco frecuente saber de conflictos con los jóvenes de la comunidad.

Otra costumbre entre los estudiantes de las normales rurales era la de visitarse, es decir, de un estado se iba a otro, generalmente a visitar y conocer personas del sexo opuesto, así que los viajes a Morelos, Tlaxcala, Puebla, Oaxaca o Aguascalientes no eran ajenos. Por su parte las chicas también se desplazaban por la República para saludar a sus compañeros. ¿Cómo se conocen otras normales sin recursos económicos? De aventón, acudiendo a la solidaridad de los camioneros o de ciudadanos de buen corazón, que hacían favor de llevarnos de un lugar a otro. Por supuesto eran tiempos en los que la delincuencia no se había extendido y se podía confiar en las personas. Tanto los camioneros admitían que éramos estudiantes y no intentaríamos perjudicarles y nosotros dábamos por he-

cho que no nos obligarían a hacer algo indebido. Quienes nos guiaban por las rutas apropiadas, mostrándonos lugares convenientes para pedir aventón, apoyo económico o alimenticio en los mercados eran los de grupos avanzados. De ese modo conocí 15 de las 16 escuelas normales rurales del país.

En relación a lo cultural puedo mencionar con bastante agrado el hecho de que en esta institución aprendí que las poesías o participaciones no eran sólo para el día de las madres, como lo había vivido hasta ese momento. Con mucho entusiasmo acudimos al primer concurso interno de poesía. Escuché fascinado la participación de jóvenes talentosos que declamaban al amor, a la libertad, a la vida, a los hijos, a los padres, a la infancia, a la injusticia, entre otros temas. Existían también los concursos de canto, nuevamente los estudiantes nos deleitábamos escuchando las interpretaciones y apoyando a nuestros compañeros.

Los programas de aniversario eran maravillosos; danza, música, poesía, se exhibían con maestría por los compañeros e invitados. Esta festividad convocaba a gente de la ciudad de Tixtla, también a las normales del estado, incluso se invitaban a las de otras entidades federativas, con lo que la cultura encontraba magníficos escenarios para ser expresada y apreciada.

Quiero resaltar la ocasión en que la escuela fue invitada a participar en la Semana Altamiranista que se celebra en Tixtla, por ser el lugar donde nació el prócer liberal. No recuerdo cómo fue que mi grupo terminó involucrado en la representación de una obra de teatro basada en *El Zarco*, de Ignacio Manuel Altamirano. Lo que recuerdo es que Juan Jesús le hizo una adaptación para que representáramos teatralmente unos capítulos de la novela. Todo iba bien hasta que llegamos al punto en que *El Zarco* debía casarse, al igual que otro de los personajes. Después de un gran debate, se distri-

buyeron los papeles masculinos y femeninos entre puros estudiantes varones. Ensayamos duramente y el día señalado nos presentamos en el auditorio municipal, hicimos valer las amistades adquiridas para conseguir vestuario y maquillaje para quienes representarían el papel de mujer en la obra. Recibimos muchos aplausos y, sobre todo, demostramos que en la Normal había talento.

Para concluir con este recuento de factores que moldearon mi personalidad como *ayotzinapo* me referiré a los aspectos organizativos en que nos involucramos, de modo que, desde mi punto de vista, configuraron la idea de democracia defendida ya como profesionista y como miembro de una familia.

Lo primero que uno aprende durante su escolarización es que cada grupo nombra a sus representantes. Desde la escuela secundaria, incluso en algunas primarias, los docentes promueven la elección de jefes de grupo, aseo, tesoreros, entre otras figuras representativas. Así que cuando nos indicaron que eligiéramos a nuestro representante, para nosotros era algo normal. Pero la primera diferencia con lo que viví anteriormente fue que quien nos indicó realizar el ejercicio democrático fue el Comité Estudiantil, no los docentes ni las autoridades de la escuela. La segunda diferencia era que nuestro representante asistía a reuniones con otros estudiantes y regresaban al dormitorio con asuntos para discutir: como el aseo de la escuela, las necesidades del estudiantado, del dormitorio, inconformidades con los servicios, entre muchas cosas más.

Los acuerdos de grupo eran comunicados y debatidos con los demás jefes de grupo y el Comité Estudiantil, los argumentos esgrimidos eran sometidos a votación y de este modo se generaban acuerdos generales. No había imposiciones, realmente ganaban los argumentos y se convencía a los

detractores. Como es de esperarse, en nuestro primer año no sabíamos cómo expresar todo lo que pensábamos, pero poco a poco fuimos aprendiendo a hacerlo.

En las discusiones había cuestiones que eran básicas para definir quién tenía la razón; la primera era que el beneficio de la mayoría estaba por encima de lo individual. El gusto de una persona o pequeño grupo no podía imponerse al de la mayoría. Un segundo aspecto: el representante de grupo no puede expresar en una reunión con otros representantes o reuniones algo que no se hubiese acordado en su grupo. En tercer lugar: entendimos que juntos éramos más fuertes que separados, por lo que la unidad del grupo era un bien sagrado que debía cuidarse.

Actualmente demandamos en la sociedad este tipo de principios, pero lamentablemente las pedimos en los demás, en los gobernantes, en los legisladores, en el vecino, pero difícilmente actuamos en este sentido. Ahora que hago este recuento de situaciones parecieran cuestiones de sentido común, pero cuando uno los vive en momentos específicos, es más complicado de lo que parece.

Para ser más explícito debo narrar al menos dos episodios que aún recuerdo, relacionados con la forma en que vivíamos nuestra democracia. La primera ocasión que debatimos acaloradamente fue en segundo grado de bachillerato. Nos cambiaron de dormitorios, de *las Cavernas a las Cabañas*, ahora teníamos unos baños sólo para nuestro grupo, había *boiler*, pero no tanque de gas. Llegó el tiempo en que nos entregarían la Partida de Recreo al Estudiante (PRE), así que surgió la idea de comprar lo necesario para bañarnos con agua caliente, de modo que nadie recibiría su dinero; hubo quien mencionaba que mejor se repartiera el dinero y quienes sugerían que se ahorrara la mitad del PRE y se repartiera la mitad. Los argu-

mentos en torno a la segunda propuesta eran apoyados sobre todo por los compañeros de Tixtla, quienes resolvían su problema en casa, su carácter egoísta hizo que fuese la primera en ser descartada. Se les aclaró que en el dormitorio tenían su espacio y lo podían ocupar cuando así lo decidieran, lo que les daba derecho a utilizar los servicios sin restricciones. El hecho de postergar la compra implicaría padecer otro mes o mes y medio el bañarse con agua fría, que era mejor esperar a recibir su dinero en la siguiente ocasión. De este modo el dormitorio del segundo C fue el primero en tener agua caliente para el baño diario. Al menos durante ese semestre.

Un segundo episodio fue más complicado, ése se dio en el primer año. Al grupo C fue asignado un joven del que no recuerdo su nombre, era hijo de uno de los trabajadores de mantenimiento, sus padres eran originarios de Tamazulapan, Oaxaca, por lo que lo conocíamos como *el Oaxaco*. Era un chavo alto y corpulento, peleonero, no respetaba los acuerdos ni contribuía para mejorar las condiciones del dormitorio, ni del salón. La situación llegó a tal punto que decidimos solicitarle que se cambiara de grupo, que, si no estaba a gusto con los compañeros que le habían tocado debía elegir otro espacio para vivir y estudiar. Fue muy tensa la reunión, tanto para decidir hacerle la invitación como para comunicarle la decisión grupal. Afortunadamente nos vio tan decididos y unidos que optó por abandonar el grupo, ninguno de los otros primeros lo aceptó y se vio obligado a cambiarse a la Escuela Normal de Tenerife, en el Estado de México, donde finalmente concluyó sus estudios.

Pasados varios años coincidimos en la terminal de autobuses de Izúcar de Matamoros, en el estado de Puebla, él se dirigía a Tamazulapan y yo a Petlalcingo, que se ubican sobre la antigua carretera panamericana que va de la Ciudad de México a la frontera con Guatemala, en el estado de Chia-

pas. Comentamos lo sucedido y aceptó que no había actuado correctamente. Además, agradeció que le hubiésemos hablado de frente y no a sus espaldas. Al parecer el alejarse de la protección de sus padres le obligó a reconocer la importancia de integrarse a los grupos de convivencia y estudio.

Una mirada desde el presente

Este 30 de junio del 2020 cumplí 28 años de haber egresado de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa. Eso implica que hace 35 años llegué por vez primera a las instalaciones de esa institución. Contaba con apenas 14 años de edad y muchas dudas y temores; hoy laboro como formador de docentes y he compartido con algunos de los que fueron mis profesores la condición de colegas.

Hoy que se me brinda la oportunidad de hacer un recuento de algunas experiencias vividas como estudiante, me doy cuenta de lo valioso que fue para mi trayectoria personal y profesional mi estancia en Ayotzinapa; el estar ahí configuró mi ser. Además de contar con una sólida formación profesional poseo un gran número de amigos y compañeros en muchos puntos de la entidad y el país. Estoy seguro de que en alguna situación difícil cuento con el apoyo de mis hermanos de Ayotzinapa, aunque no hayamos coincidido espacial y temporalmente en la Normal; basta con saber que alguien es alumno o egresado para merecer nuestro respaldo y apoyo. Desde luego, condenamos enérgicamente a quienes se comportan contradictoriamente con lo aprendido durante los años de formación.

AKUMAL

Homar Ríos Caro (*el Caballo*)

Generación: 1986-1993

Nací, crecí y radico en Tecpan de Galeana, en el mero corazón de la hermosa región de la Costa Grande de mi glorioso estado de Guerrero. Mi ilusión siempre fue ser un militar. Estudiar en el Heroico Colegio Militar. Cuando cursaba el tercer grado de secundaria, hasta asistía los sábados a clases de adiestramiento y formación en el batallón que se ubica en la ciudad de Atoyac de Álvarez. Ya se acercaba la fecha en la que haríamos el examen de admisión. Con más constancia y dedicación me preparaba, tanto física como académicamente. Me sentía muy seguro de que lograría mi objetivo. El instructor del batallón me decía que tenía muchas oportunidades de que yo pasara los exámenes de admisión. Elevaban mi ego sus elogios y más me estimulaba.

Mi padre era un huertero costeño que trabajaba desde sus trece años. Diariamente trabajando desde el nacimiento de los primeros rayos del sol, hasta la puesta, es decir, cuando se empotra nuestro Astro Rey entre las hermosas montañas del sur y el esplendoroso, imponente y majestuoso horizonte del mar. Mi padre, en el campo, se desempeñaba con gran destreza en sus faenas. Mi madre hacía pan y preparaba comida, que junto con mis hermanos salíamos a vender; también iba a

Acapulco, y algunas veces hasta la Ciudad de México, a comprar variedad de productos que vendía tanto en nuestra casa como en un local que tenía en el mercado central de nuestra ciudad. Estoy muy orgulloso de ellos; unos grandes y verdaderos guerreros.

Una noche me acerqué a mi padre y le comenté que me iría a hacer el examen de ingreso para el Heroico Colegio Militar a la Ciudad de México.

— ¡No hay dinero! Tu mamá se enfermó y no tengo dinero — respondió mi papá, y luego añadió: — No vas a México.

Sentí que se me cayó el mundo encima... no había manera de discutirle. Era la verdad. Mi semblante y mi expresión no podían disimular mi disgusto y mi decepción. Pero no había manera de discutirle, era la realidad en el hogar. Seis hermanos y todos estudiando. No había dinero para el pasaje y los viáticos.

La suavidad de un silencio que arrecia mis emociones entró por los poros de mi piel, tambaleante y con gran desilusión, mis pensamientos volaron y se dispersaron en distintas rutas hasta llegar a otros hogares. Sí, de esos hogares que somos miles y miles en nuestro querido México, ¿cuántos sueños e ilusiones se truncan por la simple razón de no poder pagar los estudios? Si supieran cuánto duele ver la mirada profunda y llena de impotencia de un padre que no puede cumplir con los gastos para lograr el futuro de su hijo. ¿Cuántos padres como mi padre hay? ¿Cuántos hijos como yo, que a pesar de los impedimentos nunca descartamos las posibilidades de seguir nuestra preparación y lograr superarnos? Y los que se quedan en el camino, ¿a dónde llegan, en dónde están? Desde esta trinchera, pongo mi experiencia como ejemplo y abrazo totalmente la idea de que los gobiernos le apuesten a

la educación de su pueblo, para que el progreso sea general y un tanto igualitario. El modelo de escuelas públicas de nivel superior de distintas especialidades, similares a las normales rurales sería una muy buena opción, ya que se distribuirían en las distintas regiones de nuestro hermoso país y se podría dar prioridades para el ingreso a estas instituciones a los hijos de familias con mayores necesidades económicas, pero con grandes ganas de triunfar.

Como hojas que el viento se lleva, el gusto por ingresar a la milicia en mí también voló. Sólo me queda el dejo enorme de no haber podido realizar lo querido, lo soñado y anhelado desde mi niñez... No volví a hablar jamás del tema... punto cerrado para mi vida.

—¿Por qué no vas a sacar ficha al CBTIS (Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial)? —me dijo, como para poder darme un poco de consuelo. Para demostrarme que sí me apoyaba con mis estudios. Porque me vio triste, derrumbado.

—Sí, mañana voy —le dije.

Al día siguiente saqué ficha donde él me propuso. De regreso me encontré con un primo, Obdulio Rosas Otero, *el Cóndor*, una gran persona, miembro de la escolta y de la selección de fútbol, egresado de la primera generación de licenciatura. Él estaba de vacaciones. En ese tiempo cursaba el tercer grado del Bachillerato Pedagógico, precisamente en Ayotzinapa. Platicamos y me informó todo sobre la escuela, sobre su sistema de internado y los beneficios de las becas alimentarias. Incluso, me dijo que estaba a tiempo para sacar ficha y podría estudiar para maestro... Me nació un pequeño pero gran interés. Ya había escuchado sobre esta escuela. Recuerdo cuando cursaba cuarto grado en la Escuela Primaria Revolución (dirigida por el gran, inolvidable y querido profesor

Manuel Salvador Jaramillo Antúnez (QEPD)), llegó a realizar sus prácticas un normalista que estudiaba ahí. Gran maestro: Tomás Villanueva Lobato, al parecer oriundo de Tixtla. Dinámico, con gran vocación. Sabía estar con el niño y con el alumno. Nunca lo he olvidado. También recuerdo al mejor maestro que he conocido, que impartía la materia de Español en la secundaria, un gran catedrático que se hizo tecpaneco de corazón, me refiero al profesor Hexiquio Ramírez Rodríguez y que también fue egresado de nuestra gloriosa Normal, compartiendo sus estudios en la misma generación del profesor Lucio Cabañas Barrientos. Y ni qué hablar de Humberto Ibarra Luna *“el Hermano negro”*, gran maestro, excelente declamador y orador, pero mejor ser humano; a éste lo conocí en tercero de secundaria, cuando nos ensayó unos bailes regionales del Club de Danza. Él era muy talentoso, impresionante y único. De estas grandes personalidades fortifico y justifico mi repentino y abrupto gusto y amor a la docencia.

Quizá por la decepción de no poder realizar mi sueño de ser militar, quizá por querer conocer esta escuela o quizá para poder estudiar algo y que no fuera una carga tan pesada para mis padres, hice el examen. Y lo aprobé.

Nunca en mi vida había pensado estudiar para maestro. Creí que no era lo mío. No me nacía el ser maestro. Y yo desde pequeño siempre respeté y quise a mis maestros. Llené mi maleta de sueños e ilusiones y partí hacia ellos.

En el viaje, disfruté como nunca ese paisaje inolvidable que aún revolotea por mi cabeza muy seguido. Ese abanico de mis recuerdos es interminable. Mirar con emoción, por la ventanilla del viejo autobús las danzantes y esbeltas palmeras cargadas de cocos. Las interminables filas alineadas por cientos de kilómetros de palmas a los costados de la estrecha y maltratada

carretera costeña me hacían rememorar la travesía de Moisés y el mar, cuando se abrió a su paso para salvar a sus seguidores. También recuerdo con gran melancolía el revolotear de las aves en las huertas acompañados con sus cantos diversos, estos alineaban más mi tristeza. Más melancolía en mis sentimientos. El sol quemante y abrasador que iluminaba desde el cenit mi camino a la grandeza hacía que mi cuerpo sudoroso se estremeciera al pensar en mi prominente futuro. Casi no pensaba en el presente. Mi mente estaba en lo que vendría. Los recuerdos son mágicos, te transportan a donde quieras, y los disfrutas o los padeces, casi de igual manera a cuando los viviste.

Cuánta nostalgia envuelta en mí. Cuando de mis amigos me separaba, cuánta nostalgia apareció en mí. También cuando me despedí de mi familia, de mis hermanos, de mis queridos padres... de mi hermoso Tecpan. Pero también cuántos anhelos y metas. Cuántas ganas de regresar triunfante y con una muy noble profesión. Recuerdo enormemente un gran consejo de mi papá en el preciso momento en que salía de mi hermosa casa: *"Ponte cabrón, hijo, no te juntes con los pendejos porque lo pendejo se pega"*. Qué gran filosofía costeña, la verdad.

Tuve que enmarcar ese viaje, que fue el más significativo de mi vida, porque inesperadamente me vi envuelto en el sueño que me transportaba a lo que nunca había vivido. Aquí me nacía la inquietud, y me llegaba precisamente por vivir algo diferente. Me conmovía, y al mismo tiempo, tenía la sensación y ganas de vivir esa experiencia... me sentía chingón. Me sentía chingón por saberme sortear solo, y al mismo tiempo me sentía indefenso, temeroso, un tanto con miedo. El miedo a lo desconocido. Tenía escasos quince años, pienso que es normal. Pero quería experimentar, y cuando uno quiere las cosas, las consigue. Tal parece que para pertenecer a las normales rurales

una condición es tener arrojo, ser osados, intrépidos y muy decididos... En ese preciso momento, me nació esa estirpe.

¿Qué magia tienes, Ayotzinapa, que me envolviste?
¿Qué encantos guardas, Ayotzinapa, que me endiosaste?

Desde el primer surco que desliza hacia tu morada es un gran valle el que se divisa. Y tus grandes humedales, tu serpenteante carretera nos avisa: "Te aproximas al destino de tu vida". Y no basta sólo con tu estancia, basta toda una vida de querencias. Basta toda una vida de lucha contra lo invisible... pero la lucha más fuerte es contra lo que ves. Contra lo que te rodea. Porque a todo le hace falta nuestra cercanía. Falta nuestra presencia.

Las arboledas que rodean tus contornos. Eucaliptos que resguardan las memorias. Y que sostienen crujientes ramas; unas viejas, ya secas, y otras nuevas con muchos bríos... los recuerdos del pasado y del presente que nos hacen vibrar por las vivencias y emociones sentidas en tu regazo florido. Arboledas que dibujan y conducen los senderos del caminante ávido del saber y con una conciencia limpia, que busca algún refugio y los acoges sin distinguos ni miramientos, ni egoísmos. Brindan la humedad requerida para saciar todo lo que nos consume desesperadamente a los que estamos necesitados de oportunidades. Semejan las generaciones de hoy y las de ayer; al final lo que vale la pena es que somos lo mismo. Son las generaciones, nuestros compañeros los grandes guerreros en la historia que defienden la invasión. Nuestros amigos. Compañeros de quimeras y de lágrimas, de amoríos y de dulces sinsabores. Los que guardan con gran celo nuestras historias. Los romances, los amores. Amores locos, locos amores. Árboles que cuando se alían con la noche y la luna, son alcahuetes del amor. El embrujo del amor o el desamor. Son el cobijo de la bohemia inolvidable.

Y los cerros. Esos enormes y bellos cerros defendiendo de tormentas. De momentos los usamos de trincheras. Contra los disparos de algunos judiciales, policías y militares. Y nosotros escondidos en sus agrestes laderas. Por los arrastraderos. Buscando atajos. Las bocinas anunciando las alertas. Y gritando: “¡Que se junten, camaradas!” Los disparos atrás. Las balas zumbando los oídos. Los gritos más cerca. Los nervios de punta... llegar a los barrancos. ¡Llegar a los barrancos! Desesperados y con miedo... pero el mismo miedo nos levanta. Y altivos con la estirpe reflejada, dando el pecho de frente a las balas... De grandes tormentas defienden los cerros. Y esas trincheras eran nuestras, sí, esas trincheras nos cuidaban... Cómo olvidar esas trincheras. Hermanas trincheras.

Esos cerros también son los rieles de las aguas cristalinas. Frescas aguas que rodean nuestra escuela, y circulan como la sangre que llevamos en las venas y se nutren con sendos manantiales. El *espejo de los dioses* los espera. Cerros que conducen la saciedad de una sed de aprender. Y sacian la sed de un grupo de necesitados. Y sacian la sed de hermanos venidos de costas, de tierras calientes, de zonas muy frías, de huertos, de surcos, de mares, en huaraches, con zapatos viejos, con pies que casi están descalzos y besan el suelo. Con humildad, pero con muchas ilusiones y sueños. Y cuando de esta agua cristalina y fresca ya bebida su savia, se reparte *donde su servicio sea requerido*.

Y para subir al cielo o para bajar al alma, la serpiente de concreto más hermosa y enigmática jamás imaginada. Bajamos a nutrirnos y subimos a nutrir. Bajamos a bebernos la savia, pero después subimos a repartirla. Doscientos setenta y seis escalones...un número mágico y místico también, que acompaña y lleva al sendero del saber. Los que transitaron en

ella jamás la olvidarán. La escalinata donde se guardan secretos. Donde uno de los enemigos del amor, que es la distancia, ahí ganaba o perdía. Ahí se dan los encuentros y desencuentros. Los llantos y las sonrisas. La tristeza y la alegría. Llegadas y despedidas. Donde las familias llegan. Donde se reciben almas... son las gradas que imponen respeto y querencia. Juan Manuel, ahí subiste al cielo. De una visita espontánea, jamás de ahí te fuiste. Y un amargo suceso quedó clavado en nosotros con la impotencia de no poder hacer nada. Desde Campeche hasta Ayotzinapa y de Ayotzinapa hasta el cielo. Uicab Uicab, aquí naciste. Escaleras que suben y bajan de la gloria al cielo y del cielo a la historia. El sapiente te venera.

Es 11 de octubre de 1988. Juan Manuel Uicab Uicab y otro acompañante (del cual no pude encontrar registro de su nombre), en una comisión emanada de la Escuela Normal Rural Justo Sierra Méndez, ubicada en Hecelchakán, Campeche, la cual es recibida por el compañero Rafael Campos Solís, (en ese periodo fungía como secretario de Prensa y Propaganda del Comité Ejecutivo Estudiantil), nos sorprende con su llegada.

Casi cuando la tarde besa la noche. Admiras nuestra escuela iluminada. Saboreas los manjares vespertinos de nuestro comedor y luego paseas por los pasillos del misterio y de la magia, plagados de hermosos y muy significativos murales. Estos nos muestran a nuestros personajes que, por sus obras y para beneficio de la misma sociedad, para nosotros son inmortales: nuestros comandantes, los profesores Lucio Cabañas Barrientos y Genaro Vázquez Rojas. También nos muestran algunos de nuestros héroes nacionales, sobre todo de la Revolución Mexicana. En esos murales admiras los ideales que se plasman en nuestras almas y nuestras mentes. Exploras los rincones de toda nuestra escuela acompañado con los

acordes de la música de los dormitorios cercanos. Pero también te nutres de la música revolucionaria y de protesta que suena interminablemente, y que se reproduce día y noche en los diferentes altavoces de nuestra Normal.

En esta ocasión, todas las normales se encuentran movilizadas por la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México. Sí, por esta organización que da origen a nuestro espíritu revolucionario y define nuestro pensamiento de izquierda (aunque muchos enchuequen esta ideología más tarde, de acuerdo a sus intereses personales) y que enaltece nuestra estirpe. También recorres los puntos clave donde nos apostamos para hacer las guardias y dar seguridad a los que moramos ahí. Anfitriones de encomiendas y de huéspedes distinguidos, eso somos. Entras al aposento ideológico-político de nuestro querido Comité Ejecutivo Estudiantil Ricardo Flores Magón, a una reunión de acuerdos para la actividad del día siguiente. Y se llega al acuerdo de que la actividad sería ir a vocear (informar por perifoneo) a la ciudad de Tixtla. Ésta es tu última reunión. ¿Quién lo imaginaría? Y así termina la rutina de hoy. A descansar.

La mañana del 12 de octubre de 1988 inicia con calma, con el desayuno. Pero saliendo de ahí las alarmas se activan. Son entre las nueve y diez de la mañana. Los rostros de los tortugos y sus visitantes se muestran preocupados.

— ¡Aleeeertaaaaaaa!... ¡Aleeeeeertaaaaa! — se escucha en los micrófonos.

— ¿Qué pasa?

— ¡Júntenseeee, júntenseeeee!

Gritos de alerta que siempre nos erizaban la piel, porque cada llamado de este tipo era para resguardar la escuela de intrusos queriendo profanar nuestra institución. Esos sonidos

nos entusiasmaron tanto, que la adrenalina corría al mil por nuestros cuerpos, traspasando la prudencia por el ímpetu, más no se dejaba de tener cierto temor, porque el miedo es compañero eterno de nuestros cuerpos, pero el miedo también te hace ser valiente, ¿Por qué creen que nace la valentía en los seres humanos? porque el miedo siempre está presente en nosotros. Y siempre que se escuchaban las sirenas de alerta venían a nuestras mentes las recomendaciones de los integrantes del CEE: “Hay que dormir con los pantalones puestos para estar alerta a cualquier llamado”. Y así es hasta la fecha, siempre cargamos los pantalones bien puestos para defender lo que nos corresponde, para defender lo que es nuestro, lo que nos pertenece. Y Ayotzinapa es nuestra y la defenderemos siempre.

Por los altavoces informan: un grupo de policías estatales (la policía motorizada, llamada así en ese entonces) había aprehendido a dos compañeros de la guardia matutina apostados en las gradas. Hasta allá arriba, por la caseta que se encuentra a orillas de la carretera que comunica la ciudad de Chilpancingo con la hermosa e histórica ciudad de Tixtla. Es uno de los puntos donde se apostaba la guardia de algunos compañeros cuando la Normal estaba en algún movimiento estudiantil.

Se pensó que la acción de estas autoridades era algo rutinario. Pero la preocupación escalaba. Miradas desorbitantes corriendo al punto de reunión. Subiendo por los doscientos sesenta y seis gloriosos y —en ese momento— interminables peldaños. Desesperación, preocupación y temor... cuántos sentimientos reflejados en todos y cada uno de los que suben. Cuántos sentimientos conjugados en este instante. Pero el miedo y el orgullo cuando se juntan dan como resultado una mezcla extraña, de no sé qué... pero en nuestro caso esa mezcla propicia que nadie decline. Y entre ellos Juan Manuel. La emo-

ción nos invade como un acto reflejo de nuestro ser, pero de un ser alimentado de idealismos revolucionarios y cambiantes. La juventud y su característica impetuosidad se imponen algunas veces al razonamiento y no se mide el peligro. Los compañeros gritan algunas consignas, todos atendiendo al llamado de alguien que alienta a hacerlo, porque ahí todos somos líderes. Al unísono, sin discrepancias, con fuerzas, con mucho coraje, pero sobre todas las cosas, demostrando mucho orgullo y amor a nuestra escuela, se entonaban las consignas. ¡Así se deben gritar las consignas!, que se entienda lo que uno expresa, lo que uno grita; para que aquél que las escuche, sienta en las profundidades de sus entrañas las injusticias cometidas y sea uno más que se una a nuestra eterna lucha. Las consignas deben salir de lo más profundo de nuestro ser:

— ¡Adelante, adelante, que la lucha es constante!

— ¡Por la liberación de la juventud y la clase explotada, venceremos!

Estas y otras consignas más avivan al ser revolucionario y consciente que ahí en Ayotzinapa nace. Porque Ayotzinapa “es la cuna de la conciencia social”.

En la cima de nuestro cerro que fortifica nuestra escuela, uno tras otro —tú incluido, Manuel— serpenteando las gradas. Y ya casi llegando al objetivo, de repente, estallan los estruendosos sonidos de disparos hacia la multitud. Disparos de fuertes y gruesos calibres de armas los esperaban.

— ¡Dispérsense! ¡A los barrancos, detrás de los árboles, detrás de las piedras!

La algarabía y mezcla de gritos que confunden más y más, la desesperación te alcanza, más con los estruendosos sonidos de esos disparos y de las balas tiradas zumbando entre la multitud. Cualquier trinchera era buena, por eso nuestros amigos,

los árboles, eran nuestros aliados, esas trincheras son nuestras y nos defienden precisamente de situaciones como éstas.

Se escuchan los gritos llenos de miedo y desesperación... las balas pasan muy cerca de los normalistas. El caos total aflora en el hermoso vergel. La desgracia danza alrededor de mi querida Normal. Aun así, la turba continúa avanzando para liberar a los hermanos detenidos. De pronto alguien grita:

— ¡Un heridoooo! ¡Hay un herido!

La confusión se hace más fuerte en los compañeros. La dispersión es total.

— ¡A los barrancos, a los barrancos!

— ¡A buscar refugio!

— ¡A atrincherarse!

Las trincheras, esas trincheras nuestras, en esta ocasión no fueron suficiente, no nos fallaron, ellas ahí están, pero no fueron suficiente.

Los hermanos retroceden. Uno de ellos queda tirado, azorados y confundidos descubren el cuerpo; desgraciadamente es Juan Manuel. ¡Es Uicab, el de la comisión de Hecelchakán! Fuiste tú, que llegaste con una demostración de humildad y que con sólo una sonrisa demostraste el querer cumplir con la encomienda traída, fuiste tú también, el que con una confundida sonrisa aún esperas una respuesta, una explicación. Fuiste tú, que llegaste ataviado de lucha por una consigna emanada de nuestra hermana escuela ubicada en Hecelchakán, Campeche.

Lleno de sangre, con la mirada al cielo, al infinito. Aquellos guardianes que nos dan refugio, en esos momentos no pudieron protegerte. ¿O acaso tú no supiste acercarte a ellos? Manuel, Juan Manuel, ¡esas trincheras son nuestras! ¡Esas trincheras son nuestras!

Se guarda silencio. La pólvora huele. La polvareda levantada por las balas y el trasiego de nuestros compañeros hacen más intensa la confusión. La sangre está derramada. A lo lejos alguien grita:

— ¡Aquí está otro herido! ¡Hay otro herido! ¡Va herido *el Pachanga!*

Otro compañero que a pesar de tratar de esconderse le tocó un disparo, otro hermano que defendiendo lo que le pertenece expuso su vida.

David Solís Fierro, mi paisano, vecino del hermoso poblado de Tetitlán, municipio de Tecpan de Galeana, ha recibido un balazo en el costado izquierdo. Corriendo y entre algunos hermanos te auxilian y te llevan a puerto seguro. Herido, pero sin grandes consecuencias. La libraste aquel día, paisano.

Por los arrastraderos, buscando atajos y llegar hacia ti, Manuel, que habías caído por una de las balas expansivas que tiraron; pero a pesar de los tiros, un compañero de la región de la Costa Chica con todo el arrojo y decisión, se acerca a tu auxilio, y desde el lugar que caíste, te carga hasta llegar más abajo de las gradas y allá lo auxilian Carlos Diego Pacheco, de la Sabana, Guerrero, y Benito García Fierro, oriundo de la población de Villa Rotaria, Tecpan de Galeana, y muchos otros más, que a pesar de las circunstancias no te abandonaron.

Descienden muy lentamente; todo es muy desesperante. Jadeantes, y con las fuerzas y corajes sacados de las entrañas, sacados del interior de su corazón, con una determinación que sólo puede crear el momento en el que estamos, lograron el objetivo. Y este momento es la vivencia más terrible que hasta ese instante había surcado en sus vidas. Todos observando esta gran hazaña. Manuel, ya llegamos a un lugar más seguro.

Ya más abajo te cargan entre varios hasta llegar a la Dirección de la escuela. Todos con gran alegría por el rescate

de nuestro compañero herido... Pero tu mirada está perdida, fija, clavada en el cielo. Quizá aún buscando esa respuesta que nunca encontraste, quizá ya nunca escuchaste el bullicio lleno de felicidad de los hermanos cuando te bajaron herido, sólo mirabas al cielo. Pero sólo el viento sabía lo que pasaba, se escondió también y se cubrió de tristeza, también el ambiente impregnado olía a mucha tristeza, olía a llanto y vergüenza. El viento ya no sopló y la frescura que ahí habitaba, también se esfumó. Como tu vida Manuel, se fueron contigo.

Manuel, ¿qué pensabas? Camarada, ¿qué sentías? Los ojos llorosos arremolinados. Tu cuerpo en el centro. Pensando mil cosas. Manuel, ¿qué pensabas cuando veías a tu alrededor muchas almas nuevas con mucha ilusión? Manuel, ¿qué sentías, estando tirado, tan lleno de sangre y de mucha ilusión? La pérdida de una persona duele mucho, pero duele más perder a una persona joven, llena de salud, de esperanzas y futuro, duele más por el simple hecho de saber que la vida apenas empieza.

La travesía que se llevó a cabo para llegar a tu tierra querida, fue un suplicio lleno de vergüenza y tristeza. A los compañeros Juan Martínez Villa *el Taxco* y José Isidro Gutiérrez Martínez *el Chido*, les tocó abonar con esta loable y noble labor de acompañarte en ese trayecto tan largo y penoso por más de veinte horas, ahí junto a ti, en la carroza, desde Ayotzinapa, Guerrero, hasta Hecelchakán, Campeche. De ahí te trasladan a la iglesia del pueblo, donde te esperan tus compañeros, esos con los que compartiste los sueños que a la postre fueron truncados con un despertar amargo. Y es ahí donde tu madre te recibió con el alma destrozada, sin poder comprender y menos aún sin entender por qué le arrebataron la vida a su único hijo de esta manera... No puedo imaginar, mucho menos puedo describir el dolor de ella en ese momento.

Hay veces que la vida es corta, hay veces que la vida es injusta, pero hay veces que la vida es demasiado corta y demasiado injusta. Eso te pasó a ti, Juan Manuel. Si el sol aún brilla, ¿por qué lo apagaron? Borraron la fuente de tu juventud. Crisparon las lágrimas de inocentes miradas al ver que cortaron de tajo tu vida. Fenecen los cuerpos, las almas perduran. Hay veces que los sueños se quedan a medias. Tu llegada vuelca lo que no pensabas. Juan Manuel, serpenteaste aquellas gradas y llegaste al cielo. Tu guardia perenne aquí se quedó. El tiempo se estanca y queda permanente, sin pasar ningún minuto o sentir que ya han pasado muchos. Sin darnos cuenta de la velocidad del tiempo. Aún estás aquí, nuestro eterno guardián. Que vuelen las primaveras y vuelvan a renacer, porque los otoños no se olvidan.

Ayotzi vive, la lucha sigue...

¿Y mis hermanos? Sí. Ellos, llegados de diferentes regiones. Con diferentes formas de vida, diferentes costumbres, pero con las mismas carencias y los mismos sueños. Donde la pobreza huele en todos los rincones que lo habitamos. Donde las necesidades están en cada segundo, donde las carencias opacan la vida, pero nos acomodamos a las circunstancias y ahí nace la felicidad. Y vivir felices hace la diferencia.

¿Y mis hermanos? Todos con las mismas penas. Escarbando desde abajo para formarnos. Todos con un mismo sueño: permanecer ahí para superarnos. Que lo abrevado en nuestra escuela se cuele para todos los rincones. Que nosotros, los paridos en Ayotzinapa, brindemos nuestro aroma penetrante hacia una sociedad también necesitada.

¿Qué magia tienes, Ayotzinapa, que me envolviste?
¿Qué encantos guardas, Ayotzinapa, que me endiosaste?

Me enseñaste a vivir, me enseñaste a ser. Hay que ser, siempre ser. Porque me enseñaste a no morir, a permanecer in-

mortales. Porque somos leyendas y construimos nuevas historias, a cada día, a cada momento. Somos leyendas, porque cada uno de nosotros nace en cada ser que atendemos, y ese ser se reproduce en la sociedad interminablemente. Porque la semilla que sembramos nace insaciable, nace con el grito abierto hacia el progreso y a la libertad. Las alas atadas son historias en un ser atendido por nosotros. Los bozales son historia, porque el grito rebelde en la sociedad se siembra con conciencia.

Todo lo que me rodeó desde que pisé tus suelos fueron tus encantos. Tu aroma a naturaleza viva. Tu penetrante olor a libertad, a alegría, a conciencia. Tu imponente edificio. Ése que cuando lo admiras por primera vez, te embelesa y te enamora de gratitud. Tu nobleza. Tu grandeza. Ese imponente edificio que te arrebató y te roba los sentidos simplemente al verlo. Lo sientes para ti, para toda tu vida. Y que lo llevas grabado en tu corazón milímetro a milímetro. Tu camino rodeado de humedad y naturaleza... tus sinuosidades que traspasan las fronteras, con un simple andar. Tu endulzante perfume a sueño, que de nostalgia llena está. Estás llena de un romance que nunca muere. Las raíces que ensalzan y miden tu historia como la base permanente de la sociedad. Tu perfume. Ese perfume que aún percibo. Ese perfume que respiro a diario y del que no me arrepiento... porque si mil veces volviera a mi juventud, esas mil veces volvería a buscarte. Porque somos únicos, somos un mismo ser. Tu perfume que embriaga al que lo respira, al que lo huele, al que lo vive. Ese perfume que penetra hasta tu alma llorosa. Hueles a inolvidable. Hueles a grandeza.

Me embriagaste con tu magia, Ayotzinapa, el libro que ahí dejamos, lo escribimos con letras de oro.

Nota: Este escrito no es para herir susceptibilidades, es para que los lectores conozcan las raíces que sostienen a un

egresado de una Normal Rural y las tantas experiencias a las que en nuestra formación nos enfrentamos. Porque somos diferentes y porque somos lo mismo.

Si la muerte de un compañero de Hecelchakán aún nos duele, y ese dolor nos perfora hasta las profundidades de nuestros sentimientos, ¿se imaginan la pérdida de cuarenta y tres hermanos tortugos?

Ni perdón. Ni olvido.

Agradecido por siempre, Ayotzinapa.

Tecpan de Galeana, Guerrero.

29 de septiembre del 2020.

UN HIMNO COMO LEGADO CULTURAL

Aníbal Rafaela Castro
Generación 1987-1994

Soy originario de La Azozuca, un pueblo del municipio de Ayutla de los Libres, en la región Costa Chica. Actualmente soy maestro de educación primaria con función de director efectivo.

Desde que cursaba el tercer grado de primaria ya había escuchado el nombre de Ayotzinapa. Un maestro practicante de nombre Felipe Alonso realizó su servicio social en la escuela de mi pueblo, además, en quinto grado tuve un maestro egresado de la Normal llamado José Luis Terrazas Arredondo. Sin embargo, en realidad quien me invitó a estudiar en Ayotzinapa no fue precisamente un egresado, sino un maestro originario de Tixtla, Meynardo Barrera Jiménez, que se hizo amigo de mi padre en el tiempo que estuvo trabajando en mi pueblo. Así fue como llegué a ser hijo de mi *alma mater*.

Cinco estrofas y dos estribillos

Mi gusto por la música surgió debido a que mi padre tenía una guitarra en la casa, que por cierto me llevé sin su permiso a la Normal cuando estaba cursando el segundo grado de bachillerato pedagógico. Fue con ésta que empecé a aprender los primeros acordes. Me llamaba la atención ver cómo compañeros de grados superiores tocaban la guitarra muy bonito,

y en las noches se ponían a cantar, rodeados de muchos compañeros, coreando las canciones de Ricardo Montaner, Franco de Vita, Ana Gabriel, Los Temerarios, Bronco, Los Bukis y muchos más. En ese tiempo contaba con 17 años de edad.

En los meses previos al aniversario de la Normal, la Comisión de Promoción y Difusión Cultural siempre organizaba concursos internos de canto, declamación, oratoria y algunas veces de pintura. Pero en 1993, específicamente en enero, salió una convocatoria para la composición del “Corrido a Ayotzinapa”; en esa época la maestra de danza, Julia Ocampo Herrera, era la encargada de la comisión.

Entre las bases que recuerdo era que podía entrar al concurso cualquier persona, no precisamente estudiante, egresado o trabajador del plantel. No obstante, nos inscribimos sólo catorce participantes, todos alumnos de la Normal. No recuerdo los nombres de todos, y mi memoria sólo recuerda a dos compañeros: Mario Rosario Beltrán y Jesús Araujo Camargo, ambos de mi generación.

También, entre las bases de la convocatoria se consideraba la premiación a los tres primeros lugares: 500 pesos al primero, 300 al segundo y 200 al tercero. Sólo recuerdo que Jesús Araujo Camargo obtuvo el tercer lugar. Desde luego, el tema de mi autoría “Ayotzinapa” compuesta con cinco estrofas y dos estribillos, obtuvo el primero. Para ese entonces cursaba el tercer grado de la licenciatura.

Ayotzinapa tiene una gran variedad de temas que pueden ser motivo de inspiración. Sin embargo, no incluí asuntos políticos o ideológicos en la letra porque las bases de la convocatoria no lo permitían. La canción que influenció la composición, sobre todo en la música, fue un tema del compositor oaxaqueño Álvaro Carrillo llamado *el Andariego*.

Antes de la nuestra, no existía alguna canción, corrido o himno que identificara a nuestra *alma mater*, así que mi moti-

vación únicamente era el orgullo de participar y dejar un legado musical allí.

Entre los colaboradores de la canción, hago un gran reconocimiento a Armando González Ramírez *el Taxi*, por su apoyo para ponerle la tonada y sus aportaciones para corregir la métrica; además, los arreglos de la introducción que hizo el maestro Humberto Rojas Castro permitieron que por primera vez fuera grabada por la Rondalla Romance en un estudio profesional en el año de 1996. Entre sus integrantes de esta rondalla se encontraban Fidel Juárez Fierro y los hermanos Fausto y René Catarino Jacinto.

Conozco poco de música y los géneros que la componen, pero de lo que sí estoy seguro es que a pesar de que en el argot popular se le conoce como “Himno a Ayotzinapa”, no tiene las características de ello.

Precisamente cuando dieron los resultados del concurso, hubo unas que otras inconformidades con los demás participantes por el primer lugar, porque la convocatoria decía “Composición del corrido a Ayotzinapa” y ésta fue la única que resultó no ser un “corrido” como tal.

Las aves que no duermen

Es muy común escuchar desde cierta distancia el bullicio de Ayotzinapa por el relajo, los gritos, las pláticas. Empero, con la quietud de la noche se escuchaban aún mucho más. Era común que, en los dormitorios, los pasillos y los jardines, además de gritos, se escucharan guitarras, donde los compañeros que sabían tocarla se hacían rodear de los amigos. No importaba si pertenecías o no al mismo grupo, todos podían participar de las noches de bohemia. No sentíamos cómo transcurría el tiempo y de repente veíamos que ya eran las doce de la noche o la una de la mañana. A esto me refiero con “las aves que no duermen”.

“Unas llegan y otras van” alude a los compañeros que ingresan y los que egresan año con año.

Siempre, siempre tan sonriente, pero sabes del dolor

Ingresé al Bachillerato Pedagógico en 1987; fui miembro de la última generación de alumnos que cursamos siete años en el interior de la Normal. Al inicio del siguiente ciclo escolar 1988-1989, las autoridades determinaron la extinción del Bachillerato Pedagógico al interior de las normales rurales; entonces la FECSM declaró un paro indefinido, cuya demanda principal era la conservación del Bachillerato.

Fue una movilización con muchas acciones relevantes que atraían las primeras planas de la prensa. Recuerdo que el día 12 de octubre de 1988, como actividad del movimiento, el Comité Ejecutivo convocó a un volanteo y boteo en la parada de la caseta. Cuando íbamos subiendo, de repente se escucharon varios disparos de arma de fuego hacia nosotros, los que subíamos las escaleras. Allí fue cuando hirieron a compañeros, y a uno, de muerte. Falleció llegando al hospital de Tixtla.

Yo realmente no sabía que se encontraban compañeros comisionados de otras normales rurales, y fue hasta ese suceso que me enteré que el compañero que habían herido gravemente era de Hecelchakán, Campeche, y su nombre era Juan Manuel Uicab Uicab. Fue algo triste y doloroso; lo velamos en la terraza de la escuela. A algunos compañeros les afectó demasiado su estado emocional. *Siempre, siempre tan sonriente, pero sabes del dolor* — en el himno — describe este lamentable suceso.

Ayotzinapa jamás salió de nosotros

La primera vez que se escuchó nuestra canción en público fue en el aniversario de 1993. El trío Los Terceros, integrados por Armando *el Taxi*, Jesús Araujo Camargo *el Japo* y yo, Aníbal *el*

Teniente. Aunque la cantamos en el programa cultural, debo ser sincero y admitir que no cobró mucha relevancia. Me parece que fue hasta 1996 cuando se formó oficialmente la Rondalla Romance. Ellos la cantaron por primera vez en un evento oficial.

La letra se ha mantenido casi intacta en su estructura original a través de los años, salvo un detalle mínimo: “hoy por siempre tú serás la maestra del saber”, cuando originalmente debe decir “ahora y siempre tú serás la maestra del saber”. Como ya lo mencioné, los arreglos de la introducción los hizo el maestro Humberto, quien a la postre sería el fundador y director de la Rondalla Romance y maestro de música varios años.

La canción nunca fue registrada con derechos de autor, ya que siempre la he considerado un patrimonio intangible de nuestra *alma mater*, por lo que no debe tener fines lucrativos o comerciales. Además, el lenguaje que contiene la letra la comprendemos y la sentimos en el corazón sólo los que somos hijos de Ayotzinapa.

Nunca llegué a escribir otra canción más a mi Normal, sólo ésta fue suficiente para demostrarle mi amor y cariño.

Lo que intento transmitir con esta melodía es que ser hijo de Ayotzinapa es la cosa más hermosa que nos pasa una vez en la vida. Así que es un gran compromiso y gran reto poner en alto siempre su nombre como educadores formados en su seno. La Normal se lleva en el pensamiento, en el corazón y en el alma. Nosotros salimos de Ayotzinapa, pero Ayotzinapa jamás salió de nosotros.

SEGUNDA PARTE
DE 1990 A 2000

DÉCADA DE 1990 A 2000

La última década del siglo XX llegó a México cuando transcurría el gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Su llegada conmocionó políticamente al país debido a la sospecha de fraude electoral. Así que se esforzó por generar una política ambivalente; por un lado, intentó vender a la sociedad la idea de que existía un fuerte vínculo entre el gobierno y el pueblo. El programa de Solidaridad tuvo esa intención: el gobierno pone una parte del presupuesto y la gente la otra parte, todos se beneficiaban. Por otra parte, intensificó la venta de paraestatales para reducir el gasto público y beneficiar a los empresarios nacionales y extranjeros afines al régimen.

El empobrecimiento de la población, el despido de trabajadores de las paraestatales, el aumento de la delincuencia y la inconformidad por los comicios avivaron las protestas sociales. Cabe recordar que en 1988 el poderoso Partido Revolucionario Institucional sufre una importante ruptura entre quienes se aferraban al férreo control de los sectores y la sujeción a los designios presidenciales y quienes aspiraban a una organización política más abierta y democrática. Una de las figuras visibles del grupo opositor fue Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, quien encabezó la oposición a través del Frente Democrático Popular (FDP) y posteriormente el surgimiento del Partido de la Revolución Democrática (PRD). El carácter represivo del Estado se mantuvo en los mismos niveles que en

el periodo de la guerra de baja intensidad. El sexenio terminó convulsionado como inició. La irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, así como los asesinatos de Luis Donaldo Colosio y José Francisco Ruiz Massieu, ex gobernador de Guerrero, marcaron al salinismo como un régimen nocivo para el país.

Los procesos de descentralización administrativa, incluida la educación, trajeron cambios significativos en la organización de los centros escolares, las entidades federativas respondieron diferenciadamente a las demandas de sectores que tenían un carácter nacional como las escuelas normales.

Con la llegada de Ernesto Zedillo Ponce de León, las cosas se mantuvieron en la misma dirección, pero con un gobierno que carecía de los argumentos para enfrentar los retos sociales, económicos y políticos que había acumulado el desgaste del ejercicio de 70 años al frente de las instituciones.

Históricamente, el pueblo guerrerense es afín a las resistencias contra los poderes centrales, autoritarios, empeñados en negarle su participación libre en la vida política. De modo tal que un gran número de guerrerenses se volcó en apoyo a la figura de Cuauhtémoc Cárdenas, al FDP y al PRD. Esta situación permite comprender que, por estar imbricado en la maquinaria priista, el gobierno de Guerrero, fiel a su ideología, reaccionó con mano dura a las manifestaciones opositoras. Decenas de militantes del Partido de la Revolución Democrática, surgido posteriormente a los conflictos poselectorales de 1988, fueron asesinados por sus opositores. El asesinato de campesinos en el vado de Aguas Blancas produjo la renuncia de Rubén Figueroa Alcocer a la gubernatura. Todo lo anterior trajo un clima de inestabilidad política en la entidad.

El surgimiento del Ejército Popular Revolucionario (EPR) después de la masacre de Aguas Blancas, regresó a la escena

política a los grupos guerrilleros que se creían eliminados. La sociedad de alumnos Ricardo Flores Magón denuncia los abusos cometidos en contra de la población y se une a la solicitud de renuncia del gobernador. También se mantiene escéptica en torno a la figura del interino, Ángel Heladio Aguirre Rivero, quien provenía del mismo partido hegemónico.

MI OMBLIGO ESTÁ EN AYOTZINAPA

Moisés Antonio González Cabañas
Generación 1995-2000

Tixtla de Guerrero, cuna de hombres ilustres

Me llamo Moisés Antonio González Cabañas, tengo 43 años, nací en Pie de la Cuesta, municipio de Acapulco, el 18 de junio de 1977, pero casi toda mi vida he vivido en Tixtla de Guerrero, donde crecí. Ahí he habitado casi siempre, con algunas excepciones, por motivos de mi trabajo. Por ejemplo, viví algún tiempo, en mis primeros años de servicio, en la comunidad del Papayo, municipio de Coyuca de Benítez, y durante los últimos años he radicado en la Ciudad de México.

Me enorgullece ser tixtleco. En esta ciudad nacieron muchos héroes que nos dieron patria, que lucharon por tener un mejor país. Uno de ellos es Vicente Guerrero Saldaña, el consumidor de la Independencia de México, y Antonia Nava de Catalán, una madre que ofreció a sus hijos para que lucharan por la libertad de su pueblo; también es de Tixtla, Ignacio Manuel Altamirano, escritor y militar que sirvió a Benito Juárez, uno de los mejores presidentes que ha tenido este país. Y esta tierra también ha dado excelentes compositores, como Margarito Damián Vargas.

Tixtla de Guerrero es un municipio importante para el estado de Guerrero, fue su segunda capital en el año de 1851.

Luego, culturalmente hablando, ha sido considerada como la Atenas guerrerense. Para mí, Tixtla sigue siendo la capital cultural, histórica y gastronómica de la entidad federativa. Si hablamos de su gastronomía, es uno de los lugares donde podemos disfrutar la mezcla de los sabores españoles, mestizos e indígenas en muchos de sus platillos.

Los tixtlecos estamos orgullosos de nuestro fiambre, del pozole blanco, del rico pozole de camagua y del elopozole; también de ricos panes como el marquesote, el pan francés y las semitas de requesón y salvado. Del mezcal no se diga; es una tierra mezcalera; también nos llena de orgullo el anís, el torito, el amargo, todas ellas bebidas tradicionales en los famosos encuentros que realizan los mayordomos para festejar a los ocho barrios de nuestro pueblo.

Tixtla y Ayotzinapa

Los tixtlecos somos afortunados y nos enorgullece que aquí se encuentre enclavada la Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa, Guerrero. Mi *alma mater*.

La ex hacienda de Ayotzinapa, hoy Escuela Normal Rural, nos da un valor histórico y pedagógico enorme. Nos ubica en el curso de la historia contemporánea que se construye día a día en nuestro país. Gracias a este vínculo histórico, somos un municipio que se niega a desaparecer del libro de la historia contemporánea. En nuestro territorio se siguen formando hombres libres de pensamiento, como Lucio Cabañas y Genaro Vázquez, que han luchado por mejorar las condiciones sociales en nuestra patria.

Nunca faltan cantos de aves, unas llegan y otras van

Estudié en la escuela de 1995 al año 2000. La Normal, además de formarme profesionalmente para que yo fuera un

maestro de primaria, me dotó de algo mucho más valioso en la vida: me convirtió en una persona consciente de los problemas de la sociedad en la que vivo y me enseñó a no ser indiferente a ellos.

Tengo muchas cosas que contar de mi formación en esta institución. He hecho un enorme esfuerzo para escoger qué contar de todo lo que viví en la Normal y lo que significa esta institución para mí y para mi familia.

¿Cómo llegué a Ayotzinapa?

Como todo joven, al término de mi bachillerato, era prioritario continuar con mis estudios y para eso busqué varias opciones; pensaba que tenía las condiciones para eso, pero como se verá más adelante, comprobé que esa creencia era parte de mi inconsciencia juvenil.

Siempre soñé con ser maestro de Educación Física; con todo el esfuerzo de mi madre, logré hacer examen de admisión en la Escuela Superior de Educación Física de la Ciudad de México. Y lo aprobé, lo que para mí fue un logro extraordinario.

Pensaba que contaba con las condiciones para estudiar en esa escuela, pero no pensaba en el gasto económico de una madre de familia sola, que educaba a cinco hijos: un hombre y cuatro mujeres. La realidad me alcanzó muy pronto. Un día después de mi inscripción recibí la llamada de mi madre, para decirme que regresara, que no había condiciones para estar en esa escuela. Fue una de las noches más tristes de mi vida. Pensé que mis sueños habían terminado, pero muchos años después comprobé que fue la noche más importante por la decisión que tomé: estudiar en Ayotzinapa.

La semana de prueba

Realmente la semana de prueba fueron casi 40 días en aquel año de 1995, en la que demostramos nuestras capacidades en el

campo. Hicimos de todo. Por ejemplo, círculos de estudio donde leíamos, analizábamos y discutíamos el materialismo histórico; recuerdo muy bien las discusiones sobre las teorías filosóficas que componen el marxismo-leninismo; en estas semanas de prueba además de desarrollar una conciencia de clase que no tenía, desarrollé también mi capacidad de asombro.

Por las tardes teníamos círculos de estudios, donde los compañeros del COPI nos acercaron a las teorías científicas del materialismo dialéctico. Ahí me reencontré con Carlos Marx, Federico Engels y Vladimir Ilich *Lenin*, y la lucha de clases.

Comenzábamos los círculos de estudio a las cuatro de la tarde con temas interesantes, que tenían que ver con la filosofía. Nos hacían pensar, analizar y reflexionar sobre el contexto histórico que nos tocó vivir y que, como sujetos políticos, estábamos obligados no sólo a interpretar las bases filosóficas del materialismo histórico, sino a actuar, proponer, discutir, debatir.

Nos estábamos preparando para seguir existiendo con conciencia propia en un mundo capitalista. Esta conciencia nos permitiría entender el porqué de luchar por más matrículas para jóvenes campesinos pobres, por más presupuesto para la Normal de Ayotzinapa y por plazas automáticas para nuestros egresados.

Pero también estos círculos de estudio nos respondieron la pregunta más importante de todas, la cual nos marcó a muchas generaciones y nos hace regresar: ¿Por qué seguir luchando por la existencia de nuestra Escuela Normal de Ayotzinapa?

Me asombró muchísimo la capacidad de nuestros compañeros que nos impartían los círculos de estudio. Eran diestros en el tema, con un alto contenido político y, lo más importante, su orientación volvía este ejercicio sumamente interesante. Los recuerdo muy bien, el COPI del Comité Ejecutivo Estudiantil Ricardo Flores Magón: Asunción y Ramón.

Chon era flaco y siempre tenía bajo el brazo un libro. Era muy tranquilo, muy serio, y era muy bueno en sus análisis. Ramón también era flaco (todos los estudiantes éramos flacos) de baja estatura, muy serio, y al igual que su compañero siempre cargaba un libro. Ellos siempre estaban juntos y los considerábamos un ejemplo para todos los estudiantes de nuevo ingreso.

De igual manera recuerdo a quien fue secretario general de aquel momento, Pablo Tapia, y a quien fuera secretario de actas y acuerdos, Baltazar Torreblanca. En esos días de prueba, era casi obligatorio conocer a las figuras más importantes del Comité Ejecutivo Estudiantil. Ellos se convirtieron en una aspiración para la gran mayoría de los estudiantes de nuevo ingreso; para mí fueron un excelente ejemplo.

Siempre los veíamos con su libro bajo el brazo, serios, formales y responsables, además muy humildes. La gran mayoría usaba huaraches y vestían de la manera más sencilla; sobre todo, eran los estudiantes más preparados políticamente. Me parece que sabían de la trascendencia del lugar que ocupaban, el mismo que legó Lucio Cabañas Barrientos.

Además de llevar los círculos de estudio, en esos días, preparamos la tierra para la siembra de temporal que se acercaba. Todos los estudiantes de nuevo ingreso agarrábamos machete y tarecua, y limpiábamos la tierra.

También en ese año, corría un pequeño arroyo al interior de la Normal, muy cerca del camino que lleva a los módulos de producción. De ese pequeño arroyo sacamos grava, no nos importaba si llovía o era un día soleado, lo hacíamos para construir las porquerizas que necesitaba nuestra escuela.

Cuando era necesario, también dábamos apoyo a los campesinos que trabajaban las parcelas pegadas a la Normal. Cada que ellos lo solicitaban, nuestras manos estaban a su servicio.

En la semana de prueba — como expresé anteriormente, en realidad fueron cerca de 40 días — demostramos nuestras

capacidades en el campo, y también fue un proceso de depuración. De 400 jóvenes que iniciamos, sólo quedamos alrededor de 180. Y asimismo también fue un proceso de adaptación y de fortalecimiento de nuestra conciencia de clase. Esos días fueron de teoría y práctica.

Durante aquellos días realizamos faenas o fajinas, *chaponéabamos* los campos, no sólo de la escuela, sino también los de los campesinos cercanos.

Construimos porquerizas en los módulos de producción, nos trasladamos a las comunidades para realizar labor social, hablamos con los comisarios y los campesinos de las diferentes comunidades para conocer las tareas más apremiantes y poder apoyarlos.

La semana de prueba es uno de los filtros más importantes para los alumnos de nuevo ingreso; ahí demuestras de qué estás hecho. Las actividades físicas e intelectuales te van forjando; el machete se complementa con el análisis y el debate de lecturas como el marxismo; es el inicio para convertirte en un hombre nuevo.

En la semana de prueba adquirimos la disciplina política que nos serviría durante nuestros cuatro años de estancia en la Normal, y para muchos, entre los cuales me incluyo, nos sería de utilidad para el resto de nuestras vidas.

Mi primer movimiento normalista

Cada año, la Normal de Ayotzinapa se moviliza para conseguir la ampliación de la matrícula; esto ocurre entre los meses de agosto y septiembre. El año de 1995 no fue la excepción.

Cuando ingresé a la Normal hicimos examen mil 500 estudiantes, sabiendo que sólo había matrículas para 75. En el segundo filtro para entrar a la Normal estuvimos cerca de 400 estudiantes. Esos 400 estudiantes, incluidos los 75 que in-

tegramos la lista oficial de la SEG (Secretaría de Educación Guerrero) fuimos convocados por el Comité Estudiantil para la semana de prueba como un segundo filtro para seleccionar a los más aptos, de tal manera que quienes no demostraran adaptación a las labores agrícolas y actividades políticas de la Normal, desertarían por su voluntad.

La semana de prueba, fue en sí de preparación física y de formación política e ideológica para el siguiente paso: la lucha por la exigencia de matrículas, mayor presupuesto para la Normal y plazas automáticas para todos nuestros egresados.

Culminamos la semana de prueba solamente 150 alumnos de un total de 400. A principios de septiembre iniciamos nuestro movimiento con el resto de los estudiantes.

En su mayoría esa primera lista conformamos la generación 1995-1999, aunque yo egresé hasta el año 2000, situación que contaré más adelante.

Ese año de 1995 se consiguieron 45 matrículas más para un total de 120 alumnos de nuevo ingreso, aumentamos el presupuesto y comenzamos a comer con 20 pesos diarios por alumno; un año antes se comía con 18 pesos al día. También conservamos las plazas automáticas para todos los egresados de esa generación.

Conseguimos que unos 20 estudiantes quedaran como *gaviotas*, quienes se mantienen a la espera de matrículas, por si algún estudiante matriculado se diera de baja.

Hasta el término de mi estancia en el año 2000, las plazas de maestro de educación primaria que otorgaba la Normal a sus egresados fueron automáticas.

Cómo perdimos el movimiento en El Cedral, San Luis Potosí

Mi formación política y de conciencia en Ayotzinapa comenzó muy pronto. Debió ser el primer lunes de septiembre de 1995.

El viernes anterior habíamos culminado el movimiento por aumento a las matrículas y plazas automáticas.

El lunes después de la semana de prueba teníamos que entregar en la Dirección nuestros documentos para quedar formalmente inscritos. Llegué a la Normal muy temprano y me recibieron mis papeles sin ningún problema, por lo que ya formaba parte de esa generación. Después de eso, me fui al área de los dormitorios para saber dónde me iba a quedar, cuando noté mucha exaltación entre los estudiantes de los grados superiores; corrían, daban instrucciones, entraban y salían de los dormitorios.

Parecían preparativos de algo que yo no comprendía, así que me quedé viéndolos, para entender a qué se debía tanto movimiento.

Entonces un grupo de estudiantes me preguntó qué hacía yo ahí. Les respondí que justo venía de la Dirección, a donde fui entregar mis papeles.

— Ah, ¿eres de los de nuevo ingreso?

— Sí —les respondí.

— ¿Y los demás? —me preguntaron.

— Soy el primero en inscribirme.

— ¡Pues veinte! Nos vamos a la Normal de El Cedral, los compas de allá necesitan ayuda.

Me subí al autobús sin saber a dónde quedaba El Cedral y sin pensar en avisar a mi familia.

En el camino me enteré de que El Cedral estaba en el estado de San Luis Potosí, a cientos de kilómetros de Tixtla, y que esa Normal estaba en medio del desierto.

En total, fuimos 34 jóvenes a San Luis Potosí. Fui el único de primer año; el resto, o la mayoría eran de cuarto año.

En el camino me contaron que el viaje se armó inmediatamente después de una llamada telefónica hecha por un es-

tudiante de El Cedral. Los normalistas de allá habían sido reprimidos por policías judiciales y estatales un día antes, para acabar con su movimiento por matrículas y plazas.

El secretario general del Comité Estudiantil de la Normal de Ayotzinapa, Pablo Tapia, comenzó a organizar la salida tan pronto como recibieron la llamada de auxilio.

La dirigencia estudiantil de El Cedral —por ser la única escuela que es un CREN y que no cuenta con un sistema de internado—, carecía de formación política y de acercamiento con las demás normales. Empero, al enterarse de última hora de que su escuela estaba integrada a la FECSM, hicieron varias llamadas a las normales de la Federación para pedir auxilio.

En el micro al que nos subimos nadie sabía dónde quedaba El Cedral, ni qué Normal era ni cómo había comenzado su movimiento. Muchas de esas interrogantes tuvieron respuesta hasta que llegamos a nuestro destino, después de 18 horas de viaje, porque ni el chofer del micro sabía dónde quedaba ni cómo llegar. Más de dos veces nos perdimos.

Llegamos alrededor de las cuatro de la madrugada del martes, lo cual estuvo bien, porque si hubiera sido de día, nunca habiéramos podido llegar a la Normal, ya que el camino estaba vigilado por policías.

Todos los que íbamos en el micro pensábamos que la Normal de El Cedral también era una Normal Rural, como la nuestra, es decir, que había dormitorios y comedor para los estudiantes; pero resultó ser un Centro Regional de Educación Normal, los llamados CREN, sin lugares para dormir ni comer.

La escuela se llama Centro Regional de Educación Normal Profesora Amina Madera Lauterio, también conocida como Escuela Normal del Desierto de El Cedral. Ya llevaban más de un mes movilizadas y su lucha prácticamente estaba perdida.

Cuando llegamos ya había estudiantes de la Normal Rural General Matías Romero, de San Marcos, Zacatecas. Esta

Normal tenía entonces el Comité Central de la FECSM y fueron quienes llegaron primero, pues estaban a pocos kilómetros de San Luis Potosí.

Se realizó inmediatamente una reunión entre los delegados de ambas escuelas: la Normal de San Marcos y la Normal de Ayotzinapa, así como normalistas de El Cedral. Posteriormente, el delegado de nuestra Normal, Moisés Tepetitlán, nos puso al tanto de cómo estaba su movimiento.

Los de San Marcos consideraron que la lucha ya estaba perdida y decidieron retirarse. Eso significaba que la FECSM también lo hacía; sin embargo, los de Ayotzinapa decidimos quedarnos y rescatar el movimiento.

En esa ida a El Cedral aprendí lo importante que es la unidad y la moral en un movimiento. Cuando nosotros como Ayotzinapa expresamos que nos quedábamos con ellos, a los estudiantes de El Cedral les volvió el ánimo y parecía que había maneras de reencauzar su lucha.

También ahí vi por primera vez las estrategias que tiene el Estado para socavar los movimientos. Un grupo de estudiantes de El Cedral fueron convencidos de tomar clases extramuros para no perder los estudios; al hacerlo, se dividieron y dejaron solos a los que exigían matrículas y plazas.

Con la escuela dividida, el gobierno del estado tuvo el margen que necesitaba para girar órdenes de aprehensión contra los líderes del movimiento. Todo eso lo habíamos estudiado en la semana de prueba, y a los pocos días en la Normal de El Cedral, tuve la oportunidad de verlo en la práctica.

Logramos reorganizar el movimiento. Hicimos brigadas informativas para comunicar a la sociedad de San Luis Potosí la razón de la lucha de los normalistas; hicimos marchas y con eso conseguimos que las autoridades del estado reactivaran mesas de negociación con nuestros hermanos normalistas.

Estas actividades las hacíamos bajo el acoso de la policía. La escuela estaba cercada, pero nosotros rompíamos esa vigilancia. Salíamos por atrás de la escuela y atravesábamos el desierto para llegar a la carretera federal que llevaba a Monterrey, vía que usábamos para llegar a los municipios cercanos a botear y volantear.

Después de varias semanas preparando las condiciones para fortalecer el movimiento, llegamos hasta la capital del estado e instalamos un plantón. Después de dos o tres días, conseguimos la mesa de negociación, pero el gobierno del Estado puso como condición que los normalistas de Guerrero nos regresáramos a nuestro estado.

Como ya habíamos generado las condiciones para que nuestros compañeros fueran escuchados, estuvimos de acuerdo en volver. El día que regresamos, nos escoltaron dos patrullas desde San Luis Potosí: una de policías federales y otra de estatales; y una vez en nuestro estado, en Iguala, nos esperaban otras patrullas del gobierno de Guerrero que nos llevaron hasta Ayotzinapa.

En total, estuvimos en El Cedral 40 días. Todo ese tiempo estuvimos comiendo tacos de repollo en la mañana, en la tarde y en la noche. Yo tenía como 70 kilos de peso ese lunes de septiembre que sin pensarlo me subí a la micro. Cuando regresé pesaba como 54 kilos. Las familias de todos los que nos fuimos no supieron nada concreto de nosotros durante todo ese tiempo; sólo escuchaban noticias en la televisión sobre el movimiento de El Cedral y muchas veces escucharon rumores de que la policía había entrado a la Normal y que en el desalojo había heridos y muertos.

Días después de que regresamos a Ayotzinapa nos enteramos de que una vez que el gobierno de San Luis Potosí nos tuvo fuera de su estado —para eso nos mandó escoltados

con patrullas — hizo que los líderes de El Cedral aceptaran su expulsión a cambio del no ejercicio de la acción penal, y ya sin un punto de apoyo para la Normal por parte de la FECSM, aceptaron las condiciones. A cambio, aceptaron ingresar a otras normales para terminar su carrera de profesores.

La Normal de El Mexe, en Hidalgo, aceptó en su seno a los principales líderes del último consejo estudiantil que tuvo El Cedral.

Ninguno de los 34 jóvenes que nos fuimos a El Cedral regresamos siendo los mismos. En ese viaje yo me transformé. Tengo que confesar que, al solicitar mi ingreso a la Normal, tenía dudas sobre ser maestro rural. Durante esos 40 días tuve la convicción de que había nacido para ser maestro y hacer lo que estuviera a mi alcance para que las luchas de otros se convirtieran en las nuestras.

Mis años de estudiante

El 2000 fue mi año de egreso. Debí egresar en 1999, pero debido a problemas con una maestra de nombre Rosa María Franco, a quien conocíamos como *la Coneja*, y quien daba clases de Tecnología Educativa, me di de baja temporal.

Los problemas con esa profesora iniciaron, sobre todo, por su actitud hacia los alumnos. Se refería a todos nosotros como *burros*, lo que creí injusto, y cometí el error de confrontarla por esa falta de respeto hacia nosotros.

En reprimenda, Rosa María Franco inició un acoso académico contra mí y terminó reprobándome, sin darme la oportunidad de presentar extraordinarios. Desde la primera oportunidad, aplicó todo el peso de la norma para cumplir con su cometido. Me tuve que dar de baja temporal en segundo año.

Los problemas con los maestros eran habituales, el hostigamiento y represión académica era el cuento de todos los

días: la confrontación entre el Comité Estudiantil y la delegación *charra* de los maestros, que intentaba menguar la organización interna de los estudiantes.

Era común escuchar a los maestros decir que el 10 era para el libro, el 9 para autor, el 8 para el maestro y el 7 era para todos nosotros. De esta forma muchos maestros marcaron a varias generaciones de egresados, promedios mínimos de 7.9 que al final no nos permitiría continuar con estudios de posgrados. En mi caso, como el de varios, fue de 7.6 al concluir mi formación.

Nos quitaron la oportunidad de continuar con una maestría o doctorado en escuelas públicas de educación superior, a menos de estudiarlas en escuelas privadas, donde el único requisito es pagar las mensualidades. Muchos teníamos que decidir: sobrevivir con el menguado salario y con familia, o pagar escuelas privadas para terminar una maestría o doctorado.

Lo digo sin menospreciar el esfuerzo de quienes han tenido la oportunidad de hacerlo.

Mi plaza

El 24 de agosto de 2000 me dieron mi nombramiento como profesor. A todos los de esa generación nos citaron en la Secretaría de Educación Pública (SEG). Hicimos una fila larga para recibir el papel.

Ese día se vive como una fiesta. Recibimos nuestra plaza y nos dicen a dónde iremos a trabajar por primera vez. La mayoría de nosotros escucha nombres de comunidades que no sabíamos que existían; aun así, salimos felices de ahí.

Recuerdo esa fila con mucha claridad. Me dieron mi nombramiento y el nombre de la comunidad.

“Te vas a Pie de la Cuesta”, me dijeron sin aclarar a qué municipio correspondía. Quienes escucharon dieron por un

hecho que me habían asignado al famoso sitio turístico de Acapulco, ése de las espectaculares puestas de sol.

Algunos hasta me preguntaron qué político influyente me había ayudado para que me asignaran a ese lugar. Pero no. No se trataba de ese Pie de la Cuesta, sino de un pueblo de la Sierra de Atoyac, a 12 horas de la cabecera. También con grandes puestas de sol, porque está al pie de la cuesta de la Sierra Madre del Sur.

Ahí me desempeñé por primera vez como maestro rural. Pie de la Cuesta era entonces un pueblo de aproximadamente 500 habitantes que en los últimos cuatro años no había tenido un maestro para las niñas y los niños; esto como un castigo porque el último profesor fue asesinado por un habitante.

—¡Ah! ¡Va al pueblo que mata maestros! —exclamaban en Atoyac, cada que preguntaba cómo llegar a Pie de la Cuesta.

A pesar de los malos augurios, iba emocionado. A la fecha, cuando recuerdo esos momentos, vuelvo a sentir un hormigueo en el estómago por la emoción de conocer a mis primeros estudiantes.

En Pie de la Cuesta me esperaba una estudiante de la Universidad Pedagógica Nacional, que tenía asignada una plaza beca, en funciones de maestra; ella atendía a los 163 niñas y niños en edad escolar. Ahí me di cuenta de la falsedad del discurso de las autoridades educativas de que la sociedad ya no necesitaba maestros. En esa comunidad una sola persona atendía a toda la comunidad escolar, y muchas escuelas primarias de la zona y de las demás zonas escolares estaban igual.

El primer día del recorrido fue lluvioso, de la cabecera municipal a la comunidad nos hicimos cerca de 12 horas; el camino fue un camino de barro, literalmente hablando, la lluvia nos quitó mucho tiempo, pero me dio la oportunidad de admirar una parte de la belleza de la Sierra Madre del Sur.

El paisaje verde de las copas de los árboles y las orquídeas colgando de sus ramas, un olor a tierra mojada totalmente distinto de lo que conocía y el aire fresco en mi cara, con gotas de lluvia que me salpicaban. Todo esto me dio una sensación indescriptible, sin duda estaba disfrutando, ese largo y sinuoso camino.

Durante el trayecto no dejé de pensar en la vida de Lucio Cabañas en la sierra de Atoyac, cuando organizaba la guerra de guerrillas y se apoyaba de los pueblos en los que iba pasando, el Salto, Mexcaltepec, Agua Fría, San Juan de las Flores, Valle del Carrizo, Santo Domingo y finalmente Pie de la Cuesta.

Ese primer viaje a la comunidad me dejó sorprendido, admirar tanta belleza y tanta pobreza a la vez; me hizo comprender aún más el papel de lo que sería mi profesión como maestro rural durante los años por venir. Lo que veía, no lo leí nunca en los libros especializados de pedagogía que de manera obligatoria teníamos que leer para tener calificación aprobatoria.

La llegada a la comunidad de Pie de la Cuesta me sorprendió aún más, y un frío muy fresco me recibió; la lluvia había menguado, y la *pasajera* entró a la comunidad. Lo primero que vi fue un pequeño arroyo de aguas cristalinas y varios jóvenes de entre 12 y 14 años con sus cuernos de chivo. Subimos una cuesta para llegar a la escuela primaria y frente a la escuela se encontraba la cancha de básquetbol; en ella había niños y hombres jugando, cuatro de ellos apostados en las cuatro esquinas de la cancha, armados, como resguardando a alguno de ellos.

Me di cuenta de que era una comunidad que había sufrido la violencia entre sus mismos habitantes; violencia de la que ya me habían puesto al tanto con la muerte del maestro; por ello pensé en ser de lo más educado posible con todos

ellos. Me recibió el presidente de la sociedad de padres de familia, quien me ofreció el calor de su hogar y un rico café de la sierra de Atoyac, que me supo a perlas.

Me llamó mucho la atención la humildad con la que fui recibido. El presidente de la sociedad de padres era una persona mayor, con un gran interés por la cuestión educativa de su comunidad. Él me puso al tanto de lo que sucedía en la comuna, y por él supe que la comunidad era productora de goma de amapola, y que por un tiempo hubo prosperidad que a manos llenas fue desperdiciada. El dinero les cambió la vida para mal, mucho alcoholismo y mucha cocaína que les dio el peor resultado. Entre ellos se comenzaron a matar.

Esa primera noche, dormí en uno de los dos salones que estaban en mejores condiciones materiales. Fue una noche larga y fría para mí. Me llegó la melancolía, y para no sentirme solo, empecé a proyectar mi estancia en la comunidad, de verdad los quería ayudar. Traté de descansar. Al otro día serían las inscripciones.

Muy temprano conocí la escuela, me parecía que una escuela como aquella debía tener por lo menos una planta de seis maestros, un directivo, y aparte personal con funciones administrativas. Pero no tenía nada.

Me dispuse a sacar una mesa y unas sillas y comencé a esperar a los padres de familia. Me ubiqué en la entrada principal del aula donde dormí; durante un tiempo esperé, hasta que comenzaron a llegar los padres de familia con sus hijos, nuestros futuros alumnos.

Algunos padres se presentaron sin la documentación debida, a algunos les hacían falta actas de nacimiento, boletas de calificaciones, o certificados de preescolar o algún otro tipo de documento. Yo quise seguir al pie de la letra las indicaciones de la supervisión, de no inscribir a quienes no entregaran documentación completa.

Ante esta decisión tuve una experiencia no tan agradable, una de las madres de familia por no inscribir a su hija a primer año, se retiró molesta. En ese momento no le di importancia.

Al término de la jornada, me dispuse a levantar todos los documentos, cuando a los lejos miré la silueta de un hombre con sombrero y botas vaqueras que se dirigía directamente a la entrada de la escuela primaria. En un primer momento dudé si venía a verme. Estuve atento a dónde se dirigía. Cuando no cambió de dirección y lo vi con su pistola fajada a la cintura caminando directo a donde me encontraba, comprendí que iba a verme.

Me preguntó si yo era el nuevo maestro, le respondí que sí, sin dejar de ver la pistola que traía fajada en el cinturón. Era una 45; me dijo que iba a verme porque su esposa le dijo que no quise inscribir a su hija. De inmediato le contesté que no había ningún problema, que la inscribiría enseguida. Me miró fijamente y al notar que miraba la 45 que traía, me preguntó:

—¿Le gusta, profe?

Le respondí que estaba muy bonita.

—Se la vendo en 5 mil pesos —respondió.

Le dije que no, que muchas gracias, y de inmediato le entregué el formato de inscripción de su hija.

Con la estudiante de la UPN nos dividimos los grados. Yo comencé a atender a las niñas y niños de primero, segundo y tercer año, que sumaban 103 menores; y la estudiante se quedó con cuarto, quinto y sexto año, en total, 60.

Ésa fue mi primera experiencia pedagógica, 103 niños atendidos. Muchos se preguntarán cómo le hice para darles atención. Bueno, primero traté de comprender las teorías pedagógicas y aplicarlas en la realidad, lo cual no me dio resultado.

Segundo, traté de comprender por qué la Secretaría de Educación negaba plazas a maestros de nuevo ingreso, argu-

mentando que ya había mucho maestro y comprendí que la autoridad educativa no tenía interés por resolver uno de los problemas permanentes del sistema educativo: la falta de maestros.

Así que puse manos a la obra y convoqué al pueblo a una primera reunión, no sin antes elaborar una propuesta sobre el problema pedagógico: dividir a los 103 alumnos en los tres grados: primero, segundo y tercero. En la mañana traté de atender primero y segundo y en la tarde tercero, pero fue inútil mi esfuerzo. Tenía alrededor de 43 niños de primer año, cerca de 40 de segundo y 20 de tercero. Fue una odisea: los niños de primer año, al momento que me presenté con ellos en el primer día, todos empezaron a llorar.

Llamé a las madres de familia a reuniones; necesitábamos organizarnos para bajar a la capital y hacer las gestiones necesarias para contar con los maestros que la primaria realmente necesitaba; y también para que la comunidad contara con una escuela telesecundaria.

En un primer momento hubo apatía y sólo llegaron cerca de 20 padres de familia; tuve que volver a convocar, pero fue el mismo resultado. Así que opté por llevar a cabo reuniones semanales y el tema medular de las reuniones al ver que no tenían interés en mejorar las condiciones de la escuela, fue explicarles el porqué de la situación de la comunidad, el porqué de la marginación en la que vivían, y el porqué de su existencia en situación de pobreza. Fue así que logré el interés por cambiar su situación de pobreza y nos empezamos a organizar.

Los convencí de que participáramos en las marchas regionales y plantones de la Coordinadora Estatal de Trabajadores de la Educación (CETEG) para tener más fuerza en nuestras gestiones.

Así logramos, en menos de un año, una escuela de organización completa, la construcción de la barda perimetral, la

donación del terreno para la telesecundaria de la comunidad y su gestión, pero lo más importante fue la asistencia de más de 300 pobladores de la comunidad a las últimas reuniones que organizamos como escuela primaria.

Sólo ejercí un año en esa escuela. Bajé con la satisfacción de dejar en Pie de la Cuesta una escuela con una planta docente completa, con su barda perimetral, y el inicio de la construcción de la escuela telesecundaria, gracias a las gestiones realizadas.

Nunca se me olvidará el nombre de mi primera escuela donde serví como maestro: Escuela Primaria Niños Héroe, de la comunidad de Pie de la Cuesta, municipio de Atoyac de Álvarez.

DE LA TRAGEDIA A LA SOLIDARIDAD

Ánuar Nacif Heredia
Generación 1996-2000

El accidente

En medio de los fuertes vientos que soplaban en el Istmo oaxaqueño, una veintena de estudiantes normalistas viajamos de regreso a nuestro estado después de ser expulsados del Congreso Nacional de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México, realizado entre los días 30 de octubre y 2 de noviembre de 1998.

Éramos en su mayoría del Comité Estudiantil Ricardo Flores Magón, incluido un grupo importante de cuadros activistas, cuyos integrantes eran alumnos de primer grado, que se iniciaban en las actividades organizativas y políticas dentro del organigrama del consejo estudiantil.

Yo representaba la cartera de Honor y Justicia, pero además decidí ser parte de estos cuadros. Me alentaba el estar en los círculos de estudios nocturnos sobre marxismo, política educativa y la histórica lucha de la Normal y la FECSM, los cuales eran coordinados por mi compañero de grupo, Arturo Tuz, un apasionado del tema, con quien convivía los fines de semana en el internado, mientras el ochenta por ciento de nuestros compañeros del dormitorio viajaban a sus lugares de origen para visitar a sus familias.

Era el microbús de la escuela, presa de aquella estampida ventosa en complicidad con baches pronunciados dignos

de las carreteras olvidadas que tanto proliferaban en esos lugares. Aproximadamente a las catorce horas del primero de noviembre, descarrilamos a un costado de aquella vía, cual si fuera un suceso anunciado después de la triste y precipitada despedida de Mactumactzá. Al contar los recuerdos que dan sentido de pertenencia a mi querida escuela, no dudo en recordar aquel suceso en La Ventosa, Oaxaca.

Un accidente que pudo ser mayor si no fuera por el frondoso y recio palmar que de alguna manera amortiguó la inevitable voltereta de nuestro carruaje. Antes del desmayo recuerdo haberme sostenido fuertemente del asiento delantero, y después del golpe, pararme a solicitar que ayudaran a salir a nuestras compañeras de Panotla, a quienes habíamos recogido en un entronque a la salida de Chiapas. Eran normalistas rurales que regresaban de visitar a sus homólogos chiapanecos, pero en sus casas las esperaban para pasar parte del puente de Día de Muertos. Afortunadamente sólo fue un susto para ellas.

Cuando desperté me encontraba tirado en una improvisada caseta de esas que sirven para esperar el autobús u otros medios de transporte. No me podía mover y sufría de un fuerte dolor en la parte baja de la espalda. De repente observé a un adulto mayor con rasgos extranjeros poner su mano en mi cabeza y pedir con la mirada al cielo mi pronta recuperación; alrededor estaban mis compañeros, la mayoría de pie a lado de un lujoso autobús con turistas siendo aparentemente consolados y otros buscando nuestras pertenencias en el destrozado microbús.

Al caer la lluvia, minutos más tarde, el lugar se fue despoblando. Sólo un par de compañeros y yo esperábamos en el futuro incierto que alguien llegara a nuestro auxilio. El *Tixtla*, compañero de primer grado, se quejaba de un fuerte dolor en el

cuello. Al momento llegó una camioneta de donde bajaron una tabla que pusieron debajo de mí, para hacerla de camilla y con ello trasladarnos al hospital público de Juchitán de Zaragoza.

Al hospital llegaron agentes federales a cuestionarme sobre el accidente. Sin importarles la situación médica, no dejaban de preguntarnos a mí y a mi compañero que hacía guardia, sobre el destino del chofer. Para seguridad de éste, dimos un nombre falso y aseguramos que se había fugado.

Durante las 40 horas que pasé en aquel nosocomio hubo de todo. Queriendo descartar daños internos, los galenos me realizaron diversos estudios clínicos con la barbaridad con la que suelen tratar a los pacientes en hospitales públicos. Experimenté la desesperación de estar en medio del dolor y sin poder comunicarme con el personal médico que sólo hablaba en lengua indígena.

Al salir, con la vigilancia de los oficiales de seguridad, me trasladaron junto a *el Tixtla* a las afueras de la ciudad, donde se encontraban mis compañeros en una habitación ofrecida por una maestra egresada de la Normal Rural de Tamazulapan, quien durante casi dos días cobijó a los accidentados en su morada. Un acto de amor que recordaré el resto de mis días.

Varados en ese lugar, el plan de regreso en las condiciones en las que estábamos (sin transporte, sin dinero y lesionados), era una travesía. Al momento, la FECSM, que se encontraba sesionando en Mactumactzá, sabía ya de lo sucedido. Emiliano, quien era representante de la cartera de orientación política, imprimió la dosis de serenidad que se requería al momento y se determinó que un par de compañeros regresaran de *raid* al Congreso a dar parte y solicitar su auxilio. Los demás, con el mismo método tendríamos que regresar a la escuela.

Se organizó un boteo antes de salir para que los heridos pudiéramos llegar por lo menos a Morelos vía transporte pú-

blico. Así con mi tronco vendado, a medio caminar y *el Tixtla* con un aparato ortopédico en el cuello, fuimos encomendados a René, encargado de la cartera de difusión cultural del Comité, con quien nos dirigimos en la primera escala a la Normal de Tamazulapan ahí en Oaxaca, para transbordar en Huajuapán de León, rumbo a la Normal de Amilcingo.

Ya en Amilcingo nos reencontramos con nuestros compañeros, quienes en grupos de tres iban llegando con el peso del accidente reflejado aún en sus caras. En pleno regreso a clases, fuimos acariciados por la solidaridad de nuestras compañeras, conocedoras ya del accidente. La cercanía que experimenté con personas desconocidas es inolvidable. Los deseos de recuperación y el apoyo económico para nuestro regreso fueron patentes, lo que hacía olvidar por momentos las condiciones de ese escabroso viaje.

Al llegar a Ayotzinapa me reencontré con mis padres, que me esperaban preocupados ante la nula información sobre los detalles del accidente y mi estado de salud. Al día siguiente me trasladaron a un hospital de la capital para recibir un mejor diagnóstico. Hasta hoy las secuelas cobran factura a mi cuerpo y los dolores vuelven cuando me ejercito en exceso o al cargar material pesado.

Continuamente viajo al interior de mi memoria para encontrarme con los pasajes significativos experimentados a raíz de ese trance, momentos que fusionaron mi etapa de normalista con los valores que se practican en la FECSM, vivencias tan peculiares, que elevaron el sentido de pertenencia hacia nuestras normales rurales.

El siguiente fin de semana me llegaron decenas de cartas provenientes de todas las normales rurales del país para acompañar mi recuperación con sus voces de aliento. Las epístolas eran el medio de comunicación por excelencia que

utilizábamos los normalistas entre internados, y por esos días se centraban en mi persona.

El proceso que seguían esos entrañables escritos incluía la emoción de su elaboración: adornarlos, buscar al compañero que los trasladara en medio de una comisión a cumplir en otra Normal, o que acompañara el *raid* de quienes se dirigían a visitar a sus novias, amigos, amigas en otra de las escuelas, y finalmente esperar a leer tu nombre en la cartulina del comedor de la Normal donde se publicaba una lista de quienes recibían las cartas.

En mi archivo personal, a veinte años de egresar, aún conservo sendas misivas y una cantidad especial de tarjetas postales en referencia a aquel percance.

Antes del accidente; antes del Congreso

Cada año, además de la conmemoración del aniversario de la Federación, también se realiza un Congreso Nacional en el que todas las normales rurales comparten información y se analizan las diferentes situaciones; y a partir de ahí tomar decisiones en colectivo.

El 22 de octubre de 1998 celebramos una acalorada reunión de base, que sería el preámbulo para nuestra participación en el Congreso Nacional de la FECSM, a realizarse la siguiente semana en la Normal de Mactumactzá. En nuestra asamblea se informaba que, como resultado de una investigación al interior de la federación, el compañero a quien apodábamos *el Poblano* y que fungía como secretario de actas y acuerdos de nuestro Comité, quedaba expulsado del órgano tras comprobarse que pertenecía a una organización social llamada Antorcha Campesina, que además era filial del partido gobernante, hecho que no es permitido en la FECSM según sus principios ideológicos.

La situación de *el Poblano* provocó opiniones encontradas entre la base estudiantil. De no acatarse la expulsión, se corría el riesgo de no ser admitidos en la inscripción al Congreso. Para evitar una disputa entre quienes lo apoyaban y el resto de la base se optó por privilegiar la autonomía de nuestra organización interna y decidimos respaldar la permanencia del compañero en la FECSM.

Partimos de la Normal dos días antes del inicio del evento. La tarea era “tomar” un autobús en el que viajaríamos durante treinta horas a nuestro destino, cercano a Tuxtla Gutiérrez. La escuela sólo contaba con un microbús en mal estado y una camioneta de redilas que se ocupaba para los animales de los módulos de producción o para dirigir comisiones de estudiantes a lugares cercanos a la misma.

Cual si se anunciara un destino poco promisorio, en aquel intento tomamos un autobús, pero éste iba a la Ciudad de México, así que nos llevó sólo hasta las afueras de Cuernavaca. Desde ahí esperamos completar el recorrido hasta Mactumactzá en nuestro maltrecho microbús. Farid, mi compañero de grupo, era el encargado de comandar aquel vehículo. Como responsable de la cartera de transporte en el Comité, era conocido por su experiencia para manejar carros grandes, también por su especial habilidad en el fútbol y su espíritu aventurero. No dudó en cumplir con la difícil encomienda.

En la inauguración del Congreso, al dictarse el orden del día nos pidieron de manera abierta ante el pleno de la asamblea cumplir con el mandato de la Federación y retirar del recinto a nuestro compañero.

Tratamos de dejar claro que la presencia de Ayotzinapa era indispensable en el evento: el antecedente importante de nuestra sociedad de alumnos en el cumplimiento cabal de las tareas de la FECSM lo avalaba. Además, seguíamos el acuer-

do de nuestra base de mantener el apoyo a nuestro secretario de actas. Incluso recuerdo haber pedido la palabra para informar que meses antes habíamos sostenido en pie el fuerte movimiento estudiantil gestado en la capital de Tlaxcala por la lucha de matrícula para la Normal de Panotla.

Le recordé a los congresistas que “como Ayotzinapa estuvimos al frente del movimiento de las compañeras, un chofer del transporte público con arma en mano nos amenazó en la toma de la carretera y fuimos los de la academia de tercero de nuestra escuela quienes hicimos frente y fuimos a la vanguardia, lo que a la postre permitió resolver las demandas”.

Sin embargo, el Congreso estaba determinado a expulsarnos si manteníamos el apoyo al compañero. Inmediatamente tuvimos que salir de la Normal y mientras juntábamos nuestras pertenencias en el interior del aula que nos sirvió de dormitorio, realizamos una especie de análisis de lo acontecido. Concluimos que el abrupto acontecimiento tendríamos que llevarlo a nuestros compañeros de base y que como Comité nuestro actuar fue siempre en pro de mantener la unidad en la misma.

El regreso empezó con un profundo silencio que permitía observar por la ventanilla del microbús los hermosos paisajes chiapanecos, verdes y frescos, combinados con los remanentes en términos de pinturas, murales y mensajes del Movimiento Zapatista manifestado cuatro años antes en esos rumbos, pero que seguían nutriendo de rebeldía el joven corazón aparentemente golpeado de quienes ahí viajábamos, quienes seguíamos creyendo en la organización estudiantil como nuestra mayor fuerza ante lo que pudiera venir de dentro o fuera de la escuela.

El papel de *el Poblano* durante el viaje fue muy cuestionable. De las principales carteras que dirigían nuestro Comité, él fue siempre omiso, sobre todo en el accidente. Desapareció

del percance en La Ventosa con el pretexto de solicitar ayuda en la Normal de Amilcingo, lugar donde lo encontramos descansando y sin alguna señal de importarle lo acontecido. La reunión de base realizada posteriormente tomó la decisión de separarlo del cargo, denunciado por desestabilizar el Comité, mentir en su informe respecto a comisiones y por su falta de compromiso con la base estudiantil. Para ocupar el cargo de secretario de actas y acuerdos fue nombrado mi compañero de grupo, Emiliano.

Ingreso, formación y práctica

Nací en Chilpancingo en 1978. Debido al trabajo de mi padre en ese año nos mudamos a San Marcos, en la región Costa Chica, lugar de donde es originaria mi madre. Allí crecí junto a mis tres hermanos y mi hermana.

Cuando mi padre se retiró del trabajo, las condiciones económicas en casa se tornaron difíciles: éramos una familia de siete integrantes, con tres de mis hermanos estudiando sus carreras en la ciudad de Acapulco. Yo tenía buenas calificaciones en la prepa, me gustaba leer y tomaba con seriedad mi única obligación: la escuela. En el bachillerato fui consejero universitario y participé como integrante de la comisión de elecciones en la jornada en que se seleccionaría a directivos de la escuela y al rector de la Universidad, resultados que siempre terminaban en conflicto, una característica de la Universidad Autónoma de Guerrero de aquellas fechas.

Mi amigo Julio ya estudiaba el primer año en Ayotzinapa. Ambos compartíamos el gusto por el fútbol, y por influencia de sus padres hice el examen para ingresar a la Normal. De Ayotzinapa sólo sabía que era un internado que brindaba hospedaje y alimentación a sus alumnos, ésa era mi oportunidad para cumplir mi sueño infantil de ser maestro.

En ese ciclo logramos ingresar ciento veinte alumnos de un total de mil ciento diez aspirantes. Las primeras semanas fueron difíciles. El clima frío y sus estragos me pusieron en jaque un largo periodo. Aunque provengo de abuelos maternos campesinos, mi nula práctica de las labores del campo que debíamos realizar los de nuevo ingreso me provocó inflamación en las manos.

Con el tiempo la adaptación natural a mi nueva vida se fue logrando, entendí que tenía que mantenerme en la escuela sin ir a casa en puentes o fines de semana; en parte por los gastos de transporte, pero sobre todo como medida personal para lograr aclimatarme a la dinámica de la escuela.

Me sabía privilegiado por obtener el ingreso ante tanta demanda, lo que me motivó a mantenerme firme en las semanas de fuerte trabajo en el campo, círculos de estudio, tareas de limpieza en la escuela y comisiones asignadas a los recién llegados. Rápidamente entendí lo indispensable que era nuestra formación ideológica además de la académica y la importancia de la organización interna estudiantil para mantener siempre viva la institución.

La sección C, a la que yo pertenecía, estaba integrada por un número importante de estudiantes tixtlecos, dos campechanos y el resto de diferentes municipios de Guerrero. Éramos treinta alumnos en un solo dormitorio constituido por sólo siete cuartos. Comenzábamos la travesía de cuatro años con un sinfín de historias, muchas amargas y otras placenteras, pero con un alto grado de aprendizaje de unos a otros.

Pese a las diferencias expresas al inicio, el repentino y trágico deceso de un compañero de la localidad de Tierra Colorada, las tareas extraescolares asignadas al grupo y la convivencia en el dormitorio, permitieron fortalecer las pocas coincidencias; logramos identificarnos entre la base estudiantil

como un grupo compacto, al que el Comité de alumnos podía confiar sus encomiendas más difíciles. Dos ciclos escolares después, durante el nombramiento de la dirigencia, varios de nosotros integramos muchas de sus comisiones.

Construimos una familia, de esas que se forman más allá de la sangre. La ayuda mutua, cantar en las noches de soledad, visitar las normales de otros estados, experimentar los primeros métodos de docencia, ser perseguidos por los elementos de seguridad, realizar labor social en localidades y coincidir en ideales, reforzó este concepto. Todos estos valores nos dotaron de la imperiosa necesidad de intervenir en los problemas sociales y de la coincidencia de portar en todos los ámbitos la playera de la Normal de Ayotzinapa.

En primer grado acudí junto con otros compañeros a la convocatoria de reconocimiento por parte del gobierno del Estado a los mejores promedios académicos de las escuelas públicas de la entidad. Al siguiente año nuestra escuela obtuvo los primeros lugares en el evento cultural, académico y deportivo de internormales de Guerrero. Si bien, en ambos casos el buen resultado de los estudiantes de la Normal Raúl Isidro Burgos causó extrañeza entre organizadores y el resto de las escuelas normales, para nosotros era una forma de nutrir nuestras ideas y defender la escuela.

Egresé en el año 2000 y mi primera adscripción fue en la localidad de Rancho Viejo, del municipio de San Marcos, Guerrero, zona netamente rural, cuyo recorrido era de cuatro horas cada fin de semana para regresar a casa con mi familia.

Al año siguiente contacté a un excompañero de preparatoria, y juntos, con influencia de uno de mis hermanos, decidimos crear una revista local. La nombramos *Voces, juventud veraz*. He de confesar que mi fuente de inspiración fue-

ron aquellas gacetas elaboradas por el Comité de Orientación Política de la Normal.

En *Voces* difundimos escritos sobre la historia de nuestro pueblo, sobre el sentir de los jóvenes del bachillerato y críticas a las acciones del gobierno municipal. Buscábamos patrocinadores entre los negocios locales a quienes les ofrecíamos incluir una pequeña promoción en la revista; con ello lográbamos fotocopiar unos doscientos cincuenta ejemplares que repartíamos de manera gratuita.

La publicación mensual, que tuvo una duración de dos años, sirvió de antecedente para que años más tarde otros profesionistas de San Marcos editaran nuevas gacetas enfocadas principalmente en temas culturales y académicos; en un par de ellas también participé.

Los normalistas y la comunidad

A mi paso por las escuelas donde he dado clases, compartí adscripción con hermanos egresados de nuestra Normal de otras generaciones. Juntos buscamos siempre incidir en el desarrollo de las comunidades, ya sea con labor social o con la gestión ante instancias correspondientes de mejoras para la escuela y la localidad.

Fuera de la primaria, buscamos siempre promover de manera positiva el nombre de nuestra *alma mater* como formadora de jóvenes comprometidos con la causa social, sobre todo con sus escuelas y sus alumnos. De esa manera hemos intervenido para realizar programas culturales por parte de los estudiantes normalistas en este lugar. Más de una ocasión la Normal ha presentado sus cuadros artísticos en la plaza principal y en los festejos del santo patrón.

También promovemos nuestra Normal con visitas en las escuelas de nivel bachillerato como una opción para quienes

están próximos a egresar. Hace unos años conformamos una coordinación municipal de maestros egresados de Ayotzina-pa. Juntos organizamos actividades como la proyección de documentales, exhibición de pinturas y elaboración de murales, estos últimos a manera de manifestación en demanda de justicia por el asesinato de dos normalistas en el año 2011 y los trágicos hechos ocurridos la noche de Iguala en el 2014.

Actualmente laboro en la cabecera municipal, busco constantemente fortalecer mi práctica educativa. Allí los ideales de nuestra formación tienen mucha relevancia: los traduzco en mejores formas de enseñanza, de organización escolar, de intervención y de relación con el medio social, en todo lo que me permita mejorar mi actuar como persona, como docente.

El movimiento estudiantil

La lucha estudiantil es pura. Éste es un valor que defiende desde que egresé de la Normal. Muchas de las historias de la escuela inician en las reuniones de base que se realizan en el comedor de estudiantes, bajo la mirada de los murales de Marx, Engels, Lucio y Genaro.

Recuerdo que la elección del secretario general, dirigente máximo de nuestra sociedad de alumnos, se daba a partir de la propuesta de una terna, a lo que le seguía la argumentación de tres características positivas y la misma cantidad de negativas por parte de los propios alumnos.

En antaño sólo los alumnos que cursaban el tercer año podían ser propuestos para dirigir la sociedad. No he tenido experiencia parecida de esta forma de elección, ni en el sector sindical, menos en las organizaciones de carácter político partidista.

El debate de ideas era intenso, las decisiones que se tomaban se volvían tareas que había que cumplir a cabalidad. Después se daba continuidad en las reuniones de Comité con

los jefes de grupo, que eran la vía por donde fluía la información hacia la base estudiantil, y donde se determinaban situaciones consideradas de menor peso.

De éstas, muchas de las reuniones en las que participé iniciaron a media noche y/o terminaron al amanecer. Recuerdo una de ellas como si fuera ayer. Ocurrió en primer grado, cuando fui jefe de grupo. Después de dar mi opinión acerca de que la academia de cuarto grado, por la cercanía de su período de prácticas docentes, debería dejar a los alumnos de grados menores cierta comisión, fui abruptamente interrumpido: un estudiante de tercer grado enfatizó que en el seno de la organización lo político estaba por encima de lo académico, y que de ello dependía en gran parte la fuerza de nuestra escuela. Esta premisa la llevé a mi grupo para tenerla presente durante nuestra formación. Una vez egresado tenemos claro que ambas premisas son importantísimas en nuestra labor docente.

A tres meses de iniciado el primer ciclo escolar, los alumnos de primer grado nos trasladamos a la Ciudad de México. Nuestra primera participación política fue durante la marcha del 2 de octubre, aniversario de la matanza de Tlatelolco de 1968. La conmemoración de veintiocho años de la masacre aglutinó a más de diez mil manifestantes.

La FECSM se hizo presente con estudiantes de sus dieciséis normales rurales. A lo largo de la Avenida Reforma pudimos intercambiar consignas con grupos importantes del Sindicato de Electricistas, estudiantes de la UNAM, el IPN y Chapingo. Ver a los sobrevivientes de aquel terrible acontecimiento encabezar la marcha que culminó en el Zócalo con un inolvidable mitin en el que la protesta, la exigencia de justicia y el gran valor de los movimientos estudiantiles plagaron el discurso, fue una recarga ideológica y de rebeldía que alimentó la incipiente formación de quienes tendríamos que

comprender los escenarios en los que nuestra organización estudiantil se desenvolvería.

Durante los cuatro años siguientes, a la par de nuestra formación académica, pasamos por muchas actividades y acciones de protesta estudiantil, tanto propias como en apoyo a nuestras normales hermanas. Estuvimos en la capital de Puebla, Tlaxcala, Hidalgo y Morelos consiguiendo la solución a demandas de nuestras escuelas por medio de plantones, marchas, mítines y toma de carreteras.

Ayotzinapa vivió un fuerte movimiento entre noviembre de 1997 y febrero de 1998. En plena conmemoración de la Revolución Mexicana participábamos como todos los años en el desfile por las calles de Tixtla. Al culminar, nuestro compañero Macario Cruz Ventura, quien era entonces el secretario general de la FECSM, fue bruscamente aprehendido a pocos metros del zócalo, presuntamente acusado por tomar las vías de comunicación el año anterior.

Las semanas siguientes realizamos actividades de protesta para la liberación de nuestro compañero, mismas que se extendieron hasta el mes de febrero del año siguiente. Durante esa jornada, comisiones de todas las normales rurales del país llegaron a Guerrero para unirse a nuestra causa.

El 11 de febrero de 1998 el Comité planeó la toma del Palacio de Gobierno, entonces ubicado en el zócalo central de Chilpancingo, esto a manera de presión para politizar el asunto y con ello lograr una mesa de negociación que permitiera avanzar en nuestro objetivo.

Fueron momentos de mucha tensión. Ver la hermandad entre compañeros, la unión de tantas voluntades en torno a un mismo objetivo no hizo más que afianzar nuestro espíritu normalista y nuestra convicción de que unidos podríamos lograr arrodillar al sistema represor.

Anunciamos que se desarrollaría una marcha rumbo a las instalaciones del Centro de Reclusión Social (Cereso) estatal, lugar donde Macario permanecía detenido desde hacía ya dos meses, pero el plan era que cuando el contingente marchara frente al zócalo, tomaríamos el Palacio de Gobierno sin que los agentes de seguridad lo percibieran. Para esta estrategia, de forma secreta, los líderes acudieron a nuestra sección C, ya que varios de mis compañeros eran conocidos por su valentía y el grupo se distinguía por su determinación. Sería mi compañero Juan, *el Acapulco*, quien encabezaría la embestida.

Cuando llegábamos al Palacio Municipal, vimos al comandante *Cobra*, quien fungía como director de la policía municipal; un hombre que en las marchas previas amenazaba a nuestros contingentes. Bloqueamos la puerta principal del Palacio y al tú por tú, *el Acapulco* le reprochaba al *Cobra* los sesenta días que Macario llevaba preso y el respectivo sufrimiento de sus padres.

Minutos más tarde, en un intento de aplicar la fuerza a toletazos para que despejáramos la entrada del Palacio, los policías sucumbieron ante la fuerza de nuestro contingente. Recuerdo la forma en que Juan se apoderó de un tolete en una maniobra que pocos estudiantes están dispuestos a correr el riesgo, y por Ayotzinapa, el valor impreso valía la pena.

Dos horas más tarde se daba la orden de desalojarnos de manera violenta. Padres de familia golpeados, estudiantes perseguidos con perros de cacería y caballería, y 34 detenidos, entre los que hubo normalistas de otros estados, era el saldo de esta represión. El hecho no estuvo precedido por el diálogo o por algún otro protocolo democrático, como es obligación del gobierno, lo cual causó tensión en la capital y la atención de los legisladores locales, así como la presión social para solucionar el conflicto. Nuestros compañeros fueron absueltos al siguiente día.

El último viernes de ese mes, Cruz Ventura fue liberado. El movimiento estudiantil de la FECSM y de la sociedad de alumnos Ricardo Flores Magón se anotaba una victoria, alimentando la idea de que es la movilización lo que permite lograr hacer frente a las medidas en contra la escuela.

En los meses posteriores llegaron un sinnúmero de apoyos materiales a la institución: colchones, proyectos tanto de mejora a la infraestructura como a la parte de módulos de la producción, el ofrecimiento de transporte para las comisiones dentro y fuera del estado, etcétera.

Las autoridades han golpeado mucho el activismo estudiantil e inclusive han sembrado la amenaza de cerrar la escuela. En la historia reciente de la Normal dos acontecimientos cimbraron su vida interna y sus alcances sociales. En diciembre del 2011 el violento desalojo por parte de las fuerzas estatales y federales que dejó dos normalistas asesinados en Chilpancingo y lo ocurrido en septiembre de 2014 en Iguala, con el asesinato de tres normalistas y la desaparición forzada de 43 jóvenes, en su mayoría de nuevo ingreso.

No obstante, la rabia y la necesidad de justicia, los hechos ocurridos en Iguala en 2014 detonaron diversos cambios de mejoramiento en la edificación de la escuela, y posiblemente esto benefició a particulares y colectivos alrededor del movimiento de protesta. Por nuestra parte, como egresados mantenemos viva esa energía estudiantil pura que nos lleva a participar en todo aquello que tenga que ver con la defensa y el buen nombre de nuestra *alma mater*.

Normales de Norte a Sur

Dieciséis normales rurales son las que daban vida a la FECSM en el periodo de mi estancia en Ayotzinapa. Llegar a conocer cada una de éstas a lo largo del país es tarea importante de todo

normalista rural. Muchos lo logran una vez egresados, pero como estudiante acudes a ellas en comisión por motivo de apoyo a un movimiento, los aniversarios de escuela, las reuniones o congresos nacionales o el aniversario anual de la FECSM. Este último se traduce en un encuentro cultural, deportivo, académico y político. Acudí a dos de ellos en Atequiza y en Teteles.

Fue una experiencia sin igual compartir con jóvenes de todo el país arte, cultura y pensamiento heterogéneo. Aún tengo pendiente por conocer cinco de ellas. Fue la Normal Rural Carmen Serdán, en Teteles, donde estuve en más ocasiones, de donde conservo hermosos recuerdos. Allí comenzaron mis recorridos cuando acudí en primer grado a una comisión, llevando víveres a la familia de una compañera que recientemente se había accidentado durante su traslado a Ayotzinapa. La niebla y tranquilidad del lugar hacen una especial combinación con la escuela y su acogedor recibimiento, difícil de olvidar. También ahí terminé mis viajes al acudir en mi primer año de egresado a los festejos por su aniversario.

En febrero de 1998, cuando liberaron a Macario Cruz, sabíamos que teníamos una semana libre previo a reiniciar las clases. Junto con mi compañero Alejandro Guinto decidimos realizar un viaje hacia la Normal de San Marcos, pues durante el movimiento estudiantil reciente, establecimos lazos con los compañeros y compañeras de esa Normal, a lo que le siguió la invitación a visitarlos.

Guinto era muy aventado y muy bueno para conseguir *raid*. En esa aventura, con sólo ciento veinte pesos en la bolsa, conocimos además las normales de Tiripetío y Cañada Honda, lugares en los que fuimos muy bien recibidos por el solo hecho de ser de Ayotzinapa. La hermandad entre normalistas rurales es un valor que penetra en cada uno de sus integrantes y que abona a la supervivencia de las normales, porque aun

fuera de ellas, cuando los normalistas rurales estudiantes o egresados llegamos a coincidir en otros escenarios, la fraternidad, ayuda mutua y solidaridad están ahí.

En el transcurso de mis veinte años de egresado hemos logrado reunirnos tres veces en Ayotzinapa con los compañeros de la sección C. En una de esas convivencias les revelé que constantemente aparecen en mis sueños junto a pasajes vividos en la Normal y también de aquellos viajes a otros lugares. Esa aventura a San Marcos, Zacatecas, y la que nos llevó a Mactumactzá tienen especial incidencia en mi mente. Igual pasa cuando huelo el eucalipto, escucho música de rondalla o disfruto cuadros dancísticos. Ahí está mi Normal. En los últimos años han disminuido esos sueños, pero cuando aparecen, me llenan de muchas sensaciones significativas y me invitan a regresar a ese lugar, mi escuela, Ayotzinapa.

ONCE DE FEBRERO

Martín González Dircio
Generación 1997-2001

Juventud rebelde

*Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer...*

Rubén Darío

La juventud es el más hermoso tesoro que podemos tener, la juventud es la máquina que mueve al mundo, son los jóvenes quienes siempre alzan la voz para rechazar los abusos, la corrupción y la discriminación en cualquier sector de la población, su rebeldía innata permite al joven gritar desde lo más profundo de su ser: ¡Aquí estamos!, ¡no nos olviden!, ¡no somos delincuentes!, ¡no somos agresivos!, ¡no somos vándalos!, sólo somos jóvenes rebeldes, inquietos, atrevidos, intrépidos por naturaleza y con una gran necesidad de ser escuchados y tomados en cuenta.

La juventud tiene sed de justicia y hambre de libertad. Tengo plena confianza de que harán todo con gran acierto para combatir los abusos, la explotación, la corrupción y, así lograr al fin un país y un mundo donde verdaderamente prevalezca la paz, la tranquilidad y sobre todo, la libertad.

Todos tenemos derecho a ser mejores, a superarnos día con día, a mirar de frente, ir hacia adelante, tomar lo bueno, aprender de lo malo de cada experiencia y mejorar nuestra calidad de vida.

¡Jóvenes, no esperemos sentados a que la solución a nuestros problemas y el éxito nos vengan del cielo, tenemos que luchar, esforzarnos, sacrificarnos para alcanzar nuestras metas! Las grandes ideas no llegan por sí solas, se buscan; no tenemos una vida escrita, predestinada a seguir, nosotros la construimos día a día y depende de la mentalidad, el carácter, la fuerza y la inteligencia para elegir el tipo de vida que cada persona desea vivir.

¡Vayamos en busca de nuestro destino! ¡El triunfo nos está esperando! ¡Luchemos por alcanzarlo!

¿Y los valores?

A lo largo de nuestra historia, las huelgas, las manifestaciones y los movimientos sociales han sido el único medio para hacer que se cumplan nuestros derechos como ciudadanos. Estamos en pleno siglo XXI y nuestras autoridades aún no comprenden que vivimos en un país donde la libertad es uno de los más grandes derechos. No olvidemos a nuestros héroes que nos dieron patria. No olvidemos a grandes personajes que ofrendaron su vida por “Tierra y libertad” para su pueblo oprimido, rompiendo de esta manera las cadenas de la tiranía y el autoritarismo.

Los tiempos han cambiado y ahora se pretende erradicar las guerras y cualquier situación de tipo bélico. En la actualidad se pretende hacer una revolución pero con el pensamiento, con la mente, con inteligencia, con preparación, con la razón, con nuevas ideas, con respeto, con solidaridad, con humanidad, con dignidad; con profesionalismo, con compromi-

so, con lealtad, con libertad, con eficacia, con ética, con fuerza, con unidad y con humildad; olvidándonos de las armas que sólo provocan muerte, desgracia y destrucción; aplicando en cambio la característica más importante del ser humano, “ser pensante y racional”, por medio de la concientización y la educación constante, basada en la inculcación y práctica de valores, alimentando la rebeldía, pero una rebeldía sana contra los atropellos, contra los abusos de autoridad, contra la corrupción, contra la discriminación y contra la soberbia.

¡Viva México!

En agosto de 1997 se lleva a cabo un movimiento estudiantil por parte de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa. En el pliego petitorio de los estudiantes se encuentran demandas y/o peticiones como entregar plazas automáticas a los egresados de la institución y aumentar el número de matrícula de nuevo ingreso, de 120 —el número propuesto por la Secretaría de Educación Guerrero— a 157, que es el número de alumnos que egresa y por lo tanto debe de ser el mismo número el que tiene que ingresar.

Han pasado tres semanas de intensas actividades y de plantón indefinido en la plaza cívica Primer Congreso de Anáhuac, frente al Palacio de Gobierno en el centro de Chilpancingo. La noche del 15 de septiembre, y poco después de que terminaran los festejos del Grito de Independencia, entra al Palacio de Gobierno una comisión integrada por alumnos y padres de familia a una audiencia con el gobernador, secretario de Educación y demás funcionarios. El objetivo es dialogar y dar solución a las demandas del estudiantado.

Cuando son aproximadamente las 3:30 de la madrugada del 16 de septiembre, sale la comisión del Palacio de Gobierno y entonces el secretario general de la FECSM, Macario Cruz

Ventura —quien fuera también en un tiempo secretario de actas y acuerdos del Comité Ejecutivo Estudiantil de la Normal de Ayotzinapa— se dirige a la multitud conformada en su mayoría por estudiantes, padres de familia y miembros de diferentes organizaciones sociales que apoyan el movimiento; anuncia que las autoridades gubernamentales y educativas accedieron a dar solución a la problemática de la escuela, firmando la minuta de acuerdos con la comisión negociadora y comprometiéndose a cumplir con las demandas que se encuentran en el pliego petitorio, por lo tanto el movimiento estudiantil llega a su final de manera satisfactoria.

Todos en la plaza Primer Congreso de Anáhuac ríen, gritan, lanzan consignas de felicidad, de júbilo y de alegría al ver que los días de sufrimiento, carencias, de no comer bien, los desvelos, el gran desgaste físico y mental, de vivir atemorizados por los constantes acosos y amenazas de desalojo por parte de la policía, han dado como resultado el triunfo del movimiento estudiantil.

Después del desgastante movimiento todo vuelve a la normalidad: los egresados de la escuela empiezan a trabajar en las comunidades que les han sido asignadas, se lleva a cabo la inscripción de los 157 alumnos de nuevo ingreso, las instalaciones de la Escuela Normal son ocupadas nuevamente por el director, maestros, administrativos y por todo el personal que labora en la institución, se da inicio con las clases y todas las actividades escolares correspondientes al ciclo escolar 1997-1998.

Los que somos de nuevo ingreso tratamos de acoplar-nos e integrarnos a la difícil tarea escolar, esforzándonos para cumplir con tareas y trabajos, relacionándonos con nuestros nuevos compañeros, formando parte ya de la base estudiantil de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos, pasando a ser orgullosamente un “tortugo” más en las filas y en las listas de alumnos de esta histórica institución educativa.

¡Arriba la Revolución!

El día jueves 20 de noviembre de 1997 se celebra un aniversario más del inicio de la Revolución Mexicana de 1910. Por tal motivo se lleva a cabo un desfile cívico-deportivo por las principales avenidas de la ciudad de Tixtla de Guerrero; la escuela de Ayotzinapa está invitada a participar. Los estudiantes de la institución presentan vistosas y majestuosas “pirámides humanas”, carros alegóricos; también se visten de Adelitas, de revolucionarios, y parodian a algunos personajes de la política nacional.

El contingente de la Normal marcha al compás de las cornetas y tambores de una bien presentable y coordinada banda de guerra; es notoria la diferencia entre los distintos grados de los grupos que presentan pirámides; todos llevan una camiseta blanca con el emblema de la escuela en la espalda, pero los de cuarto grado van uniformados con un pants deportivo color azul, los de tercer grado llevan color verde, los de segundo color negro y los de primero, blanco. Además de la diferencia en los colores del uniforme, los de primer grado se distinguen por un corte de pelo a rape, *pelones* como mejor se le conoce, ya que es tradición de la base estudiantil que a todos los alumnos de nuevo ingreso se les tiene que “dar pelo” con motivo de bienvenida.

En tan importante evento no podía faltar la clásica y emblemática tortuga de aproximadamente cuatro metros de largo, símbolo de la Escuela Normal debido a que la palabra Ayotzinapa proviene del náhuatl y significa “lugar de tortugas”. Dicha tortuga fue elaborada ingeniosamente por los alumnos, con madera, tela, pintura y algunos otros materiales, los cuales fueron utilizados para construir una verdadera obra de arte. La multitud que observa el desfile aplaude la participación de los futuros maestros y les reconoce el gran esfuerzo realizado.

Es un día muy caluroso y después de haber culminado su participación en el desfile, los estudiantes aprovechan la estancia en el zócalo de la ciudad para disfrutar de una rica y refrescante agua de frutas, jugos de distintos sabores o algún helado para tratar de disminuir la intensa sed que provocó el esfuerzo realizado y el calor sofocante; descansan bajo la sombra de los frondosos y majestuosos árboles del jardín central de Tixtla, comentan sobre el evento en el que acaban de participar, sonríen y ¡claro!, de vez en cuando observan detenidamente de pies a cabeza a alguna muchacha bonita que pasa frente a ellos. Es un día de fiesta y se disponen a disfrutarlo al máximo.

De pronto, en la avenida Vicente Guerrero, frente a la iglesia del centro de la ciudad, se estacionan coches y camionetas de la Policía Judicial del Estado (hoy Policía Ministerial). Los elementos bajan de sus unidades y miran alrededor. Son aproximadamente las 13:00 horas cuando se acercan a unos estudiantes de la Normal de Ayotzinapa y con lujo de violencia detienen a uno de ellos, a Macario Cruz Ventura, alumno de cuarto grado grupo C. Los demás compañeros estudiantes tratan de evitar que se lo lleven y preguntan: “¿Por qué, a qué se debe todo esto?! ¿Por qué la detención?!” Pero rápidamente son encañonados por los policías, quienes amenazan diciendo que no se mueva nadie o dispararán. Suben al compañero Macario a un coche de la corporación policiaca y se van con rumbo desconocido.

La noticia corre rápidamente por toda la comunidad estudiantil y por todo el pueblo de Tixtla. Los alumnos de Ayotzinapa empiezan a trasladarse a la Escuela lo más rápido posible, pero en el camino un grupo de normalistas logra identificar a uno de los policías que detuvieron a Macario, quien iba caminando tranquilamente rumbo a las instalaciones de la policía judicial, mismas que se encontraban ubicadas en la ca-

Ile Morelos, cerca de la plazuela del barrio de San Isidro. Los jóvenes lo abordan, lo detienen y le quitan el arma que lleva consigo, la cual es entregada en ese mismo instante al personal de seguridad pública del Honorable Ayuntamiento Municipal de la ciudad de Tixtla. En esos momentos no hay un solo golpe propinado por parte de los estudiantes, pero sí jaloneos y empujones por la resistencia del agente. El policía judicial es trasladado con los ojos vendados a la Escuela Normal de Ayotzinapa por el camino conocido como “los corrales”.

Al mismo tiempo que suceden estas acciones entra al comedor de la escuela un compañero estudiante gritando desesperadamente al personal de cocina y hacia algunos compañeros que ya se encuentran disfrutando de sus alimentos: “¡Suspendan la comida, suspendan la comida!” Todos lo miran desconcertados, asustados, con la duda reflejada en sus rostros, ignorando totalmente lo que sucedía. Entonces el alumno grita: “¡Agarraron a Macario!, ¡tenemos que prepararnos porque se nos viene una ‘bronca’, y una bronca muy, pero muy grande!”

Inicia el movimiento

En la Escuela Normal de Ayotzinapa existe un total descontrol; los alumnos corren y gritan por todos lados. Unos compañeros informan que tienen al policía en la cancha de fútbol. Nos dirigimos hacia allá y observamos que efectivamente un grupo ya bastante numeroso rodea al policía, quien se encuentra con los ojos vendados y las manos atadas. La mayoría de los compañeros lo empuja, lo insulta, lo golpea e incluso lo increpa:

— ¡Si algo le pasa Macario, tú serás el culpable!

El agente es trasladado entre gritos, empujones y jaloneos a una pequeña bodega frente al comedor de la Escuela para protegerlo de la alterada y muy molesta base estudiantil.

Se comisionó a algunos compañeros para resguardarlo. En ese mismo instante se convoca a todos los alumnos a una reunión de base estudiantil de carácter urgente.

Lo que se dice y comenta en una reunión de base es totalmente confidencial y no debe divulgarse a personas externas y ajenas a la Normal y como exalumno de esta institución tengo respeto en esa parte del reglamento. Lo único que puedo decir de manera general es que se analizó lo sucedido, todos tuvieron la oportunidad de expresar su punto de vista, de proponer actividades. El Comité Ejecutivo Estudiantil expresó que se liberara al policía y sin más golpes, para evitar problemas mayores. Pero algunos compañeros de la enfurecida base estudiantil respondieron de manera enérgica e imponente:

— ¡¿Creen que a Macario lo están acariciando?! ¡No! ¡Ni madres! ¡Las consecuencias de lo que le pase a nuestro compañero las va a sufrir el judicial por haberlo detenido!

Finalmente se acordó que el policía permanecería en la escuela hasta que fuese necesario, también se acordó que en ese mismo instante la Escuela se ponía en paro indefinido.

Esto fue algo de lo que se dijo en la reunión que duró poco más de tres horas. Lo menciono en este texto con total respeto a la escuela y a las reuniones de base.

De esta manera da inicio un nuevo movimiento estudiantil. En el teatro al aire libre de la escuela se iza la bandera rojinegra, símbolo de huelga, acto con el cual se tomaba posesión de la institución, se informa al director, se indica a los trabajadores de la escuela que deben abandonarla, de igual manera se prohíbe el acceso a todo el personal y cualquier persona “sospechosa” a las instalaciones de la institución. Se inicia la difusión de la problemática mediante volantes y en estaciones de radio para mantener informada a la ciudadanía y se solicita apoyo a todas las normales que integran la FECSM.

Días después, el policía que se mantenía en cautiverio sería entregado, dejándolo en libertad en presencia de las autoridades correspondientes, de notarios y personal del Ministerio Público para dar fe y confirmar el estado de salud del agente de la policía, quien a pesar de haber sido víctima de algunos golpes no presentaba daños de consideración.

Empezaron a llegar los contingentes de las distintas escuelas normales del país; incluso algunas normales del estado y organizaciones sociales se sumaron a la causa; se llevaron a cabo brigadas para recolectar alimentos, ya que cuando inició el movimiento el gobierno suspendió el presupuesto destinado al comedor y para todos los sectores de la institución; se comisionó a distintos grupos junto con delegaciones de otras escuelas para trasladarse a todas las regiones del estado y difundir a la sociedad en general la problemática de la Escuela Normal mediante volantes, espacios informativos en radiodifusoras, televisoras locales y mediante la presentación de programas socioculturales; se realizaron marchas en las que se solicitaba audiencia inmediata con las autoridades gubernamentales para llegar a acuerdos y buscar la manera de obtener la libertad del compañero Macario.

Una semana después de la detención se nos informó que el compañero Macario se encontraba en el reclusorio de la ciudad de Chilpancingo, procesado por delitos federales, entre ellos el de “ataque a las vías de comunicación”. Éste es el cargo que le achacaron por las marchas y bloqueos que se llevaron a cabo en las distintas entidades de las normales de todo el país, siendo el secretario general de la FECSM.

Al reclusorio asistieron a visitarlo madres y padres de familia, integrantes del Comité Ejecutivo Estudiantil, miembros del Comité Central de la FECSM, compañeros estudiantes de Ayotzinapa y de las diferentes escuelas normales. Le

dijeron que no estaba solo, que se estaba luchando, que toda la comunidad estudiantil y distintos sectores de la población estaban haciendo todo lo posible para lograr su libertad.

Después de dos semanas de intensas actividades y cerca ya de las vacaciones decembrinas se dio un receso al movimiento con la argumentación de que había avances en las negociaciones y que no era adecuado desgastar innecesariamente a la multitud que participaba en el movimiento estudiantil.

Las escuelas normales del país y las organizaciones sociales regresaron a sus lugares de origen; se reanudaron las clases y se daría seguimiento al caso del compañero Macario mediante constantes audiencias y negociaciones con las autoridades y con la intervención de diputados federales y estatales.

El Comité Estudiantil se encargaría de mantener informada a la base estudiantil y al pueblo en general.

Es así que llegan las vacaciones decembrinas de 1997. Los compañeros se van a sus hogares, a sus pueblos, a sus estados, para estar con su familia y disfrutar la Nochebuena, la Navidad y el Año Nuevo felices, en compañía de sus seres queridos, tratando de olvidar un poco el difícil momento por el que pasamos, estando conscientes de que aún no se resuelve nada, porque Macario todavía se encuentra encarcelado; estando conscientes también de que sólo es un receso en el movimiento estudiantil, porque hasta no obtener la libertad de nuestro compañero esto no se termina y, sobre todo, estando muy, pero muy conscientes de que lo más difícil aún está por venir.

La capital de cabeza

Los primeros días del mes de enero de 1998 reinician las clases. La escuela se llena otra vez de vida; por los pasillos se escuchan los cantos y sonrisas por ver nuevamente a los compañeros y a los amigos; en los salones de clases se trabaja nuevamente en la formación de los futuros docentes.

Pero no todo es alegría, porque todos sabemos que el compañero encarcelado aún no obtiene su libertad y la información que da el consejo estudiantil no es tan alentadora. Se dice que no hay avances, que las negociaciones están estancadas y que tal parece que se reiniciará con el movimiento, pero que ahora será con mayor intensidad porque la consigna es liberar al compañero Macario a como dé lugar.

En las últimas semanas del mes de enero los estudiantes tomamos nuevamente las instalaciones de la escuela, reiniciamos el movimiento, así como la difusión a nivel estatal y nacional.

Todas las normales rurales del país envían contingentes. Se forma un frente de egresados, un comité de la asociación de padres de familia y se integran algunas organizaciones sociales del estado y del país.

Las instalaciones de la Normal de Ayotzinapa son prácticamente insuficientes para albergar a toda esa multitud. El movimiento toma más fuerza que nunca. Durante los días siguientes se llevan a cabo volantes, marchas y bloqueos en las principales avenidas de la capital y en las principales carreteras del estado de Guerrero.

Después de realizar toda una serie de desgastantes actividades, entre marchas, bloqueos y poner literalmente de cabeza a la capital del estado, ya en los primeros días de febrero se prepara una mega marcha, donde participan todas las normales rurales del país, un contingente de la UNAM, organizaciones sociales, la asociación de padres de familia, el frente de egresados de Ayotzinapa, la Coordinadora Estatal de los Trabajadores de la Educación en Guerrero (CETEG), algunos maestros y personal de la Escuela Normal, estudiantes de distintos niveles educativos, la Universidad Autónoma de Guerrero y algunas normales urbanas del Estado.

El contingente es realmente impresionante, es casi imposible calcular el número de personas. El punto de llegada es el

zócalo de la ciudad de Chilpancingo, y el plan es quedarnos en plantón indefinido en la plaza Primer Congreso de Anáhuac, frente al Palacio de Gobierno (hoy llamada *biblioteca estatal*).

Ya instalados en el zócalo capitalino pasamos los días durmiendo en el piso, pasando hambre, frío y viviendo con las constantes amenazas de desalojo por parte de la policía antimotines, de seguridad pública municipal y de la policía del estado. Continuamos con marchas, bloqueos, continúan las negociaciones y diversas actividades que obliguen al gobierno a dar solución al conflicto, pero parece no haber respuesta favorable para el movimiento estudiantil. Esto se ha convertido en una guerra de resistencia entre los manifestantes y las autoridades del Gobierno del Estado. Todo es cuestión de tiempo y no hay marcha atrás, la guerra comenzó, ahora se pierde o se gana y por ningún motivo estamos dispuestos a perder.

Febrero loco

Era un día como todos: lleno de gran actividad en Chilpancingo, el ruido de los coches, el ir y venir de las personas en todas direcciones, hacia el trabajo, hacia la escuela, de compras, etcétera. Miércoles 11 de febrero de 1998, en la plaza Primer Congreso de Anáhuac de la ciudad capital se encuentra un grupo bastante numeroso de estudiantes. ¿Qué hacen? ¿Por qué están ahí?

¡Somos estudiantes! Nos encontramos exigiendo nuestros derechos, como el de tener un trabajo digno para poder vivir y mantener a nuestras familias; además exigimos la libertad de nuestro compañero que ha sido encarcelado por “supuestos delitos federales y estatales”. ¡Somos estudiantes! y nos encontramos en todo nuestro derecho a manifestarnos tal y como lo marca el artículo 9º de nuestra Constitución Política, ¡somos jóvenes! Llevamos días y días con esta movi-

lización, para ser exactos desde el 20 de noviembre del año pasado (1997), día en que detuvieron y encarcelaron a nuestro compañero. En todo este tiempo realizamos una serie de actividades de protesta con la finalidad de que den solución a nuestras demandas, principalmente la liberación del compañero Macario Cruz Ventura.

El gobernador dice ante los medios de comunicación estar abierto al diálogo y en la mejor disposición de sentarse a negociar y llegar a acuerdos para encontrar una solución al conflicto, pero la realidad es que sólo se esconde, no quiere dar la cara, envía a sus “achichincles” que sólo le dan largas al asunto y enturbian las negociaciones.

Cuando son aproximadamente las 17 horas, los alumnos se desesperan por no obtener solución a la problemática y se “plantan” frente a las dos puertas del Palacio de Gobierno: la principal, localizada en la plaza cívica, y la trasera, sobre la avenida Juan N. Álvarez, pateando, golpeando cada una de ellas, causando un gran daño en su estructura, gritando consignas y exigiendo solución inmediata a las peticiones. De pronto aparecen policías marchando por los cuatro puntos cardinales, algunos con caballos, otros con perros, con escudos. ¿A quién van a detener?, ¿qué terrible delincuente se encuentra en el centro de la capital para montar todo ese operativo policiaco? ¡No! No buscan a ningún delincuente, empiezan a rodearnos, a acorralarnos con sus escudos. ¡No somos delincuentes! ¡Sólo somos estudiantes! ¿Eso es delito?

Son las 17:30 horas cuando empiezan los jaloneos, los insultos y... lamentablemente da inicio una terrible y despiadada represión, llena de golpes, de gritos, de desesperación. Los policías golpean a estudiantes, padres de familia, mujeres, niños y toda persona que encuentran a su paso, incluso hasta transeúntes que por casualidad o por necesidad pasaban por

el lugar; todos gritan y corren para escapar, pero es casi imposible librarse de los golpes y del gas lacrimógeno. Los policías persiguen a todo el que ven con mochila en la espalda, ya sean hombres o mujeres, los siguen con perros y caballos, los golpean hasta el cansancio, otros no corren con la misma suerte, además de ser golpeados, se los llevan detenidos. Algunos se esconden en comercios, casas, departamentos que las propias personas que las habitan ofrecen al ver la crueldad de la policía. Otros se refugian con algún familiar o algún amigo, esperando a que todo pase. Sin duda alguna será una tarde-noche muy larga, difícil, llena de dolor, pero sobre todo llena de incertidumbre.

Buscamos la forma de trasladarnos a la escuela, otros compañeros estudiantes se refugian en el edificio de la Sección XIV de la Coordinadora Estatal de Trabajadores de la Educación en Guerrero, quienes se han solidarizado y nos brindan ese gran apoyo.

Una vez estando en las instalaciones de la Escuela Normal de Ayotzinapa, aproximadamente a las 8:30 de la noche, miramos con tristeza y a la vez con coraje cómo llegan por las escaleras de la caseta y por la entrada principal compañeros y compañeras asustados, llorando, golpeados, muy pero muy lastimados. En la escuela se vive un caos total, padres de familia, vecinos de Tixtla, medios de comunicación y curiosos acuden a la institución para saber lo que pasó. La sociedad, los propios maestros y directivos de la escuela están indignados por lo sucedido. Se oyen gritos de dolor, de desesperación, preguntando por hijos, primos, hermanos. Es algo realmente doloroso, muy difícil de asimilar y de comprender.

¿Por qué todo esto? ¿Por qué esta terrible represión? ¿Por qué esta cruel golpiza incluso a personas inocentes que nada tienen que ver con el movimiento estudiantil? Se supone

que estamos en un Estado “libre y soberano”; sólo ejercemos nuestro derecho a manifestarnos. ¿Quién ordenó estos crueles y desalmados actos?

¿Acaso éste es el gobierno que va a sacarnos adelante, que está abierto al diálogo? ¿El que nos va a sacar de la pobreza y gran rezago en los que estamos sumergidos? ¿El que grita a los cuatro vientos que “avanzamos y progresamos”? Creo que los golpes no son la mejor solución ni la mejor forma de progresar. Con esta actitud sólo nos demuestran su incapacidad para resolver los distintos problemas que aquejan a la sociedad.

Los que alcanzamos a librar los golpes y pudimos escapar nos deshicimos de credenciales y de cualquier objeto que nos acreditara como estudiantes de Ayotzinapa, en estos tiempos es más grave ser estudiante que delincuente.

En la plaza cívica quedan las marcas, las huellas de la masacre, mochilas, zapatos, gorras y sangre. Sangre que no será olvidada y que el tiempo jamás podrá borrar.

El miércoles 11 de febrero de 1998 fueron golpeados padres y madres de familia, miembros de organizaciones sociales, compañeras y compañeros estudiantes de las diferentes instituciones educativas y de las diferentes escuelas normales del país y del estado. Pero no son los golpes de la policía los que todavía duelen, porque esos ya sanarán. Lo que duele es saber que las personas que se encargan de gobernarnos y que fueron elegidos por el propio pueblo no tengan la suficiente capacidad para encontrar solución a la problemática que presenta la ciudadanía en sus distintos sectores.

A pesar de todo tengo consideración y no mencionaré el nombre del gobernador, del secretario de Gobernación y del secretario de Educación, quienes se encontraban al frente del gobierno de nuestro estado de Guerrero en aquel 11 de febre-

ro de 1998, para no manchar su “imagen”; pero estoy seguro que los que participamos en el movimiento estudiantil jamás los olvidaremos.

Días después de esa cruel represión se logró la liberación del compañero Macario, al igual que la libertad de los compañeros y compañeras detenidos la tarde del 11 de febrero.

Sin duda alguna obtener la libertad del compañero Macario Cruz Ventura fue un acto de gran relevancia y satisfacción para quienes participamos en el movimiento estudiantil, reafirmando que valió la pena cada minuto de la movilización, comprobando de esta manera que Ayotzinapa está de pie, que es fuerte y que está más viva que nunca.

Testimonios de aquel día

Ese día el plantón inició a las 5:00 de la tarde. Se bloquearon las dos avenidas. Nosotros llegamos desde el monumento a las banderas y nos tocó la puerta trasera del Palacio de Gobierno (en el centro de Chilpancingo, ahora biblioteca estatal), la que está del lado de la calle. De repente llegaron los policías con caballos y perros, nos fueron acorralando, algunos nos cubrimos la cara y cantamos el himno “Venceremos”. Entonces los policías, con sus escudos formaron una valla para que fuéramos saliendo, pero nos golpeaban y empujaban. De pronto, de arriba del Palacio de Gobierno empezaron a tirar piedras muy grandes, entonces yo me metí un poco hacia el interior del contingente. De repente sentí un golpe en la cabeza, todo se me oscureció, me entumí y caí. Todavía alcancé a escuchar que dijeron los policías: “¡Ya cayó uno!”, y como cinco policías se fueron contra mí a patadas y con gas. Yo sentí mucho miedo porque pensé que era el único, pero cuando me llevaron una calle más abajo y me entregaron con los judiciales, vi que ya tenían a varios compañeros más; nos esposaron y con nuestras camisas nos taparon los ojos. Sentí que nos llevaron por un camino de terracería. Después nos bajaron a

empujones, nos subieron a otra camioneta y nos llevaron a la Procu. Ya adentro llegaron unos judiciales y nos dijeron que teníamos que estar con la vista hacia abajo; nos hicieron unas preguntas, la verdad no me acuerdo ni qué preguntaron, nos gritaron, nos decían palabras obscenas y nos amenazaron.

Después, cuando llegó René L., nos trataron mejor. Ya eran aproximadamente las 6:00 de la tarde. Éramos como 26 compañeros detenidos: había de El Mexe, de Ayotzi, Amilcingo y Teteles. A las 2:00 de la mañana nos iban a pasar a una oficina para interrogarnos, pero había tres descalabrados y dijeron que hasta que los atendieran nos iban a interrogar. A las 4:00 de la mañana nos tomaron la declaración, nos preguntaban quiénes estaban involucrados en la organización, quiénes la financiaban; muchas declaraciones fueron inventadas y nos obligaron a firmarlas, yo firmé, pero con otra firma.

Al otro día liberaron sólo a las mujeres. A los dos días fue el senador Armando Ch. para decirnos que él estaba intervinando para que pronto nos liberaran; posteriormente llegó el procurador a decir “que nos habían tratado bien” y que “se estaba cuidando la integridad de todos”.

Los días pasaron, la verdad no recuerdo cuántos, tal vez tres o cuatro, hasta que el último día nos hicieron algunas preguntas por la tarde y por la noche, como a las 11:00, nos liberaron. Después fuimos a firmar, pero sólo una vez y nada más.

**Testimonio de Beto. Alumno detenido
y golpeado el día 11 de febrero de 1998.**

Ese día me vine de Chilpancingo como a las 3:30 en el microbús de la escuela que también traía a la rondalla; me vine a la casa para bañarme y luego volver al plantón. Pero cuando me estaba bañando me habló mi sobrina Mari para decirme que en la radio La Explosiva estaban diciendo que en esos momentos se estaba llevando a cabo un

desalojo de estudiantes normalistas en la plaza cívica Primer Congreso de Anáhuac; me bañé rápido y salí. Me encontré con Hilda, otra madre de familia de Ayotzinapa, para tomar la Uroan (medio de transporte de Tixtla a Chilpancingo), pero nos avisaron que mejor nos concentráramos en la Escuela Normal. Cuando llegué a la escuela miré que empezaron a bajar por las escaleras jóvenes y muchachas asustados, golpeados, ensangrentados, unos gritando, otros llorando. Miré cuando bajaron a una joven lastimada del pie o del tobillo, porque no podía caminar; ella lloraba y me acerqué para decirle que la llevaría al hospital, pero cuando llegamos no la quisieron atender porque dijeron que eso sólo lo podía arreglar un huesero. Salimos del hospital y en ese momento pasó el maestro Emilio, a quien le pedí que nos llevara donde don Vetero, un señor que sabía arreglar huesos, para que la curara. Los dos jóvenes que iban con la muchacha le ayudaron a subir. Después de que le sobaron el pie dijo que ya se sentía mucho mejor. Salimos de la casa del señor para tomar la combi y cuando llegamos a la Normal vi que ya habían llegado bastantes padres y madres de familia; algunas señoras llorando o desesperadas preguntando por sus hijos, pero al ver que no se encontraban en la escuela decían que se iban para Chilpancingo a buscarlos, pero algunos estudiantes y miembros del Comité dijeron que no nos fuéramos porque les avisaron que la escuela estaba rodeada por policías anti-motines y que iban a desalojarla. Entonces se organizaron grupos de estudiantes y padres de familia para hacer guardia alrededor de la escuela, estar alertas y también para atender a los jóvenes golpeados que estuvieron llegando toda la noche.

Testimonio de doña Josefina,
madre de familia.

AYOTZINAPA

Y LAS OTRAS NORMALES RURALES QUE CONOCÍ

Juan Felipe de los Santos Pérez
Generación 1999-2003

Después de egresar del bachillerato, mi futuro se enfocaba en dos carreras: una carrera universitaria y la de profesor. Con mucho esfuerzo y gracias al apoyo de mis padres, logré obtener la ficha en dos instituciones: una de ellas fue la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa, para ser profesor. La primera en dar los resultados fue Ayotzinapa, quedando en el número 95 de 120 matrículas para nuevo ingreso. Por lo tanto, tendría que acudir a la semana de prueba, en lo que esperaba los resultados de la otra escuela de nivel superior.

Semana de prueba

Conforme pasaron los días fui valorando las cosas que tenía en casa y las que me ofrecían mis padres. Me venía a la mente cuando le decía a mi mamá: “Esa comida no me gusta”, más durante esa semana de prueba, que estuve comiendo frijoles con gorgojos. En casa muy poco me ofrecía para ayudar al quehacer, y en Ayotzinapa estuve limpiando huertos, barriendo plazas y recibiendo círculos de estudio. Claro que extrañaba mi hogar, pero conforme transcurrían los días, sentía una enorme atracción por quedar en esta institución.

Cuando por fin salió la lista de ciento veinte definitivos que ingresarían a la Normal, nos ubicaron en secciones diferentes, es decir, no quedamos como nos ubicaron los del Comité. Control escolar utilizó otro procedimiento: el número uno del escalafón quedaba en el A, el dos en el B, el tres en el C, el cuatro en el D, el cinco en el A y así sucesivamente, quedando treinta jóvenes por sección.

Cada sección tendría su nave (construcción que constaba de doce cubículos más o menos). Es decir, en cada cubículo estaríamos dos o tres jóvenes. Lo que ignorábamos es que sólo eso pasaba con las academias de segundo, tercero y cuarto. Para los pelones, los de nuevo ingreso, nos tocaría una nave para dos grupos; esto es, seis cubículos para treinta estudiantes. Ya me había hecho a la idea de vivir con cinco o seis compañeros en un cuarto de cinco por tres metros aproximadamente. Mi primo Vladimir, de segundo grado, me hizo la sugerencia de elegir a compañeros originarios de Tixtla para vivir con ellos. Esto favoreció, ya que los compañeros podrían ir y venir de su casa a la Normal, sin necesidad de quedarse en el internado, y en nuestra generación había muchos compañeros de Tixtla.

Un día recibí una llamada de mi mamá. Realmente no la esperaba. Las llamadas se recibían en la Dirección de la escuela. Respondía la secretaria, que mediante una bocina, colocada en la parte alta del edificio central y apuntada a los dormitorios y aulas, anunciaba de la siguiente manera:

— ¡El joven Juan Felipe, de primer grado de la sección C, tiene llamada telefónica!

Teníamos que acudir de manera inmediata, ya que volverían a marcar en 5 minutos. Llegué agitado hasta el edificio, porque teníamos que correr y subir escalones. Después de

saludar a la *tía* (así llamábamos a la secretaria), me dijo que me sentara y esperara hasta que mi mamá volviera a marcar. Después de algunos minutos sonó el teléfono. La *tía* tomó el aparato y seguido de la frase “aquí se encuentra, se lo paso”, alargó la mano para darme el auricular. Lo recibí y escuché la voz de mi madre después de mucho tiempo. Percibí también el gusto de mamá por escucharme, y entablamos una conversación para saludarnos y preguntar por la salud de ambos y de toda la familia. Seguido de eso, me dio una noticia que no esperaba. Me expuso que recibió por correo una carta a mi nombre remitida por la universidad, la cual expresaba felicitaciones por haber aprobado el examen de admisión para ingresar a la facultad de la cual había solicitado mi admisión. Ahora venía la pregunta que no quería escuchar:

—Hijo, decide. ¿Quieres ser normalista o universitario?

—Mamá, me quedo en Ayotzinapa—en dos segundos respondí.

—¿No lo quieres pensar?

—Está decidido, mamá, me quedo.

Me dijo que lo pensara y que me llamaba al día siguiente. Colgué la bocina con el recuerdo de aquel día que dije que quería ser universitario, pero también dije que quería ser maestro. Durante la noche pensé y analicé mi futuro.

A la mañana siguiente ya no fue necesario que me vocearan porque había quedado a una determinada hora de recibir la llamada. Ya no tardé tanto en la línea con mi mamá, simplemente dejé mi respuesta: “Mamá, quiero ser maestro”.

Después de la semana de prueba nos abordaron compañeros de grados superiores en el aula donde estábamos hospedados y nos dijeron que nos darían la bienvenida. Con tijera en mano, comenzaron a trasquilarnos el pelo con dos o tres

tijerazos y posteriormente nos daban un *ticket*, diciéndonos que pasáramos a los cubículos del 4° B para emparejarnos el pelo. El costo por raparnos con la máquina era de cinco pesos, recurso que se quedaba al grupo para repartirlo u organizar un convivio.

¿Quiénes eran los activistas? Pues simplemente jóvenes que queríamos tener una preparación política de izquierda, conocer más a fondo el origen y permanencia de la Normal y en un futuro muy cercano, ser parte de la máxima representación estudiantil.

De comisión a Tamazulapan

Los principales responsables de impartir los círculos de estudio eran los de la cartera del Comité de Orientación Política e Ideológica (COPI): un compañero de tercer grado llamado Abel y el otro de segundo, Huricel. Casi al iniciar el ciclo escolar, a los compañeros de COPI les asignaron la comisión de asistir a la Normal de Tamazulapan en Oaxaca; derivado de esto tendrían que llevar a dos activistas para su *fogueo*. En ese momento estábamos en el grupo activista cerca de 17 compañeros. ¿Cómo sería la elección de los dos compañeros activistas que asistirían a Tamazulapan? Mediante una rifa. Cada uno fue destapando su suerte y mostrando su cara de alegría al ver su papel en blanco. Sólo dos tuvimos la fortuna o desdicha de ser seleccionados: un compañero de la sección A, Miguel Alanís y yo. Nos miramos los unos a los otros y recibiendo palmadas en la espalda nos desearon la mejor de las suertes.

A las 10:30 de la noche salimos del internado hasta el entronque, donde actualmente se ubica el arco que da la bienvenida a Ayotzinapa. Pedimos *raid* a un autobús que cubría la ruta Chilapa-México DF. Cada uno de los cuatro normalistas

dimos gracias al *chof* por el apoyo y mientras nos dirigíamos al fondo del autobús por orden del piloto, los pasajeros se nos quedaban viendo inconformes.

Durante la travesía pasamos varios lugares. El lugar que más recuerdo es la ciudad de Huajuapán de León, ya en el estado de Oaxaca. Llegamos ya por la tarde a la Normal Rural Vanguardia, mejor conocida como la Normal de *Tama*, la cual estaba a punto de iniciar una movilización para agilizar la reconstrucción de su escuela. Esto se debía a que meses atrás un fuerte sismo había dañado la estructura de sus edificios. Las compañeras habían sido desalojadas de las instalaciones para evitar una tragedia por un posible derrumbamiento del inmueble. El gobierno estatal les improvisó construcciones sencillas en las parcelas de la escuela que se encontraba del otro lado de la carretera.

Tama fue la primera Normal Rural que conocí, después de Ayotzinapa. Algo que no podré olvidar de esta experiencia fue que, al ser *Tama* un internado de mujeres y nosotros los únicos hombres, aparte de los trabajadores de la misma, cuando se llegaba la hora de comida, obviamente tendríamos que entrar al comedor repleto de muchachas. Con lo que no contábamos era con el relajo que se armaría al entrar al comedor. Poniendo el primer pie el compañero Abel en el comedor, comenzó la rechifla y los piropos con tal euforia, que daba miedo seguir avanzando. Palabras como *papacito* o frases como “siéntate conmigo” nos pusieron nerviosos a los cuatro. Cuando nos sirvieron la comida, sentía que la loza se me caía de las manos por el temblor y es que, entre los pasillos de las mesas, las chicas de tercero o cuarto, se paraban para cederte su silla. Nosotros lo único que atinábamos a decir era “ya tenemos lugar, gracias”. Claro que sabíamos que era desmadre:

ninguno de los cuatro *ayotzis* estábamos tan agraciados para recibir piropos y la diversión de las compañeras consistía en ponernos nerviosos.

Después de casi una semana de ir y venir a cumplir con nuestra comisión, regresamos a nuestra *alma mater*, donde nos recibieron con la noticia de que teníamos mucha tarea atrasada por realizar. Debo decir que una de las cosas que me sorprendió al ingresar a la Normal es la indiferencia y la poca simpatía que se tenían entre maestros y alumnos. Cuando recibíamos círculo de estudio por parte del Comité, nos decían que nos cuidáramos de los profesores y al entrar a clases, los maestros nos hablaban mal a su vez del Comité. Mientras, nosotros, por ser de primer grado, teníamos muchas dudas respecto a esta ríspida relación, que poco a poco se fue disipando mientras avanzábamos con las clases y la convivencia entre compañeros.

Hecelchakán, Campeche

Para el mes de diciembre de 1999, la FECSM programó una Reunión Nacional en la Normal Rural de Hecelchakán. Esta reunión tradicionalmente se hacía en la primera semana de vacaciones de invierno. Esa vez también se convocó a un encuentro de activistas.

Conocimos a compañeras y compañeros de prácticamente todas las normales rurales que conforman la FECSM. Convivíamos en el comedor, en las reuniones y en espacios deportivos. Pude notar también que las normales que se encuentran en el norte del país tienen menos carencias que las del sur: sus uniformes y sus autobuses hacían palpable esta gran diferencia.

Los últimos días de esta Reunión Nacional se agilizaban, porque se aproximaba la Navidad y hay que estar en familia.

Regresamos con la enorme responsabilidad de ser sede y organizar el Congreso Nacional de la FECSM para la primera semana de las vacaciones de primavera. Mientras, disfrutábamos el viaje de regreso con el relax que nos hacíamos entre todos, recordando los momentos más divertidos que sucedieron en Hecelchakán. Hasta el *tío Bigotes*, quien nos apoyó para conducir la unidad, le entró a la juerga.

El Mexe, Hidalgo. Febrero de 2000

El siguiente movimiento de lucha se dio en la Normal Rural de El Mexe. Gran parte de la academia de primero nos fuimos en dos autobuses. Bajamos e inmediatamente nos llevaron al comedor para desayunar lentejas con café. Después del almuerzo, recibimos la indicación de subir a los autobuses para realizar una actividad *especial*. Así le llamaban porque había mucha fuga de información entre sus representantes, y de este modo sólo los coordinadores sabían con exactitud la actividad a emprender.

Por los anuncios de la carretera sabíamos que nos dirigiáramos a Pachuca. Al entrar a la ciudad fuimos interceptados por patrullas repletas de policías. El autobús hizo un alto total y el coordinador, que era alumno de El Mexe, le dijo al chofer que no abriera la puerta. Mientras, los uniformados amablemente pedían que nos bajáramos porque harían una “revisión de rutina”. Obviamente no le creímos. Tras un tiempo así los oficiales por último nos dijeron: “¡Abren o abrimos!” El chofer del autobús nos dijo que abriría para evitar el daño a la unidad. En cuanto dijo eso, le pasé mis identificaciones para que me las guardara. Sabíamos que a él no lo revisarían.

Al salir pude ver que los compañeros del otro autobús se encontraban ya abajo. Nos pusieron con las manos arriba y la

frente apoyada en el autobús, dando la espalda a los estatales. Hasta ese momento todo estaba tranquilo. Ya nos empezaba a dar mala espina cuando nos dijeron que se llevarían la unidad y a nosotros nos llevarían a la Procuraduría del estado para tomar declaraciones. El comandante dijo que sería un poco de tiempo y después estaríamos libres.

Llegamos a un lugar, que más que oficinas de la Procuraduría, era como una bodega. Ya nos esperaban otros oficiales con sus respectivas macanas. Realizaron una fila cerca de la puerta del vehículo para “darnos la bienvenida”. Conforme nos íbamos bajando con las manos en la nuca, a cada uno nos propiciaban una ración de macanazos, golpes en las costillas y patadas en los glúteos, acompañados de frases como: “¡Ahora sí, hijos de su puta madre!”, “¡pinches revoltosos!”, “¡vienen a hacer su desmadre a otro estado!”, “¿no que muy valientes?!”, “¡se los va llevar la chingada!” Mi compañero Fidel cometió el error de reclamar y les dijo:

—Dijeron que nos iban a respetar.

En ese momento le llovieron golpes y macanazos.

No sólo éramos los de Ayotzinapa: había compañeros de Teneoría, Tiripetío, compañeras de Amilcingo y de otras normales rurales que habíamos venido a apoyar a la escuela de El Mexe. Los estatales nos agruparon por estado: Michoacán, Estado de México, Morelos, Guerrero. Nos tenían sentados en posición de mariposa, que con el paso de las horas nos cansaba, y si alzábamos la cabeza, nos golpeaban en la nuca. Muy continuamente llegaban a patearnos para preguntar nuestros nombres y tomaban fotografías de nuestro rostro. Era una represión física y psicológica constante. Preguntaban a cada rato que quién era nuestro líder, hasta que a un compañero al que apodábamos *Chiapas*, por ser originario de ese estado, se

le ocurrió gritar después del cuestionamiento: “¡Nadie!” Un policía, sumamente molesto, ordenó con voz firme: “¡Tráiganme a ese chaparrito!” Comenzaron a golpearlo con mayor fuerza, tanto que sus gemidos por momentos se convertían en gritos de dolor. Después de un rato lo regresaron al lugar que ocupaba en un principio.

Al paso de unas cinco o seis horas, sentimos que había mucho movimiento de policías a nuestro alrededor. Después, los uniformados tomaron sus respectivas posiciones y dieron la orden de levantar nuestras caras y escuchar a un encargado de la oficina de Derechos Humanos.

Dicho encargado nos dijo que no nos preocupáramos, que estaban haciendo el trámite para regresarnos a nuestros estados, y terminó con la siguiente sugerencia: “Si alguien de ustedes fue golpeado, maltratado o torturado por algún personal de la policía, háganlo saber para identificarlo y poder levantar una demanda”. Toda la bodega se quedó callada por un momento. Después de un silencio, una valiente compañera de Amilcingo dijo: “A mí me manosearon, pero el que lo hizo ya no está, se salió por aquella puerta”. Entonces el de Derechos Humanos la invitó a que lo acompañara para proceder con la demanda. La muchacha y el licenciado se dirigieron a buscar al malnacido. Desconozco qué sucedió después con la demanda.

Nos ubicaron en diferentes autobuses y nos dirigimos con rumbo a Guerrero, resguardados por tres policías a bordo del autobús y una patrulla guiando la unidad. Llegamos hasta Chilpancingo, donde fuimos entregados a la Procuraduría del estado y se levantó un acta. Llegamos a la escuela con la noticia de que los compañeros que no habían ido a Hidalgo tendrían que ir, porque las cosas en El Mexe se estaban poniendo muy complicadas.

El movimiento de El Mexe fue noticia nacional e internacional cuando la policía de Hidalgo ingresó por la fuerza a las instalaciones de la escuela, golpeando, arrestando estudiantes y a gente de la comunidad. El gobierno de Manuel Ángel Núñez Soto quiso someter por la fuerza e hizo creer a la prensa que había sido una toma legal y sin armas. Por la tarde, el pueblo de El Mexe se organizó. Con palos y piedras rescataron las instalaciones de la escuela, exhibiendo a los policías semidesnudos atados con cuerdas y cadenas en el zócalo del pueblo, con una gran cantidad de armas que habían usado para amedrentar a los estudiantes, lo que contradijo las declaraciones del gobernador.

Los policías fueron entregados a las autoridades estatales a cambio de los estudiantes encarcelados. El movimiento salió victorioso, sin embargo, tiempo después la Normal fue cerrada de manera permanente por los gobiernos de Osorio Chong y Navarrete Prida. Actualmente, al inicio del gobierno del presidente Andrés Manuel López Obrador, la Normal se reabrió y se está luchando por que nuevamente tenga el servicio de internado.

Ingreso al Comité

Anteriormente, los cambios de Comité se realizaban entre los meses de agosto y septiembre, prácticamente al inicio de cada ciclo escolar. Debido a la entrada en vigor del Plan 97, hubo cambios notorios en la cuestión organizativa de nuestra representación estudiantil. Una de ellas fue la fecha para el cambio de Comité. El último que se realizó en los meses de inicio de ciclo escolar fue en el año de 1999, cuando quedó como secretario general el compañero Pedro, de tercer grado. Para hacer el reajuste temporal, este Comité estaría seis meses en labor.

Por lo tanto, en el mes de febrero del año 2000, se realizó el cambio de Comité, en el que por primera vez las carteras principales estarían ocupadas por compañeros de segundo año. A partir de entonces los cambios de comité se realizarían en los meses de febrero o marzo.

Para el mes de febrero de 2001, la estructura del Comité Ejecutivo Estudiantil tuvo una nueva modalidad. Prácticamente todos los activistas ocuparíamos un cargo dentro de la nueva estructura. Me propusieron en la terna para ocupar la cartera de delegado nacional. Perdí en ésta, pero la base estudiantil me nombró como delegado local.

Ser delegado local significaba asistir a muchas comisiones fuera de la escuela. Por lógica, perdería muchas clases. El anterior delegado me aconsejó hablar con los profesores para los permisos. Algunos se portaron accesibles y entendieron mi postura, pero otros definitivamente me dijeron que me aplicarían la *normatividad*.

Saucillo, Chihuahua. Reunión de Coconal

Casi de inmediato, después de algunos días de la elección del Comité, nos convocaron a una reunión de la Comisión Coordinadora Nacional (Coconal), que integraba a todos los delegados nacionales y locales de las normales rurales. La sede sería la Normal Rural de Saucillo, internado de mujeres que también para esas fechas organizaba su aniversario de fundación.

Otra nueva aventura se avecinaba. Ahora sería hasta Chihuahua y sólo acompañado del delegado nacional, quien por cierto también era mi compañero de salón de clases. Su nombre es Roger, originario de Oaxaca; con él tuve la oportunidad de viajar a varias escuelas. Emprendimos el viaje de *raid*, desde Ayotzinapa hasta Cañada Honda. Allí dormimos.

Al día siguiente le pedimos chance de viajar con ellos a los compañeros que venían de Atequiza en su autobús y que participarían en el aniversario de Saucillo con números artísticos y deportivos. Se solidarizaron con nosotros, sólo que viajaríamos en los pasillos porque no había asientos disponibles. Obviamente aceptamos.

En estas reuniones de Coconal se analizaban las problemáticas de cada una de las normales rurales y sus posibles movilizaciones; se programaban futuras reuniones para darles seguimiento. Se dice que, después del Congreso Nacional, la Coconal es la reunión más importante de la FECSM.

En los recesos de la reunión, las compañeras encargadas de atendernos nos invitaban a observar las actividades culturales y deportivas de su aniversario. Conocer culturas, costumbres, comidas y hasta la forma de hablar de personas de otro estado, será imposible de olvidar.

En el regreso nos apoyaron los compañeros de la Normal de El Mexe. Fue menos agotador porque en su autobús había lugares disponibles.

Amilcingo, Morelos y Teteles, Puebla

La próxima reunión de Coconal se realizaría en la Normal de Amilcingo. Empezábamos a sesionar cuando al secretario general de la FECSM le avisaron que la Normal de Teteles, Puebla, estaba a punto de estallar en movilización. Acordamos recesar la reunión para asistir de manera inmediata a dicha Normal.

De esta manera conocí Teteles que, al fin de cuentas, aplazó su movilización para darle prioridad al movimiento de Amilcingo. Así que nuevamente regresamos a Morelos para continuar con la reunión.

Recuerdo que todas las normales tomamos formación en la explanada cívica donde nos informaron sobre los logros del

movimiento. Para finalizar, se entonaría el himno “Vencemos”, y como Ayotzinapa ocupaba la cartera de COPIN, nos tocaría dirigirlo. Mis compañeros me eligieron para la dirección del himno revolucionario. Lamentablemente al iniciar, confundí la letra con el Himno Nacional y algunos compañeros soltaron una carcajada, pero rectifiqué mi error lo más pronto posible.

Tiripetío, Michoacán y San Marcos, Zacatecas

Regresamos nuevamente a Ayotzinapa. Creo que no pasaron ni quince días cuando la Normal de Tiripetío estallaba en una movilización.

Al llegar a Tiripetío nos dieron el informe de la situación. Observamos que ya había algunas delegaciones de la FECSM, pero también había contingentes y comisiones de las normales de Michoacán: la indígena de Cherán, la Urbana de Morelia, El CREN de Arteaga, entre otras.

A nosotros nos tocó participar en actividades de boteo y volanteo con los compañeros de Arteaga en la carretera federal que pasa por Tiripetío (un lugar muy peligroso porque es una carretera de cuatro carriles y no hay topes que hagan que los automovilistas bajen su velocidad). Ya en este tramo carretero existen algunas cruces que representan el atropellamiento de jóvenes. Hubiese otra cruz más, si no hubiera tenido la intervención de una compañera de Arteaga que me jaló para evitar ser arrollado por un tráiler que venía directo a mi persona. A partir de este hecho, los compañeros de Tiripetío dieron por terminada la actividad. Al parecer no fui el único asustado.

También participamos en una marcha en la ciudad de Morelia, donde terminó el movimiento. Al regresar de la marcha, contentos porque pronto regresaríamos a Ayotzinapa,

acudimos al pueblo a buscar una caseta telefónica para hablar con el entonces secretario general, Alexánder Genchi, y decirle que no era necesario que mandara un contingente, ya que la problemática en esa Normal hermana se había solucionado. A su vez, Genchi le respondía a Roger:

— Qué bueno, *paísa*, que todo haya concluido de manera favorable. Pero ¿qué cree?

— ¿Qué cosa, Genchi? — contestó Roger, mientras se le borraba la sonrisa del rostro, como en cámara lenta.

— Empezó una movilización en San Marcos; para que no se regresen a *Ayotzi* y se vayan para allá.

— Está bien, *paísa* — decía Roger al momento que colgaba el teléfono.

Entonces me miró y me dijo: “Nos vamos a San Marcos, están empezando a movilizarse”. Solté un “¡Putá madre!” de manera inevitable.

De regreso del pueblo de Tiripetío, arreglamos nuestra mochila para salir con rumbo a la Normal de San Marcos, en Zacatecas, donde acompañados de otros compañeros, hicimos un viaje de 12 horas aproximadamente, debido al mal tiempo.

Cuando llegamos nos encontramos con la noticia de que habían tomado las instalaciones de la Secretaría de Educación de Zacatecas, así que nos apresuramos a bañarnos para trasladarnos con algunos compañeros de la escuela sede hasta la ciudad capital, en un recorrido que duró 2 horas. Estuvimos unos tres o cuatro días. Las negociaciones se hacían directamente con el gobernador perredista de aquel entonces, Ricardo Monreal Ávila, que accedió a algunos puntos del pliego petitorio. Pero con lo de la asignación de plazas automáticas no hubo respuesta que satisfizo a los estudiantes. El movimiento terminó porque se estaban liberando algunas demandas a compañeros de esta Normal.

Los contingentes que venían a apoyar, durante su trayecto se enteraban de que el movimiento había finalizado y algunos decidieron regresar a sus respectivas escuelas. En el caso de Ayotzinapa, debido a que ya se encontraba muy cerca de San Marcos, optaron por llegar a la Normal para desayunar, descansar y emprender el viaje de regreso. Roger y yo nos integramos al contingente para regresar a nuestra querida escuela.

Atequiza, Jalisco

Nuestra segunda Reunión Nacional de la FECSM nos tocó en Atequiza, Jalisco, durante una semana en el mes de diciembre del año 2000. Atequiza es una de las normales rurales que en ese tiempo contaba con la mayor partida presupuestal de casi toda la FECSM; su comedor contaba con televisión.

Después de culminar con una reunión, varios que nos gustaba el fútbol nos quedamos allí porque transmitirían la final entre Morelia contra Toluca. ¿Se imaginan los *tiris* versus los de Tenerife? fue muy emocionante que entre gritos y porras nos sintiéramos casi en el mismo estadio. Yo me incliné por los de Morelia, por ser un equipo michoacano, quienes finalmente fueron los campeones. Esa misma noche hubo una transmisión en vivo sobre la erupción del volcán Popocatepetl. Algunas compañeras de Amilcingo y Teteles marcaron a sus casas, ya que eran originarias de comunidades aledañas a las faldas del volcán. Por fortuna no pasó a mayores.

Maestros contra futuros maestros

Iniciando el mes de febrero de 2001, Ayotzinapa tendría que prepararse para su primera movilización después de casi tres años. Las principales demandas que abanderaban la movilización: plazas a los que egresarían aquel año y la expulsión de un maestro. La minuta de acuerdos fue firmada

después de casi tres semanas de lucha. Se lograron las plazas, pero no la destitución del maestro, porque la delegación magisterial sindical de la Normal lo apoyó. El maestro ya no estaría en grupo de manera temporal y le asignaron otra comisión. Esto originó que la relación de maestros y alumnos se complicara y nos viéramos como enemigos.

Después de la movilización y una vez en las aulas, los maestros nos reprobaban de manera masiva y cancelaron las prácticas, entre otras cosas. Esto dio como resultado que los alumnos riñéramos con los docentes. Tomábamos las oficinas de control escolar y la Dirección de la escuela y muchas acciones más. Fueron causas, que a la postre, tendrían una consecuencia de gran magnitud.

Para marzo del año 2001 se organizó la reunión de base para integrar el nuevo Comité Ejecutivo Estudiantil. Sentados en el comedor, Roger, Luis Alberto y yo, esperábamos el ingreso de toda la base para dar inicio a la asamblea. Un compañero de tercer grado nos señaló con el dedo, haciendo una predicción y mencionando las carteras que ocuparíamos cada uno de nosotros: Roger, secretario general, Luis Alberto, secretario de organización y *Felipín* (yo), secretario de actas y acuerdos. Realmente no quería estar nuevamente en el Comité. Por un momento pensé en no asistir a la reunión, pero sabía que de faltar no me sentiría tranquilo.

Después de que el comité saliente diera sus informes, vino la elección. La predicción de aquel compañero de tercer grado fue acertada.

Cañada Honda, Aguascalientes

Se preparaba el Congreso Nacional, habría nuevas dirigencias en la FECSM y Ayotzinapa sonaba fuerte para ocupar el Comité Central.

En la primera semana de vacaciones de primavera nos dirigimos a Cañada Honda, un internado de mujeres con instalaciones muy agradables. Se dice que en esa escuela se filmaron algunas escenas de una película mexicana de terror a finales de los años sesenta y la telenovela *Barrera de amor* en el año 2005.

Curso emergente

Para los siguientes meses, en Ayotzinapa se agudizaron los conflictos con los maestros, que quisieron tomar venganza después de aquel movimiento donde logramos que uno de ellos ya no impartiera clases en la Normal.

Utilizaron a un profesor de Matemáticas para hacer reprobado al compañero ex secretario general, Alexánder Genchi. El maestro, para no verse tan obvio, reprobó a otros cuatro estudiantes más. Era claro el tinte de venganza por parte de los maestros. Tuvimos que intervenir como sociedad de alumnos, y como en ese momento no reconocíamos políticamente a la Dirección escolar, nos fuimos directamente con las autoridades del departamento de normales (dirigido entonces por Eduardo León Encarnación), y con el subsecretario de Educación Media Superior y Superior, Noé Villa Montúfar.

Los compañeros agotaron todas las instancias institucionales haciendo exámenes extraordinarios que no pudieron aprobar. Lo raro de esto es que el maestro sólo daba los resultados, pero no mostraba los exámenes. Por consiguiente, nos levantamos en paro en tanto no hubiera claridad sobre el caso de estos cinco compañeros. El estira y afloja fue muy desgastante, ya que a ellos los asistía la normatividad de control escolar y a nosotros la justicia. La decisión que tomaba la Secretaría era que el examen lo aplicara un maestro externo a

Ayotzinapa. El resultado para los cinco fue aprobatorio. De hecho, la mínima calificación fue de ocho. Los maestros de la Normal no aceptaron tal procedimiento. Lamentablemente, la normatividad les asistía a ellos.

Para que puedan entender la magnitud del problema, el estar reprobado en una asignatura y el haber agotado todas las oportunidades, significaba no acceder al siguiente semestre y estar fuera del sistema educativo mexicano. Es decir, no se podrían graduar como maestros.

Ante esta situación tan compleja la Secretaría de Educación en el estado citó al gremio magisterial con la intención de hacerlos reflexionar, sin embargo, sus esfuerzos fueron nulos.

El movimiento se prolongó por mucho tiempo y la base se comenzaba a desesperar, principalmente los de cuarto grado, que estaban a punto de egresar. La amenaza de sus asesores fue que podrían perder el semestre. Esto hizo eco ante todo el alumnado que aclamaba ya el fin del movimiento, y encauzaban a aceptar que los cinco compañeros fueran reprobados de manera definitiva. Como Comité decidimos darles el apoyo a los cinco compañeros, aun a pesar de la base estudiantil.

El problema se agudizó cuando los maestros empezaron a citar a asesorías y a clases fuera de las instalaciones de la Normal; varios de nuestros compañeros cayeron en la desesperación y fueron a clases extramuros. Nosotros entendimos esto como una afrenta a la organización estudiantil.

El semestre prácticamente estaba perdido. Por fin, el maestro que había reprobado a los compañeros dio una alternativa: promoverlos a todos, con la condición de que se fueran de Ayotzinapa. La Secretaría dijo que habría oportunidad de ubicarlos en cualquier Normal pública del estado, sin embargo, como organización no podíamos permitir tal humillación.

Lamentablemente los compañeros involucrados se vieron en la necesidad de aceptar las condiciones de los maestros. Entendimos, porque peligraba su futuro. Aceptaron la calificación aprobatoria y por consecuencia, su salida de Ayotzinapa. Sólo pedían no ser reubicados en una del estado. Estar en cualquier Normal de Guerrero que no fuera del corte rural, implicaría gastos, y los compañeros no podían darse ese lujo. Entonces la FECSM abrió las puertas a los compañeros. Genchi y Oropeza se trasladaron a Tiripetío y los otros tres a Tenería. Como escuela, recibimos un golpe duro, nosotros vimos una expulsión de cinco compañeros y eso nos dolía en el alma.

Ahora nos preocupaba recuperar el semestre y los maestros no querían dar días de sus vacaciones para la recuperación de clases. Se sentían victoriosos de expulsar a cinco estudiantes y estaban con la idea de hacernos perder el semestre. Para ellos sólo los que recibieron clases extramuros serían los promovidos al siguiente curso.

Eso no lo permitiríamos. Fuimos ante la Secretaría de Educación, que trató de incentivar a los maestros para darnos un curso de verano con el fin de recuperar el semestre, sin embargo, los maestros siempre se negaron.

Ante la presión, en ese verano del 2001 la SEG lanzó una convocatoria para todos aquellos docentes con perfil académico para dar clases y rescatar el semestre en la Normal. Los maestros que nos impartieron clases fueron los mejores. Según nos platicaron después, les daba temor venir a Ayotzinapa, pero conforme nos fueron conociendo, se dieron cuenta de que “el león no es como lo pintan”.

Hubo maestros y trabajadores de la plantilla de Ayotzinapa con mucho valor, que aceptaron darnos el apoyo y la razón. De los que recuerdo, fueron la maestra Julia, de Artes, y varios como el *tío Pelón*, encargado del almacén.

Fue una experiencia inolvidable el rescate del semestre con maestros de mucha calidad, con los que hacíamos estudios de campo, manualidades, dinámicas, entre muchas cosas más. Recuerdo mucho a la maestra de Historia, quien estaba muy preparada y nos trataba con mucho cariño. La verdad, varios maestros de ese curso se ganaron nuestro respeto y admiración. El cariño fue recíproco, después de todo lo que habíamos vivido.

Fue el semestre en el que tuvimos calificaciones más altas en toda nuestra vida académica de la Normal, creo también que hubo menciones honoríficas en los dictámenes para los chavos de cuarto grado que presentaron su examen profesional.

Terminando el curso emergente, aprobé el cuarto semestre para concluir exactamente con la mitad de mi carrera profesional; los siguientes grados estarían enfocados principalmente a mi preparación académica, ya que para el mes de febrero de 2002 dejaría de ser parte del Comité Ejecutivo Estudiantil de manera definitiva.

Tenería, Estado de México y Panotla, Tlaxcala

De la escuela de Panotla sólo recuerdo que pasamos a ingerir alimentos a su comedor. En ese tiempo mi compañero de grupo, ahora mi compadre, Jorge Luis, tenía a su novia, de nombre Yeni, quien ahora es también mi comadre. Ellos fueron los eternos enamorados *fecsumianos* de mi grupo. En la actualidad tienen dos hijos: Yeyjo y Lupita. Ambos ahijados de mi esposa Yuritzi y míos.

De la de Tenería no recuerdo exactamente cuándo la visité, pero en lo posterior, ya como docente acompañé a mi hermano Alan a sacar ficha a aquella Normal. Desafortunadamente no fue admitido.

La maestra del saber

Si regresara al momento de tomar la decisión entre la universidad y Ayotzinapa, nuevamente la elegiría sin pensarlo, como dice la melodía de Franco De Vita. Entiendo que todos los profesionistas aman a las instituciones que los formaron, pero Ayotzinapa es algo más que un *alma mater*: además de formarme como docente me enseñó a ser humano, me enseñó la humildad; es mi forma de pensar, es mi sencillez y es mi maestra del saber.

TERCERA PARTE
DE 2000 A 2009

DE 2000 A 2009

Vicente Fox Quezada fue el primer presidente de la República que no procedía del Partido Revolucionario Institucional. El hartazgo de la población se volcó hacia el candidato del Partido Acción Nacional, toda vez que el candidato de la izquierda había perdido adeptos por su posición pasiva ante el fraude electoral sufrido en el sexenio anterior. El triunfo de la oposición no garantizó un cambio en la forma de administrar los destinos de la nación. Por una parte, por la visión neoliberal de la derecha y quienes la apoyan financiera y políticamente. Además, porque la confianza de los votantes en la nueva opción gubernamental del Ejecutivo, no se la otorgó al Legislativo, de modo tal que la aprobación de las medidas legales para hacer realidad las aspiraciones del presidente, se vieron sometidas a la negociación con las demás fuerzas políticas.

De este modo, los movimientos sociales siguieron criminalizándose; las medidas económicas respondieron al modelo neoliberal, apegado a las necesidades de los grandes capitales, olvidando a las masas que le habían concedido su voto. El siguiente sexenio refrendó su posición política a la derecha mexicana con Felipe Calderón Hinojosa a la cabeza, acusado de haber cometido fraude electoral, situación que dio origen a la famosa frase: “Haiga sido como haiga sido”. Logró además separar al poderoso Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) de su adhesión incondicional al PRI. Su arribo confirmó la posición preferente de las élites, la con-

versión de los bienes públicos en propiedad privada. La desaparición de Luz y Fuerza del Centro lo dejó muy claro, debido a que esto abrió las puertas a la inversión extranjera en la generación y distribución de la energía eléctrica.

Por si fuera poco, Calderón Hinojosa desató “la perra”, como alude el corrido de Los Tigres del Norte. Con la “guerra contra el narcotráfico” y la vinculación de funcionarios de su gobierno en los negocios del crimen organizado, revelados por la periodista Anabel Hernández en *Los señores del narco* o *El traidor*, avivó la inseguridad en el país. Con la proliferación de secuestros y cobro de piso a los comerciantes y empresarios locales, la economía de la población volvió a verse afectada.

En materia política, los triunfos de la oposición en diferentes entidades o municipios, afianzó la inestabilidad social prevaleciente tiempo atrás. Una forma de contenerla fue la intimidación de la sociedad, con la participación del crimen organizado para amedrentarla.

A nivel nacional se incrementó la violencia, la migración a Estados Unidos, la pobreza y carencia de servicios debido al debilitamiento de la acción estatal en la atención a la población. Debido a las condiciones del contexto guerrerense, los efectos se multiplicaron significativamente.

La entidad suriana transcurrió este tiempo bajo el mandato de Zeferino Torreblanca Galindo, quien ganó por una extraña alianza entre el PRD y el PAN. Lamentablemente los movimientos sociales que lo respaldaron fueron contenidos o reprimidos en diversas ocasiones. Los campesinos de La Parota, indígenas de la montaña, maestros de la Coordinadora Estatal de Trabajadores de la Educación en Guerrero y —con mayor razón, quienes no lo respaldaron— los propios estudiantes de Ayotzinapa lo pueden constatar.

Posteriormente llegó René Juárez Cisneros, cuya actitud

aparentemente bonachona, no mejoró la relación con los movimientos sociales. La corrupción y el aumento de la inseguridad mostraron el poco interés en la mejoría de la sociedad que gobernaban.

DISCIPLINA Y RESPONSABILIDAD: CLAVES EN LA LUCHA SOCIAL

José Alberto Gonzaga Agüero
Generación 2000-2004

Mi nombre es José Alberto, originario del puerto de Acapulco, soy hijo de padres con escolaridad de secundaria, obrero y empleada. Todos mis estudios han sido en escuelas públicas, en instituciones de la periferia y en colonias populares.

Recuerdo bien el día que me fui de la casa a la Normal, esa vez me llevaron un tío y mi mamá. Nos recibió Genchi en el local del Comité Ejecutivo Estudiantil y le dijo a mi mamá: “No se preocupe, jefa, aquí se lo cuidamos, todo va a estar bien”.

En esa ocasión vinieron jóvenes de diferentes partes del estado y de otras entidades, como Oaxaca, Morelos y el entonces Distrito Federal. A todos nos ubicaron por sección; a mí me tocó la C, nos dieron un colchón y así fuimos integrándonos. Posteriormente nos reunieron a todos en la sala audiovisual; los compañeros del Comité se presentaron y comentaron sobre la cartera que ocupaban. Nos dieron a conocer el cronograma de las actividades que realizaríamos a partir del siguiente día, que iniciaban desde las 6:00 AM hasta las 8:00 PM. Me identificaba y me daba confianza que fueran jóvenes de mi edad quienes nos recibían e indicaban cómo sería la estancia de esa semana. Las actividades consistieron en ayudar a los

campesinos a limpiar sus parcelas; barrimos calles, pintamos banquetas, etc. Lo más gratificante fue el reconocimiento de las personas. Para mí fue algo contrastante ver la realidad de las comunidades frente a lo que viví en el puerto; a pesar de provenir de gente de bajos recursos, las condiciones distaban mucho una de otra.

Las secciones de los estudiantes y los coordinadores del Comité eran rotativas. Aprendimos a apoyarnos, a conocernos, a dialogar, a ponernos de acuerdo. En esa semana realizamos limpieza de la escuela, salimos a correr, había espacio de esparcimiento: mientras que unos jugábamos fútbol otros sólo descansaban.

En estos días de prueba desaparecen nombres propios o de pila y surgen los que te marcan para toda tu vida, esos que a nivel nacional llegan a conocerse. En mi caso, el compañero Severo me bautizó como *Parna*, y así se me quedó de ahí para el real.

Personalmente agradezco esa semana de prueba, ya que me reencontré conmigo mismo, valoré lo que me daba mi familia y aprendí a ver las cosas desde otra perspectiva. En los círculos de estudio aprendimos a argumentar y a expresar con lo que estábamos de acuerdo y con lo que no. Recuerdo bien el tema sobre la situación actual del país. Nuestra generación ingresó durante el proceso electoral de 2000; entraba la alternancia, Vicente Fox y el PAN tomaban el poder. Después de esa discusión nosotros como jóvenes teníamos la idea de que era bueno el cambio, de que el país necesitaba ese escenario. Sin embargo, actualmente comprendemos que ningún cambio, si no es verdadero, puede mitigar la sed de justicia del pueblo.

El año que ingresé fue la primera ocasión que se realizó un estudio socioeconómico presencial: un estudiante se coordinaba con funcionarios de la Secretaría de Educación del estado para ir a los domicilios de los aspirantes. Esto originó

que los resultados de quiénes ingresarían se retrasaran. Recuerdo que en un cierre de actividades se acercó un compañero de tercer grado y me dijo:

– *Paisa*, ¿usted es José Alberto, vive en La Laja? Fuimos tres veces a buscar a su jefa y no encontramos a nadie.

Sólo respondí que si él era de Acapulco, comprendería que ahí las personas trabajan de siete a siete, si no es que más tiempo.

Cuando no era posible hallar a los familiares, por lo general los funcionarios y estudiantes entrevistaban a algún vecino. En mi caso, nunca supe a quién le hicieron el examen socioeconómico, pero sí estoy seguro de que en ese momento yo necesitaba a Ayotzinapa, creo que quien respondió no se equivocó. Al final de la semana dieron a conocer las listas de los que nos quedábamos y los que por algún motivo tenían que abandonar la escuela. Un grupo de compañeros no fueron favorecidos, otros sí lo fuimos.

Como era la primera vez que se hacía el socioeconómico de esa manera, se creó un conflicto. La Secretaría defendía la prevalencia únicamente del examen Ceneval; los estudiantes insistían en que era necesario apoyar a las familias que no tenían oportunidad de estudiar en otra escuela a nivel licenciatura. Entonces la propuesta era que la evaluación del Ceneval se ponderaría con el resultado del socioeconómico.

Pero la Secretaría de Educación publicó las listas de aprobación sin realizar el examen socioeconómico. Hay una anécdota que ilustra el momento: El número uno de la lista del examen del Ceneval salió rechazado del estudio socioeconómico. En broma —o no— pedía que se le diera un espacio en Ayotzinapa y que él podría construir su propio dormitorio. Al final se fue a estudiar Medicina.

Durante aquella semana de prueba había muchos comentarios respecto a que si debían estar o no los compañeros

que desde los criterios del Comité Estudiantil y la SEG deberían de ser alumnos de la escuela.

Había algo que causaba controversia dentro de los compañeros que eran rechazados: algunos de ellos eran hijos de maestros, incluso egresados de la misma Normal Rural; otros que eran aceptados, en cambio, tenían recursos económicos como para estar en otra institución. Sin embargo, esos compañeros habían convivido aquella semana con casi toda la comunidad de aspirantes. Quizás en ese momento las decisiones deberían ser así, pero posteriormente sería necesario realizar ajustes.

Algo que existe en la Normal es la pluralidad y la organización. Dentro de los compañeros que en su momento fueron rechazados por el estudio socioeconómico y que al final se incorporaron, tuve a tres en mi grupo: *Chapis*, *Adulfo* y *Escorcía*, así como otros que ingresaron porque se recorrió el escalafón y se abrieron esos espacios. Gracias a eso entró a quien llamamos *Furia*. En este sentido considero que esas diferencias ideológicas, sociales y culturales tuvieron que mediar entre quienes dirigían la escuela (alumnos, autoridades y padres de familia). Al final los compañeros ingresaron con nosotros y durante su estancia de cuatro años formaron parte de un bagaje colectivo de construcción social entre estudiantes.

Es una contradicción que dentro de un espacio donde se estén formando docentes la pugna por el poder sea entre docentes y alumnos, y el réferi sea la Dirección (que representa la autoridad). Me viene a la memoria que cuando los estudiantes empujaron el aumentar la matrícula para incorporar a los rechazados por la cuestión socioeconómica, los profes aprovecharon para enrolarse en la coyuntura política; su argumento fue: “Los estudiantes sólo deberían dedicarse a estudiar”.

El nuevo (llamado *pelón*) de Ayotzinapa desconoce el pasado de cada persona que pertenece a la escuela (docen-

tes-trabajadores), por eso la continuidad de la organización estudiantil, que vigila también los intereses (económico-materiales) que en algunos momentos sólo conocían docentes y directivos. Personalmente, como alumno de primer grado en el año 2000, aprendí a escuchar, observar y analizar el papel que me correspondía jugar. Ahí fue cuando supe por primera vez que una delegación sindical defendía los intereses de los maestros y trabajadores. También aprendí cuál es la verdadera función de un líder. En este entendido, supe quiénes en ese momento eran los que golpeaban a los dirigentes estudiantiles. En su discurso retador, hubo profesores que advertían, o mejor dicho amenazaban: “El 10 es para el autor del libro, el 9 del maestro y 8 de quien se lo gane”. Por otra parte, observé que en el comedor a los compañeros les negaban más ración, los trataban mal y de manera humillante aventaban su comida a la loza. Quizás nos tocó una época muy ríspida, en donde debíamos aprender a discernir y ser cautos. Sin embargo también aprendimos a valorar a los profes que aportaban cosas positivas a nuestra formación profesional y al personal, los *tíos* que ayudaban a que los días lejos de la familia fueran menos tristes y pasaran más rápido.

Al interior de la Normal estaban polarizadas las cosas debido a que, entre los estudiantes, los docentes y trabajadores había un distanciamiento por posiciones ideológicas. A pesar de esta situación empezamos a trabajar en favor de la unidad. Lo sucedido al inicio de ese año escolar en la escuela, entre los compañeros, se iba superando, ya que los antes rechazados estaban integrados en los grupos, la comunidad en general ya se había incorporado a sus actividades como en cada inicio de ciclo y las academias superiores ya habían reconocido a los nuevos integrantes de la base estudiantil. Sin embargo, en las aulas iniciaba la intimidación por parte de algu-

nos profesores sobre quienes nos incorporábamos a la vida de la Normal. Particularmente, recuerdo que nos decían que el papel de nosotros sólo era estar en las aulas, que la política no sobrepasaba la autoridad de ellos como docentes; finalmente ése era el papel de los profes. Algunos de ellos tenían un antecedente académico que daba mucho qué decir, quizás ésa era su verdadera realidad: carecían de perfil académico para atender grupos en instituciones de nivel licenciatura. Ante ese embate y las exigencias, no nos quedó más que promover la autogestión en los grupos. Los compañeros de otros grados nos daban *tips* sobre cada profe: quién te exigía más, quién no revisaba los trabajos, quién aplicaba simulación y también quién era un buen maestro en todos los ámbitos.

En el primer semestre del ciclo escolar 2000-2001 estaba por egresar la primera generación del plan de estudios 1997, los estudiantes de 4° año ya no permanecían en su mayoría en la Normal, se quedaban en sus comunidades en prácticas intensivas, por lo que no había comunicación de lo que acontecía internamente en relación a los profes. Pero cuando llegaban los fines de semana sucedía algo extraordinario, como cuando el hermano mayor llega, y en verdad había algo de eso: muchos ahí supimos que había paisanos que provenían de nuestro lugar de origen, otros tenían hermanos de sangre, primos, etc. Luego, luego sabían quiénes eran los que echaban carrilla a los pelones.

Ese primer semestre muchos tuvimos entre 6 y 7 de calificación, recuerdo muy bien. Lo recuerdo tan bien que mi certificado al término de mis estudios es de 8.0. Aunque estoy orgulloso de mi promedio, pues cada 6, 7 u 8 tiene una historia. En esos tiempos había maestros que tenían su “prestigio”; en su clase casi nadie pasaba, y el que lo hacía era con 6. El resto tenía que presentar examen extraordinario. Hubo mucha

inconformidad en la base, por eso solicitamos a la autoridad escolar inmediata la revisión de los perfiles docentes. ¡Claro que se movió el avispero e inició la pugna interna! En el caso de nosotros, los estudiantes de nuevo ingreso, si éramos activistas o simpatizábamos en la política, esto era mal visto por varios profesores, no se diga el estigma contra los compañeros de grados avanzados que formaban parte del Comité. La autoridad en un inicio aprovechó para desestabilizar la vida interna de la escuela y esto permitió a ciertos docentes promover clases extramuros, principalmente a hijos de profesores de la Normal y sus amigos.

“Ayotzinapa somos todos, en este círculo estamos, si alguno de nosotros se suelta, faltaría, y el círculo estaría incompleto.”¹

Cuando ingresé a la Normal desconocía lo que era alzar la voz por algo justo, buscar un bien común. La formación personal, familiar y social de donde proviene uno antes de ingresar a la escuela, se contrasta con el día a día una vez estando dentro de Ayotzinapa. Sin embargo, no es difícil entenderlo: nosotros queríamos un mejor trato en relación a nuestra formación docente y estábamos enfrente de un quiste que existe en el sistema educativo.

La delegación sindical de la Normal de Ayotzinapa, todavía en el 2000 adherida al SNTE, defendía el derecho obtenido por los trabajadores, pero en contubernio con el Estado. Salió a la luz que dentro del personal docente había gente sin actualizar su perfil profesional, otros sólo cursaron la Normal básica o alguna licenciatura. Había quienes tenían un compromiso con el secretario general de la Delegación Sindical y otros incluso tenían lazos consanguíneos.

1. Frase que el secretario general de la escuela en su momento utilizó para sensibilizar a los compañeros en un dormitorio antes de iniciar la lucha por la revisión de perfiles de los maestros.

Todos los estudiantes coincidíamos en que la demanda de revisión de perfiles era justa, porque sólo se pedía una cosa: mejor preparación del personal docente. En respuesta, los profes señalados aplicaron “guillotina” y casi nadie pasaba su materia. Entre los alumnos que reprobaron estaban el secretario general del Comité Estudiantil, otro del Comité de Orientación Política e Ideológica Nacional, y para que no se viera como represión también un compañero de base. Salieron afectados tres estudiantes de tercer grado.

Al interior del estudiantado, es verdad, hay una parte que simpatiza ideológicamente con el Estado. Estos grupos se opusieron a las movilizaciones en un inicio; pero la lucha se llevó a los límites académicos, políticos y finalmente, se comprobó que todo era político. La revisión de perfiles afectaba a algunos profes que tenían en ese tiempo el control de la planta docente y trabajadores de la Normal.

Es importante destacar que el diálogo estaba agotado, las autoridades estaban cerradas, y ponían oídos sordos ante nuestras peticiones. Finalmente, el conflicto se politizó; teníamos a un futuro candidato a la presidencia de Acapulco, el licenciado Miguel Mayrén Domínguez, quien en ese momento era el secretario de Educación, afortunadamente esto quedó en proyecto y nunca se concretó. El conflicto se salió de control, los profes extendieron su movilización hasta el término del segundo semestre y se retiraron de la escuela tanto trabajadores como maestros.

Algo que quizás nos incomodó a muchos compañeros fue que hubo quienes en la radio y televisión se prestaron para hablar mal de la vida interna y de los estudiantes; dijeron que los golpeábamos, que los agredíamos verbalmente, por citar algunas de esas calumnias. Así que se fueron al paro indefinido con la amenaza de que no regresaban hasta que hubiera

garantías para ellos. Esto era incongruente, porque algunos de los trabajadores vivían en el mismo espacio que los estudiantes. Me permito citar una anécdota: hubo un *tío* que por las mañanas se presentaba en el paro y tuvo la osadía de hacer algunas declaraciones en nuestra contra y por las noches nos vendía cena afuera de su casa. En esa época, en alguna de estas generaciones tuvimos compañeros que eran hijos de los profes que impartían clases en la escuela. Ellos decidieron abandonar el paro y formaron un bloque con los trabajadores, organizaron clases extramuros y una sede alterna, invitaban a compañeros a tomar esas clases e incluso trataron de negociar la beca de los estudiantes fuera de la escuela.

El problema ya no sólo era que se cumpliera lo solicitado en el pliego petitorio, sino también salvar el semestre; y lo más preocupante era la división que se había generado al interior de la base estudiantil. En ese periodo sucedieron varios acontecimientos. Por una parte, la policía reprimió una marcha de padres de familia que se desarrollaba en el lugar conocido como Las Banderas, en la capital del estado. Cuando ingresamos a la audiencia con el secretario de Educación, recibimos una llamada y nos informaron que habían golpeado a los papás e incluso había detenidos y heridos. En ese momento nos retiramos de la audiencia y responsabilizamos al estado de lo sucedido.

Lo único que recuerdo fue que nos dispersamos en la Plaza de Armas y acordamos que nos veíamos en la Normal. Era un caos: compañeros y padres de familia desperdigados por todo Chilpancingo. Además, policías antimotines apostaron retenes en la salida a Tixtla; ahí revisaban todo tipo de transportes y autos particulares. Cada quien se fue a la escuela como pudo. Una vez ahí, lo primero que se hizo fue contar-nos, para cerciorarnos de que estuviéramos todos. Posterior-

mente se convocó a una reunión en el comedor para informar lo que había pasado, se dio a conocer a cuántos ascendía el saldo de heridos y de los detenidos, entre los que había padres de familia y estudiantes.

Lo que el Estado aún no alcanza a comprender es que Ayotzinapa no se reduce sólo al lugar donde está la escuela, sino que se constituye de cada uno de los lugares de donde provienen sus estudiantes. Lo que pudiera acallar una movilización en otro lugar, en Guerrero enardece y la lucha se enarbola con mayor ímpetu. Esta situación vino a cambiar la bandera de nuestra lucha, ahora solicitábamos la liberación de padres de familia, que se desistiera de toda averiguación que hubiera en contra de ellos y de todos los que estábamos en la movilización.

Considero que la armonía tiene que prevalecer entre las personas que conviven cotidianamente y que buscan un bien común, por lo tanto, nos vimos en la necesidad de buscar alternativas para lograr que los compañeros y padres de familia que se encontraban en problemas salieran bien librados de esa situación. Con ese fin retomamos el diálogo con las autoridades competentes, solicitándoles que se liberara a los padres de familia y alumnos detenidos. Además, pedimos que se reincorporara a los compañeros reprobados por el docente Luis López, lo cual lamentablemente no se pudo lograr. Esto a pesar de que pasaron por un nuevo instrumento evaluador, aplicado por un docente externo a la institución, que impartía la misma materia en otra Normal, y el cual aprobaron. Lo que sí conseguimos es que algunos trabajadores y maestros nos apoyaran para rescatar el semestre en periodo vacacional. A la par, se logró la incorporación de otros profesores a la planta docente de manera temporal, para asesorar a compañeros de cuarto grado que en ese ciclo egresarían con el nuevo plan y programas de estudio.

Con lo descrito anteriormente demostramos tanto a la autoridad como a la sociedad, que en Ayotzinapa el personal docente, administrativo, manual y estudiantes podemos convivir en un mismo espacio, en un marco de respeto y cordialidad.

Después del caos, nos vimos en la necesidad de tomar clases de manera intensiva, lo cual resultaba extenuante para todos. Por cuestiones de organización y de tiempo los docentes que apoyaron este proceso comían con nosotros en el comedor, sin mayor problema, así que los mirábamos paseando por los dormitorios... se dio una buena convivencia.

Ingresar a Ayotzinapa es una gran oportunidad que marca nuestra historia personal, y al compartir entre nosotros las experiencias que ahí vivimos, nos damos cuenta de que, finalmente, nos necesitamos todos, indistintamente de la posición social en la que nos encontremos.

En la semana de trabajo y adaptación a la Normal nos platicaron sobre la movilización y la represión del 68; así que cuando nos dijeron que participaríamos en la marcha conmemorativa hubo quienes teníamos aprehensión. Recuerdo algunas de las indicaciones y sugerencias que nos hacían los compañeros de otros grados cuando nos íbamos: “No se separen”, “siempre anden juntos”, “pónganse al tiro”. Son frases que tengo bien grabadas en mi memoria y sin estar plenamente conscientes con este tipo de actitudes fortalecíamos la solidaridad estudiantil. Unos nos formábamos indirectamente para apoyar y dar vida y continuidad a la escuela, así como a la organización estudiantil. Esa organización es una pequeña muestra de la que el profesor Lucio Cabañas abanderó.

En aquella ocasión de la marcha conmemorativa del 68, la concentración previa de las normales fue en la escuela hermana de El Mexe, Hidalgo, así que conocimos este hermoso lugar. Ahí tuvimos nuestra primera interacción con compañeros

normalistas pertenecientes a la FECSM. Con esto constatamos que lo analizado en algunos textos sobre doctrinas marxistas se materializaba con la existencia de una organización nacional, real, palpable, de la que ya formábamos parte. Sabíamos lo indispensable de la organización pues éramos muchísimos estudiantes provenientes de todas partes del país. En ese momento fue que comprendimos las frases de los compañeros. Miles de estudiantes abarrotamos la plancha del Zócalo de la Ciudad de México; quiero decir que llegamos ahí después de permanecer cinco horas en filas y filas de jóvenes, y como se predijo, aquellos que se separaron o se distrajeron se quedaron, sólo ellos supieron cómo regresaron a la escuela.

Quizá, ahora, en otra etapa de la vida, es complejo continuar con la participación activa en este tipo de conmemoraciones; sin embargo, esta experiencia continúa siendo el primer eslabón de la formación político-estudiantil de los que estudian en esta institución.

Hago un paréntesis por el hecho de que a mi generación 2000-2004, nos tocó asistir a esa manifestación. Desafortunadamente hasta la fecha mis hermanos menores no pudieron vivir esa experiencia: **nos siguen faltando 43.**

“Chamacos, la organización estudiantil es como las novias, es muy celosa, necesita tiempo, dedicación y, sobre todo, mucha disciplina.”

Cuando ingresé a la Normal y tuve contacto con los compañeros del Comité, creía que ellos eran algo que no cualquiera podía ser, así que al inicio no me animé a ir. Esa bocina todas las tardes después de la cena, y los desplegados para invitarnos a formar parte del cuadro activista, no resultaban tan atractivos para los jóvenes de nuevo ingreso en la Normal. En su lugar, los compañeros se iban a Tixtla a dar una vuelta bien bañados, peinados y uno que otro perfumado, así que por lo

pronto participar en las actividades del Comité Estudiantil no era prioridad.

A todas las generaciones nos toca apoyar a una escuela hermana por primera vez, y nosotros tuvimos que ir a Puebla en nuestro primer año. Hay quienes nunca habíamos salido del lugar donde nacimos, así que esa experiencia fue determinante. Dormimos en las calles de la ciudad de Puebla, marchamos por avenidas interminables, repartimos volantes y fue ahí donde vivimos en carne propia la experiencia de cómo responde el Estado represor ante las demandas de los estudiantes, que consistían en solicitar plazas para los egresados, respeto a la matrícula, mejorar la infraestructura de la institución, entre otras. En realidad, Puebla se caracterizaba por tener un gobierno represor, y lo pudimos constatar ya que a nuestra llegada inmediatamente enviaron granaderos y perros para recibirnos. Después de conocer la historia de lo acontecido en Tlatelolco y de haber participado en la marcha del 2 de octubre, comprobamos que la autoridad nunca estaría de acuerdo con las demandas legítimas y justas del pueblo; por el contrario, siempre tendrá la intención de desaparecer el carácter público de la educación.

Durante la primera movilización en Teteles, Puebla, no fui encomendado como coordinador de viaje de la academia de primer grado; y después de ver la responsabilidad que esto implica y que se asume desde que salimos de la escuela hasta el regreso, surgió en mí el interés de entrar al cuadro activista. Además, las pláticas que tuve con otros compañeros hicieron que me centrara en el aspecto político, así que estas inquietudes absorbieron mi tiempo libre y poco a poco perdí el interés por salir a dar vueltas a Tixtla, sumado a que el recurso económico no me permitía andar paseando.

La mejor lección dentro de la formación de cuadros en Ayotzinapa no era el politizarte, sino que la experiencia te

cambia la perspectiva de la vida y surge la necesidad de hacer cambios personales. Es algo que trasciende y se da de manera permanente. La forma de pensar, de ver las cosas, de vivir las situaciones y aprender a resolverlas. Cuando me hicieron la invitación, al principio dije que no, que era mucho tiempo, pero después encontré sentido a lo que se hacía. El grupo de compañeros se fortaleció conforme pasó el tiempo, nos conocimos más e iniciamos algo que pasó de ser sólo una agrupación temporal a ser una gran hermandad. Todos participábamos en las actividades, íbamos a los periódicos, a las guardias del comedor, a las pláticas con los directivos, con los *tíos*. Creo que poco a poco nos fueron comprometiendo, porque iniciaron dándonos apertura para opinar; y algo que hemos aprendido es que la palabra compromete y que es la que determina si estás o no dentro del equipo de trabajo. Tengo excelentes recuerdos de quien nos formó; el profe o el chamaco, ése que todas las mañanas pasaba a tocarnos la puerta del *cubi* y de la casa activista para ir a desayunar o hacer guardia en la entrada del comedor. No importaba si habíamos regresado tarde de una audiencia o reunión, nos invitaba a que fuéramos a clases, él decía que teníamos doble responsabilidad: ser estudiantes y activistas.

El ser parte del cuadro activista poco a poco delimitaba las otras tareas por hacer, nunca se descuidaba lo académico pues éste era el factor que permitía ser estudiante de la Normal y, por ende, ser miembro de la FECSM.

Generacionalmente, las academias dentro de Ayotzina-pa se diferencian unas de otras, quién sabe por qué, pero es así. Por ejemplo: en el caso de la nuestra, la 2000-2004, nos tocó el desgaste interno alumnos-alumnos, alumnos-maestros, alumnos-autoridad. Sin embargo, cuando correspondió estar al frente de la organización estudiantil esas experiencias

y vivencias ayudaron a eso que llamamos madurez política. No importaba el interés individual, lo colectivo era la prioridad. También, el hecho de que desde un inicio hubo compañeros de todos los grupos en el cuadro activista nos permitió saber qué se requería en los grupos. Entonces en los salones, los alumnos respaldaban a su compañero dentro del Comité.

Hay algo que te marca para siempre, pudiéramos decir que los compañeros te llegan a apreciar tanto que se preocupan por ti. Se me viene a la mente nuestra participación en Saucillo, Chihuahua, en 2002. En aquel movimiento, Ayotzinapa participó en dos momentos, y nuestra permanencia en el norte del país fue de más de dos meses. Primero estuvimos durante febrero-marzo, y después en abril-mayo.

Yo llevaba un tiempo prolongado en Chihuahua, mientras las clases continuaban en Ayotzinapa. A pesar de saber la importancia de la lucha estudiantil en otras escuelas, siempre me pasaba por la mente el no poder culminar los estudios. Teníamos un antecedente de expulsión por materias reprobadas de los compañeros en el 2001, así que en algún momento se solicitaron posibles espacios en otras normales, como las de Aguilera, Durango; Atequiza, Jalisco y San Marcos, Zacatecas. Ante la preocupación cabía esa posibilidad, sin embargo, me sorprendió ver llegar a mis compañeros a esa movilización. Previamente me llamaron por el teléfono que usaba toda la comunidad de estudiantes (en aquellos tiempos eran pocos quienes tenían celular) y me comentaron que el grupo había decidido ir voluntariamente a apoyar.

Las palabras de los compañeros al vernos nos fortalecían: “Ya venimos por ti, mira nomás cómo andas”, “¿qué, te están tratando mal?”, en tono de broma. Abrazos, palmadas en la espalda, quizás no lloré porque uno cree que no se puede, pero me acuerdo de ello, realmente me sentí protegido.

También veía ese apoyo cuando regresaba a la escuela después de las comisiones. No importaba la hora a la que llegara, el compa Egdy me decía: “Ahí está la tarea, mañana nos toca entregar”. En ocasiones me echaban la mano en los trabajos de equipo. Y gestos similares se observaban en cada grupo de mi generación; en realidad la academia estaba fortalecida desde ahí, desde los grupos de la academia. Por eso muchos compañeros de otros grados miraban muy unida a mi generación.

Después de implementar el plan de estudios 1997, era muy difícil ver a los de cuarto año en guardias, reuniones de base, marchas. Sin embargo, en mi generación estuvimos la totalidad de los compañeros durante las reuniones de base, así como en una marcha en la Ciudad de México cuando amenazaban con cerrar la Normal Rural de Mactumactzá, Chiapas, en 2003.

En aquella ocasión regresábamos de las prácticas intensivas de nuestro cuarto y último año y en nuestra generación tuvimos reunión de academia, pues había que crear condiciones para nuestra graduación y egreso. Y por otra parte también avizoramos el golpe a la Normal hermana. Al respecto tomamos acuerdos de cómo participar, con quiénes contábamos realmente y, sobre todo, se destacó el compromiso con la escuela y la organización. En esos momentos teníamos claro que el objetivo era la permanencia y vida de las escuelas normales; esto por encima de intereses de grupos o personales. Así que decidimos medir la participación y, en efecto, el acuerdo de ir a México fue unánime. Sólo notificamos al Comité y organizamos la actividad, siempre respetando la organización y, sobre todo, la integridad de los compañeros.

La última movilización ya como egresado

El gobierno de René Juárez Cisneros había firmado minutas con todas las normales de Guerrero, en las que se acordó asig-

nar plazas a todos los egresados, pero ninguna había cumplido, incluidos nosotros. En cambio, implementó el examen de oposición, el cual presentaron algunos compañeros y sólo unos cuantos aprobaron. En ese periodo la Normal participó activamente con contingentes y comisiones, pues debería estar informada de los procesos de asignación de plazas, sin embargo, se tomó la decisión de no involucrarnos en los posibles acuerdos de egresados. Teníamos como demandas centrales la contratación a egresados, las demandas históricas de asegurar matrículas para el nuevo ingreso y mejorar la infraestructura de la escuela para beneficio de los estudiantes, así como la no implementación del pilotaje del examen de oposición en ese momento.

En mi academia permanecemos en plantón más de seis meses en la capital del estado, marchamos con ellos y recolectamos víveres. También recorrimos la entidad, visitamos las ciudades donde se ubican cada una de las nueve escuelas normales públicas como Acapulco, Chilpancingo, Tixtla, Iguala, Teloloapan, Arcelia y Tlapa, presentando en las plazas principales programas socioculturales. Además, hicimos labor social. Aquí la dificultad no era permanecer unidos después de haber egresado, sino lograr la unidad con los demás compañeros de las otras normales del estado.

Finalmente se logró la contratación de todos los compañeros que permanecemos en la movilización, y no sólo de la escuela, sino de las nueve normales públicas del estado, que fuimos en total 309 maestros, pues unos que otros se marcharon de la movilización.

Una vez que entras a Ayotzinapa ya nada es igual en tu vida, lo digo porque te desprendes de tu familia de manera positiva, lo que te permite crecer como persona, tomas consciencia de tus actos, generas empatía con los demás y así suce-

sivamente; en pocas palabras te sigues formando. Te formas en los periodos vacacionales, cuando estás a expensas de que te envíen de comisión quién sabe a dónde, o cuando tienes la fortuna de recibir a un egresado para dialogar sobre los muchos aspectos de cómo la Normal ha transformado su vida... todo eso fue muy gratificante.

En su momento pensé que una vez egresado iba a regresar y continuar con esa tradición, sin embargo, creo que el egresado en algún momento se vuelve enemigo de la misma escuela cuando pretende inmiscuirse en la toma de decisiones. Es importante que entendamos que la misma dialéctica que estudiamos es clara: los procesos son cambiantes, es necesario que los estudiantes de las nuevas generaciones enfrenten su momento histórico, el que les toca vivir, sin que otros influyan.

La autorregulación en Ayotzinapa es primordial. Cuando ingresas y permaneces en ella nadie te limita a comportarte como quieres, nadie te obliga a estudiar lo que debes, así como nadie te indica cómo reconstruir tu personalidad. Vas entendiendo que tus actos están ligados a las responsabilidades de otros. Por ejemplo, una tarea escolar, una responsabilidad en el dormitorio, una comisión fuera de la escuela. Dentro de la escuela intuyes que debes tener disciplina para todo, para tu persona, para convivir, para trabajar, para todo debes ser disciplinado. El estudiante de Ayotzinapa nunca egresa igual que como entró, la escuela lo transforma.

La experiencia de la comuna estudiantil permitía que nos convirtiéramos en potenciales agentes de la cultura y la sociedad. Por ejemplo, cuando nos tocaba realizar prácticas escolares en comunidades, entonces destacaban *los otros* líderes: la base estudiantil; como los danzantes, esos que ayudaban a montar coreografías de bailes o rondas infantiles, los cantan-

tes y sobre todo los compañeros que pertenecían a la rondalla; también organizábamos actividades deportivas en la comunidad. A decir verdad, la formación académica era fortalecida por las habilidades de todos los compañeros.

Considero muy importante relatar que después de tener tantas experiencias en la escuela, un grupo amplio de compañeros logramos coincidir en muchos aspectos. Había peculiaridades claras que identificaban el quehacer de cada uno. Antes de hacer política estudiantil, primero adoptamos un principio que nos fortaleció: hacer crítica y autocrítica. Este ejercicio salía a relucir cuando había algo que decidir y tomar posturas sobre algo que estuviese por encima de un interés personal. Cada grupo o equipo históricamente ha establecido su espacio al interior de la Normal, pero para nosotros era toda la Normal: desde salir a caminar a las porquerizas, dar rondines en las noches por los dormitorios, cortar unos elotes de los *tíos* para asarlos o simplemente ir a un *cubi* a charlar el asunto, hacíamos de ello una reunión. Y ésta terminaba con la toma de acuerdos y a su vez se asignaban responsables para las comisiones. Se plantea pues, hay quien piensa, quien organiza y quien acciona. Se tiene algo claro cuando se delega la responsabilidad: “la vida de la organización y de toda tarea a realizar, depende de que ésta se cumpla en tiempo y forma”. Si no se cumple, puede obstaculizar el logro del objetivo. Por ello, siempre se requería que quien realizara la tarea indicada fuese el mejor en su momento. Se confiaba en él y estaba respaldado por todos.

Finalmente, en Ayotzinapa aprendimos a hacer equipos de trabajo, no es necesario decir el nombre de los demás compañeros, ya que cada uno está haciendo lo que aprendimos en la escuela: unos excelentes docentes de grupo, directivos, auxiliares técnicos pedagógicos, supervisores, jefes de sector, aca-

démicos de universidades, líderes sindicales de derecha y de izquierda, políticos de diferentes partidos. Con ello queda claro que la pluralidad y esencia es enaltecer a la gloriosa Ayotzina-pa, porque se nos encomendó hacer lo que otros no hacen.

¿Después de egresar qué? La toma de decisiones no es a la ligera. Nadie compromete a nadie. El ciclo de estudiante terminó al egresar y corresponde desempeñar el *otro papel*.

Atte. *Parna*

Cd. Juárez, Chihuahua, octubre de 2020.

LA DISCIPLINA TORTUGA

Raúl A. Peña Solís
Generación 2000-2004

En la actualidad los jóvenes tienen muchas oportunidades de estudiar y de superarse. En nuestra época —los noventa— las oportunidades para estudiar no eran muchas. Había que comprar los libros en secundaria y preparatoria; había que ir hasta la cabecera municipal (en mi caso hasta Atoyac de Álvarez); no había becas como hoy en día y supongo que décadas más atrás, era todavía más complicado para mis paisanos poder prepararse y superarse, aunque no algo imposible.

La primera vez que supe de la existencia de la Normal de Ayotzinapa fue por mi maestro de sexto grado, de nombre Josafat Ocampo Martínez; él venía de Hacienda de Cabañas. Era un excelente maestro egresado de Ayotzinapa, de lo cual se sentía muy orgulloso y lo gritaba a los cuatro vientos. Le apasionaba la oratoria y descubrió en mí cualidades de orador. Recuerdo que un buen día me dijo: “Deberías estudiar para maestro, hay una Normal en Tixtla, Ayotzinapa”. A partir de ese momento inició mi interés por la docencia, además de que vi una gran oportunidad, ya que el maestro me comentaba que al ingresar a esa escuela era como ganarse una beca: tendría derecho a un lugar donde vivir, alimentación, educación y otros apoyos, además de que tendría la oportunidad de desarrollar mis habilidades en las artes, el deporte y hasta en la política.

En el año 2000 me presenté con un grupo de amigos para aplicar mi examen de admisión; quedé en el lugar 42 de 120 alumnos aceptados. Más de mil aspirantes también deseaban ingresar a la Normal. Allí me di cuenta de que provenían de otros estados como Oaxaca, Morelos, México, Puebla y Michoacán.

Perfectamente recuerdo la semana de prueba. Afortunadamente era un buen deportista, tenía disciplina y condición física; sabía lo que era trabajar en el campo bajo los soles radiantes de la Costa Grande y ese clima tropical que baña los cuerpos en el campo de trabajo. La semana de adaptación fue agobiante. Aquí se veía y se sabía de qué estabas hecho.

A las 5:30 sonaba la alarma. Una persona del Comité Estudiantil, silbato en mano, pasaba por todos los salones que teníamos acondicionados como dormitorios comunitarios. Nos llevaban al campo de fútbol a correr o por las calles del Santuario; subíamos y bajábamos las gradas que van a dar a la caseta y a la carretera Chilpancingo-Tixtla.

Regresábamos a la Normal a bañarnos para ir al comedor a desayunar y prepararnos para ir a trabajar al campo o realizar alguna labor en Tixtla, ya sea limpiando las calles, pintando alguna escuela, el panteón, etc. Llegaba la hora de la comida y terminándose ésta regresábamos a trabajar otra vez. Por la tarde ya salíamos, descansábamos un poco, nos bañábamos y preparábamos para entrar a los círculos de estudio que iniciaban a las ocho, a veces a las nueve, terminando a la una o dos de la mañana.

Allí conocimos a la mayoría de los integrantes del Comité Ejecutivo Estudiantil: al compañero Genchi, Cuadra, Celso, Vladimir, *Acapulco* y *Ocote*. Las actividades terminaban en la madrugada; todos nos disponíamos a dormir un poco, pero no se lograba conciliar rápidamente el sueño a pesar del cansancio: preferíamos llegar a platicar con los compañeros y

nuevos amigos, echar relajo, cantar (no faltaba quien supiera tocar la guitarra). A veces estando ya dormidos pasaban chavos de grados superiores y nos despertaban a gritos. Hubo varios compañeros que se salieron porque no aguantaron ese ritmo. Así se vivía la semana de prueba.

En agosto de 2000 inicié mis estudios con otros 137 compañeros de mi academia. En ese año la matrícula fue de ese número a pesar de que sólo entrarían 120 alumnos. La razón era que había 17 alumnos que fueron rechazados al no aprobar el examen socioeconómico que tenía como requisito principal ser hijo de campesino y de bajos recursos económicos. De los 17 alumnos la mayoría eran de Tixtla e hijos de maestros. Entre negociaciones se logró ampliar la matrícula a ese número, resultando un buen acierto, pues me dio la oportunidad de tener buenos amigos de Tixtla, que en todo momento dieron la cara por la Normal y siempre me respaldaron como amigo y como compañero.

Aun no sabíamos lo que vendría más adelante, pero nos sentíamos deseosos y ansiosos porque ya éramos *pelones*. Al término de la semana de prueba a todos se nos cortó el cabello a rapa; ya se imaginarán a 137 jóvenes pelones: unos gordos, otros flacos, morenos, negros, güeros... había de todo. Aquello parecía un monasterio de monjes del templo Shaolin, tal cual las películas de Jackie Chan, pero nos sentíamos totalmente orgullosos de ser parte de la historia de Ayotzinapa.

2 de octubre no se olvida... fue de viaje todo el día

La marcha del 2 de octubre en la Ciudad de México fue nuestra iniciación en un largo caminar de cuatro años que duró nuestra preparación académica. Esa fecha también fue un parteaguas para forjarnos como maestros rurales con una conciencia revolucionaria y con un ideal de lucha por defender

intereses comunes. Para mí y para muchos, fue la primera vez que salíamos tan lejos de nuestra tierra natal; y la primera vez también, de estar en esa enorme ciudad. Ver tanta gente con cultura y costumbres diferentes que sólo habíamos visto en la televisión, gente proveniente de otros estados, de rasgos físicos y lingüísticos diferentes, era emocionante. Aquella sensación que recorría nuestros cuerpos nos volcaba a gritar, saltar, correr y hasta bailar en las pugnas contra un gobierno sordo e inhumano.

Al finalizar la marcha en la plaza de Tlatelolco y llegando el momento de retirarse nos perdimos con *el kobe*, *Cepillo* y *el Ticui*. Ya no supimos dónde habían estacionado los autobuses y todo por habernos separado de nuestro contingente en el afán de ir a saludar a las féminas de otras delegaciones y buscar a las homólogas. Para colmo había comenzado el caos y empezaba a caer la noche. La policía resguardaba la plaza y los establecimientos y se llevaban detenido a uno que otro por andar haciendo su alboroto. Esa noche conocimos la Normal hermana de Tenerife, pues encontramos a un paisano apodado *Ticuisseño*, de nuestra misma generación, que estudiaba allí. Fue con él que nos fuimos en su autobús, cansados y con hambre después de una caminata de nueve horas. Todavía hicimos el recorrido de México a Tenancingo parados porque no había dónde sentarse en el autobús, pues iba lleno. Fue una completa travesía.

Al otro día temprano desayunamos y tomamos camino para Guerrero. Una parte de *raid*, otra pagando autobús. En alguna parte del camino nos encontramos a tres compañeros que también se habían perdido, entre ellos *el Tlapa*. Ahora ya éramos un grupo de siete. Como a las dos de la tarde nos sentamos a descansar, no recuerdo el lugar, pero nos dispusimos a comer una lata de medio kilo de atún con bolillos y torti-

lla que traía el compañero *Pillo* en la mochila. Durante todo el día de viaje ése fue nuestro único alimento; con sabor al mejor banquete que pudieran imaginar. Cuando llegamos a Chilpancingo nos sentimos más tranquilos, ya en casa. Llegamos como a las 7 a la Normal. Fue un gran alivio para todos porque ya estábamos en casa y también para los demás, porque no sabían nada de nosotros. Esta experiencia nos infundió temor y a la vez alegría.

Cada una de las secciones elige un nombre que la identifica durante los cuatro años que permanece en la Normal. Nosotros decidimos identificarnos con el nombre de “Los malditos”, a razón de que pasamos por varias peripecias y hechos de mala suerte; sin embargo, siempre sobresalimos en todos los ámbitos. Hubo compañeros que destacaron académicamente (Sadrac, Gaby); con ayuda del compa *Pillo* se echó a andar un club de teatro, teníamos compañeros en rondalla (Omar, Álam, Willy), compañeros en danza (Fermín, Dahír, Armando); en la política, que nos representaban en el Comité (Jorge, Severo, César); en fútbol y básquetbol. Durante los aniversarios siempre sobresalieron las parodias que realizábamos en las caravanas por las principales calles de Tixtla. Fuimos verdaderamente como hermanos, siempre estuvimos en los momentos más difíciles de cada uno, siempre nos apoyamos y eso creó buenos lazos de amistad, que hasta el día de hoy se mantienen con gran afecto.

Formación política e ideológica

Siendo sinceros, no me gustaba la política, pero sí me gustaba leer sobre Lucio Cabañas, Genaro Vázquez, las teorías de Carlos Marx, Lenin, Engels, etc. Confieso que lo que más me gustaba era conocer muchachas de las normales hermanas. Por ello al enterarnos de que habría un encuentro de cuadros en

la Normal de Teteles decidimos entrar al cuadro de preparación política para poder asistir, conocer la Normal y establecer nuevas amistades. Así fue como inició mi carrera política en Ayotzinapa.

En 2002 formé parte del Comité, en la cartera de Raciones; entre mis obligaciones estaba estar al pendiente de la preparación de los alimentos, es decir, comprobar que hubiera todo lo necesario para la preparación de los alimentos de la semana; que estos fueran preparados con las medidas de higiene necesarias, que estuvieran listos para los horarios establecidos y hubiera suficientes raciones para todos los alumnos. Me gustaban mis obligaciones; era algo tranquilo y no tendría que salir mucho de comisión o a otras actividades. Pero esa tranquilidad sólo duró cuatro meses, ya que me cambiaron de comisión. ¡Oh, sorpresa! Algo que jamás imaginé. Regresaré un poco esta historia y enseguida comprenderán el porqué.

Durante el año 2000, 2001 y parte de 2002, Ayotzinapa había crecido políticamente en la FECSM. Nuestra escuela había decaído después de que, en 1997, Macario Cruz Ventura, alumno de Ayotzinapa y secretario general de FECSM, fuera arrestado durante una movilización en Chilpancingo. Este hecho fue causa de muchas controversias que afectaron la vida organizativa de la Normal, pero que gracias al trabajo del Comité Estudiantil de los siguientes años se fue recobrando la confianza y el respeto para nuestra Normal.

Así se demostró en el movimiento de Teteles, Puebla, en noviembre de 2001, en donde nuestro contingente se mantuvo desde el inicio hasta el fin con marchas, bloqueos y plantones en plena capital poblana y soportando las bajas temperaturas del mes de noviembre, la lluvia, el hambre y el acoso de los cuerpos policiales de la ciudad que acompañaban esta dura movilización. El repeler un intento de desalojo frente a la puerta del

instituto de educación por granaderos, policías a caballo y dos patrullas que se nos fueron encima sin el menor miramiento de atropellar a alguien fue algo digno de admirarse. Los *ayotzis*, valientemente aguantamos la embestida y no corrimos, únicamente nos replegamos y aguantamos. La verdad no sé cómo nos mantuvimos estoicos, pero en comparación con otras normales — que a la primera presión se retiraron o abandonaron la actividad — los *tortugos* sacamos la casta.

Panotla. Finales de agosto e inicios de septiembre de 2001. Después de varias marchas, mítines y bloqueos, la dirigencia determinó una actividad que días después pesaría mucho sobre sus hombros: tomar las instalaciones del Instituto de Educación. La razón fue que inmediatamente las fuerzas del orden público iniciaron el desalojo, bloqueando todas las entradas y lanzando gases lacrimógenos al interior, obligando así a todos a replegarse hasta el punto de romper las formaciones y buscar alternativas para salir. Derribamos mallas perimetrales en el punto de la desesperación y huimos en estampida. Algunas compañeras quedaron atrapadas bajo la misma malla. De nueva cuenta, el contingente de Ayotzina-pa aguantaba valientemente hasta las últimas consecuencias, cuando los contingentes de normales como Tenería, Tiripetío y El Mexe — que eran las normales de varones o mixtas — salían corriendo, dejando a las compañeras que ya no pudieron salir por la refriega de las fuerzas del orden público. En esa ocasión la academia de *pelones* cayó casi completa en los separos, no sin antes haber recibido golpes arteros por parte de los policías y granaderos, al punto de hacerles valla para hacerlos subir a los autobuses y al ir pasando los golpeaban a patadas, con el tolete o con los puños, sin importar que fueran hombres o mujeres.

Recuerdo que en esa ocasión los camaradas *Cucharas* y *Capu*, que eran de nuestra academia, iban como coordinado-

res; eran los únicos que llevaban cabello normal y fue fácil identificarlos como líderes, y por consecuencia centraron toda su atención en ellos. A *Cucharas* lo torturaron psicológicamente diciéndole que “se iba a quedar varios años preso, que lo iban a encerrar en una celda con reclusos que eran sumamente violentos y peligrosos, que iban a querer hasta violarlo”. Además de la tortura física, lo desnudaron hasta dejarlo en calzoncillos. Le pusieron almohadas alrededor del cuerpo y le golpearon con puños y macanas. Asimismo, lo golpearon en todas partes del cuerpo con toallas mojadas (después nos enteramos de que de esa forma no quedan huellas, ni moretones en el cuerpo, pero el dolor es insoportable). En esa ocasión la gloria se vendió cara: se tuvo que negociar la liberación de todos los compañeros, pues además de los *pelones* de Ayotzinapa, había compañeras y uno que otro camarada de otras normales. Las compañeras de Panotla ovacionaban a los *pelones* porque se habían portado a la altura de las circunstancias (aunque siendo sinceros, uno que otro ya estando en la cárcel habrá pensado: “Mejor hubiera corrido, para qué me quedé”).

Éste fue un episodio muy violento que pasó casi desapercibido para la sociedad tlaxcalteca debido a que el gobierno aprovechó una noticia de impacto mundial acaecida ese mismo día: el 11 de septiembre de 2001, la famosa “caída” de las Torres Gemelas, en Estados Unidos. Sabían que nadie voltearía a ver un asunto de desalojo de estudiantes a través de la represión.

Los paisas de Ayotzi

Todas las acciones mencionadas anteriormente fortalecieron la imagen de Ayotzinapa ante la FECSM. Por otra parte, los compañeros que estaban en el Comité, como *Calentano*, *Limón*, *Parna*, *Drakis*, *Talibán*, los hermanos *Locotes*, *Osama*, *Pe-*

tacas, Chava camión, Sanguinario, Tabacal, Lésther, Zefe y muchos más, siempre mostraban disciplina en todos los eventos de la FECSM, ya fueran reuniones, congresos, aniversarios, manifestaciones o mítines. Siempre sobresalía la responsabilidad, la disciplina, la sencillez y humildad, pero lo que más sobresalía era la forma de analizar y reflexionar ante las problemáticas que nos aquejaban como Federación y la forma de discursar, de argumentar con palabras firmes y sólidas, por lo que regularmente lo que Ayotzinapa ponía sobre la mesa era lo que quedaba como tarea.

Ayotzinapa tenía una imagen y una identidad ante los ojos de la Federación, por lo que era fácil identificar a un *tor-tugo*, y más si era del Comité: era peculiar usar huaraches, ya fueran calentanos, normales de baqueta o de pelo de chivo. Estos últimos eran los que me gustaba usar a mí y al *Parna* y les decíamos *los sarnosos*, porque con el paso del tiempo y del uso, se les iban cayendo los pelos. Además del calzado, era costumbre usar un morral y ahí cargar una libreta de apuntes y traer un libro para tomar lectura en los tiempos libres (estos siempre eran de temas sociales-políticos, revolucionarios, socialistas, etc.) o bien, traerlos bajo el brazo; y para la cabeza el usar gorra o sombrero vaquero, costeño o calentano.

Siempre caminábamos en *bola*. Siempre respetuosos con las compañeras, nada de piropearlas o chiflarles. En las fiestas de los aniversarios, los que éramos del Comité asistíamos un rato para estar con la *raza* y platicar con los *paisas*. Un saludo generalizado entre los *ayotzis* era el “¿Qué pasó, *paisa*?”, a tal grado que en el resto de las normales así nos conocían: los *paisas*.

Como parte de la disciplina entre los miembros del Comité, ninguno de nosotros sacaba a bailar a alguna de las compañeras de las normales, y no porque no quisiéramos o no supiéramos bailar (ya saben cómo somos de fandangueros los

de Guerrero); tampoco tomábamos alcohol o hacíamos relajo fuerte o alboroto que llamara la atención. Todo esto era parte de la disciplina y eso nos distinguía.

En el Congreso Nacional de la FECSM en Tenerife, en marzo de 2002, uno de los principales puntos a debatir era el cambio del Comité Central de la Federación, que en esos momentos los camaradas de Tiripetío representaban. Se discutía qué Normal sería la candidata idónea, pues los gobiernos estatales y el gobierno federal maquinaba ya nefastos golpes contra las normales rurales aglutinadas en la Federación; por ello habría que elegir bien a quienes a partir de ese momento tomarían las riendas de la FECSM. Los michoacanos no habían tenido buenos resultados: se tuvieron situaciones complicadas y no tomaron las mejores decisiones en su debido momento.

Los candidatos en la mesa eran Tenerife, El Mexe y Ayotzinapa. El proceso se tornó exhaustivo. Se discutía arduamente con argumentos a favor de unos u otros. Finalmente, en las votaciones Ayotzinapa salió adelante y quedó al frente para dirigir el destino y el futuro de las diecisiete normales rurales que aún se mantenían agonizantes en la lucha por la supervivencia (El Quinto y El Cedral no participaban activamente en ninguno de los eventos políticos, culturales o académicos) y sabíamos que las cosas se estaban complicando para todos, pues los gobiernos estatales pugnaban por el cierre de las normales bajo los argumentos de que “era demasiado el presupuesto destinado para su sostenimiento y que eran nidos y cuevas de bandidos, que lo que menos hacíamos era estudiar”. No imaginábamos qué tan complicada y encarnada sería la lucha a partir de ese momento y que habría altos costos que pagar.

Comité Central

Ayotzinapa había recuperado su liderazgo ante la FECSM, no obstante, eso no era lo más complicado. Lo difícil estaba

por venir. Había decisiones que tomar. Se tenía que elegir a los cuatro compañeros que representarían a la Federación de Estudiantes a nivel nacional. La dirigencia debía tener un rostro y un nombre y esto no era una decisión fácil, dado que el Comité Ejecutivo de Ayotzinapa no debía sufrir modificaciones al interior de la organización para poder cumplir con las responsabilidades, tanto en lo local, como a nivel nacional. Por consecuencia, las decisiones que se tomaran se harían cuidando el no fragmentar la organización interna, ni mucho menos dividir la cúpula de Ayotzinapa, sino todo lo contrario, se trabajaría como una sola pieza, como un solo comité, pues ésa era nuestra visión. Para lo anterior, la cúpula sesionaría. Se hicieron propuestas, se argumentaron los porqués y se tomó la decisión. Resultó una propuesta con los cuatro compañeros que representarían al Comité Central de la FECSM y sería llevada a una reunión de base para que fuera aprobada y se tuviera así todo el respaldo.

Empero, antes de llegar a la Asamblea General Extraordinaria, se tenía que hablar con los prospectos para saber si aceptarían esa responsabilidad. Las tres principales carteras ya prácticamente estaban elegidas: como secretario general, el camarada *Limón*; secretario de Trabajos y Conflictos, *Parna*; el secretario de Relaciones Exteriores, Tlalmanalco. Quedaba aún por cubrir la Secretaría de Organización y de Acción política. Aún recuerdo esa noche como si hubiera sido ayer. *El Parna* fue hasta mi dormitorio a traerme, diciéndome que querían platicar un asunto conmigo para saber mi opinión. Debo aclarar que yo no pertenecía a la cúpula, pero en ocasiones participaba en las reuniones, pues querían escuchar mi opinión por ser una persona sin formación política y que además era muy allegado a la base estudiantil, pues me llevaba con la mayoría de los estudiantes.

— *Paisa Güero*, queremos que ocupe la Secretaría de Organización del Comité Central de la FECSM. Aquí platicando con *Limón* y *Parna*, vemos en usted la responsabilidad y disciplina necesaria para ocupar esa cartera —fueron las palabras del *Calentano*, el entonces secretario general de Ayotzinapa.

Siendo sincero, no recuerdo cuánto tiempo pasó antes de que pudiera hablar, y con la mayor de las sinceridades debo decir que, de inicio, me dio miedo la propuesta. Me sentía incapaz de poder llevar sobre mi persona esa gran responsabilidad, a la vez que pensaba en las consecuencias que eso podría tener: problemas legales, pérdida de estudios, terminar preso o desaparecido. Mi respuesta inmediata fue un: “No sé, *paisa*, no sé... yo no tengo una preparación política como ustedes. Se me complica expresar mis ideas públicamente. La verdad no sé, no sé...” Sin embargo ellos ya estaban convencidos de que yo sería la mejor elección y así sucedió. Para terminar las propuestas, la cartera de Acción Política fue propuesta para el compañero *Tabacal*.

De esta manera se concretaron las propuestas para presentarlas ante el pleno y como supondrán, así quedó integrada, pues *Calentano*, con voz firme y segura nos presentó a cada uno de los cuatro. A *Limón* y a *Parna* no era necesario presentarlos, pues ellos ya tenían una trayectoria hecha y no sorprendió para nada su propuesta. La extrañeza para toda la base reunida ese día fui yo. Creo que nadie imaginó que *el Güero* o *Alcholoa* formaría parte de esa propuesta, y antes de que cualquiera de la base fuese a expresar su opinión o contraviniera la propuesta, *el Parna* pidió la palabra:

“Compañeros, a cada uno de nosotros nos corresponde vivir un momento histórico en la vida. Los tiempos que vivimos como Ayotzinapa, como

FECSM, son difíciles y demandan lo mejor de cada uno. Estas propuestas para representar al Comité Central, no son una ocurrencia, es una elección basada en el análisis concienzudo para poder elegir a los camaradas que nos representarán y no se trata de cualquier cosa. Necesitamos camaradas que sean serios y responsables con su trabajo, que tengan disciplina y aceptación entre la base para que, dado el momento, cuando se requiera, tengan su respaldo. Necesitamos de compañeros que sean líderes llevando la batuta y poniéndose al frente de las acciones. Todos sabemos aquí que el compa Güero no formó parte del cuadro de formación política como todos los demás que integramos el Comité, pero debo decir que las responsabilidades que se le han delegado las ha cumplido cabalmente; hace un par de semanas cumplimos una comisión a Morelos para participar y apoyar a las compañeras de Amilcingo en la organización y difusión de sus demandas y movilización; el compañero integró la comisión de prensa e hizo un buen trabajo. Confiamos en su buen trabajo, en su gran responsabilidad y en su buena disciplina”.

Después de estas palabras no hubo objeción alguna y así quedó conformado el CC de la FECSM representado por nuestra *alma mater*.

La experiencia se adquiere únicamente andando el camino

Un sinfín de vivencias quedaron grabadas en mi memoria. Experiencias que jamás en la vida voy a olvidar y que forjaron una buena parte de la persona que ahora soy. ¿Se imaginan

viajar por todo lo largo y ancho del país de *raid* con poco dinero en la bolsa, pasando hambre y frío, enfrentando un sinfín de peligros? Cuando se es joven no se miden las consecuencias, las cosas se nos hacen fáciles, todo lo podemos hacer; ahora entiendo la frase “ser joven y no ser revolucionario, es una contradicción hasta biológica”.

En una ocasión durante el movimiento de Saucillo, Chihuahua, recuerdo que llegamos a la Normal con *el Parna*. Había ya menos de la mitad de la base y estaban en reunión. No nos permitían entrar, así que nos mantuvieron afuera de la Normal toda la tarde y la mayor parte del siguiente día. La situación era complicada. Se trataba de resistir y de luchar contra el tiempo, porque conforme avanzaba la movilización, las compañeras desertaban de la Normal o sus papás iban por ellas.

Durante la jornada de lucha, hacíamos guardias nocturnas y vigilábamos todo el perímetro. Una noche una patrulla entró por la parte de atrás, tumbando la malla y haciendo bullicio con la torreta para inquietar a todos, pero no pasó a más el susto. Al tercer día comenzaron a llegar contingentes del resto de las normales, aunque no eran muchos, ya que era un buen tramo que recorrer: partir desde el sur y del centro hasta el norte del país. Pero no todo era seriedad, también teníamos una sana convivencia entre los pares. Nos divertíamos. Recuerdo a una compañera de Saucillo de nombre Nora, que cada vez que nos veía nos decía: “Quiero arroz con *pecau*”, haciendo alusión al acento costeño y a ese platillo típico de la costa de Guerrero.

En un momento dado se determinó que se tenía que enviar una comisión a la Ciudad de México y yo era el elegido para encabezarla, junto a tres muchachas de Saucillo. Nuestro cometido era acercarnos a las organizaciones sociales como Luz y Fuerza del Centro, Atenco, Los Pascuales, Movimiento

Ciudadano Pancho Villa y a los comités estudiantiles de la UNAM, Politécnico y UPN. Llegar a México con las tres chicas fue una proeza, pues nunca había llegado desde el norte de la ciudad, y no sabía qué ruta tomar para el Centro Histórico. Teníamos que llegar al Zócalo y de ahí al edificio de la Sección IX del magisterio; allí nos encontraríamos con los compañeros *Bomba*, *Kobe* y *Pato*, que eran de la comisión de Relaciones Exteriores de Ayotzinapa. Yo sabía que debíamos llegar a una estación del metro y ya de allí todo resultaría más fácil: el problema es que ya eran las 11 de la noche, y a las 12 la mayoría de las estaciones cierran. Tomamos un camión desde la Central de Abastos que no recuerdo para dónde iba, pero nos dejaba cerca de una estación. Mis compañeras no me soltaban, tenían miedo, pues antes de salir les recomendaron que no se alejaran de mí, que la ciudad era muy peligrosa. Sin más complicaciones, por fin llegamos a la Sección IX. En ese entonces en el Zócalo estaba concentrado el magisterio de la CNTE.

Durante tres días anduvimos en México visitando a los compañeros de lucha, solicitando su apoyo mediante comunicados, posicionamientos y oficios a los diferentes órdenes de gobierno; conocimos varios de los CCHs de la UNAM; participamos en los mítines en el Zócalo haciendo declaratorias, posicionamientos y exigiendo desde allí el respeto de la Normal de Saucillo. También participábamos en las pequeñas radiodifusoras de los alumnos de la UNAM; ahí dábamos información de cómo se estaba viviendo la problemática de las compañeras y cómo el gobernador de Chihuahua no respetaba los acuerdos y las minutas ya firmadas. Asimismo, entablamos relaciones con compañeros del magisterio de Michoacán, Durango y San Luis Potosí, que pertenecían a las bases democráticas, de tal manera que esto ocasionó que se formara una comisión integrada por maestros, compañeros de la UNAM y dos compañeros de la Normal de Tiripetío.

Para regresar a Chihuahua, recuerdo que emprendimos el viaje en un camión, al que llamaban *el Tumbacharros*, pero sólo llegamos hasta los límites de Durango y Chihuahua, pues había un retén de policías que nos impidió ingresar a Chihuahua y nos mantuvo allí por más de tres horas. Decidimos regresar y esperar en un pueblo del que no recuerdo su nombre. Allí conocí lo que era la Zona del Silencio, entre los límites de Chihuahua, Durango y Coahuila. Para tratar de romper el cerco se armó una comisión de dos maestros y el compañero *Bomba*, para tratar de pasar en autobús como viajeros. No funcionó, los policías inmediatamente los identificaron, los bajaron del autobús y los mantuvieron esposados por dos horas en la alambrada de un corral a orillas de la carretera y bajo la inclemencia del sol, hasta que los dejaron libres y regresaron hasta donde estábamos.

También surgió la idea de intentar cruzar a Chihuahua en tren y esto porque vimos un tren de carga (con varios vagones cargados de un material que parecía carbón o piedras pequeñas) que cruzaba justamente por ese lugar. Preguntando a los lugareños, nos dijeron que todos los días pasaba a la misma hora. Pero el resto del grupo no vio factible esa idea por el peligro que representaba tratar de abordar un tren sobre la marcha. Los papás de una de las compañeras que vivían en Gómez Palacios fueron a vernos al lugar y nos llevaron comida. Además de los alimentos, llevaban las buenas noticias de que ya había acuerdos con el gobernador y permitía con ello el libre tránsito de las compañeras. Las tres compañeras decidieron regresar con sus padres para poder llegar a su Normal. Ésta fue una gran experiencia que me tocó vivir en esa ocasión con las compañeras de Saucillo: *Chayo*, *Ivonne* y *Perla*.

La vuelta a la FECSM en un año

Puedo decir que en cada una de las normales forjamos buenas amistades, tanto en las de mujeres, como en las de varones. La reputación que habíamos logrado a base del trabajo nos permitía llegar a las normales y ser bien recibidos por los comités estudiantiles. E incluso eso causaba un gran revuelo, sobre todo en las normales de mujeres, que nos veían en nuestro papel de líderes de la FECSM de gran orden y disciplina. En ocasiones alcanzábamos a escuchar los cuchicheos entre las compañeras cuando entrábamos a los comedores. Nos saludaban o nos preguntaban: “¿Ustedes son *ayotzis*, del Comité, verdad?” Ya hasta nos tenían identificados: “Tú eres *el Parna* y tú debes ser *el Güero*”. Eso nos hacía sentir bien, nos decía que el trabajo que se estaba haciendo era aceptado por las bases estudiantiles de toda la Federación.

Cuando ya se enteraban de que nos íbamos a retirar, las chicas llevaban sus cartas para que se las entregáramos a sus homólogos, a sus amigos o a sus novios. Las cartas eran un verdadero medio de comunicación que eran enviadas por todo el país entre los fecsumianos, pues la era del celular aún no se desarrollaba.

Por geografía, Ayotzinapa tenía mucho acercamiento con las compañeras de Amilcingo y de Tamazulapan. La de Oaxaca fue la única Normal que visité por el gusto de hacerlo en más de una ocasión; también estuve por allí de comisión dando círculos de estudio en la semana de prueba a las compañeras de nuevo ingreso de 2002. En Tamazulapan tuve muy buenas amigas de generación y de lucha. Cómo olvidar a Mely, Miriam, Marisol, Marlene, Zayra, Gina, Sandy, Gópar, Juana, Roxana, Doris, Sole y a otras chicas de la generación 2000-2004, que no recuerdo sus nombres, pero que formaron

parte de esta gran historia. A todas las demás normales fui por comisión o porque había algún evento de la FECSM. También he de decir que tuve muy buenas amigas y amigos como Martha y Carmen, en Teteles; Sonia, Edith y Chikis, en Panotla; Mayra, Adriana y Mary, en Cañada; Lucero, Claudia, Nora, Ivonne y Xiomara, en Saucillo; Chong y Roy, en Hecelchakán; Rodrigo, Alexis y Jesús, en Tiripetío; por mencionar algunas de las personas fecsumianas más cercanas para mí.

La importancia del respaldo de la base

A finales del ciclo escolar 2002-2003, ya para culminar el periodo como CC, enfrentamos un grave problema: tres de los cuatro compañeros que integrábamos dicho comité —en ese entonces de la academia de tercero— fuimos amenazados por los profesores con ser reprobados y dados de baja, perdiendo de esta manera la oportunidad de concluir nuestros estudios y graduarnos como licenciados en Educación Primaria. Esto echaría a la basura todos los esfuerzos realizados por nuestros padres, por nosotros mismos y hasta por nuestros compañeros. Quiero mencionar que cuando salíamos de comisión, los amigos y compañeros nos apoyaban con las clases, incluyéndonos en los trabajos por equipo y entregando nuestras tareas que ya dejábamos hechas. Cuando llegábamos de la comisión a la hora que fuera —aun en la madrugada— llegábamos a hacer la tarea que teníamos pendiente. En ocasiones nos sorprendía el alba haciendo la tarea, sin haber dormido y cansados de un largo viaje, así que lo que hacíamos era bañarnos e irnos al comedor a desayunar y presentarnos a las clases para entregar las tareas y trabajos pendientes. Hubo maestros que fueron accesibles y comprendían la situación de nuestra organización, pero había docentes que aprovechaban estas situaciones para hostigarnos y para exhibirnos.

Recuerdo que andando en las comisiones teníamos que estar en comunicación con nuestros respectivos grupos para poder saber cuáles eran los trabajos o tareas por hacer y así poder investigar para cumplir con nuestra responsabilidad. Afortunadamente, en ese tiempo ya había internet y podíamos enviar nuestros trabajos a través de los correos electrónicos, algo que me supongo era más complicado años atrás.

Lo que no olvidaré nunca es la solidaridad de nuestra academia. Estando de comisión en la Normal de Aguilera nos dieron una noticia, que siendo sinceros jamás pensé ni me cruzó por la cabeza: todos los compañeros de nuestra academia acordaron no presentarse a la clase de dos maestros como muestra de apoyo a nosotros. Prácticamente estábamos reprobados con ellos, ya que se negaron rotundamente a recibirnos los trabajos y tareas y hacernos un examen para poder evaluarnos. Su principal argumento era que no podíamos justificar nuestras faltas. Esto contradecía los acuerdos ya establecidos con la Dirección escolar, de tener ciertas consideraciones con los compañeros que salieran de comisión, siempre y cuando los alumnos cumplieran con sus responsabilidades en las aulas y obtuvieran buenos resultados. A manera de broma platicábamos de que la única salida que veíamos ante la necesidad de los maestros era negociar nuestra salida como una expulsión, pero con la oportunidad de continuar nuestros estudios en alguna otra Normal de la FECSM. Yo decía que me iría a Tiripetío; *Parna*, que se iría a Aguilera y *Limón*, tal vez a Tenería o igual a Tiripetío. También platicábamos de que, en caso de que nuestra expulsión fuera definitiva, sin oportunidad de continuar en otra Normal de otro estado, la última opción sería emigrar a Montreal, Canadá, en una especie de exilio, ya que en esa ciudad, si hay un ciudadano que te reciba, puedes llegar sin tantos problemas ni papeleos, y como

Limón ya había estado por allá durante una comisión, tenía contactos que podían apoyarnos de esa manera.

Sin embargo, no fue necesaria ninguna maniobra desesperada, ya que nuestros amigos y compañeros de toda la academia nos apoyaron de la manera ya descrita. El costo fue que los ciento treinta y siete alumnos de esa academia fuimos reprobados por esos dos profesores y tuvimos que presentar examen extraordinario para poder acreditar. Además, los alumnos sobresalientes de nuestra generación no pudieron recibir menciones honoríficas en su examen profesional por el simple hecho de tener dos materias reprobadas. Gracias a ese esfuerzo y sacrificio de nuestros compañeros pudimos culminar junto a ellos nuestros estudios y recibirnos como licenciados en Educación Primaria.

SIEMPRE FUE LA MARCA DE MI DESTINO

Léster Geovani Pérez Ortega

Generación 2001-2005

— ¿Por qué no te vas a comer a tu casa, como tus demás paisanos?

— ¿Para qué?, ¡si aquí como mejor que allá!

“¿En los orígenes está la marca del destino?”

Olga Wornat

Soy michoacano, de padres guerrerenses. Mi padre Leonel es de Tetitlán y mi madre nació en Acapulco. Aunque desde mi nacimiento hasta la fecha — a excepción de seis años — he estado en suelo p'urhépecha, pertenezco a la tierra de Hermenegildo, Juan Pablo y Juan José Galeana. Mi fisonomía, el acento al hablar, los marcados regionalismos, mis costumbres culturales y hasta la gastronomía que degusto diariamente me delatarían, aunque tratase de aparentar ser de otra entidad. Pero, ¿cómo fue que escogí esta profesión?

Mi progenitora, Reveca (sí, así con “v”), se tituló como profesora en el Centro Regional de Educación Normal de Ciudad Guzmán, Jalisco, aunque su carrera profesional la iniciaría en el CREN de Arteaga, Michoacán. En sus tiempos, el hecho de que una mujer estuviera embarazada siendo estudiante era razón suficiente para causar baja de estos centros escolares. En el caso de mi madre, la excepción a esta regla no se cumplió. A la edad de 17 años, gestaba en su vientre a un varón, que es el que hoy redacta estas líneas. Por lo anterior, tuvo que emi-

grar al noreste de la región Occidente para continuar con sus estudios.

Como mi madre continuaba su carrera fuera del estado y la disfuncionalidad en la relación de mis padres era patente, me críe con mis abuelos maternos: Raquel y Rogelio. El que mi madre trabajara como docente fuera de mi lugar de origen fue factor determinante para escoger mi profesión. En el fondo deseaba tener la profesión de mi madre y padre porque eso me acercaría más a ellos, tanto a nivel personal como profesional.

Escuché de Ayotzinapa por mis primos guerrerenses, Vladimir y Juan Felipe, quienes estudiaban ya en la institución. Ellos fueron los que me hablaron del sistema de internado y me animaron a inscribirme allí.

“Y lo que ves ya no puedes desverlo,
y se queda contigo para siempre.”

Lydiette Carrión

Eucalyptus

Evoco el bajar de las doscientas sesenta y seis escaleras y mi respirar agitado por los mil 445 metros sobre el nivel del mar de Ayotzinapa, en comparación con los 20 m s. n. m. de mi lugar de origen. También rememoro el vaho al ir descendiendo y lo fresco del valle. ¿Saben qué no he olvidado de ese momento? El olor a eucalipto. Estos árboles, introducidos desde Australia a México con el fin de desecar las aguas pantanosas y estancadas por la falta de drenaje (reduciendo así los casos de malaria y otras afecciones palustres) “esparcen en la atmósfera cantidades enormes de vapores acuosos, oxígeno y efluvios balsámicos”.² A eso huele Ayotzinapa.

2. Hinke, Nina. (2000). “La llegada del eucalipto a México”, *Ciencias* 58, abril-junio, 60-62. [En línea]

Recuerdo que era el domingo 19 de agosto de 2001 cuando, por la lejanía de mi lugar de origen, llegaba tarde a la bienvenida organizada por el Comité Estudiantil en turno. Llegué con una playera desmangada, negra y con una ideografía china que asemejaba a un dragón. Inmediatamente mi primo Juan Felipe, quien ocupaba la cartera de Actas y Acuerdos, se acercó a la puerta a saludarme y antes de entrar me dijo que me la cambiara porque no podía entrar así por respeto a la sala audiovisual. Así fue como lo hice.

Una de las actividades que realizamos en la semana de adaptación consistía en labores del campo. Uno de los requisitos —mas no el único— para ser aceptado en Ayotzinapa es ser hijos de campesinos y, por ende, saber trabajar en el campo. Por lo anterior, había compañeros muy hábiles con el machete, pero otros no sabían siquiera agarrarlo. Anterior al año 2001, las visitas domiciliarias para realizar el examen socioeconómico eran intermitentes; se tenían establecidas, pero su aplicación era aleatoria. Quizá por ello se contaba con estudiantes en grados anteriores que no necesariamente venían de familias campesinas.

Las ampollas brotaban inmediatamente en las manos de los inexpertos. Yo sabía trabajar gracias a mi abuelo, quien tenía una parcela, y al haberme criado con él, le ayudaba. No era el más hábil al machetear. Tampoco era el más tonto.

Respecto al presupuesto diario para la alimentación por alumno ya inscrito en Ayotzinapa, en el 2001 era de 27 pesos; y en el 2005 —año en el que egresé— era de 32. Las chuletas de cerdo y el pollo, ambos fritos en aceite, era lo mejor que comíamos, pero únicamente de manera fortuita. Siempre acompañaban los frijoles negros las tres comidas. El huevo nunca faltaba en el menú mañanero.

En la cuestión de la alimentación durante la semana de adaptación, viene a mi mente una pregunta que le hizo

un primo a un compañero de la sección E, que era de Tixtla (quien a pesar de ser de esa localidad, no se iba a su casa por las tardes).

— ¿Por qué no te vas a comer a tu casa, como tus demás paisanos?

— ¿Para qué?, ¡si aquí como mejor que allá!

La expresión de un rostro alegre y triste conjugados a la vez que vi en mi compañero al decir esta frase me marcaría por siempre, ya que resumía lo que representaba el sistema de internado y de alimentación para las personas que difícilmente podríamos tener una profesión: Ayotzinapa no es una oportunidad para nosotros, es lo único que tenemos.

Fraternitas

“Todos los hombres son enemigos.
Todos los animales son camaradas.”

George Orwell

En clara alusión a la fábula distópica de *La rebelión de la granja*, en Ayotzinapa, aunque tengamos diferentes acentos al hablar, seamos de diferentes regiones y estados, al final, dentro de la institución y fuera de ella todos somos camaradas, somos una *fraternitas* (fraternidad, hermandad).

Dentro del espacio escolar se identificaban claramente, desde mi punto de vista, dos grupos que estaban muy unidos: los oaxacos del Istmo y los tixtlecos. Estos se defendían entre ellos en camarilla, ya fuera para bien o para mal.

Los que vivíamos más retirados (como mis amigos Cristóbal, de Tierra Caliente; Lauro, de Tecoanapa y Óscar, de la región Norte) por lo regular íbamos a nuestros hogares únicamente en las semanas de vacaciones. Eso nos hermanaba más. Hubo compañeros que a pesar de ser de Tixtla pasaban más

tiempo con nosotros, como Daniel, con el que compartimos también muchas vivencias.

Los dormitorios donde fraternizábamos contaban con una infraestructura enclenque. Las puertas eran de madera en su mayoría y algunas paredes de yeso tenían hoyos. El baño diario era con agua fría todo el año. La señal de televisión era defectuosa y por lo mismo innecesaria. La señal de celular llegó al municipio a finales de 2004 (año en que cursaba mi tercer grado) y era un servicio muy dispendioso, por lo que debíamos ir a Tixtla a comunicarnos con nuestros familiares.

Mi primo Vladimir me prestaba su *cubi* entre semana, ya que realizaba su servicio fuera y eso me daba un poco de necesaria soledad. Ello debido a que en el ala de primer grado dormíamos en litera y por parejas o tríos. A él le debo varios sabios consejos.

Además de la confraternización, la disciplina dentro de los representantes de la Normal era de admirarse. En aquel entonces era muy rígida. Ante la base debías comportarte de la mejor manera. Los dirigentes no podían exhibirse con su novia y mucho menos tomando. Sí podías tener pareja, pero con discreción. Y cuando los dirigentes asistían a encuentros en otras normales rurales, sólo al terminar los eventos podías ir a buscar el acercamiento con las muchachas. La mayoría de las demás normales no eran así. Esta disciplina, el cuidar la imagen que la cúpula daba a su base, eran ideas establecidas por nosotros mismos, y se seguían al pie de la letra, aunque no estuvieran escritas en algún reglamento. Pero funcionó bien: nuestra disciplina nos permitía tener credibilidad ante la FECSM.

Por ello, la mayoría de las cúpulas del Comité durante los periodos del 2001 al 2005 fueron muy centradas: Eleuterio Limón, José Alfredo Calentano, Iván Talibán, Adán Tlalmanalco,

Óscar Arias, Lupillo y Miguel Ocotes, Fernando Tlape, por citar algunos. A los miembros cupulares nunca se les vio ebrios, ni practicando deportes o acompañados de mujeres por los pasillos (debido a la estricta disciplina se pensaba que el deporte y el romance en público eran distracciones que inhibían tiempo al análisis político). Al menos cuidaban no exhibir esto ante la base estudiantil. Las playeras de Ernesto Guevara o el Subcomandante Marcos, los huaraches artesanales cruzados y los morrales transversales de hombro a cintura, eran parte de su vestimenta. A los del COPI se les distinguía porque siempre llevaban un libro en la axila o en la mano. Es motivo de presunción que durante mi estadía en la escuela no se expulsó a ningún miembro cupular o se le acusó públicamente de malversación de fondos. Eran *cuadros* bien formados.

Empero, no todas estas pautas se daban solas. Evoco que, en las asambleas generales, los compañeros de cuarto grado —grandes oradores y analistas políticos— llamaban la atención del Comité y esto encauzaba a una mejor conducta. A mi mente viene cuando a un miembro cupular lo reprendieron por haber jugado un partido de fútbol. Sólo un partido. Jamás lo volvió a hacer mientras estuvo en el cargo. El Comité era ejemplo y como tal funcionaba.

¡Agarren güevos, compañeros, somos más que esos cabrones!

“Héctor se quitó los calcetines y los metió dentro del bolsillo de sus pantalones. Era una vieja lección, si había que salir corriendo sólo tenía que ponerse los vaqueros.”
Paco Ignacio Taibo II

Corría el quinto mes del año 2003. La Normal Miguel Hidalgo atravesaba una extenuante jornada de lucha por plazas y matrículas.

culas. Compañeros de grados mayores nos advertían que Jalisco era un estado sumamente represor y no permitía la mínima manifestación social; pero sus advertencias se quedaron cortas.

Partimos cuatro grupos de segundo grado: un poco más de 110 alumnos, para apoyar. Salimos de Guerrero en la madrugada. Llegamos al estado jalisciense con el alba e inmediatamente del arribo pasamos a almorzar al comedor. Después el coordinador nos mencionó que teníamos que apoyar una actividad a pocos metros de la Normal. No pasaron ni diez minutos cuando llegaron aproximadamente treinta granaderos formando una valla para impedirnos el paso. Un alumno de la Normal de San Marcos, robusto, bajo de estatura y de pelo raso, se subió al toldo de un auto compacto y lo comenzó a golpear con un machete que traía en su mano. Acto seguido empezó a gritarnos con un marcado acento del Norte: “¡Agarren *güevos*, compañeros, somos más que esos cabrones!” Efectivamente, superábamos dos a uno a los uniformados. Lo que pasaría después no tendría precedente.

El camino se bifurcaba en dos calles paralelas: una, en una parte elevada, donde nos encontrábamos frente a frente con el cuerpo antimotín, y la otra estaba en una parte baja. Nos dividimos en dos bloques. Por la premura, el otro bloque que rodearía a los granaderos por la calle de abajo no lo hizo, se quedó a la mitad a su lado derecho. Comenzó la lluvia de piedras. Ellos, en respuesta, nos lanzaron gases lacrimógenos. Por primera vez experimenté ese ardor irritante en los ojos.

Tras repeler y esquivar los gases había llegado el momento de huir. Corríamos hacia la Normal sede en busca de refugio. Algunos de nosotros, por desconocer la ubicación de la escuela, transitábamos aprisa por el camino que considerábamos seguro. Llegó el momento en que nos encontramos con dos caminos que formaban una *ye* (y griega): uno conducía a

los terrenos de cultivos de la población y el otro al centro de la localidad. Consideré más segura la primera opción.

El camino terminaba en un canal de aguas negras. No sé si fue la histeria del momento o si era realidad, pero uno de los que venía en nuestro montón gritó: “¡Ahí vienen los granaderos!” El asunto fue que inmediatamente de esto no nos quedó otra opción que aventarnos a nadar al canal de agua sucia. Me apresuré a quitarme el pantalón y playera y quedé en calzoncillos. Me arrojé a nadar. El agua me llegaba a la altura del pecho. Calculo que tenía un metro treinta centímetros de profundidad. Con una mano avanzaba en el agua y con la otra, llevaba mi ropa.

Los que huimos de la persecución poco a poco llegábamos al plantel. Nos contábamos y preguntábamos por los compañeros que no veíamos. El recuento de Ayotzinapa era positivo: ningún compañero había sido detenido y sólo dos compañeros se habían regresado a Guerrero. Pensamos que la represión había terminado.

Pero no fue así. Para cuando nos dimos cuenta, los grupos antimotines ya habían rodeado completamente la escuela. Ninguno podía salir ni entrar. Cortaron el agua y la energía eléctrica por ese día. Cenamos a la luz de las velas en el comedor esa noche. Las provisiones comenzarían poco a poco a escasear: el gobierno del estado impidió que nos surtieran de despensa alimentaria durante tres días.

Al día siguiente nos tocó descansar del rol de guardias nocturnas. Nos habían advertido que si escuchábamos las campanadas del patio central de la escuela, era porque los granaderos habían irrumpido en la escuela y el enfrentamiento era inevitable, por lo que dormimos con nuestra mochila lista y nuestras cosas a la mano.

Era de madrugada. De repente escuchamos las campanadas. Nos levantamos sobresaltados. Tomé aprisa mi mo-

chila. Con los demás compañeros miramos alrededor y como no había represión caímos en el hecho de que había sido una broma. Nos acostamos de nuevo con una sonrisa en el rostro. No pasaron ni treinta minutos cuando la campana volvió a repicar; esta vez hicimos caso omiso, pensábamos que estaban jugando nuevamente con nosotros. Sin embargo, después de las campanadas, cortaron nuevamente la luz.

El nerviosismo se apoderó inmediatamente de nosotros. Agarramos nuestras mochilas y todos nos concentramos en el patio central. El frío nos permitía disimular nuestro temor, la mayoría temblábamos. Un compañero se me acercó y me dijo que había una salida por una malla, a un lado de la escuela. Al ver el nerviosismo de otro compañero del salón — aún más del que yo sentía —, le comenté de esa salida y fuimos a verla. No sé qué era peor: que los granaderos entraran por nosotros o tenernos a la expectativa de cuándo lo iban a hacer.

A lo lejos se escuchó el grito de un compañero que nos alertó que los granaderos entrarían a la escuela. Mi compañero y yo nos aprestamos a huir por el que pensábamos era nuestro único escape. Era un agujero de aproximadamente un metro de diámetro, hecho en la malla perimetral, por el cual atravesamos buscando la salida. En el camino nos encontramos a compañeros de la escuela anfitriona, tiritando de temor y con las manos empuñadas a la altura del pecho. Se encontraban rezando. No era para menos, el pánico nos había envuelto a todos.

Seguimos avanzando, siempre agachados. El amanecer no llegaba y todo estaba en penumbras. Llegamos a una casa humilde, en el patio había unos autos abandonados en condición de chatarra. Bajo esos autos estaban varios compañeros de mi Normal. Lo peor era que ese refugio, que considerábamos nos alejaba ya de la escuela, sólo estaba a un lado de aquella. No habíamos logrado salir del cerco policiaco; seguíamos

rodeados por ellos. Ya allí, todos nos comunicábamos en susurros y cuando sentíamos que alguien subía la voz, lo callábamos. Aún sentíamos temor, hasta que la alborada llegó. La irrupción de los antimotines no se había dado. El nerviosismo bajó al no ver consumado el acto represivo.

Eran aproximadamente las siete de la mañana. A un compañero de Oaxaca le habían dado ganas de ir al sanitario. No era para menos, habíamos estado ocultos por cerca de cuatro horas. El colega se aprestó a asomarse por la barda perimetral de la vivienda que nos había servido de resguardo. Su sorpresa fue mayúscula cuando lo vieron los uniformados. Perdió el color cuando le preguntaron a quién buscaba. El istmeño comenzó a farfullar y a contradecirse. Nos habían descubierto. El antimotín se asomó por la barda y nos vio; todos corrimos de regreso a la Normal, brincamos la barda de aproximadamente tres metros de altura.

Ya habían transcurrido tres días de movilización. Nos devolvieron la luz, agua y alimentos gracias a la intervención de la Comisión Estatal de Derechos Humanos Jalisco (CED-HJ). La comisión negociadora de la FECSM asistió a pláticas con el gobierno estatal con el rostro embozado. Los compañeros utilizaban pasamontañas para cubrirse los rostros y no ser reconocidos. Por parte de Ayotzinapa, eran coordinadores Raúl Peña *el Güero* —un compañero muy disciplinado y de buen trato—, *el Parna*, y por la comisión estudiantil de negociación, Adán Tlalmanalco —un compañero centrado, con gran capacidad oratoria y de negociación, a quien la FECSM lo reconocía por ello—. La mesa se estableció en la calle, por la noche y frente a la escuela. Esto último resume perfectamente la situación que estábamos viviendo.

Por la tarde del tercer día la amenaza de irrupción seguía latente. Todavía atrincherados, organizábamos guardias

por todo el espacio escolar. Constantemente nos decían que “una parte del pueblo de Atequiza, que simpatizaba con la causa normalista, se había organizado en la plaza pública; que pronto se enfrentarían y romperían el cerco de granaderos que nos tenía cautivos y que lograrían que saliéramos”. Eso nos alentaba.

La instrucción que nos dio la dirigencia estudiantil era que, si sonaban tres cohetones de manera seguida en el cielo, era que ahora sí los granaderos ya habían ingresado al recinto estudiantil y nos preparáramos para afrontarlos. En el cielo sonaban constantemente los proyectiles, pero ninguno daba tres explosiones seguidas. Seguíamos sintiendo temor. Deseábamos no escuchar tres explosiones en sucesión.

Nos habían informado que la ocupación era inaplazable, por lo que para repeler los gases lacrimógenos rompimos una infinidad de cobertores y los mojamos con agua de la alberca. Al igual nos quitamos las playeras y las mojamos, cubriéndonos el rostro en forma de pasamontañas. De repente, los tres cohetones seguidos reventaron en el cielo.

El nerviosismo se apoderó nuevamente de nosotros. Recuerdo haber estrechado las dos manos con Cristóbal Hernández y nos abrazamos, como despidiéndonos. Otro compañero derramaba lágrimas sin emitir sollozos. Yo suspiré profundamente, preparándome para lo que creía venir. No éramos pocos los que sentimos mucho miedo. Los granaderos al vernos levantar, tomaron posición de combate.

Pero la hora de la embestida nuevamente y para nuestra fortuna, no llegó. Desconozco el porqué de tanta desinformación, o por qué el gobierno no nos reprimió todas esas veces que se aseguraba lo haría; pero como lo dije anteriormente, el hecho de tenernos esperando era un suplicio que sentíamos jamás terminaría.

Una de las condiciones que pedía el gobierno jalisciense era que los normalistas ajenos al estado nos retiráramos, que sólo con esa circunstancia se sentaría a negociar y atendería las demandas. Así que lo que era una exigencia de ellos, se convertiría en una salida para nosotros. Abordamos los autobuses que nos transportaban según con la intención de marcharnos. Al llegar a la plaza principal –como estrategia ya acordada– los padres de familia bloquearon el camino. Se abrieron las puertas de los autobuses y nos bajamos aprisa, corriendo hacia el tianguis que en ese momento tenía lugar. Las compañeras normalistas y madres de familia de la población nos metían a sus casas conforme nos veían correr. Después de una hora nos concentraríamos en la plaza principal con los demás padres.

Lo anterior enfureció más al gobierno. Amenazó a la Normal con no cumplir nada de lo acordado y desalojar la escuela. Entonces determinamos salir de esa entidad. Nos escoltaron patrullas de la otrora Policía Federal Preventiva (PFP). Salimos e hicimos una parada en el entronque Encarnación de Díaz. La intención era reagruparse con la FECSM en Cañada Honda. Como nuestra ruta debía seguir supuestamente hacia Guerrero y no viramos cuando debimos hacerlo, los policías estatales nos detuvieron y bajaron del autobús, tirándonos en la carretera, con el pecho en la tierra y las manos en la nuca. A mí me tiraron a lado de una compañera normalista de Chihuahua. Mi codo izquierdo quedaba encima del suyo, y por eso me di cuenta de que yo tiritaba de nerviosismo y ella no; retiré mi brazo. No quería transmitirle mi temor. Sentí vergüenza. El compañero que quedaba a mi derecha también temblaba. Nos pidieron nuestros nombres y domicilios. En el autobús donde íbamos no nos fue tan mal, sólo nos tiraron al piso con groserías. Pero en donde iba *el Parna* como coordina-

dor, les tiraron del cabello, les pegaron e insultaron de manera soez. Estaban buscando a la persona “del machete” pero éste no pertenecía a nuestra delegación.

Después de este incidente se determinó no regresar a Jalisco, sino reagruparnos en Tenería, Estado de México. Estuvimos sólo unas horas, de ahí partimos a El Mexe, Hidalgo, donde pernoctamos. Al día siguiente llegamos a Cañada Honda, Aguascalientes, y esperamos.

La problemática se solucionó, o al menos se le dio una salida política al conflicto jalisciense: les fueron otorgadas unas fechas de mesas de negociación para tratar las matrículas de nuevo ingreso y las plazas para sus egresados. Ya no hubo necesidad de regresar a esa entidad federativa, ahora sí regresábamos a nuestro estado sureño a descansar de todo ese suplicio psicológico.

Un espacio lleno de cultura

“La cultura es el ejercicio profundo de la identidad.”

Julio Cortázar

Dentro de una institución con más de quinientos alumnos y por el hecho de provenir desde diferentes regiones del estado y del país, existe una amplia gama de cualidades deportivas, académicas, sociales y artísticas. En estas últimas, me quiero detener, ya que las artes visuales, expresión corporal, danza, música y teatro, se daban al por mayor en nuestro espacio.

En más de una ocasión di oídos a hermosas poesías inéditas, así como escuché canciones de la Rondalla Romance. Algunas de mis preferidas, como “Mi gran amor” y “Qué lástima”, habían sido escritas por el instructor en turno, quien era egresado de la Normal. Por ende y por convivir con jóvenes

oriundos de allí, descubrí el enorme talento para pintar de Enrique de Jesús *Henry*, alumno de la sección D. Jamás había visto a una persona jugar con los colores como él lo hacía. Como me gustaba la pintura también —he de reconocer que no soy bueno, pero me gusta—, me acerqué a él para aprender algunas cosas del mejor muralista del momento y uno de los sobresalientes de la historia de la Normal.

Durante la semana del aniversario de 2002 se realizó, por vez primera en la institución, un concurso de murales. Como tenía más ganas que técnica, nos pusimos de acuerdo con mi amigo Saúl para participar. Realizamos un mural en la pared de los talleres de producción.

Emiliano Zapata y Ernesto Guevara fueron pintados a las orillas; en la parte central un campesino y un obrero fusionados entre sí, halando cada quien una cuerda y una cadena respectivamente, simbolizando así la lucha de cada clase y su lucha por romper los yugos con cada una de ellas. Como el mural había tenido intentos de darle un efecto de tercera dimensión que otros habían omitido, y sin esperarlo —porque he de reconocer que había mejores— ganamos un premio en efectivo de mil 400 pesos, que nos repartimos equitativamente. Fuimos, sin querer, los primeros estudiantes en ganar ese concurso.

Ya con una amistad establecida fue en el aniversario de 2005 que mi amigo *Henry* me invitó para hacer un mural que titulamos *Herencia cultural*. En éste se simulaba una Piedra del Sol en la parte central y a lado las esculturas más significativas de algunas culturas mesoamericanas. La verdad, a comparación de la manera de pintar de él respecto a la mía, había mucha diferencia. Sin embargo, nunca se burló ni hizo algún comentario despectivo al respecto. Obtuvimos el segundo lugar esta vez.

Siempre quise retocar el mural de *Los tres filósofos* que había en el comedor. El anterior estaba sólo pintado en negro

y los trazos eran primarios. Sabía que éste perduraría a través de los años por no tener contacto con el sol y quería dejar un legado en mi *alma mater*. El tiempo como estudiante había terminado. En julio de 2005, yo prácticamente era ya egresado de la escuela. Invité a *Henry* para que lo realizáramos. En el fondo también quería llevarme algunos otros consejos más. El Comité sin dudar nos facilitó los colores primarios para realizarlo. Alguno que otro voluntario ayudaba también esporádicamente.

Hoy este mural aún pervive. Nuestra firma, nuestro legado, nuestra huella, está plasmada en esa pared.

El pantalón blanco

Conocedor de que en mi profesión este taller sería primordial para los eventos que se realizan en las escuelas primarias, a finales de tercero ingresé al club de danza. Visité varias normales rurales hermanas con el club.

Como parte de danza y al asistir a los aniversarios de otras normales, convivimos con los integrantes del club de la Rondalla Romance. Forjamos buenas relaciones de amistad con algunos de ellos. Para mí la Rondalla Romance de nuestra época fue una de las mejores de la historia de la institución: su instructor, Humberto Rojas —por comentarios de mi amigo José de la Rosa— era muy disciplinado y sentía enorme aprecio por la escuela, además de que algunas letras que entonaban habían sido escritas por él. En ese entonces se contaba con compañeros con tonos graves, agudos, medios, requintos y melodía que armonizaban perfectamente. En una ocasión les tocó abrir el concierto a la Rondalla de Saltillo en el teatro María Luisa Ocampo, de Chilpancingo. A pesar de que sólo tocaron tres canciones la gente les pedía más. Algunos de los asistentes pensaban que la que tocaba era la Rondalla de Saltillo.

No sólo con el club asistíamos a las comunidades. Cada cierto periodo nos tocaba salir a localidades de toda la geografía estatal por grupo, donde realizábamos tequio según las necesidades de la comunidad, y al terminar presentábamos un programa sociocultural. Como no todos sabían bailar, algunos participaban con poesías, números humorísticos o simplemente conducían el evento. Yo siempre bailaba y participaba en lo cómico.

Fue en El Humo, municipio de Atoyac, donde la gente se comportó más espléndida con nosotros. Anteriormente me había tocado practicar allí. En sí fue la primera vez que alumnos de la Normal practicaban en ese municipio, según nos contaron. Nos daban los alimentos diarios, nos invitaron a sus huertas, comimos cocos y fuimos a bañarnos al río del pueblo. Sus excelentes atenciones se debían a que en esa comunidad laboraban tres maestros egresados de la Normal y organizaban todo por nosotros: Moisés A. Cabañas, Apolinar y Omar Laurel, con los cuales aún tengo amistad y comunicación.

Retomando la cuestión del club, los vestuarios que traíamos para danzar eran sencillos, conformándose estos mayormente por pantalón blanco y camisa del mismo color, sin olvidar el paliacate rojo. A este vestuario teníamos que adaptar los cuadros que presentábamos. Lo único nuevo que llevábamos para la época era una cuera tamaulipeca, que teníamos que acompañar, por razones obvias, con el mismo pantalón blanco de las demás danzas.

La pérdida de plazas automáticas

“Un anhelo común los aliaba:
la lucha contra las injusticias.”

Elena Poniatowska

Plazas y presupuesto: 2003-2005. Años de transición

Respecto a la asignación de plazas, como antecedente se tenía que, en el 2003, la generación de ese año, por vez primera en su historia recibió claves estatales. En septiembre les habían otorgado a los primeros cuarenta del escalafón claves federales —e inclusive les habían dado su formato único de personal—, pero antes de cumplir los seis meses y un día para su basificación, fueron suspendidos de sus pagos quincenales y obligados a presentarse a la Secretaría de Educación del estado para cambiarles el recurso a plaza estatal. Ello era consecuencia de que se aproximaban las elecciones de cambio de gobierno. Además, a pesar de que tenían una minuta donde la SEG se comprometía a respetar la antigüedad, no fue así.

La segunda y tercera remesa, con la misma cantidad de egresados cada una, recibiría también claves estatales, pero hasta abril de 2004: es decir, casi nueve meses después de haber egresado. Por eso hubo compañeros que emigraron a otros estados al pasar tanto tiempo sin recibir su plaza base; era la primera vez ocurría este fenómeno migratorio. Al otorgarles claves estatales, los separaban así de sus derechos de pertenecer a un sindicato nacional, y les impedían la posibilidad de cambiarse a otro estado, además de que dependerían del presupuesto de Guerrero, que constantemente se declaraba en quiebra financiera.

Con la generación del año siguiente, la 2004, por vez primera en la historia la academia de egresados aglutinó a las nueve normales públicas del estado y conformó la primera Organización de Egresados Normalistas del Estado de Guerrero (OENEG). Su movimiento comenzó a organizarse desde agosto debido a la implementación del examen de oposición, que buscaba eliminar la plaza automática y ofertar sólo pocos espacios. El SNTE Guerrero tenía control sobre el 50% de

plazas y la SEG del otro 50%, por ello nadie quería erogar el recurso y la Federación no asignaría ningún presupuesto.

La cantidad de egresados de todo el estado rebasaba los 500, y la OENEG aglutinaba a 309 de ellos. Esta organización se mantuvo muy unida, ya que la gran mayoría permaneció en el movimiento y resistieron sin realizar el examen. A estos compañeros que se mantuvieron estoicos les fueron otorgadas sus plazas automáticas, inclusive compañeros de normales que jamás habían recibido recursos —como la Regional de Tierra Caliente y la de Teloloapan—. Fue hasta el mes de febrero de 2005 (seis meses después) cuando fue otorgada la última clave. Todas fueron nuevamente plazas estatales.

Era el 2005, y la época de exámenes de titulación agonizaba. La situación política estatal era diferente de cuando apenas ingresábamos. Zeferino Torreblanca, un contador público y empresario, había tomado protesta como gobernador constitucional del estado bajo las siglas del PRD-PAN, partido al que no se había siquiera afiliado. Sacó al PRI del poder después de setenta años. Bueno, eso era lo que todos creíamos.

Con el antecedente de las generaciones 2003 y 2004, y el no otorgamiento de las plazas a la totalidad de egresados, comenzaríamos otra lucha en el 2005, ahora por nuestro patrimonio laboral. Las nueve normales del estado decidimos agruparnos en un frente nuevamente.

El 1 de abril del 2005 realizamos la primera marcha para exigir plazas como Frente de Egresados Normalistas del Estado de Guerrero (FENEG). Llegó septiembre del 2005 y nuestra demanda no había sido resuelta, ni siquiera nos habían atendido. Iniciamos a finales de ese mes la jornada de lucha que se traduciría en un plantón indefinido en la plaza cívica Primer Congreso de Anáhuac.

Comenzamos marchando en la capital del Estado, para después instalarnos en plantón indefinido. Como Ayotzinapa, estábamos acostumbrados a dormir en el suelo, a la intemperie. No así las personas de las demás normales. Recuerdo que por la pena de que las vieran acostadas en la plaza, las compañeras de otras escuelas se levantaban muy temprano. Se aseaban, maquillaban y arreglaban. Todo era *glamour*, aunque fuera una lucha. Nosotros en cambio, nos levantábamos después de percatarnos de que no había otra Normal dormitando.

El movimiento corría por cuenta propia. Como las normales no podían sufragar la alimentación para casi 700 estudiantes, teníamos que hacer colectas. A las compañeras de las demás normales les apenaba realizar esta acción, por lo que más de una vez tuvimos roces por este hecho. También les causaba vergüenza repartir volantes en los que se expresaba nuestra situación o hasta formarse en la cocina improvisada que teníamos en el campamento. Preferían comprar afuera que comer allí.

Pero el plantón se alargó temporalmente y los recursos con los que contábamos cada día se agotaban más. Fue entonces cuando las compañeras normalistas empezaron a perder la timidez: boteábamos, volanteábamos, comíamos en el mismo lugar. Los roces ya eran nulos. Lo que al principio se tornó como enemistad por egos, ahora nos convertía *en un solo frente*. Al fin nos habíamos hermanado.

Llevábamos aproximadamente tres semanas de lucha constante. Marchábamos, difundíamos la problemática y nos manifestábamos. Las acciones fuertes se tenían que realizar ya que el gobierno del estado no resolvía el problema de fondo. El 24 de octubre del 2005 tomamos las oficinas del ex Instituto de Educación Básica y Normal (INEBAN) y las oficinas que se ubicaban frente a éste. Lo que desconocíamos era que el secre-

tario de Gobierno, Armando Chavarría, nos enviaba —después de las seis de la tarde— medio millar de granaderos para desalojarnos violentamente.

Los de Ayotzinapa estábamos acostumbrados, por así decirlo, a este tipo de situaciones, pero no las otras normales. En el pasillo comercial que queda exactamente frente a la puerta de acceso a las oficinas educativas, los compañeros, por la desesperación, formaron un cuello de botella, y aunque este lugar era espacioso, llegó el momento en que no se podía avanzar ni hacia adelante ni hacia atrás. Allí fue donde golpearon a compañeros y compañeras que se quedaron atorados en este pasaje. El saldo final fue de diecinueve compañeros detenidos —entre los que había también compañeros de la Coordinadora Estatal de los Trabajadores de la Educación de Guerrero—, en su mayoría mujeres (entre ellas estaba Ana-hí, quien a la postre se convertiría en la esposa de mi amigo Óscar). Tres días después saldrían bajo reserva de ley.

El movimiento fue agotador y muchos claudicaron después. Utilizamos todos los medios a nuestro alcance para lograr nuestro fin. Después del acontecimiento del 24 de octubre varios compañeros de las demás normales se retiraron. La Secretaría de Educación comenzó a circular en los periódicos estatales los nombres de las personas que deberían presentarse ya a las oficinas educativas por su nombramiento, desgajando así la movilización. No nos darían la totalidad de plazas, pero sí nos quitarían a una parte importante del contingente.

Los compañeros de la Escuela Superior de Educación Física (ESEF) fueron los primeros que se retiraron del plantón. Lo hicieron a escondidas y sin avisar. Recuerdo que ese mismo antecedente se tenía del 2004. Había sido la misma escuela la que había abandonado la lucha de esa manera. En la primera reunión general como FENEG que tuvimos antes de

iniciar la movilización, realicé el comentario de que esperábamos que la ESEF no hiciera lo mismo que sus antecesores. Y lo hicieron. El aforismo “Quien traiciona una vez, traiciona dos veces” se cumplía así.

En esa primera lista de plazas también se incluía a mi *alma mater*. Inmediatamente nos reunimos como escuela y analizamos por un tiempo determinado si rechazar esa oferta o tomarla. La discusión se tornó acalorada. La mayoría evaluaba que la movilización había llegado a su cúspide y que había que tomarlas, si no, nos quedaríamos sin plazas y las demás normales tomarían las claves que nos correspondían. Así se realizó. Aproximadamente veinte compañeros del escalafón general de nuestra escuela tenían que abandonar el campamento y presentarse por su nombramiento. Como la SEG no tenía determinados los lugares que ocuparíamos, mandó a los primeros lugares del escalafón a cursos a la ciudad de Iguala, otros a Chilapa de Álvarez.

La lucha la continuamos muy pocos, contabilizándonos un poco más de trescientos. Ya casi cumplíamos un mes en el campamento. Después de una semana llegaría la segunda lista, en la que me incluía. La sorpresa fue mayor cuando a pesar de que éramos licenciados en Educación Primaria nos otorgaron claves de educación indígena y preescolar. Ahora a nosotros nos mandaban a Tlapa de Comonfort a un curso intensivo de inducción. El curso en realidad era necesario para introducirnos a las lenguas guerrerenses, pero tenía un fin oculto, que nos dividiéramos como Frente... tal como sucedió.

Fue casi mes y medio —de noviembre a diciembre— que tuvimos el curso de inducción, y ahí nos encontrábamos el grueso de las normales. A la mayoría del frente nos habían otorgado claves de primaria indígena. Así, el FENEG quedaría distribuido de la siguiente manera para los cursos: a los

primeros del escalafón les habían otorgado claves de primaria general, en Iguala; los de educación especial a Teloloapan; después siguieron las claves de preescolar sólo a mujeres —independientemente de si habías estudiado esa carrera o no— en Chilapa de Álvarez; los siguientes del escalafón —sin distinción de género—, con claves indígenas de primaria y preescolar a Tlapa de Comonfort. Los últimos del escalafón se quedarían a sostener una lucha que parecía inverosímil.

Debido a que algunos compañeros habíamos confraternizado con las demás normales, comenzaron algunos romances. Fui uno de ellos. A mi actual esposa, Anayeli, la conocí allí cuando integraba la cartera de Relaciones Exteriores del Frente. Mi amigo Daniel también estableció una relación con su actual esposa, Azyadeth. La diferencia del sistema de normales no sería impedimento para nosotros; y varios de mis compañeros, al igual que yo, obtuvimos algo más que una plaza, obtuvimos una familia.

Desgraciadamente no todos los compañeros del Frente obtuvieron una clave. Varios, ante la desesperanza del movimiento, emigraron al Distrito Federal, ahora Ciudad de México y al Estado de México, donde actualmente radican e hicieron sus vidas. Varios hoy en día regresaron a su estado, otros ya se hicieron residentes de allá.

Memento mori

“No puedo hacer un resumen de mi vida, porque está conformada por varias épocas y circunstancias, libros, amistades y pleitos, y eso, sólo admite resúmenes parciales.”

Carlos Monsiváis

Egresé en el 2005. Mi tiempo de normalista se me fue de la mano sin notarlo. Mi tiempo en la Normal tenía que fenecer.

Había llegado mi *memento mori*. Mi hermano Eduardo entró después de que egresé. Él se quedó a vivir su momento histórico en la Normal. Sin querer, mi espacio, mi matrícula, fue ocupada por él, cosa de la cual me siento orgulloso.

Si pudiera volver el tiempo de estancia en mi *alma mater*, viviría al máximo los días en ella. Aprovecharía los campos de fútbol, la alberca, el gimnasio, aprendería a tocar en la banda de guerra, gestionaría un club de payasos y de imprenta. Comenzaría a redactar un diario, me tomaría muchas fotos, guardaría las notas periodísticas de los movimientos en los que participé y las pocas ruedas de prensa en las que tuve intervención. Conviviría un poco más con Cristóbal, quien falleció en el 2012, víctima de una bala rociada en un funeral durante la guerra de Calderón. No prestaría esa esclava de oro que no me devolvieron en Teteles. Guardaría todas mis chamarras de la Normal. Cuidaría con más celo mi anillo de graduación.

Y si no me permitieran cambiar mi pasado, me conformaría sólo con vivir de nuevo mi juventud bonita: mi juventud en Ayotzinapa.

MACTUMACTZÁ, CHIAPAS.

UNA HERIDA DE MUERTE A LAS NORMALES RURALES

Adán Tlalmanalco Ramírez
Generación 2001-2005

La llamada que cambió el itinerario

En la mañana del 4 de agosto de 2003, un día antes de recibir esa llamada telefónica, el frío me calaba hasta los huesos, a pesar de que mi cuerpo ya se había aclimatado un poco. Llevaba una semana en Panotla, Tlaxcala, en la Normal Rural Licenciado Benito Juárez. Durante seis días, del 28 de julio al 2 de agosto de 2003, estuve en representación del Comité de Orientación Política e Ideológica Nacional (COPIN) para orientar las actividades de la semana de adaptación establecida para las estudiantes de nuevo ingreso.

La gran mayoría de las aspirantes reflejaban su origen humilde y sencillo, propio de las personas que provenimos de contextos rurales y sectores pobres de las ciudades. Muchas de ellas habían viajado horas y horas para llegar a la Normal Benito Juárez, en busca de un espacio para formarse como maestras rurales. La mayoría, sin duda, eran del estado de Tlaxcala y otras más de los estados vecinos.

Mi estancia en esta Normal, como integrante de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México, fue apenas una caricia antes del vendaval que estaba por llegar.

Esa fría mañana del domingo 3 de agosto salimos con dirección a Teteles de Ávila Castillo, Puebla. Íbamos cinco nor-

malistas rurales: me acompañaban Alfonso, en representación del Comité Central con sede en Tenerife, Estado de México, y tres compañeras de Panotla. Dos de ellas, quienes ocupaban la cartera de delegadas nacionales, las recuerdo aún por su carisma, atención y sentido de compañerismo. Días más tarde, ellas serían víctimas de la terrible tortura física y psicológica. Como se relata más adelante, la brutal represión vivida en Mactumactzá les marcaría la vida para siempre.

Fuimos a Teteles como representantes de la FECSM en la semana de adaptación para asegurar el nuevo ingreso en nuestra hermana Escuela Normal Rural Carmen Serdán. Llegamos a nuestro destino el domingo por la tarde, nos acomodaron en un lugar para pernoctar y luego cenamos en el comedor. Posteriormente nos reunimos con las integrantes del Consejo Estudiantil, quienes nos dieron a conocer el itinerario para el día siguiente.

La jornada de actividades inició a las seis de la mañana. Mi cuerpo tiritaba de frío y de emoción. Al diez para las seis ya estaba parado en la puerta del *tren*. De pronto vi a la compañera responsable de coordinar la actividad física, quien me indicó que nos teníamos que concentrar en la pista del campo de fútbol.

La actividad física duró aproximadamente hora y media. Luego me tocó cortar la hierba que crecía en alguna parte de la Normal, orientar y dirigir en esta labor a las aspirantes, quienes lo hicieron con entrega y dedicación.

Era momento de pasar al comedor a tomar los alimentos de la mañana. Pronto se observaron rostros de satisfacción; todos necesitábamos recargar energías y relajar nuestros cansados cuerpos. En el comedor nos esperaba un rico plato de lentejas hervidas, tres tortillas y una taza de té. Terminé de consumir lo que nos ofrecieron y me quedé en la mesa conversando con unas compañeras del Consejo Estudiantil. De

pronto, alguien de la guardia del pórtico entró hasta la mesa en la que nos encontrábamos y mencionó mi nombre; enseguida me indicó que tenía una llamada telefónica. Tuve una sensación de angustia. Tenía claro que esa llamada era motivada por alguna situación delicada.

Caminé hasta el lugar donde estaba el teléfono y del otro lado de la línea escuché la voz inconfundible del compañero Arredondo (secretario general del Comité Estudiantil de Ayotzinapa), quien después de preguntarme cómo la estaba pasando, tomó una bocanada profunda de aire, como queriendo inhalar todo el oxígeno que rondara a su alrededor y dijo:

—Nos acaban de informar que Mactumactzá va a iniciar una movilización para rechazar la aplicación del examen de oposición y exigir la entrega de plazas para sus egresados. Por tal motivo están pidiendo la presencia de los organismos nacionales de la FECSM. El movimiento lo quieren declarar hoy mismo, ¿cómo ves?

El rechazo al examen de oposición como mecanismo de asignación de plazas estaba acordado en reuniones de la FECSM. La implementación de dicho examen rompía con la naturaleza del artículo 123 constitucional. Asimismo, como instrumento para medir conocimientos, reducía a nada los cuatro años de formación académica, el servicio social y el examen profesional que cada futuro profesor realiza. Para nosotros, los normalistas, representaba un instrumento de poca certeza y claridad que el sindicato y gobiernos estatales podían manipular de acuerdo a sus intereses.

—Sería conveniente que hagas una llamada y exhortes a los compañeros a que nos den oportunidad de llegar —respondí—. Habla al Comité Central y al Comité Nacional de Vigilancia para preguntarles qué compañeros se van a trasladar a Mactumactzá y en cuánto tiempo consideran llegar. De la

respuesta que obtengas, me avisas. Yo estoy dispuesto a salir en estos mismos momentos.

Minutos después de concluir mi llamada, volvió a sonar el teléfono. Esta vez requerían a mis compañeras de la Normal de Panotla para informarles que las delegadas nacionales también debían trasladarse a la Normal de Mactumactzá. Por su parte, Alfonso se comunicó con sus compañeros. No había tanto que discutir, como secretario de conflictos del Comité Central le correspondía estar presente en la movilización que estaba por iniciar.

Esa mañana mi persona experimentaba emociones y sentimientos encontrados. Algo que sin duda me llenó de alegría y satisfacción fue cuando mi compañera Yadi Perdomo decidió viajar con nosotros. Desde que salimos de su Escuela Normal de Panotla fue muy solidaria y ese día decidió acompañarnos, pese a que no tenía la responsabilidad directa de hacerlo. Desde entonces y principalmente durante la movilización, consolidamos una relación muy cercana: se convirtió en una compañera admirable por su valor y determinación.

Sin contratiempo alguno, emprendimos el viaje a Tuxtla Gutiérrez, donde se ubica Mactumactzá. Como estrategia de viaje, nos dividimos en dos equipos. A mí me tocó viajar con la compañera Perdomo y con Vianey. Esta última dejaba ese día su Escuela Normal de Teteles y el destino la conducía a Mactumactzá, donde conocería a un valioso normalista rural e iniciarían ambos un amor en tiempos de lucha.

Un ambiente con olor a triunfo

Habían sido varias las movilizaciones realizadas en diferentes normales rurales pertenecientes a la FECSM durante los años 2001, 2002 y 2003. Ayotzinapa, Panotla, Saucillo, Amilcingo, Tamazulapan, Teteles y Atequiza, entre las más sobresalien-

tes. De cada movilización se obtuvieron resultados favorables que resolvían en gran medida las demandas planteadas: respeto a la matrícula, plazas para los egresados, reconocimiento a la organización estudiantil, aumento al subsidio destinado a alimentación, cancelación de órdenes de aprehensión a dirigentes estudiantiles, entre otras.

Incluso, por aquellos años, varias normales rurales ni siquiera tenían necesidad de hacer movilizaciones, sólo bastaba con plantear sus pliegos petitorios a las autoridades educativas de sus estados y se les atendía. En esa situación se encontraban Tenería, Cañada Honda, Aguilera, San Marcos, Hecelchakán y El Mexe. Y esta misma condición había caracterizado a Mactumactzá anteriormente.

De hecho, aquel 2003, apenas tres meses atrás, en mayo, había finalizado una movilización en Atequiza, Jalisco, en la que participaron contingentes de varias escuelas; ahí se logró la asignación de plazas a sus egresados, rechazando así la aplicación del examen de oposición. Cuando los contingentes de la FECSM regresábamos a nuestros respectivos planteles, se nos informó que Cañada Honda, Aguascalientes, tenía dificultades porque sus autoridades se habían negado al diálogo. Los contingentes que nos retirábamos de Jalisco nos agrupamos en una caravana y en cuanto llegamos a las instalaciones de Cañada Honda las autoridades educativas se comunicaron con el Consejo Estudiantil y se inició una mesa de negociación que resolvió en gran parte las demandas. Con sólo pasar a desayunar a nuestra escuela hermana fue suficiente para salir victoriosos.

La experiencia reciente nos indicaba que las jornadas de lucha no pasaban de unos veinte días. Durante ese periodo, las actividades de protesta estaban centradas en marchas, mítines, bloqueos, toma de edificios gubernamentales, pintas, elaboración de mantas, ruedas de prensa, brigadeos informa-

tivos (en escuelas, organizaciones sociales, barrios, localidades y colonias circunvecinas), colecta de víveres, retención de unidades oficiales, entre las más relevantes.

Por lo anterior, cuando mis compañeras y yo arribamos a Mactumactzá, nuestra moral de lucha se encontraba en lo alto, al igual que nuestros principios y convicciones. El ambiente en el plantel parecía reafirmar que ese movimiento no duraría más de ocho días. Al interior de la Normal se encontraban alrededor de unas tres mil personas. Los militantes dispuestos a luchar en defensa del normalismo rural eran de todas las edades: niños, jóvenes y adultos. Estudiantes, egresados, profesores, padres de familia, organizaciones sociales y representaciones de las normales: Tamazulapan, Teteles, Panotla, Ayotzinapa, Tenería, Cañada Honda, San Marcos y Hecelchakán.

Al llegar al pórtico de la Normal la guardia nos condujo al edificio del comedor. En el pasillo principal, salió a nuestro encuentro el presidente del Comité de Lucha, a quien yo no conocía, pero nos recibió con mucha camaradería y calidez.

—¿Usted fue miembro del Comité Central el año pasado? —preguntó.

Al dar mi respuesta afirmativa me dijo que le daba mucho gusto mi presencia en esa movilización y que tenía muy buenas referencias de mí como militante de la FECSM.

Más tarde, después de culminar la reunión de base de ese día, me contó su experiencia un año antes en la Normal de Tamazulapan y cómo hicieron un gran equipo con el compañero Tello, quien fungió como secretario general del Comité Central de la FECSM durante el período 2002-2003. Esta extensa y amena plática con este valioso compañero sería la última que tendríamos; después de su detención y posterior libertad, jamás lo volví a ver.

En la reunión de base, en cuanto los compañeros de la mesa tuvieron la oportunidad, nos presentaron y me dieron la palabra. Mi participación versó con el siguiente mensaje:

“Compañeros, hermanos normalistas rurales:

Reciban un cordial y combativo saludo. Mi persona y quienes me acompañan, hemos llegado a estas tierras del sureste mexicano en representación de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México. Estamos aquí porque la lucha de Mactumactzá, es también la lucha de todas las normales rurales del país. La exigencia de plazas automáticas para nuestros egresados encarna la gran causa de defender la educación pública en México. En los lugares más recónditos del estado de Chiapas, en estos mismos momentos, hay niños y niñas en espera de un maestro rural, quien los educará, y forjará en ellos su espíritu de superación, para hacerlos personas de bien. El artículo 123 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, es producto de la sangre derramada por hombres y mujeres íntegros que dieron su vida durante la Revolución Mexicana. Hoy corresponde a nosotros defender ese legítimo derecho de tener un trabajo digno. Por eso compañeros y compañeras de la FECSM ¡porque, la lucha es justa, que la victoria sea de todos!”

Al término de esta asamblea de la base estudiantil, se llevó a cabo una reunión de padres de familia en la plaza cívica de la Normal para informarles las causas de la movilización. Asistimos todos los que nos encontrábamos al interior de la Normal. Los oradores que hacían su participación puntualizaban algunos detalles sobre las condiciones establecidas por las autoridades estatales y federales para la entrega de plazas. La representación de los egresados, por su parte, señalaba claramente que ninguno de ellos atendería la convocatoria emitida para el examen de oposición.

Llegó el turno de los organismos nacionales de la FECSM. Al hacer uso de la palabra, me dirigí a los padres de

familia y a los representantes de las organizaciones sociales. Finalicé mi participación con dos consignas: “¡De Norte a Sur, de Este a Oeste, ganaremos esta lucha, cueste lo que cueste! ¡Normales rurales, en las luchas populares!”

Esta reunión informativa significó en sí el inicio formal de la movilización por la exigencia de plazas para los egresados de la generación 1999-2003 y el rechazo al examen de oposición para su asignación.

Cuando la reunión en la plaza cívica finalizaba llegó una comisión del Gobierno del estado; informaron que se establecería una mesa de diálogo al siguiente día (5 de agosto) en el Palacio de Gobierno, ubicado en el centro de Tuxtla Gutiérrez. Los funcionarios aseguraron que ahí finiquitarían la entrega de plazas a los egresados, para dar solución a la principal exigencia de nuestra movilización. Pero establecieron como condición que los normalistas no intensificáramos las acciones de protesta.

La comisión negociadora, integrada por una representación de estudiantes, egresados, personal de la escuela, padres de familia, organizaciones sociales y organismos de la FECSM, nos trasladamos a la sala de juntas y asentamos como eje central de análisis la propuesta vertida por el Gobierno del estado. Estábamos optimistas; confiábamos en que pronto tendríamos una respuesta favorable.

Antes, durante y después de la brutal represión

Para el amanecer del 5 de agosto, se nos informó que el Comité de Lucha había determinado realizar un bloqueo intermitente en la entrada de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, en el punto conocido como *La Pochota*. A las 10 de la mañana se daba inicio con dicho bloqueo, mismo que finalizó alrededor de las 3 de la tarde.

Después los diversos contingentes volvieron a la Normal para comer y descansar. A las 5 de la tarde todos nos trasladamos al oriente de la ciudad. El lugar de concentración

fue el punto conocido como *La Diana cazadora*, desde donde marcharíamos al Palacio de Gobierno. Mientras iniciaba la marcha, la comisión negociadora nos trasladamos al Palacio de Gobierno para iniciar con la mesa de diálogo acordada la noche anterior.

Los planteamientos se pusieron sobre la mesa. Por nuestra parte se dijo que estábamos allí para saber el día y lugar donde se entregarían los oficios de asignación de plazas a nuestros egresados. Por su parte, las autoridades presentaron la siguiente propuesta: a los egresados se les aplicaría un examen de ubicación, pero a todos se les asignaría su plaza docente; argumentaron que dicho examen no se podía echar abajo dado que ya se había publicado la convocatoria. Alegaron que el examen sólo representaba un mecanismo, que el total de los egresados recibiría su plaza docente como muestra del respeto a la historia y esencia de la Normal Rural.

Para esos momentos los contingentes de la marcha ya habían llegado al Palacio de Gobierno y el mitin estaba en su momento más álgido. En la mesa de negociación se pidió un tiempo para deliberar un poco sobre su propuesta vertida.

De inmediato se procedió a la valoración al interior de la comisión negociadora. Se determinó que en esos momentos se tenía que dar información y hacer el consenso con todos los referentes: base estudiantil, egresados, profesores de la Normal, padres de familia y organizaciones sociales. Se abrió un espacio en el mitin para realizar la consulta, resultando como propuesta que se firmara una minuta de acuerdos en la cual se estipulara que a todas las demás generaciones al egresar se les garantizaría el otorgamiento del cien por ciento de plazas.

En cuanto se restableció la mesa de diálogo se manifestó la propuesta recién construida. Para nuestra sorpresa y desconcierto, ahora la comisión del Gobierno del estado la en-

cabezaba Gabriel Gutiérrez Ávila, entonces subsecretario de Gobernación estatal. Este mismo, recién se incorporaba a la mesa y asumía una postura totalmente diferente a la del resto de las autoridades en el primer momento de la negociación. Su postura fue tajante:

—Si quieren plazas, los egresados deberán presentar el examen de oposición, no hay otra forma de obtenerla. Ésa es la posición del Gobierno del estado y asumimos el costo.

Tiempo después, cuando platicábamos esta parte del movimiento, concluíamos que en realidad esa postura respondía a una estrategia planeada con antelación. Algunos sucesos posteriores nos indicarían que el movimiento fue infiltrado y que su fuente de información era un testigo directo de los detalles más delicados que se discutían y determinaban en la comisión negociadora y en el Comité de Lucha. Teníamos un informante en nuestra fila.

Con la nueva postura de las autoridades gubernamentales, se rompió la mesa de negociación. La comisión negociadora salimos a la plaza cívica, donde se había realizado el mitin. Todos los compañeros se pararon y aglomeraron en torno al aparato de sonido para escuchar la información. Quien tomó el micrófono relató la postura de cerrazón de las autoridades, misma que orilló al rompimiento del diálogo. Asimismo, se dejó en claro que las acciones de protesta eran nuestra única vía para defender nuestro derecho a un trabajo digno.

Sin tiempo que perder, esa misma noche del 5 de agosto se procedió a hacer la retención de unidades vehiculares: camiones de carga de abarrotes, de empresas de alimentos y bebidas, así como unidades oficiales del Gobierno del estado. Todas las unidades retenidas amanecieron el 6 de agosto en el estacionamiento de la Normal.

Elías —quién durante la represión combatió como un gran guerrero y gracias a ello se ganó el alias de *Niño arti-*

llero— se acercó a mí para comentarme que iría al centro de Tuxtla acompañando a Chuy, a quien sus compañeros de la Normal de San Marcos le habían depositado un dinero y lo tenía que cobrar.

Cuando ambos compañeros regresaban a la Normal, como a las 12 del mediodía, observaron cómo salía mucho humo, lo cual les indicó que *La Chacona* —centro demostrativo colindante con las instalaciones de Mactumactzá— se estaba incendiando. De pronto, cientos de policías estatales, ministeriales, municipales y granaderos rodearon las instalaciones de la escuela. Elías y Chuy se detuvieron por un rato para pensar qué hacer: si regresar a la ciudad o seguir su camino para entrar a la Normal. Decidieron la segunda opción. Eso les implicó que los detuvieran por un rato, pero finalmente los dejaron seguir su camino.

A las 2 de la tarde, los cuerpos represivos empezaron a avanzar para irrumpir en la Normal. Lo hacían por el lado oriente de las instalaciones, donde se encuentra el acceso principal de Mactumactzá. Sus unidades quedaron estacionadas sobre el libramiento. Para ese entonces los normalistas ya estábamos distribuidos por todas las entradas. La mayoría se concentró en la carretera que pasa frente a la Normal, ya que en esa parte avanzaba el mayor número de policías.

Las madres de familia y niños se resguardaron en las instalaciones del comedor, para su mayor seguridad. Las primeras tres horas de la represión transcurrieron en un combate frontal para impedir que los cuerpos represivos tomaran las instalaciones. De pronto se empezó a escuchar el zumbido de helicópteros. Con su refuerzo aéreo ubicaron los puntos más fortalecidos que les impedían avanzar. Desde el aire comenzaron a lanzar bombas de gas lacrimógeno. El punto de quie-

bre de nuestras fuerzas fue cuando toda la Normal se llenó de gas, lo cual nos impedía respirar.

Se pidió que por cada barricada fueran algunos compañeros al comedor a traer refrescos y vinagre para mojar los pañuelos y playeras para cubrirse la nariz y contrarrestar el efecto del gas lacrimógeno. Fueron ellos, quienes hacían esta tarea, los que informaron que muchos niños y madres de familia se estaban desmayando por el efecto del gas. Otras más entraron en crisis de pánico, lo que les ocasionó múltiples reacciones adversas para su salud. Los compañeros que tenían a sus madres y hermanitos resguardados en el comedor se trasladaban a ese lugar para ver cómo estaban. Eso ocasionó que descuidaran sus puntos de contención.

En lo posterior, empezaron a informar que los policías habían logrado romper la barrera principal y que ya habían detenido a algunos compañeros. Los agentes represivos asumieron su papel a la perfección, sin miramiento, ni consideraciones. A algunos de los detenidos los golpearon hasta dejarlos inconscientes. Entraron a las casas de los vecinos, a muchos de ellos los golpearon sin distinguir entre hombres y mujeres.

Cuando los cuerpos represivos creían que habían logrado su propósito de tomar las instalaciones de la Normal, se llevaron una sorpresa. Al interior de Mactumactzá había hombres y mujeres de arrojo —quienes, movidos por la desesperación, el coraje y la determinación— empezaron a realizar acciones que los frenaron y los hicieron retroceder.

Detuvieron a dos policías. Una era mujer. La compañera *Chunquita* —como de cariño la conocíamos sus más cercanos camaradas— le vació un recipiente de gasolina y la llevó a un lugar visible, amenazando con prenderle fuego si sus compañeros seguían avanzando. La mujer policía —a llanto abierto y con gritos de desesperación— pedía a sus compañeros que

no siguieran avanzando, que ella tenía hijos pequeños y no quería morir.

En la entrada principal, otros compañeros trasladaron tanques de gas LP y abrieron las válvulas. Si los policías se acercaban lo suficiente, prenderían fuego.

Por el lado del sector de módulos de producción, un contingente nutrido de policías entraba, pero los del grupo de Tercero B, llevaron los cajones de abejas y las alborotaron. Estos pequeños seres vivos también se unieron para defender las instalaciones de la Normal, haciendo lo propio con su aguijón.

Acciones de este nivel obligaron a los mandos de los cuerpos represivos a emprender la retirada. Lamentablemente no se iban con las manos vacías. Alrededor de las 7 de la noche se llevaban consigo a un poco más de doscientos compañeros detenidos: estudiantes, egresados, padres de familia, vecinos y hasta civiles que nada tenían que ver en el conflicto.

En acciones simultáneas, ese mismo día detuvieron a doce compañeros que se dirigían al municipio de Venustiano Carranza, quienes iban por militantes de una organización social. Posteriormente a ellos se les acusó de robo de autobuses, a pesar de que estas unidades pertenecían a la línea de transporte Cristóbal Colón, con quien se tenían convenios y los autobuses estaban en calidad de préstamo. El total de los detenidos se contabilizó en doscientos trece compañeros.

Al caer la noche nos logramos agrupar en la sala de juntas para hacer el recuento de los daños. Entre los detenidos estaban Alfonso, del Comité Central y dos delegadas nacionales de la FECSM provenientes de Panotla. Ante el temor de que en la noche pudieran regresar los cuerpos represivos, decidimos salvaguardar el archivo del Comité Ejecutivo Estudiantil y sacarlo de las instalaciones. En las inmediaciones de la Normal seguían aún haciendo su recorrido algunas patrullas, y sobre el bulevar pusieron vigilancia permanente; por ese

motivo, quienes salimos para sacar los diferentes documentos de la organización estudiantil tuvimos que hacer algunas travesías a pie para llegar con nuestro valioso cargamento a un lugar seguro y ponerlo a salvo.

Los primeros días después de la represión estuvieron llenos de angustia, temor y desesperación. Siguieron llegando nuevos contingentes a la Normal: dos autobuses de estudiantes de Ayotzinapa, uno de Tenerife, la academia de primer grado de Tamazulapan, dos grupos de Teteles y organizaciones sociales. El sábado 9 de agosto se reunieron más de quinientos egresados en las instalaciones de la Normal para brindar respaldo a su *alma mater*.

El 13 de agosto, después de una marcha organizada por la Sección VII del SNTE y encabezada por el nivel de Secundarias Técnicas, los contingentes participantes regresaban a la Normal encabezados por los autobuses que transportaban a los estudiantes de Ayotzinapa y Tenerife. Alrededor de las 7 la de noche sobre el libramiento Norte, una camioneta blanca tipo RAM se le emparejó al autobús de Tenerife y uno de sus ocupantes accionó un arma de fuego, hiriendo sobre el costado izquierdo al chofer, Joel David Martínez, quien se desempeñaba como trabajador de servicios de la Normal de Tenerife.

Una patrulla que se encontraba frente al lugar de los hechos trasladó al herido al hospital regional. Cuando el reloj marcaba las 8 de la noche llegó el informe: el chofer había muerto.

Pablo Salazar Mendiguchía, gobernador del estado de Chiapas, dio una versión falsa a la opinión pública: dijo que se trataba de un chofer de la línea de autobuses Estrella de Oro procedente del estado de Guerrero, retenido contra su voluntad, y que había sido asesinado por los estudiantes cuando el chofer pretendía darse a la fuga con salida rumbo a su estado de procedencia.

Al siguiente día, los normalistas convocamos a una rueda de prensa al interior de Mactumactzá para desmentir la falsedad del gobernador y aclarar que sus asesinos enviados tenían como objetivo a uno de los choferes de los autobuses procedentes de Guerrero para inculpar a los estudiantes, que se habían equivocado y asesinaron a un trabajador de la Normal de Tenería.

Los días transcurrían en un ambiente tenso. Muchos compañeros empezaron a desertar del movimiento: se fueron a su lugar de origen o se ubicaron en otras escuelas normales del estado. Se informó que existían al menos veintiséis órdenes de aprehensión en contra de las dirigencias de la Normal y de algunos dirigentes de la FECSM que ahí nos encontrábamos.

Después de un periodo de acumulación de fuerzas, una amplia difusión de la campaña represiva en contra de la Normal y de gestiones a nivel federal, se establecieron dos mesas de trabajo. Una, el 29 de agosto y la otra al siguiente día. En ellas se planteó un proceso de distensión, en el cual ambas partes planteamos nuestras condiciones para finalizar con la movilización.

El gobierno del estado de Chiapas pretendió imponer las siguientes condiciones:

- Retirada de la FECSM de las instalaciones de Mactumactzá.
- Cancelar marchas, brigadeos y bloqueos en el estado y a nivel nacional.
- Entrega de los productos retenidos.

Para iniciar el nuevo ciclo escolar:

- Cambio en la orientación académica, de Escuela Normal a Universidad Politécnica.

- Regularizar el nuevo ingreso de acuerdo a lineamientos y normas estatales.
- Cambiar su oferta educativa a modalidad mixta (hombres y mujeres).
- Aplicación de auditoría académica, administrativa y financiera.
- Reconocimiento de la Dirección de la escuela como única autoridad interna.
- Respeto estricto a la normatividad que establezcan los Servicios Educativos de Chiapas (SECH), para la operatividad de la institución educativa.
- Cambio de la modalidad de internado por un programa de becas externas para hijos de campesinos chiapanecos.

Para el primero de septiembre llegamos a la Ciudad de México en caravana desde Chiapas; habíamos pasado por diversos puntos de las entidades surianas para difundir la situación que se estaba viviendo en Mactumactzá. Buscábamos un diálogo con el Gobierno Federal para su intervención, atención y solución de la problemática.

Por esos días nos concentramos en el plantón de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), ubicado en el edificio de su *alter ego*, el SNTE, en el Centro Histórico de la ciudad. Durante los días 2, 3 y 4 de septiembre, los máximos representantes de la FECSM (secretarios generales, delegados nacionales, organismos nacionales y fraternos) nos instalamos en sesión permanente para realizar un análisis profundo de la situación. A raíz de la represión en Chiapas, ahora, en casi todas las normales rurales los gobiernos estatales aprovechaban para presionar y ocasionar diferentes problemáticas. Pese a ello, la orientación general era que ninguna

Normal debería iniciar movilización mientras la situación de Mactumactzá no se solucionara.

Sabíamos ya, con unos días de anticipación, que la Normal de El Mexe, Hidalgo, tenía algunos problemas con el personal directivo. Como medida de protesta, el Comité Estudiantil, máximo órgano de dirección y representación de los estudiantes, convocó a la base estudiantil y sacaron al personal directivo al patio central y públicamente los desconocieron como autoridades escolares. El gobierno del estado de Hidalgo aprovechó la situación nacional y brindó un respaldo total al personal directivo.

Sabíamos también que la organización estudiantil tenía el pleno control de las decisiones sobre la vida orgánica de El Mexe. Por tal motivo, en múltiples ocasiones se les exhortó a que evitaran iniciar una movilización, ya que ocasionaría una dispersión de nuestras fuerzas en las acciones de protesta. Para esos tiempos considerábamos que la prioridad era atender la delicada situación de Mactumactzá: tres integrantes de organismos de la FECSM, padres de familia, estudiantes y egresados se encontraban reclusos.

Por lo anterior la nueva exigencia era la libertad de nuestros presos políticos, a quienes se les acusaba de varios delitos: asociación delictuosa, motín, sabotaje, daños a propiedad ajena, terrorismo, entre otros.

El 19 de septiembre se realizó una marcha en la Ciudad de México, encabezada por la FECSM, contando con la participación de contingentes de la CNTE, de estudiantes de la UNAM, IPN, una representación de la Universidad de Chapingo, un contingente nutrido del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra (provenientes de San Salvador, Atenco), una representación de sindicatos como el SME, STUNAM y otras organizaciones sociales. La exigencia central fue el cese a la re-

presión, libertad a los presos políticos de la FECSM retenidos en el penal de Cerro Hueco, Chiapas, y respeto a los sistemas de internado de todas las normales rurales del país.

Para estas alturas nuestra problemática estaba ya en la agenda del movimiento social en México. Las organizaciones sociales, estudiantiles y sindicatos se solidarizaban con nuestras causas, aunque varias de ellas nos hicieron críticas fraternas, en el sentido de que teníamos que coordinarnos como FECSM, toda vez que los compañeros de El Mexe empezaron a realizar trabajo de relaciones exteriores por su parte. Se dieron casos donde las comisiones formadas por representantes de la FECSM llegaban a visitar a las organizaciones y se encontraban con que poco antes ya había estado una representación de El Mexe para difundir su problemática particular.

En casi todos los espacios de información y análisis que se organizaban como FECSM, los compañeros de El Mexe reclamaban que se les estaba abandonando, a pesar de que en movilizaciones anteriores ellos habían apoyado con contingentes muy nutridos. Por tal, anunciaban que ellos seguirían en su lucha con o sin el apoyo de las demás normales rurales.

Para finales de septiembre la situación en El Mexe se complicó aún más. El gobierno represor de Manuel Ángel Núñez Soto estableció un cerco policiaco en el estado de Hidalgo para impedir el acceso a contingentes de apoyo que se pudieran sumar a la movilización. De esta manera mantuvo en aislamiento a los compañeros que resistían al interior de la Normal.

A mediados de octubre, la base estudiantil de El Mexe formó un Comité Estudiantil interino, ya que los compañeros que estaban al frente de la organización mostraban cansancio, desinterés y poco compromiso para seguir con la lucha. Ante la generalidad de los estudiantes, los dirigentes eran muy reiterativos en señalar que la FECSM los había abandonado y que se le daba preferencia a la problemática de Mactumactzá.

La visión de la dirigencia de El Mexe poco ayudó para elevar la moral de lucha del resto de sus compañeros. Hubo momentos en que llegaron a plantear a las autoridades educativas a nivel federal que, si a su Normal se le había cancelado su sistema de internado, de igual manera lo hicieran con el resto de las normales rurales del país.

Por esas fechas varias voces de los sectores más conservadores en México (empresarios, jerarquía católica, líderes de partidos políticos, medios de comunicación) planteaban que las normales rurales habían perdido su razón de ser, y que por tanto debían ser transformadas en su esencia. Estas voces fueron alentadas desde los gobiernos estatales y federal. Durante estos sucesos el partido en el poder aplicó fielmente su doctrina ideológica ultraconservadora. El Estado mexicano estaba gobernado por Vicente Fox Quezada como presidente de la República, Santiago Creel Miranda como secretario de Gobierno y Reyes Tamez Guerra como secretario de Educación.

En estas condiciones adversas nos tocó participar como militantes de una de las organizaciones estudiantiles que por décadas ha defendido la educación pública en México.

La represión, el hostigamiento, la infiltración de agentes del Estado, el oportunismo de líderes sindicales como Fortino Vázquez Pérez, secretario general de la Sección VII del SNTE durante ese período, y los desaciertos que como organización tuvimos dio como resultado el cierre de nuestra Normal hermana de El Mexe. Se terminaba con décadas de historia de una institución formadora de maestros rurales y con uno de los principales bastiones de la lucha estudiantil a nivel nacional.

También, todos esos factores permitieron que se suspendiera de manera temporal el sistema de internado en Mactumactzá y se implementara la modalidad mixta. Esta última determinación tenía la clara intención de acabar con la esencia de la Normal Rural en Chiapas, pues es necesario recordar

que estas escuelas fueron fundadas con sistemas de internado, ya sea para hombres o para mujeres.

Estos acontecimientos dolorosos que se experimentaron en esta faceta histórica, representaron sin duda una herida de muerte al normalismo rural en México.

VIVIR CADA MOMENTO

Daniel Alfonso García Gabriel
Generación 2001-2005

Conocer Ayotzinapa desde el interior es una de las mejores experiencias de mi vida. Considerarme hijo de Ayotzinapa es un privilegio. Ser egresado de Ayotzinapa es un honor.

Desde pequeño, mi familia — mi mamá Isidra, mis tíos y mis abuelos maternos Alfonso y Ninfa (quienes fueron unos padres para mí) — decían que estudiaría en Ayotzinapa. No sé si lo decían por relajo o porque en realidad iba a ser estudiante de esta institución. Lo que sí sé, es que para mi familia fue un gran triunfo que yo fuera licenciado y, sobre todo, haberlo hecho gracias a Ayotzinapa.

Cada que paso frente a mi *alma mater*, vienen a mi mente varios recuerdos, vivencias y experiencias que tuve desde mi ingreso hasta mi último día como estudiante. Debo enfatizar que dentro la escuela se vive de la manera que deseamos — sin llegar al libertinaje — cumpliendo el reglamento escolar vigente. Si llegas a cumplir, disfrutas la estadía, sobre todo si consideras que la Normal es como una segunda casa. Así, cada uno vive el momento histórico dentro de la escuela.

Mi nombre es Daniel Alfonso, soy oriundo de Los Reyes, municipio de La Paz, Estado de México. Viví 16 años en la Ciudad de México, donde cursé mi educación básica, desde el preescolar hasta la secundaria.

A la edad de 16 años, por cuestiones familiares llegué a vivir a la Ciudad de Tixtla de Guerrero, a cursar la Preparato-

ria Núm. 29 Emiliano Zapata, perteneciente a la Universidad Autónoma de Guerrero; ésta fue un eslabón muy importante para poder ingresar a la Normal de Ayotzinapa, ya que en aquel año la convocatoria era regional, es decir, que sólo aceptaban alumnos que radican en los estados circunvecinos a Guerrero (Michoacán, Estado de México, Morelos, Puebla y Oaxaca) y afortunadamente fui aceptado.

Para mí todo inició el 19 de agosto de 2001, a las dieciocho horas. Nos dimos cita varios aspirantes en la sala audiovisual de Ayotzinapa, donde nos daba la bienvenida la Sociedad de Alumnos. Nos describieron lo que realizaríamos en la semana de adaptación: hacer labores de campo, limpieza en áreas verdes, labor social en las comunidades (sin olvidar el deporte por las mañanas). Esa misma noche nos ubicaron por secciones: A, B, C y D; hubo una sección E, donde quedaron los que aún eran aspirantes. Entre cada actividad tendríamos charlas con referencia a la historia de la Normal y de las distintas escuelas normales rurales hermanas. Durante esa semana de adaptación nos iban despertando la conciencia sobre las necesidades de la sociedad, nos hablaban de los representantes que teníamos como pueblo (el gobierno) y sobre la historia de la lucha social, porque como futuros docentes nos enfrentaríamos a diferentes adversidades. Fue una semana sencilla, donde cada sección de estudiantes aprendimos, nos conocimos y compartimos momentos.

Panotla

Después de esa semana de adaptación abordamos una misión, la cual consistía en apoyar la Normal Rural para señoritas, ubicada en Panotla, Tlaxcala, donde nos dimos cuenta de que el gobierno no pretendía resolver las demandas de aumento a la matrícula. Después de una jornada de lucha, la mejor res-

puesta fue enviar a la fuerza del Estado, golpeándonos sin importar que había mujeres. En mi caso me golpearon la espalda y las piernas. Todo esto sucedió mientras acontecía la noticia internacional sobre la caída de las Torres Gemelas, el 11 de septiembre de 2001. Fuimos detenidos por la policía estatal y nos trasladaron a diferentes Ceresos.

A mí y a otros estudiantes más nos enviaron al Cereso de Apizaco. Recuerdo que en la celda éramos dieciséis; 12 o 13 pertenecíamos a Ayotzinapa. Entre ellos se encontraban mis amigos Jorge Luis Zavala (QEPD) y José de la Rosa, por mencionar a dos de ellos. Algunos todavía sufrían los estragos del gas lacrimógeno, otros estaban sumamente golpeados, otros más, descalabrados. Inclusive a mi amigo Omar Onofre le fracturaron el brazo a consecuencia de los toletazos que le dieron los granaderos. A otro lo golpearon severamente porque pensaron que era el líder de todos los estudiantes.

Después de unas horas de estar encerrados, ya casi entrando la madrugada, nos sacaron de las celdas y nos formaron. Nos pasaron lista y al que no respondía, los guardias lo golpeaban en la espalda. Posteriormente, nos subieron a los autobuses para llevarnos al Ministerio Público a declarar. Ahí, en el local del MP se encontraba gente de Derechos Humanos, agentes y médicos. Me pidieron que me quitara la playera y me bajara el pantalón. Me palparon los lugares del cuerpo donde tenía golpes y me preguntaron si me dolía, a los cuales contestaba que sí sentía un gran malestar, aparte de que traía un golpe en la mano derecha y mi dedo pulgar sin uña.

La causa de ese golpe del dedo fue algo muy gracioso. Antes de la represión, durante la manifestación mis compañeros y yo nos encontrábamos frente a la Unidad de Servicios Educativos de Tlaxcala (USET), justo frente al asta bandera de la dependencia. Empezamos a jalar el cordón del asta, muy

fuerte, con mi amigo Omar, hasta que dimos un jalón muy enérgico y se desprendió la polea de la parte de arriba de la asta y con la fuerza que traía, golpeó mi dedo pulgar derecho; me desprendió la uña. Por su parte, a Omar le golpeó la cabeza ocasionándole un hematoma.

Los médicos examinaron los golpes que traía, y me imagino que evaluaban así el grado de violencia de las fuerzas represivas. En ese cuarto metían a hombres y mujeres, no importando quién estuviera dentro, o si estábamos desnudos. Incluso hubo compañeras que no traían ropa interior y aun así les pedían que se desvistieran.

Después de examinarnos nos enviaron a declarar sobre los hechos que se suscitaron antes, durante y después de la represión. La policía aseguraba que había sido un “desalojo pacífico” y que nosotros habíamos provocado los disturbios. Cuando estaba redactando el acta el secretario del Ministerio Público, transcribían el mismo relato; de modo que al final todos los detenidos teníamos declaraciones idénticas, donde nos incriminaban por la toma del edificio de la USET. Yo me cercioré en la computadora de que fuese lo mismo lo que decían mis compañeros detenidos, esto lo hice porque el secretario me mencionó que mis demás compañeros estaban relatando lo mismo, inclusive me dejó que fuera leyendo el acta de declaración en la computadora. Me tomaron las huellas dactilares y la foto con el número que te colocan cuando estás detenido. Posteriormente, nos llevaron a las unidades móviles y después de unas horas —ya en la madrugada—, nos ingresaron al Cereso nuevamente. Descansé a medias; como mencioné anteriormente, éramos dieciséis compañeros en una celda y no podíamos acomodarnos. Por la mañana del 12 de septiembre llegó un licenciado de Derechos Humanos a decirnos que estaban analizando nuestro caso, y que si a uno

de nosotros nos imputaban otros delitos cabría la posibilidad de aplicarnos la ley, sin importar si éramos menores de edad. En el estado de Tlaxcala, sus leyes avalaban que, a partir de los dieciséis años se trasladaba al Cereso directamente y no ametrataba una correccional de menores. Poco tiempo pasó cuando nos sacaron de las celdas para darnos un raquíutico almuerzo. Ya pasado el mediodía nos fueron liberando y nos trasladaron a la Normal de Panotla.

Ya entrando la noche empezamos a despedirnos de las compañeras, como si nunca nos fuéramos a ver nuevamente. Recuerdo que yo me la pasaba con Lexei y Milraín, amigos de generación en la Normal de Ayotzinapa, con ellos íbamos a cualquier lugar. Dando casi medianoche nos destinamos a subir a las unidades con las que nos trasladábamos. El Gobierno del estado nos había dado hasta medianoche para retirarnos del estado de Tlaxcala. Nos escoltaron policías estatales hasta los límites de Tlaxcala y Puebla.

Durante el regreso boteamos en algunos lugares de Puebla y Morelos. Recorrimos así lugares que no conocía antes; tardamos todo el día para llegar a nuestra escuela. Sinceramente, y a pesar de los golpes recibidos, llegó un momento en el que deseaba que no terminara esta travesía. Era una de las experiencias inolvidables que vivía al ingresar a la escuela.

Después de la travesía del movimiento estudiantil en Panotla, llegó el momento de iniciar clases; nos ubicaron por grupos de manera oficial, haciéndolo conforme al escalafón general. Como en un principio mencioné, estábamos ubicados en secciones (en lo personal, me tocó estar en la sección A). Ya en el escalafón, fui el número ocho, pero hubo quien no llegó a inscribirse y me recorrí al número siete del escalafón. Terminé perteneciendo al grupo C, adonde llegaron unos amigos de la sección donde había pertenecido, como fueron Óscar, Marco

Antonio, Ángel Juárez (QEPD), entre otros, con los que conviví desde el primer día de la semana de adaptación; y también empecé a conocer a otros compañeros con los que después nos hicimos amigos, como Cristóbal Miguel, Léster Geovani, Lauro Coyote, Gregorio Ortega, entre otros.

Comité ejecutivo

Se encontraba latente el que estallara una huelga estudiantil en la Normal de Ayotzinapa. Mientras continuaban nuestras clases formales por la mañana, por la tarde cada alumno de nuevo ingreso decidía integrarse a algún club extracurricular (cultural o deportivo). En mi caso decidí pertenecer al cuadro activista. En un primer momento me encontraba indeciso de pertenecer a éste, ya que al final de esa preparación política se avecinaba una responsabilidad enorme: formar parte del Comité Estudiantil. Había momentos en que pensaba que era una pérdida de tiempo, porque quizás era momento de disfrutar mi estadía y dedicarme a estudiar. Además, los que formaban parte de ese cuadro eran muy disciplinados y a mí me gustaba echar relajo con mis compañeros. Pero también me gustaba participar en las diferentes comisiones que desempeñaban los miembros del Comité y anhelaba conocer su forma de organización, cómo hablar a las personas que los rodeaban o con quienes trataban. Finalmente me adherí a algunas comisiones que se realizaban después de clases, claro, demostrando esta disciplina que los caracterizaba al momento de realizar la comisión.

Llegaba el momento de las elecciones. Al finalizar enero de 2002 una reunión de base se llevó a cabo en el comedor. Ahí se dio a conocer que se realizaría el cambio del Comité. Llegaba el momento del cambio. A todos los que formábamos parte del cuadro activista nos formaron para que nos obser-

vara la base estudiantil. Pensé que no me quedaría, ya que no me di a conocer como parte del cuadro activista, pero me terminaron ubicando en Relaciones Exteriores.

Fue un reto para mí el estar al frente de esa comisión, ya que de mí dependía la relación con las comunidades (representadas por los comisarios ejidales), las organizaciones sociales y sindicales. Esta relación se debía mantener estrecha. Lo hacíamos contactando a las autoridades comunales y ofreciendo labor social. Confieso que fue difícil para mí dirigir a los compañeros de la base, sobre todo a los que pertenecían a grados superiores, teníamos que ganarnos su confianza, pero aún más su respeto.

Así fue durante un año consecutivo. En esa cartera, que a decir verdad me gustó mucho, aprendí a ser humilde con las personas de las comunidades y con los representantes de las organizaciones sociales; aprendí a expresarme oralmente poco a poco, para mí no era fácil hablar de un tema en público. El cómo hacer que el receptor entendiera claramente el mensaje era un campo en el que trabajé mucho. Tratábamos con gente muy preparada, como los representantes de sindicatos democráticos a nivel estatal y nacional, por citar un ejemplo, y ello conllevaba una responsabilidad enorme porque no hablaba a mi nombre, sino a nombre de Ayotzinapa.

En los meses de julio y agosto de 2002, que para nosotros eran vacaciones de verano, me fui de comisión a la Ciudad de México, como parte del apoyo que se debe brindar a Relaciones Exteriores a nivel nacional. Ahí trabajé con mi amigo y compañero Adán, también de Ayotzinapa, así como con compañeras y compañeros de otras normales pertenecientes a la FECSM. Asistimos a diferentes organizaciones sociales y sindicales de la CDMX y del Estado de México. Estas visitas fueron a diario, con el fin de tener comunicación y estrechar

la relación. Recuerdo que al final nos quedamos sólo mi compañero Adán y yo; en ese momento ya no teníamos víveres, durante un par de días desayunamos, comimos y cenamos granola con leche, que fue lo único que teníamos. No podíamos usar recurso económico para comer fuera, ya que lo utilizábamos para trasladarnos de un lugar a otro en transporte público (camión, metro, trolebús y microbús).

Al terminar parte del trabajo en la comisión del apoyo a Relaciones Exteriores Nacional, me trasladé a la Normal de Panotla, a encontrar a otro compañero llamado Alberto Gonzaga; ambos fuimos como apoyo de las compañeras del Comité Ejecutivo de dicha Normal para la semana de adaptación de las compañeras de nuevo ingreso.

Venció el periodo de mi cartera y del comité en turno. A finales de febrero del año 2003, ya en segundo grado, fue cuando a mí me correspondía encaminar a los cuadros de primer grado, quienes pertenecerían al nuevo Comité Estudiantil. Ahora los papeles eran inversos.

Aquel año hubo muchas huelgas estudiantiles en las normales rurales hermanas. Tuvimos dos movilizaciones que marcaron parte de mi vida, al ver una vez más, que el poder del gobierno es muy fuerte y las consecuencias siempre pueden ser fatales.

Atequiza

Estuve a punto de ser víctima de desaparición forzada en el estado de Aguascalientes. Esto sucedió aproximadamente en mayo del 2003, durante la huelga de Atequiza. En el inicio del movimiento de la Normal de Atequiza, la Normal de Ayotzina-pa envió apoyo de la academia de segundo grado, el cual comprendía cinco grupos. Por rifa sólo asistieron cuatro grupos; en un primer momento se trasladaron los grupos A, B, C y E,

quedando el grupo D para trasladarse a lo posterior. Después de unos días me trasladé con el grupo que se quedó. Al llegar a los límites entre Aguascalientes y Jalisco, la entrada a este último estaba completamente sitiada por un retén de policías y granaderos; esto a la altura del poblado llamado Encarnación de Díaz (conocido como *La Chona*). Nos detuvieron, revisaron y nos hicieron preguntas; respondimos que íbamos a un viaje de estudios a Aguascalientes. Sin ningún problema nos dejaron pasar y llegamos a la Normal de Cañada Honda, en el poblado de José María Morelos y Pavón. Una vez ahí, nos reunieron para informarnos que marcharíamos en Aguascalientes capital, los contingentes que nos aglutinamos en la Normal de Cañada Honda. Nos trasladamos en convoy a la ciudad; el punto de la acción fue el libre tránsito en el estado y que la población conociera la problemática por la cual atravesaba la Normal de Atequiza. Hubo un acercamiento con las autoridades estatales de Aguascalientes, donde se logró firmar un acuerdo sobre *libre tránsito* y donde no hubiera represalias en contra de los contingentes asistentes en la actividad, así como permitir que los compañeros que se encontraban en la Normal de Atequiza pudieran trasladarse a la Normal de Cañada sin ningún problema u hostigamiento. Al culminar la actividad, por la tarde-noche regresamos a la Normal anfitriona.

Después de la cena nos informaban que el movimiento de la Escuela Normal hermana de Atequiza había culminado, por lo que había que trasladarse a Atequiza por mis compañeros de Ayotzinapa, que continuaron con la movilización en apoyo a esa escuela. Se decidió enviar una unidad por ellos. Seríamos tres compañeros quienes acompañamos a los dos choferes en una unidad. El viaje lo realizamos a medianoche, saliendo de la Normal de Aguascalientes, para llegar por la madrugada a donde se encontraban mis compañeros. Fue

un viaje de poco más de cinco horas. Cuando salimos de la población hacia Aguascalientes, nos siguió una camioneta de la policía municipal. No se observaba ninguna población cercana. Fue cuando nos detuvieron policías estatales y ministeriales en un retén que ellos mismos montaron. Le pidieron al chofer abrir la puerta; el ministerial le preguntó adónde se dirigía, de dónde venía y si traía pasajeros. El chofer contestó que venía de un pueblito cercano y que se dirigía a Guadalajara y no traía pasajeros, sólo mencionó que había levantado a unos chavos que estaban pidiendo *raid*. Fue entonces cuando se subió el policía con pistola y como yo estaba sentado en los primeros asientos, fui al primero que se me acercó y me amedrentó con palabras altisonantes.

—¿A dónde te diriges?

—A la caseta de cobro.

—¿De dónde vienes?

—De Loreto.

—¿Qué haces por acá?

—Sólo de visita.

—¡¿Vienes con los revoltosos que hicieron su desmadre aquí?! ¡Porque aquí nadie viene a hacer su desmadre! ¡Aquí se respeta!, ¡y jálale para abajo, ahorita se los va a cargar la chingada! —gritó, mientras me apuntaba con su arma.

Él siguió caminando en el pasillo buscando si venía más gente, y yo me quedé inmóvil en el lugar. Encontró a los otros dos compañeros y les preguntó lo mismo, además de que si nos conocíamos. Contestamos que no. Intentó bajarnos a todos. Fue entonces cuando el chofer intervino. Dijo que nos había levantado por separado y que nos iba a dejar en la caseta. El ministerial, aún con pistola en mano, nos dijo que no quería vernos en el estado, de lo contrario, para la siguiente no la contaríamos. Después les dijo a los conductores que se

largaran y que nos *tiraran* en la caseta. El policía se bajó del autobús y el chofer siguió el camino mientras un par de patrullas nos seguían. En el transcurso del viaje desde el retén se me vinieron varios pensamientos, entre ellos mi familia: mi abuelita, que fue una madre para mí, y mi único hermano. Mis pensamientos se centraban en qué hubiera pasado si me hubieran bajado del autobús en ese retén, qué hubieran hecho mis compañeros que nos estaban esperando, así como mi miedo de perder la vida.

Pasando frente a una gasolinera a las afueras de Aguascalientes las patrullas se orillaron y nosotros seguimos nuestro camino a Guadalajara. Fue cuando respiré hondo y me pasé al frente a platicar con los choferes. El que conducía me dijo que no me asustara, que si algo llegara a pasar ellos nos apoyarían e iría por los compañeros a Atequiza y regresaría a Aguascalientes, que no me *agüitara*. Durante el transcurso del camino platicamos de varios temas, mientras mis dos compañeros dormían. En una de las casetas nos paró un federal de caminos para que le diéramos un aventón a la caseta de Guadalajara, para lo cual no nos negamos, pero sí íbamos con la precaución por lo que ya nos había ocurrido. Llegamos a la caseta de Guadalajara, el policía federal bajó y nosotros seguimos hasta Atequiza.

Entrando al pueblo de Atequiza, percibimos que había algo raro, por lo que entramos con mucha precaución. Había barricadas y fogatas desde la entrada hasta llegar a la Normal. Mientras el chofer daba la vuelta al camión para regresar descendí de la unidad a buscar a mis compañeros a la Normal. Ellos dormían porque aún era de madrugada. Los desperté y les pedí que subieran al autobús que se encontraba afuera. Así lo hicieron. Ya arriba les comenté lo que nos había sucedido al salir de Aguascalientes y que posiblemente nos estarían espe-

rando. Me dijeron que fuéramos al punto de reunión, y si era necesario, enfrentaríamos a los policías. Tras ese comentario me di un poco de valor. Nos retiramos de ese lugar con rumbo a Aguascalientes, porque allí nos esperaban los otros camaradas de Ayotzinapa. Fueron pocos los que se enteraron de lo que viví con mis dos compañeros en ese viaje y del miedo que me había invadido, pero fue algo que me marcó en ese tiempo que iba en segundo grado.

Mactumactzá

Cuando estábamos en receso escolar de verano del año 2003, recibimos un duro golpe a las normales rurales: el cierre de Mactumactzá y de El Mexe. Estos sucesos marcarían el rumbo de lucha de la FECSM.

En Mactumactzá se vivieron diferentes situaciones, desde represiones físicas y psicológicas, hostigamiento y hasta muertes de personas que apoyaron a los estudiantes de esa Normal hermana.

En esa ocasión me trasladé como coordinador a esa escuela, con compañeros de academias inferiores. El viaje fue extenuante porque recorrimos la parte de la Montaña Alta de Guerrero, con el fin de atravesar algunos municipios del estado de Puebla y salir rumbo a Oaxaca. Descansamos un poco en la Normal de Tamazulapan, Oaxaca, donde nos dieron hospedaje. Después continuamos con nuestro viaje, pero ahora se adhería una comisión de compañeras de aquella Normal. Pasamos por la capital oaxaqueña y de allí hacia el Istmo, donde nos encontramos un bloqueo en Juchitán. Nos urgía llegar, ya que llevábamos alrededor de veinticuatro horas de viaje. Aparte, se rumoraba que tardarían días en abrir nuevamente esa carretera, así que me atreví a descender de la unidad y me dirigí con Laura Hernández hacia el origen del bloqueo. En el

cercos vi que había más mujeres que hombres; había escuchado comentarios de que las mujeres eran muy valientes en ese lugar. Caminamos hasta el bloqueo y me acerqué a una señora que estaba sentada en medio del carril sur-norte y le pregunté:

— ¿Desde qué hora están plantados en la carretera?

— Desde tempranito — me contestó muy tajante.

— ¿Como a qué hora levantarán el bloqueo? — volví a interrogarla.

— No se sabe, muchacho, quizá mañana o hasta el tercer día — contestaba, ahora un poco más tranquila. Entonces me cuestionó por qué le hacía tanta pregunta, que quiénes éramos. Contesté quiénes éramos y a dónde nos dirigíamos. Ella comprendió el asunto y hasta nos invitó a cenar. Por supuesto que aceptamos, debido a que teníamos hambre y no traíamos dinero suficiente para comprar algo. Al término de la cena, me ofrecieron algo para mis compañeros; les comenté que los iba a traer porque se habían quedado lejos, pero que éramos alrededor de 60 chavos. Nos dijeron que no había problema.

Después regresamos nuevamente caminando hacia la unidad Laura y yo, cuando empezaron a encender sus motores los camiones foráneos. Llegamos al autobús y les dijimos a los compañeros lo que nos habían ofrecido, pero en ese momento priorizamos la llegada a Ixhuatán, Oaxaca, de donde eran varios compañeros y amigos. Descansamos un rato y por la mañana empezamos a organizarnos para hacer una pequeña reunión con los padres de familia que tuvieran hijos en alguna Normal Rural del país y claro, hacer extensiva la invitación a la ciudadanía que deseara acompañarnos. Pasado el mediodía nos reunimos en el auditorio de la localidad, donde recibimos muestras de apoyo y víveres. Luego continuamos nuestro camino, ahora con destino a Tuxtla Gutiérrez.

Sobre la carretera Panamericana, boteamos nuevamente a la altura del poblado de Niltepec, Oaxaca. En el lapso que

estuvimos allí nos comentaron algunos automovilistas que, entre los límites de Chiapas y Oaxaca, así como en Cintalapa, había retenes y que estaban revisando que ningún normalista entrara. En ese momento, como estrategia, decidimos continuar separados y entrar al estado de forma dispersa, sin llamar la atención, por medio de *raides*. Y regresamos el camión a Ayotzinapa, con un compañero que padecía una fuerte conjuntivitis. Llegó el momento en que mis compañeros ya se habían ido de *raid*, sólo nos quedamos José Manuel y yo. A nosotros se nos estaba dificultando tomar un aventón, ya era tarde y faltaba poco para que anocheciera, así que optamos por pagar el pasaje. Recuerdo que en ese viaje nos subimos a un autobús, pero no nos percatamos de que iba hacia Arriaga, Chiapas. Se nos hizo raro que ya era tarde y no llegábamos a Tuxtla Gutiérrez; llegamos a la capital chiapaneca pasada la medianoche, nos tuvimos que trasladar a la Normal de Mactumactzá en taxi.

La calle que llevaba a la Normal se veía solitaria, con muchas piedras alrededor. Así nos dábamos una idea de cómo había sido la represión el día 6 de agosto de 2003. Las fuerzas represivas del estado rondaban con las sirenas encendidas cerca de la Normal de Mactumactzá. La represión psicológica se notaba. Cuando entramos a la Normal buscamos inmediatamente a los compañeros que iban con nosotros en la unidad; algunos ya estaban durmiendo y otros platicando sobre el viaje que realizaron desde Niltonpec.

Al siguiente día realicé un recorrido por las instalaciones, las cuales se veían vacías, porque ya había pocos compañeros de esa escuela. Se respiraba un aire de desolación y tristeza, era latente la posibilidad de perder esa escuela.

En ese momento empecé a recordar cómo era aquel lugar meses antes, porque esa escuela había sido sede de una

Reunión Nacional de la FECSM. Más tarde realizamos una marcha en Tuxtla Gutiérrez, ahí prácticamente se dio por terminado el movimiento. El poder del Estado se alzaba victorioso a costa de la muerte, la represión física y psicológica, el divisionismo y quizás la compra de conciencias. Por la noche el Comité y representantes de la FECSM anunciaron lo que les depararía el futuro. Después de un poco más de dos meses de huelga, muchos de nosotros estábamos consternados por la información, y preocupados porque justo en ese tiempo entraba en movilizaciones la Normal hermana de El Mexe. Después de la información los estudiantes de Ayotzinapa empezamos a pensar en el regreso a nuestra escuela.

Al día siguiente nos dieron la noticia de que el estado “pensaba en nuestro ‘bienestar’ y que llegáramos con bien a nuestro destino, por lo cual contrataría varias unidades de transporte foráneo para trasladarnos a nuestras escuelas”. Nuestra partida iniciaría por la tarde, durando toda la noche y parte del día siguiente. Ya estábamos muy cansados. Hicimos un par de paradas durante el viaje, para medio descansar, pero no fue suficiente. En el transcurso del viaje mis compañeros y yo nos infectamos de conjuntivitis y cuando llegamos a Ayotzinapa contagiamos a parte de la base estudiantil; el brote infeccioso se extendió en toda la escuela y por ello muchos compañeros se fueron a sus casas. El viaje y la infección generó en mí estrés y cansancio. Enfermé, tuve dolor de huesos, ardor en los ojos por la conjuntivitis y mucha temperatura, pero aun así seguí *al pie del cañón* en la organización estudiantil y las clases. Posterior a esos movimientos en Chiapas e Hidalgo, ya no habría más huelgas fuertes, sólo estábamos a la expectativa de lo que sucedería.

Pasó casi un año. Culminó el periodo de estar en la sociedad de alumnos, con mis altibajos; a decir verdad, la melan-

colía me invadió al llegar esa madrugada de febrero de 2004. Dimos cuentas de la gestión del comité saliente ante la base estudiantil y se eligió al nuevo Comité. Me tocó dirigir la toma de protesta de los nuevos integrantes, quienes darían nueva vida a la organización estudiantil. Al término de la toma de protesta, todos gritamos unas consignas: “¡Ayotzi vive, la lucha sigue!” Aún las recuerdo y hasta la piel se me pone *chinita* y me da un sentimiento muy grande de emoción y de orgullo por haber pertenecido al Comité Estudiantil.

Academia

Mi vida en Ayotzinapa seguía con la actividad académica; ahora no había ninguna excusa para faltar a clases y era tiempo, quizás también, de enmendar lo perdido. Aparte, ya tenía que pensar en la elección de escuela para las prácticas intensivas del último grado de estudio, las cuales seguí al pie de la letra, empezando con la elección de mi asesor (el maestro Silverio Brito) y la elección de la escuela. Opté por la primaria urbana federal José Ma. Morelos y Pavón, ubicada en El Ocotito, municipio de Chilpancingo. Mis amigos Ricardo Navarrete, Mario Nava, Mario Urióstegui, Rael Alberto y Gregorio Ortega, integramos un equipo perfecto para trabajar. Lo comprobamos cuando formamos un gran equipo de trabajo durante ese ciclo escolar.

El permanecer en la sociedad de alumnos te deja la espinita de seguir apoyando a los compañeros, pues a pesar de haber concluido mi periodo en el Comité, seguí de activista y cubrí un par de comisiones. Una de ellas fue ir Mactumactzá el día 6 de agosto de 2004, en el primer aniversario de la represión sufrida por nuestros compañeros en el 2003. La otra fue asistir a la marcha del 2 de octubre de ese mismo año a la Ciudad de México. Estas dos las cubrí ya estando en cuarto grado.

Siendo sincero, la que me agradó más fue la que hicimos como academia de cuarto grado de la generación 2001-2005, donde también fui coordinador. Asistimos a la marcha del 11 de septiembre de 2004, al tercer aniversario de la represión que sufrimos cuando éramos *pelones* en Tlaxcala. Asistimos como parte de nuestra primera actividad política del ciclo escolar y también la última siendo miembros de la FECSM. Para muchos fue una idea descabellada, porque existía la idea que los alumnos de cuarto grado ya no podían asistir a actividades políticas. Los miembros del Comité Proclausura, así como los demás de la academia buscamos la forma, creamos las condiciones y asistimos. Esto fue asombroso para propios y extraños porque al llegar a la Normal Benito Juárez, éramos la única delegación con un contingente con los “más experimentados”. Ahí en Panotla di un recorrido en mi mente de lo ya vivido, de las personas que había conocido, algunas ya no estaban allí porque ya habían egresado o bien no asistieron por ser ya de cuarto grado. Realizamos la actividad a cabalidad (a conciencia) y el regreso fue igual que como íbamos en primer grado, tomamos el mismo recorrido desde la salida de la Normal de Panotla, pasando por los lugares donde hacíamos paradas tanto de descanso como de boteo. Lo curioso fue que después de tres años, tuve la misma sensación, no quería que terminara esa travesía, ya que era quizás la última actividad política a la cual asistíamos como generación 2001-2005.

Prácticas de observación y ayudantía

Dentro del ámbito académico debo resaltar que como alumno de Ayotzinapa debes ser autodidacta, analista, propositivo y debatir con argumentos. Cuando escuchaba esos términos, suponía que serían aspectos muy técnicos y difíciles de lograr; pero fui desarrollándolos poco a poco, con el pasar de

los días en clases. En las prácticas de observación y ayudantía, bien recuerdo, mi primera observación la realicé en la escuela primaria urbana federal Primer Congreso de Anáhuac, en Chilpancingo; ahí me tocó estar con una maestra de edad avanzada pero muy conocida y con una trayectoria amplia. Me dio miedo que me llamara la atención, pero a pesar de su forma de enseñar a sus alumnos de segundo grado, de su manera estricta y recta, pero a su vez muy amable y clara en sus palabras, fue la primera persona que me llamó “maestro”. En un primer momento me sentí raro, porque no pensé que ya era el momento de que me nombraran así, mucho menos pensé que mi nombre se extendería a “maestro” o “profesor”.

Todos los que estudiamos la licenciatura seguimos un calendario de observación y ayudantía en el primer semestre. El inicio de nuestras prácticas de dos semanas del segundo semestre —ya con un grupo a nuestro cargo— fue en la primaria Rafael Ramírez, de Chilpancingo. Hago mención de que estas prácticas no fueron como deseamos, hubo deficiencias, pero aprendí mucho gracias a las observaciones que nos realizaron. Lo emotivo fue cuando culminó. Ver esos rostros de los alumnos detrás de aquel salón esperando que saliéramos del mismo fue algo emocional. Al vernos salir corrieron hacia nosotros y nos abrazaron, y con lágrimas en sus rostros nos decían que nos iban a extrañar (la verdad, un poco más, y quizá hubiese terminado como ellos, llorando). Nos dieron muchos regalos, cartas, dibujos, y sin duda fue una de las prácticas que marcaron mi vida de estudiante.

Cuando me tocó practicar de manera individual —anteriormente hacía binas con Marcos y Gabriel— fue en la localidad de Zitlala. La verdad se me dificultó porque en ese lugar hablan una lengua materna, que es el náhuatl, y a pesar de que la escuela no es catalogada como bilingüe, la lengua predomina en el espacio escolar.

Después de esas prácticas cercanas se decidió como academia expandir nuestros horizontes, esto fue porque las prácticas de siempre se hacían en lugares circunvecinos como en Chilpancingo, Tixtla, Chilapa, Zitlala. En ese momento decidimos practicar hasta la Costa Grande, para ser exactos en el municipio de Atoyac de Álvarez. Me tocó estar en la comunidad de Quinto Patio. El practicar fuera nos orilló a conocer otros ambientes escolares, sociales y lugares. Fue un momento muy significativo porque me imaginaba en un futuro yéndome a trabajar lejos de casa y de la familia. Las formas en que se trabajaba fueron distintas a las que tuvimos en anteriores prácticas y observaciones.

En mis últimas prácticas ordinarias me tocó trabajar en Buenavista de la Salud, una comunidad perteneciente a Chilpancingo. Fue un reto grande al llegar a esa escuela porque, desde que llegué, la titular del grupo me comentó que a ella no le gustaba recibir practicantes de Ayotzinapa, porque “no tomábamos en serio el papel de futuros docentes” y que me compararía con la maestra practicante de la Escuela Normal del estado que asistiría una semana después. Así es que ya me había mentalizado sobre lo que me esperaba. Al terminar la semana de práctica, la maestra nos invitó al aniversario de la primaria, la cual cumplía un poco más de sesenta años. Le dije que sí, que allí estaría. No fui el único invitado, a los demás compañeros les hicieron la misma invitación, aunado a que el director nos lo había comentado de manera grupal en la Dirección cuando firmamos la hoja de asistencia.

A la siguiente semana asistimos al aniversario, en el cual participamos como practicantes y también con nuestros alumnos. Los alumnos se emocionaron al vernos y al finalizar corrieron a abrazarme, ellos pedían que no me fuera y que les diera clase, les respondí que regresaría después a darles clase.

Llegó nuevamente la segunda fase de prácticas en esa misma escuela. Asistimos y al finalizar la semana de prácticas, la maestra se me acercó y me hizo un comentario que a su vez me dejaba tranquilo y orgulloso, porque mi escuela quedaba dentro de una buena perspectiva. El comentario iba encaminado a lo satisfecha que estaba con mi trabajo en sus diferentes aspectos: aprendizaje en los alumnos, dominio del grupo, material didáctico y la planeación. Me sentí bien, sobre todo porque no era un comentario hacia mí únicamente, sino hacia la institución que me estaba formando.

Las prácticas intensivas del último año (2004-2005) las realicé en la localidad de El Ocotito, donde tuve segundo grado. La responsabilidad fue mayor, porque casi todo el año estaría frente a grupo y más por ser primer ciclo, ya que es donde los alumnos cimientan su aprendizaje. El maestro titular del grupo, profesor Lino Salgado (QEPD) me pidió mucha paciencia y dedicación para los alumnos, porque “ese grado es uno de los más importantes, después del primer grado”. Considero que en ese ciclo escolar me fue bien porque logré adaptarme al ritmo de trabajo. Me fue de gran ayuda el hecho de que en mis prácticas anteriores había trabajado con alumnos de segundo y tercer grado; así que retomé algunas actividades, ejercicios y materiales, y sólo tenía que adaptarlos a las condiciones del grupo. Desafortunadamente en un par de ocasiones me tocó improvisar porque mi planeación no coincidió con el nivel de aprendizaje de los alumnos. Quizá fue uno de los momentos de expectativa y temor, puesto que estaría supervisado por mi asesor. Sin embargo, logré flexibilizar mi planeación a tiempo y las prácticas fueron exitosas. Culminé mis prácticas intensivas en mayo de 2005.

El documento recepcional me esperaba, estaba listo para la defensa de mi ensayo pedagógico.

Así concluye mi vida política y académica en la Normal. No me arrepiento de nada, porque gracias a cada experiencia conocí amigos y amigas, y el aprendizaje obtenido en estos dos aspectos resultó muy amplio para mi vida; hoy en día sigo poniendo en práctica todos esos conocimientos. Digo lo anterior porque donde un egresado de Ayotzinapa se para, no sólo es símbolo de rebeldía, sino también de conocimiento y dedicación.

MEMORIAS DE UN NORMALISTA RURAL DE LA BASE ESTUDIANTIL

Agustín Solano López
Generación 2005-2009

Soy Agustín Solano López, oriundo del municipio de Benito Juárez, de la Región Costa Grande del estado de Guerrero; egresado del Colegio de Bachilleres plantel número 14 de San Jerónimo de Juárez. A continuación relato algunas peripecias para llegar a la educación superior, así como algunos aspectos destacados en mi estancia en la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa, Guerrero.

Raíces

Mi familia es de origen campesino, mis padres fueron jornaleros, sin casa propia y sin tierras donde sembrar; sólo se nos daba permiso para trabajar ciertas huertas, con la condición de mantenerlas limpias, dado que en aquellas áreas se cosecha el cocotero. Eran arreglos que convenía mi señor padre con algunos dueños de esas tierras de riego, y ahí sembramos maíz, frijol, jitomate criollo, calabazas de tempranilla y chile. Después de la cosecha, nos trasladábamos a vender al mercado del pueblo de San Jerónimo de Juárez, donde radicamos, así como a las cabeceras municipales aledañas. Aunque las ventas eran pocas y con mucho esfuerzo alcanzaba para subsistir; los precios nunca han sido los justos, además de que la

competencia provocaba un déficit en los precios del jitomate, calabaza y chile.

Transcurría el año de 2004 cuando egresé del Colegio de Bachilleres y tuve la necesidad de salir a trabajar al municipio de Acapulco para apoyar a mis padres, además de ahorrar para poder continuar con mis estudios superiores. Con tristeza me despedí de mi madre para irme.

Una vez en aquel puerto llegué con unos familiares, quienes me auxiliaron con techo y comida, y sobre todo con orientaciones para desplazarme en este municipio, que yo no conocía. Poco a poco logré transitar sin ningún problema por las avenidas y calles. Encontrar trabajo no fue fácil, puesto que pedían documentos de al menos una licenciatura trunca, pero después de tramitar mi número de seguridad social en el IMSS me contrataron como ayudante de cocina en un hotel sobre la costera Miguel Alemán.

Mi estancia en este municipio fue de nueve meses y en ese lapso tuve la necesidad de repensar hacia dónde debía dirigirme; valoré entrar a la Universidad Autónoma de Guerrero, pero observé el costo de la renta de cuartos, el pago de la luz, el agua, el transporte, la comida y aparte los materiales que se ocuparían en la Unidad Académica donde fuese aceptado. Como ya sabía de la existencia de algunas normales rurales, opté por esperar sus convocatorias de admisión, dado que ofertaban el sistema de internado. La Normal de Ayotzinapa se presentaba como una oportunidad para continuar estudiando; aunque también fui a realizar el examen de admisión a la Escuela Normal Rural Lázaro Cárdenas del Río, de Tenebría, Estado de México. Fue así como en el mes de mayo entregué mi renuncia en mi trabajo, inicié la recolección de documentos que iba a necesitar y, desde luego, me puse a estudiar.

Llegado el tiempo, me trasladé a la Normal de Ayotzinapa. Recuerdo que llegué por la parte de arriba, donde está la conocida caseta y bajé por sus escaleras. Todavía tengo la sensación de frescura del clima y el aire tan lleno de oxígeno. Algo me llamó la atención y era una frase que decía “Bienvenidos a lo que no tiene inicio, bienvenidos a lo que no tiene fin; bienvenidos a la lucha eterna (...); algunos le llaman ‘necedad’, nosotros le llamamos ‘esperanza’”. En efecto, la Normal Rural de Ayotzinapa fue mi esperanza. Fue en 2005 cuando realicé el examen de ingreso, en el cual resulté apto para cursar la licenciatura en Educación Primaria.

Pero no sólo era el examen, el siguiente filtro era una semana de prueba o como en recientes años se ha venido manejando, semana de adaptación. Es de dominio público que dicha semana es coordinada por el Comité Estudiantil, alumnos que cumplen la función de líderes estudiantiles para hacer múltiples gestiones en diversas instancias. En la afamada semana de prueba, además de darnos una orientación ideológica, también se valora el alimento que se nos proporciona. Bajo las circunstancias en que se desarrollaron estos días de inducción, muchos desertaron.

La semana de prueba fue así: nos internamos un día domingo por la tarde y nos pasaron lista, tanto a los que sí pasaron el examen como los que no. El lugar de reunión fue el auditorio, donde se nos especificó que nos enfrentaríamos a una serie de actividades, hasta ese momento desconocidas, y para el que no quisiera acatar las condiciones de las circunstancias, nos remarcaban lo siguiente:

—La puerta está muy ancha para el que desee salir, pero el que se quede debe dejarla como está o hacerla más grande.

Recuerdo que tardamos varias horas, el protocolo de bienvenida se extendió hasta cerca de las 12:00 PM, seguida de las primeras consignas de lucha tales como:

Vestido de verde olivo, políticamente vivo, no has muerto, no has muerto, camarada, tu sangre, tu sangre será vengada.

Mis padres me dijeron te vas a estudiar, pero si hay problemas te pones a luchar.

Genaro Vázquez Rojas, tu lucha no fue en vano; el fusil que nos dejaste lo llevamos en la mano.

A ver, a ver, ¿quién lleva la batuta?, ¿los estudiantes o el gobierno que ejecuta?

Y para culminar el concierto de consignas, la inolvidable:
Ayotzi vive, Ayotzi vive, Ayotzi vive, vive, vive...

Después de esa velada nos mandaron a dormir en los salones. Nos asignaron secciones: A, B, C, D, E, F. Este orden correspondía a una clasificación de lista de aceptados y los que esperaban que otros desertaran para ocupar esa vacante. Como el clima de Tixtla es fresco y estábamos en la época de lluvias, con anterioridad se nos proporcionaron cartones para usarlos como petates. La noche fue corta, porque se nos despertó cerca de las cuatro con treinta de la madrugada, con un estudiante que tocaba una corneta.

Las primeras actividades físicas consistían en hacer calentamientos y luego trotar por la pista deportiva, por toda la escuela y después por las calles de Tixtla, desde luego coreando las consignas de lucha. Desde ese primer día varios desertaron, tomaban sus enseres y se retiraban por la entrada principal. Intuyo que algunos eligieron ese camino para trasladarse a la Normal de Tenería, donde también habían realizado un examen de admisión; mientras que otros, convencidos de que no era lo que buscaban, se fueron porque tenían otros planes, tal vez en una institución de educación superior con diferente dinámica.

Encuentro con el pueblo y la cultura

Ya inscritos e iniciando las clases oficiales del ciclo escolar 2005-2006, realizamos varias actividades. Algunas de ellas fueron ir a botear para obtener recursos que se les entregaban a los coordinadores al Comité Ejecutivo Estudiantil; estos eran utilizados para la compra de cajas de papeles, tinta, entre otros materiales para imprimir volantes y repartirlos a las personas de las diferentes comunidades de los municipios de Tixtla, Chilpancingo y Chilapa. Y es que estaba en puerta un movimiento estudiantil, cuyas exigencias eran las plazas automáticas para los egresados y más atención a la Normal de Ayotzinapa: manutención de los edificios, así como en el sector de la cocina, para que ofrecieran calidad y salubridad en los alimentos que se proporcionaban.

Ante esta probable movilización, se preparaban las condiciones. Una de ellas era precisamente montar una actividad cultural, protagonizada principalmente por la academia de primero.

En el caso del grupo A, al cual yo pertenecía, se determinó realizar una pequeña dramatización con cuatro personajes: un comandante de la policía, un borrachito, un homosexual y un vampiro. Recuerdo que realizamos este acto en diferentes lugares y por ser muy gracioso obtuvimos una llamarada de fama con las demás secciones.

Lo presentamos también en colonias populares e incluso en la Costa Chica. Además, organizamos rondas infantiles donde nos disfrazamos de niños. El público de las colonias populares llevaba a sus hijos para divertirse. Aunque también esos mismos números eran representados al término de algunas marchas y el lugar de concentración era la plaza del Primer Congreso de Anáhuac, en Chilpancingo de los Bravo.

Las clases de Matemáticas

En el tercer semestre de la Licenciatura en Educación Primaria, del ciclo escolar 2007-2008, entre los compañeros había mucha conmoción por los profesores de Matemáticas que nos darían clases, de entre los cuales existía uno de singular característica. El maestro de Matemáticas que nos tocó en ese semestre es originario de Tixtla, ingeniero de profesión, enseñaba tanto en la Normal Rural como en la Unidad Académica de Ingeniería de la Universidad Autónoma de Guerrero, de nombre *Eurí*, a quien apodamos *el Mamuco*.

Tenía fama de que a todos reprobaba, dado que los contenidos que enseñaba eran diferentes a lo que esperábamos: saber cómo enseñar Matemáticas a niños de primaria. En sus clases se la pasaba platicando de diversos temas y al desarrollar una clase se manejaba con términos muy técnicos y de vez en cuando se desviaba a otros temas de picardía, propios de la base estudiantil. Casi todo el semestre se desarrolló de esta manera, hasta que nos tocó realizar un primer examen, que consistió en determinar el volumen de la alberca con datos que él proporcionó. De manera burlona nos dijo:

—Confío en ustedes, mañana me lo entregan.

La mayoría de nosotros reprobó el examen.

Posteriormente *Eurí, el Mamuco*, informó que el examen semestral sería una investigación cuantitativa en la que utilizaríamos elementos de estadística: desde la recopilación de datos hasta la construcción de gráficas y muestras de resultados. En esta ocasión las clases fueron teóricas y prácticas, es decir, en las sesiones de matemáticas y su enseñanza nos daba a conocer la moda, media aritmética y mediana, así como fórmulas propias para el estudio que realizamos. Bajo esta tesitura, lo que se investigó por equipos fue preguntar entre los estudiantes de las facultades de la Universidad Autónoma de

Guerrero si habían consumido bebidas alcohólicas y si mantenían una vida sexual activa; y en mi equipo en particular, nos tocó indagar cuántos perros y maestros había en algunos barrios conocidos del municipio de Tixtla, dado que existe el dicho de que “en Tixtla hay más maestros que perros”.

Nos encontrábamos desconcertados ante las investigaciones solicitadas. Podría parecer que tales trabajos no implicaban ningún problema, sin embargo era todo lo contrario; en las clases analizamos diversas fórmulas estadísticas y también me hacía diversas preguntas: ¿cómo enfrentarme a esta situación?, ¿qué era lo que tenía que hacer? La respuesta era clara: ponerme a estudiar. Entonces recordé que en mis apuntes de bachillerato tenía organizados los temas que había cursado en esos años. Se presentó la oportunidad de acudir a la casa de mis padres durante unos días de asueto. Recuerdo que me trasladé de *raid* desde Tixtla hasta Chilpancingo y de Chilpancingo hasta el municipio de Benito Juárez, en la región de la Costa Grande.

Cuando llegué a la casa de mis padres inicié la búsqueda de mis apuntes, los encontré y desde ese día que llegué me puse a estudiar y analizar los procedimientos estadísticos. Poco a poco se fueron aclarando los conceptos y la manera en cómo debía desarrollar los procedimientos.

Pasaron los días y mi estancia en el domicilio de mis padres se terminaba, me tuve que retirar un día domingo rumbo a Ayotzinapa, pero ya con un conocimiento más fresco. En esa semana aún teníamos clases de matemáticas, todos estábamos atentos a las explicaciones del profesor *Euri*. Entonces sucedió algo inesperado: inició desglosando en una tabla que elaboró en el pintarrón, cada uno de los factores de una fórmula, y nosotros le ayudamos en las operaciones como multiplicaciones y divisiones. El profesor iba explicando, pero al dar un

resultado final no le pareció, así que detenidamente empezó a revisar, y dijo:

—El resultado no es el correcto, el que me diga dónde me equivoqué le pongo 10 en el semestre.

Rápidamente analicé la fórmula y constaté —ya que había estudiado el tema en casa de mis padres— que había un elemento que el profesor no tomó en cuenta. Levanté mi mano y con firmeza le dije:

—Profe, lo que le falta en la fórmula es la letra “u”, por eso no sale el resultado.

Inmediatamente dijo:

—Si su compañero tiene razón va a tener 10 en el semestre y estará exento del examen semestral.

Nuevamente revisó la fórmula, colocó el elemento que faltaba, realizó la operación y para sorpresa de todos, el resultado correcto saltó a la vista. Fue el momento *eureka*.

—Tienes 10 en el semestre y estás exento del examen semestral, si quieres no te presentes a las demás sesiones —me dijo.

Sentí un marasmo de emociones, dado que era la clase más temida; fue un momento muy grato, porque nuevamente comprobé que, a través del estudio, del análisis y de la reflexión, se podía alcanzar este tipo de conocimientos y acciones. Claro está que la forma de trabajo del maestro de la Normal y de la Universidad Autónoma de Guerrero no era recomendable, sobre todo en el campo educativo de educación básica que nos tocaría trabajar una vez egresados.

Movimientos estudiantiles

Al inicio de mi primer año, en el ciclo escolar 2005 y 2006, viví una movilización coordinada por los dirigentes estudiantiles. Así aprendí cómo se llevaba a cabo un movimiento; incluso como jefe de grupo, en una ocasión el Comité Ejecutivo Estu-

diantil convocó a los representantes de los diferentes grupos a una reunión con el secretario de Educación y el subsecretario de Educación. Ahí expusimos las demandas del Comité Ejecutivo, y uno de los puntos fuertes eran las plazas para los egresados de la Normal de Ayotzinapa.

El entonces secretario, cruzado de piernas, contestó que no había techo presupuestal, que no tenía plazas. Después de esperar un cierto tiempo, lanzó una oferta de cierto número de plazas.

—Sólo a ustedes se los digo, no se lo he dicho a nadie más —y consultó con el subsecretario de Educación, catedrático de la UAGro e identificado con la lucha social de izquierda, quien en una actitud más tranquila comentó que se valoraría la propuesta.

Por lo que yo observaba, la educación es un botín político aplicando una política del “no hay”: no hay educación para los pobres, ni para los menos favorecidos; y eso que era un gobierno del Partido de la Revolución Democrática, pero que era encabezado por el contador Zeferino Torreblanca Galindo, quien tenía otras ideas para el normalismo de Guerrero.

La movilización logró ciertos beneficios para la escuela: remodelaciones, uniformes, materiales, convocatoria para el nuevo ingreso y materiales educativos para las prácticas, principalmente para cuarto grado de la Normal, cuyo objetivo es complementar el desarrollo pedagógico del servicio social en alguna escuela primaria.

En los años de 2006 y 2007 también se hicieron movilizaciones en condiciones no apropiadas para la Normal Rural, puesto que la amenaza estaba dada. El recurso económico que llegaba directamente a la escuela sería puesto en manos de la misma Secretaría de Educación de Guerrero. Nuestra movilización no tuvo mucho apoyo y el gobierno de la entidad in-

timidaba con quitar el control de este recurso económico que llegaba a la Normal y que una de las áreas afectadas era la liquidez para el comedor.

La idea principal de la SEG siempre ha sido que en la Escuela Normal de Ayotzinapa se vive en una “alumnocracia”, la cual no permite crecer de manera académica a la misma institución.

De ello existen testimonios como en el Periódico *El Sur*. En la sección Educación, con su nota “En su protesta de ayer, llegan alumnos de Ayotzinapa al Palacio de Gobierno”, como a continuación se presenta:

Estudiantes de la Normal Rural de Ayotzinapa realizaron ayer una nueva marcha que terminó en un mitin afuera del Palacio de Gobierno como parte de sus manifestaciones para exigir que no se reduzca la matrícula y profesores de idiomas indígenas y talleres en esa escuela.

Con la de ayer cumplen dos semanas de protestas a diario, esta vez, afuera del Palacio de Gobierno, insistieron en que el secretario de Educación, José Luis González de la Vega, autorice la inscripción de 34 alumnos de nuevo ingreso (para completar la matrícula de 140), así como una audiencia para tratar con él otras de sus demandas.

Uno de los voceros de la Sociedad de Alumnos Ricardo Flores Magón, Eduardo Barranco Martínez, explicó que continúan con las protestas debido a que no han encontrado respuesta a sus demandas por parte de las autoridades educativas [...].

Barranco Martínez agradeció la solidaridad de maestros y trabajadores del plantel “que de mane-

ra solidaria están apoyando a su paro de labores, lo están haciendo a pesar de que los amenazó el secretario de descontarles sus salarios y sancionarlos”, señaló (Cervantes, 2006).

Esto era lo que se vivía dentro de la Normal de Ayotzinapa, estábamos en el camino de una movilización que día a día subía de tono, principalmente con las autoridades educativas, al no llegar a un acuerdo que beneficiara las demandas de la Escuela Normal; ante ello se estuvo pidiendo colaboración con los padres de familia e incluso con otras organizaciones sociales que ayudaron acompañándonos en las marchas y las negociaciones con el gobierno en turno. Prueba de ello es la nota periodística “Marchan alumnos de Ayotzinapa y logran reunirse con González de la Vega”:

Respaldados por padres de familia y agrupaciones sociales como el Consejo de Ejidos y Comunidades Opositoras a la Presa La Parota (CECOP) y el Movimiento Lucio Cabañas Barrientos, estudiantes de la Normal Rural de Ayotzinapa y egresados de las normales públicas del estado marcharon nuevamente ayer en esta capital para después concentrarse frente al Palacio de Gobierno en espera de una entrevista con el secretario de Educación, José Luis González de la Vega.

La marcha, de aproximadamente 800 manifestantes, entre estudiantes, egresados normalistas, padres de familia integrantes de las dos organizaciones sociales, partió del parque Margarita Maza de Juárez, al norte de la ciudad, y luego de recorrer las principales calles de la ciudad llegó al Palacio

de Gobierno en donde una comisión de dirigentes estudiantiles desde la una y media de la tarde esperaba la audiencia con el secretario González de la Vega.

Atrás del contingente circularon una veintena de camiones que los estudiantes han venido reteniendo durante su movimiento, a manera de presión para que sean atendidas sus demandas [...].

Mientras tanto, el secretario González de la Vega emplazó a los 106 alumnos de nuevo ingreso a la Normal Rural de Ayotzinapa —que se mantienen en movimiento para exigir el respeto a la matrícula que consta de 140 espacios—, para que se regresen a tomar clases a más tardar el próximo viernes; advirtió que de lo contrario van a perder el semestre y después no podrán acceder a éste de ningún modo.

Con respecto al corrimiento del escalafón para cubrir los 34 lugares vacantes, insistió que la SEG sólo está en condiciones de aceptar a 23 jóvenes, mientras que 11 serán reubicados en otras normales con una beca alimentaria, porque “no quieren seguir ahí, debido a que el Comité Estudiantil los ha amenazado al negarse a hacer cosas ajenas a la educación”.

Asimismo, pidió a los normalistas que “ya no secuestren camiones, no podemos continuar con el diálogo, cuando se está afectando a la ciudadanía... Encaminémonos a la legalidad”.

Lo anterior durante el encuentro que sostuvo González de la Vega, por casi cuatro horas, con la delegación estudiantil en el salón Vicente Guerre-

ro del Palacio de Gobierno, a las 2 de la tarde de este lunes. Esto como parte de las ofertas que hizo la semana pasada el secretario general de Gobierno, Armando Chavarría Barrera, quien además mencionó que se respetarían los 140 espacios para la Normal.

El acto que en todo momento fue ríspido otra vez concluyó sin acuerdo. Sólo hubo un intercambio de reproches y reclamos. Y se enfrascó la discusión ante la nueva postura de la SEG de distribuir en otras normales 11 de las 34 matrículas que exigen.

Tras exigir reiteradamente los líderes estudiantiles solución al primer punto de su pliego petitorio que tiene que ver con el respeto al corrimiento escalafonario para las inscripciones de nuevo ingreso y así mantener los 140 espacios que ofreció la SEG mediante una convocatoria, González de la Vega dijo que no concebía “que estuvieran pidiendo respeto, si no hay respeto a la ciudadanía” [...].

Al reprochar los dirigentes estudiantiles y padres de familia esa posición, González de la Vega recordó que en su “postura final” la SEG aceptó el corrimiento y precisó que, si sólo fue a 23 espacios, es porque “ustedes amenazaron a 11 jóvenes, así lo dicen ellos”, dijo mientras mostraba una serie de oficios.

Indicó que esa situación no era una “imposición”, después de que uno de los líderes estudiantiles reprochó la postura del funcionario y recordó que quería hacer lo mismo que con el caso del promedio, que “finalmente nos impusieron el 8 de calificación para ingresar”.

Después de que los alumnos dijeron que era responsabilidad de las autoridades la pérdida de clases, el funcionario insistió en que “hay un corrimiento, van esos 23, cerramos este capítulo, vámonos a clases y encaminémonos a la legalidad”.

En su intervención el presidente de la Comisión de Educación, Fernando Pineda Ménez, evidentemente desinformado del tema, tras varias correcciones de González de la Vega, sólo pidió que se avanzara en una solución, mientras que el diputado perredista José Luis Ramírez, propuso que no hubiera cerrazón a la oferta de la SEG, porque habría que estar conscientes de que “la solución no siempre se consigue al 100 por ciento... si esperamos una respuesta absoluta caeremos en el riesgo de perder todo”. Por su parte el vocero estudiantil Marcos Pérez Leyva denunció que la Secretaría de Educación ha iniciado una campaña en contra de los normalistas al señalar que están pidiendo apoyos diversos que no tienen nada que ver con las demandas académicas.

“Pero nosotros lo que estamos solicitando en primer término son las demandas académicas, que es el reconocimiento del escalafón, la entrega del 100 por ciento a los compañeros de las normales públicas, la rehabilitación de los talleres, así como la integración de los maestros de las lenguas indígenas”, aseguró.

Sin embargo, admitió que también las demandas económicas forman parte de su pliego petitorio, “porque la Normal de Ayotzinapa es un internado que cobija a hijos de campesinos, pero esas son de-

mandas que pasan a segundo término, lo primero son las peticiones académicas”, insistió.

Explicó que entre las demandas económicas se encuentran televisores, cobertores, dinero para la celebración de su aniversario, uniformes para la banda de guerra y para los grupos de danza.

Sin embargo, denunció que el secretario de Educación no ha querido resolver ni siquiera las primeras demandas, que son las de tipo académico, “y ahora ha dicho a los medios que a nosotros lo que nos interesa son las peticiones económicas” (De la Cruz y Cervantes, 2006).

Como puede notarse, se dio la intervención de diversas organizaciones sociales e incluso de diputados locales que fungieron como testigos y mediadores para las negociaciones entre el Comité Ejecutivo y el secretario de Educación y, en este caso, se muestra una serie de reproches por ambas partes sin llegar a coincidencias que favorecieran al diálogo.

En el transcurso del movimiento estudiantil hubo situaciones que no encajaban, tal pareciera que algunos miembros de la cúpula se querían justificar ante el mal manejo de las negociaciones, de una evidente pérdida de la fuente de los recursos económicos del servicio alimentario de nuestra *alma mater*, así como de las respuestas negativas de cada mesa de diálogo con las autoridades educativas. Recuerdo que una noche nos despertaron de manera repentina, dado que se inició una pesquisa, bajo el argumento de que un individuo ajeno a la movilización había entrado a la Normal Rural. Fue entonces que el secretario de la Normal Rural, junto con algunos integrantes del Comité Ejecutivo Estudiantil nos despertaron y se formó una brigada para buscar en los diferentes salones y

locales del internado; todo era raro, al grado que, precisamente esa noche hasta cortaron la luz eléctrica. Muchos opinaron que esa acción fue para desviar la atención, dados los minúsculos resultados del movimiento.

Ante las condiciones en que nos encontrábamos, siempre se tiene el peligro de ser desalojados de la Normal por las fuerzas policiacas del gobierno. A partir de ese día se redoblaron las guardias de estudiantes en la institución.

Posteriormente, en una reunión de base junto con otras delegaciones que integraban la FECSM y algunos padres de familia, se acusó a un compañero que formaba parte de la cúpula, de ser espía de la SEG, argumentaron que se desaparecía en las acciones de marchas y no se presentaba a realizar actividades. Se le expulsó de manera unánime, aunque quiso realizar una réplica, pero no lo dejaron.

Esta acción obligó a colocar a un elemento de la base estudiantil en una asamblea extraordinaria, y en un punto crítico del movimiento se eligió a un compañero de la academia de tercer grado para rellenar ese vacío de mando. En las posteriores marchas ya existía una moral baja y el peligro de ser reprimidos por los antimotines era latente. Por otro lado, el secretario general de la Normal se veía perdido; en esta fase del movimiento, denominada “cúspide”, los de la academia de cuarto grado hablaban de sustituir a la cúpula, cosa que no hicieron; sin embargo, sí existió una reestructuración.

Días después el movimiento terminó con saldos negativos, porque inició un periodo en el cual la SEG mandaba productos insuficientes para desayuno, comida y cena. A veces ni alcanzábamos la comida, y en el caso de que hubiese alimento, era una comida muy raquílica, ejemplo de ello era que en la hora de la comida o cena sólo nos proporcionaban salchichas con chipotle enlatado y tostadas.

Todo ese ciclo escolar fue muy deprimente, se observaba una imposición directa por parte de la SEG. En este breve tiempo, se puede afirmar que los funcionarios públicos del gobierno en turno, reconocido como el de transición y dirigido por el entonces gobernador Zeferino Torreblanca Galindo, se metieron “hasta en la cocina” de la Normal Rural de Ayotzinapa (como se dice en el lenguaje de los pueblos).

Los 43: los detenidos-desaparecidos que no desaparecen

Era la tarde del viernes 26 de septiembre de 2014 cuando bajaba de la Sierra Madre del Sur, donde me desempeñaba como profesor rural; llegué al municipio de Chilpancingo de los Bravo y capital del estado de Guerrero, donde radico desde hace más de cinco años. En eso escuché que los compañeros de Ayotzinapa estaban tomando autobuses en Chilpancingo; ya por la noche, encendí una pequeña bocina que tiene integrada la radio AM y FM, y empecé a escuchar la programación de Radio UAGro. Parecía que todo marchaba bien y sin ninguna novedad.

Llegó la hora del último programa de radio, “El Ático”, dedicado a la música y que es conducido por el periodista Lenin Ocampo, alias *Lobito*. Él es hijo del reconocido periodista Sergio Ocampo Arista, quien ha dado seguimiento a los movimientos estudiantiles de la Normal de Ayotzinapa. De momento el conductor recibió mensajes de que en Iguala estaban atacando a los estudiantes de Ayotzinapa, y por la magnitud de la noticia algunos periodistas se trasladaron al lugar para cubrir la nota. La música de rock seguía su curso, pero yo me preguntaba por qué los compañeros se trasladaron hasta el municipio de Iguala. Poco a poco las noticias fueron fluyendo; recuerdo que mediante mensajes de texto le pregunté a un compañero de generación si había algún indicio de que la

Normal tuviera algún problema; tranquilamente me dijo que no, que si hubiera algo vocearían de inmediato. Pero sentí que las cosas no estaban bien.

Se dio a conocer que habían muertos y que algunos transportes habían sido atacados; en ese momento era el equipo de fútbol de los Avispones, después se reportó un nuevo ataque. Todo estaba confuso, por parte de las autoridades no había comunicado alguno, pero los periodistas mostraban que todo estaba fuera de control.

Yo era optimista, pensé que sólo iba a haber detenidos en barandillas. Pero mi optimismo estaba errado, se amaneció con la noticia más cruel: había muertos, uno de ellos, el compañero que fue desollado y que fue portada para los periódicos. Había heridos y también dieron a conocer que había detenidos, pero que estos no aparecían por ningún lado, aun así, quedaba la esperanza que algunos de los jóvenes sólo estuvieran dispersados. Había diversas versiones, como aquella que decía que estaban detenidos por los militares.

Un hermano se comunicó conmigo y me preguntó sobre qué había pasado. Todo parecía haber salido de una película de una serie de narcos. Había silencios y todo seguía sin aclaraciones el día 27 de septiembre. A partir de aquella noche, nada fue igual.

Desde esa fecha hasta ahora se ha conformado un torнадо de emociones que no se puede describir en los lenguajes más conocidos, porque considero que varios de los detenidos desaparecidos eran de bajos recursos económicos y que llegaron a la Normal de Ayotzinapa con la ilusión de aprovechar una oportunidad muy grande como es la educación, pero sólo se quedó en ilusiones. Ahora la tristeza, el dolor y toda la serie de sentimientos y pensamientos sobre este caso aún no reciben una verdad de los hechos. En tanto, me seguiré preguntando: ¿Por qué la gente pobre debe poner la cuota de sangre?

A manera de reflexión final

A pesar de estar en el siglo XXI y en la era digital en conformación, en la Normal Rural se le da apertura al hijo del pobre, esto permite cerrar una brecha económica para el menos favorecido, lo cual me invita a deliberar que los jóvenes de bajos recursos pueden ocupar un espacio en una Normal Rural; es claro que un requisito primordial para ingresar a la Normal es ser de bajos recursos económicos, como lo estipula la convocatoria de nuevo ingreso; sin embargo, de manera mágica, en el estudio socioeconómico hay personas que saben bien esconder su verdadera condición económica; al menos en mi estancia en Ayotzinapa observé con tristeza que se matriculaban hijos de algunas familias que tenían recursos económicos necesarios; esto contrasta con la esencia de una Normal Rural, dado que el acceso a la educación debe ser prioritario para aquellas personas que en verdad necesitan esta educación superior: hay de necesitados a verdaderos necesitados; además observé que los alumnos que eran de tercero o cuarto grado de licenciatura llevaban motocicletas y algunos hasta autos. Hasta el momento no he visto a hijos de verdaderos campesinos o de jornaleros que tengan automóviles. Y esto lo corroboré cuando en 2009 me dieron mi adscripción de trabajo en la Región Montaña Alta. En ese lugar, a 10 horas de Ayotzinapa, los jóvenes con los que en un primer momento conviví, no sabían qué era Ayotzinapa y cuál era la función de esta institución con sistema de internado. Así es como prevalece la desinformación sobre estas nobles instituciones como las normales rurales, las cuales han costado muchas vidas por su creación y permanencia.

En los inicios, los estudiantes de Ayotzinapa eran catalogados como comunistas, rojos, ateos, hijos del diablo; calificativos que el mismo aparato de gobierno, los medios de

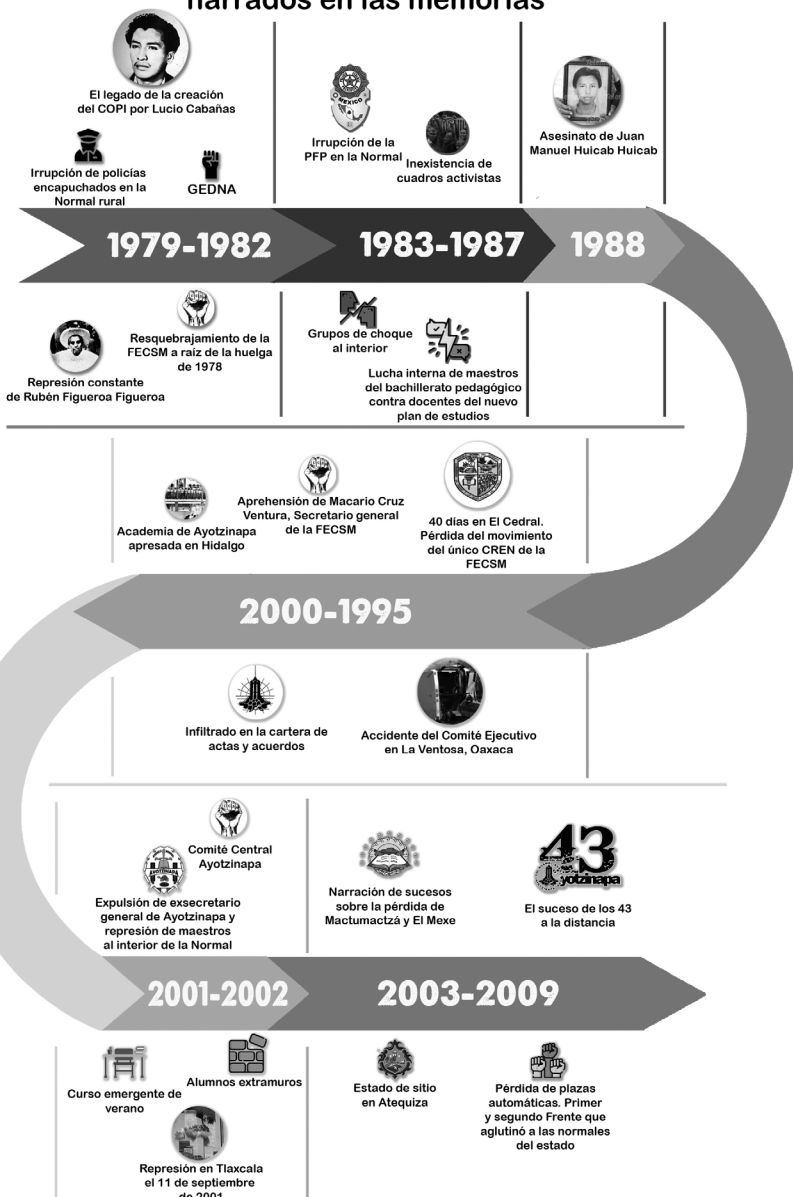
comunicación y las opiniones de las clases acomodadas promovieron. Sin embargo, ahora se sobrelleva un estigma nuevo: a los alumnos de Ayotzinapa es fácil “desaparecerlos”. A pesar de ello, la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa ha logrado sobrevivir. Esperemos que las generaciones que se encuentran aún estudiando en esta institución logren fortalecerla día a día; y que las generaciones del futuro tengan presente la lucha que ha dado la Normal Rural de Ayotzinapa para los hogares menos favorecidos.

Fuentes de consulta

De la Cruz, T., Cervantes, Z. (24 de octubre de 2006), “Marchan alumnos de Ayotzinapa y logran reunirse con González de la Vega”, *El Sur*. Recuperado de <https://suracapulco.mx/impreso/?s=2006-10-24>

Zacarías, C. (17 de octubre de 2006), “En su protesta de ayer, llegan alumnos de Ayotzinapa al Palacio de Gobierno”, *El Sur*. Recuperado de <https://suracapulco.mx/impreso/?s=2006-10-17>

Sucesos históricos y políticos narrados en las memorias



Sobre los autores



Adán Tlalmanalco Ramírez
Generación 2001-2005
De El Potrero Oriental, Gro.
Director de primaria
Chilpancingo de los Bravo, Gro.



Agustín Solano López
Generación: 2005-2009
De Benito Juárez, Gro.
Docente frente a grupo
Quechultenango, Gro.



Anibal Rafaela Castro
Generación 1987-1994
De La Azozuca, Gro.
Director de Primaria
Azozuca, mpio. de Ayutla, Gro.



Ánuar Nacif Heredia
Generación 1996-2000
De San Marcos, Gro.
Docente frente a grupo
San Marcos, Gro



Cándido Salvador Domínguez Cruz
Generación 1980-1984
De Santo Domingo Amentá, Oax.
Docente frente a grupo
Ometepec, Gro.



Cleto Trujillo Salas
Generación 1982-1986.
De Tres Palos, mpio. de Acapulco, Gro.
Profesor frente a grupo
El Cayaco, mpio. de Acapulco, Gro.



Daniel Alfonso García Gabriel
Generación 2001-2005
De Los Reyes, La Paz, Edo. Méx.
Supervisor
Tierra Colorada, Gro.



Heriberto Díaz Ocampo
Generación 1983-1987
De Palos Altos, Arcelia, Gro.
Director de primaria
Tlachichilpa, Arcelia, Gro.



Homar Ríos Caro
Generación: 1986-1993
De Tecpan de Galeana, Gro.
Director de primaria
San Luis San Pedro, Gro.



José Alberto Gonzaga Agüero
Generación 2000-2004
De Acapulco, Gro.
Director de primaria
Cd. Juárez, Chih.



Juan Felipe de los Santos Pérez
Generación: 1999 - 2003
De Tetitlán, Gro.
Docente frente a grupo
Lázaro Cárdenas, Mich.



Léshter Geovani Pérez Ortega
Generación 2001-2005
De Las Guacamayas, Mich.
Docente frente a grupo
Cd. Hidalgo, Mich.



Martín González Dircio
Generación 1997-2001
De Tixtla de Guerrero
Docente frente a grupo
Chilapa de Álvarez, Gro.



Moisés Antonio González Cabañas
Generación 1995-2000
De Tixtla de Guerrero
Docente frente a grupo
Tixtla de Guerrero, Gro.



Obelín Linares Santamaría
Generación 1979-1983
Las Lomas, mpio. de Coyuca, Gro.
Docente Jubilado



Pedro Ortiz Oropeza
Generación 1985-1992
De Cd. de México
Docente
Iguala, Guerrero



Raúl Alejandro Peña Solís
Generación 2000-2004
De Alcholoa, Gro.
Docente frente a grupo
Atoyac de Álvarez, Gro.



Joel Amateco Venancio
(portada y contraportada)
Generación 1994-1998
De Tixtla de Gro.
Mtro. Artes plásticas en Ayotzinapa

Agradecimientos

Este libro nace gracias al esfuerzo y dedicación de 17 escritores.

Debemos empezar agradeciendo a Marlén Castro, nuestra primera editora y quien nos brindó su valioso tiempo.

Agradecemos a Lydiette Carrión, nuestra segunda editora, por su guía y disposición para que este proyecto se concretizara y por el acercamiento a los actores involucrados en el mismo.

A Laura Castellanos, por su disposición para colaborar con su análisis en este libro.

No hubiera sido posible que esta obra viera la luz sin la ayuda de Paco Ignacio Taibo II, Paloma Saiz y La Brigada Para Leer en Libertad.

Expresamos también el reconocimiento a Joel Amateco, egresado de la Normal y parte del Colectivo 43 Artes, quien colaboró desinteresadamente para la realización de esta portada.

MEMORIA GRÁFICA



Obelín Linares (derecha) con Félix Dircio Abraham, de Tixtla, llegando a Cancún, Quintana Roo, en un viaje de estudios en 1982.



La maestra de Danza, Julia Ocampo (al centro), bailando con los miembros del club. Presentación en Tixtla, Gro. Septiembre de 1981.



Cándido Salvador (segundo de la fila) atrás de Tatu. Danza de Los pardos de Zacatecas. Aniversario de la Normal. 27 de marzo de 1983.

De izquierda a derecha: Gustavo, Valentín Arciniega, Cleto Trujillo y Salvador Guevara en el Internado 21 de Tixtla, durante el curso propedéutico para realizar el examen de ingreso a Ayotzinapa. Año de 1982.



De izquierda a derecha: Pedro Trujillo, Óscar González, Armando Valeriano y Cleto Trujillo, después de un partido del torneo de barrios, Acapulco, Gro. 1982.



Pedro Ortiz Oropeza y la Sección C de la generación 1985-1992. Fotografía del archivo personal de Alejandro Galán Martínez.





De izquierda a derecha: Fernando el Patas, Homar el Caballo, Julio Carrillo, Franco Hernández y Javier el Zully en la visita a la ciudad de Aguascalientes durante el aniversario de Cañada Honda. Generación 1986-1993.



De izquierda a derecha: Jesús Araujo el Japo, Aníbal Rafaela el Teniente y Armando González el Taxi. Trío Los Terceros. Generación 1987-1994.



De izquierda a derecha: Arcángel Ramírez; De derecha a izquierda: Carlos, Valverde, Ánuar, Moisés, Agustín, Aurelio y Juvencio durante una reunión de egresados el 22 de enero de 2005.

Ánuar Nacif, creador de la revista municipal *Voces, juventud veraz* de San Marcos, Gro., inspirada en las gacetas de COPI de Ayotzinapa y la FECSM. Noviembre de 2003.



Mural para recordar la exigencia de justicia por los hechos de Iguala en el 2014. Su elaboración parte de las actividades realizadas por Ánuar Nacif y Lázaro Manuel Delgado, integrantes de CNEA San Marcos. Junio de 2020.



Juan Felipe (segundo de izquierda a derecha) durante una visita a las nuevas instalaciones de la Normal de Tamaululapan, Oax., al momento del cambio de sede. Año de 1999.





Credencial de estudiante del alumno Juan Felipe durante los años 2002 y 2003.



José Alberto *Pama* (parte superior, el quinto de izquierda a derecha) con su grupo 1° A, durante la concentración en El Mexe, Hgo., por la marcha del 2 de octubre del año 2000.



José Alberto *Pama* (parte inferior, el segundo de derecha a izquierda) con activistas y miembros del Comité durante el Congreso de la FECSM realizado en Mactumactzá, Chis., en marzo del 2003.

Vladimir Pérez y Rogelio, alumnos de 4º, exCOPIN, acompañando al comité ejecutivo y activistas durante la Reunión Nacional de la FEC-SM en San Marcos Zacatecas. Diciembre de 2001. Foto del archivo personal de Parna.



Léster Geovani (parte inferior, el primero de izquierda a derecha) con miembros del Comité Ejecutivo en Tixtla, Gro., antes de iniciar el desfile del 20 de noviembre de 2003.



Léster Geovani (izquierda) junto a Enrique Henry en el mural *Herencia cultural* presentado en el concurso durante el aniversario de la Normal de Ayotzinapa en el año 2005.





Avance de las fuerzas represivas en las inmediaciones de la Normal de Mactumactzá el 6 de agosto de 2003. Foto recuperada por Prensa y Propaganda del Comité Ejecutivo.



Actuación de los grupos represivos ante normalistas, padres de familia e integrantes de organizaciones sociales en el interior de la Normal de Mactumactzá, Chis., el 6 de agosto de 2003. Foto recuperada por Prensa y Propaganda del Comité Ejecutivo.



Momento de diversión de los miembros del Comité Ejecutivo Estudiantil durante el receso del encuentro de activistas en Cañada Honda. Noviembre de 2002.

Daniel Alfonso (parte superior, primero de izquierda a derecha) en la foto grupal de la Sección C, generación 2001-2005. 29 de junio de 2005.



Agustín Solano (tercero de derecha a izquierda) en la explanada de la Normal con compañeros y el profesor de Educación Física. Febrero de 2008.



Agustín Solano (segundo de derecha a izquierda) durante una tertulia literaria en las instalaciones del museo de la Normal. Abril de 2008.



ÍNDICE

PRESENTACIÓN LAURA CASTELLANOS	3
PRÓLOGO PACO IGNACIO TAIBO II	7
PRIMERA PARTE	
DÉCADA DE 1979 A 1989	11
HECHOS HISTÓRICOS, POLÍTICOS Y SOCIALES QUE MARCARON LA PAUTA PARA MI PRÓXIMA PROFESIÓN.....	15
EL CLUB DE DANZA DE AYOTZINAPA. UNA OPORTUNIDAD DE VIAJE Y VIDA	26
AYOTZINAPA: PESARES, ALEGRÍAS Y SUEÑOS	44
AYOTZINAPA ES MI SANGRE	62
DE POBLANO A AYOTZINAPO	72
AKUMAL	87
UN HIMNO COMO LEGADO CULTURAL	104
SEGUNDA PARTE	
DÉCADA DE 1990 A 2000	111
MI OMBLIGO ESTÁ EN AYOTZINAPA	114
DE LA TRAGEDIA A LA SOLIDARIDAD.....	133
ONCE DE FEBRERO	151
AYOTZINAPA Y LAS OTRAS NORMALES RURALES QUE CONOCÍ	169
TERCERA PARTE	
DÉCADA DE 2000 A 2009	193
DISCIPLINA Y RESPONSABILIDAD: CLAVES EN LA LUCHA SOCIAL	196
LA DISCIPLINA TORTUGA.....	216
SIEMPRE FUE LA MARCA DE MI DESTINO	236
MACTUMACTZÁ, CHIAPAS. UNA HERIDA DE MUERTE A LAS NORMALES RURALES.....	259
VIVIR CADA MOMENTO	279
MEMORIAS DE UN NORMALISTA RURAL DE LA BASE ESTUDIANTEL	300
SUCESOS HISTÓRICOS Y POLÍTICOS NARRADOS EN LAS MEMORIAS	321
SOBRE LOS AUTORES	323
AGRADECIMIENTOS	325
MEMORIA GRÁFICA.....	327

Impreso en México.

Prohibida su reproducción sin autorización.

Todos los derechos reservados.